



# El Dragón

que todos  
llevamos dentro

**¿CÓMO VENCERLO?**



016627

**MARVIN MOORE**





# El Dragón

que todos  
llevamos dentro

¿CÓMO VENCERLO?

MARVIN MOORE



APÍA



GEMA EDITORES

**Título de la obra original:**  
*Conquering the Dragon Within*



**APÍA**

**Asociación Publicadora Interamericana**  
2905 NW 87 Avenue, Doral, Florida 33172 EE.UU.  
Tel. 305 599 0037 Fax 305 592 8999  
mail@iadpa.org - www.iadpa.org

Presidente **Pablo Perla**  
Vicepresidente de Producción **Daniel Medina**  
Vicepresidenta de Finanzas **Elizabeth Christian**  
Vicepresidenta de Atención al Cliente **Ana Rodríguez**  
Director del Departamento Editorial **Francesc X. Gelabert**



**GEMA EDITORES**

Agencia de Publicaciones México Central, A.C.  
Uxmal 431, Colonia Narvarte, México, D.F. 03020  
Tel. (55) 5687 2100 Fax (55) 5543 9446  
información@gemaeditores.com.mx - www.gemaeditores.com.mx

Presidente **Tomás Torres de Dios**  
Vicepresidente de Finanzas **Irán Molina A.**  
Director del Departamento Editorial **Alejandro Medina V.**

---

Traducción  
**Miguel Á. Valdivia**

Revisión editorial  
**José I. Pacheco / Félix Cortés A.**

Diseño de la portada  
**Ideyo Alomía L.**

Diagramación  
**Ada Acosta**

*Copyright* © 2007 de la edición en español  
**Asociación Publicadora Interamericana**

Impreso por  
**Grupo OP Gráficas S.A. Bogotá, Colombia.**

*Printed in Colombia*

ISBN 10: 1-57554-535-7  
ISBN 13: 9-781-57554-535-6

Está prohibida y penada por la ley la reproducción total o parcial de esta obra (texto, imágenes, diagramación), su tratamiento informático y su transmisión, ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia o por cualquier otro medio, sin permiso previo y por escrito de los editores.

1ª edición: agosto 2007

# CONTENIDO

Libros de Elena G. de White. Clave de abreviaturas .....	9
Prólogo.....	11

## PRIMERA SECCIÓN: Cómo trata Jesús a los pecadores que anhelan la victoria: LA JUSTIFICACIÓN

1. Desesperación.....	17
2. Cómo trata Dios a los cristianos que cometen errores.....	21
3. La plataforma petrolífera .....	29
4. Las condiciones para recibir la justificación.....	35
5. La fe y la obediencia.....	43
6. La salvación: Las partes y el todo .....	49
7. ¿Está eso en la Biblia? .....	53
8. Pecados intencionales.....	61
9. Una religión experimental .....	73
10. El entrenador de fútbol.....	83
11. Un bebé llamado Miguelito .....	89
12. Una semana en la vida de Juan Pérez .....	95

## SEGUNDA SECCIÓN: Cómo ayuda Jesús a los pecadores a obtener la victoria: LA SANTIFICACIÓN

Primer alto en el camino .....	101
13. Un cambio de carácter.....	103
14. Pecado, adicción y creencia .....	113
15. Alabanza y acción de gracias .....	125
Primera parte: <b>Cambiar nuestra forma pecaminosa de pensar</b>	
16. La parte de Dios: Mostrarnos nuestra forma pecaminosa de pensar .....	131
17. Nuestra parte: 1º Pedir ayuda para superar nuestra forma pecaminosa de pensar.....	141
18. Nuestra parte: 2º Hablar de nuestra forma pecaminosa de pensar .....	149
19. Nuestra parte: 3º Analizar nuestra forma pecaminosa de pensar.....	163
20. Honestidad y encubrimiento .....	173



Segunda parte: <b>Cambiar nuestros deseos pecaminosos</b>	
Segundo alto en el camino .....	185
21. La parte de Dios: Cambiar nuestros deseos pecaminosos .....	187
22. Nuestra parte: 1º Pedir ayuda para superar nuestros deseos pecaminosos.....	199
23. Nuestra parte: 2º Hablar de nuestros deseos pecaminosos .....	211
24. Nuestra parte: 3º Someter a Dios nuestros deseos pecaminosos .....	217
25. Los deseos pecaminosos: Comentarios finales .....	221
Tercera parte: <b>Cambiar nuestra conducta pecaminosa</b>	
Tercer alto en el camino .....	231
26. La parte de Dios: Concedernos las fuerzas necesarias .....	233
27. Nuestra parte: 1º Pedir ayuda para superar nuestra conducta pecaminosa .....	237
28. Nuestra parte: 2º Hablar de nuestra conducta pecaminosa.....	243
29. Nuestra parte: 3º Abstenernos de nuestra conducta pecaminosa .....	253
30. Abstinencia y entrega.....	263
Cuarta parte: <b>Consideraciones finales</b>	
Cuarto alto en el camino .....	269
31. Ilustrando la alabanza y la acción de gracias.....	271
32. Cambiar nuestras actitudes.....	287
33. Cómo alcanzar la moderación .....	299
34. Un fracaso exitoso .....	311
<b>CONCLUSIÓN</b> .....	321
Apéndice A: <b>Los Doce Pasos de Alcohólicos Anónimos</b> .....	325
Apéndice B: <b>Adicción, dependencias y cristianismo</b> .....	329

Las citas bíblicas están tomadas de la versión Reina-Valera, revisión de 1960, que publica las Sociedades Bíblicas Unidas; salvo en los casos en que se indica que han sido reproducidas de la versión *Dios Habla Hoy* (DHH), igualmente de las Sociedades Bíblicas Unidas, o tomadas de la Nueva Versión Internacional (NVI) de la Sociedad Bíblica Internacional, o bien de la Nueva Reina-Valera (NRV) de la Sociedad Bíblica Emanuel.

# Libros de Elena G. de White

## CLAVE DE ABREVIATURAS

CC	<i>El camino a Cristo</i>
CP	<i>Colección de Paulson</i>
CRA	<i>Consejos sobre el régimen alimenticio</i>
CS	<i>El conflicto de los siglos</i>
CTBH	<i>Christian Temperance and Bible Hygiene</i>
DMJ	<i>El discurso maestro de Jesucristo</i>
DTG	<i>El Deseado de todas las gentes</i>
HH	<i>Hijos e hijas de Dios</i>
JT	<i>Joyas de los testimonios, 3 tomos</i>
Mar	<i>Maranatha</i>
MC	<i>El ministerio de curación</i>
MCP	<i>Mente, carácter y personalidad, 2 tomos</i>
MGD	<i>La maravillosa gracia de Dios</i>
MR	<i>Manuscript Releases, 12 tomos</i>
MS	<i>Mensajes selectos, 3 tomos</i>
PVGM	<i>Palabras de vida del gran Maestro</i>
RH	<i>Review and Herald</i>
1-9T	<i>Testimonios para la iglesia, 9 tomos.</i>
TCS	<i>Testimonios sobre la conducta sexual, adulterio y divorcio</i>

# Prólogo

“Entonces el dragón se llenó de ira contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo” (Apoc. 12: 17). Este pasaje es muy conocido para los adventistas del séptimo día. El dragón, por supuesto, es Satanás, y la mujer es la iglesia. Creo que este versículo predice las pruebas del pueblo de Dios durante los días finales de la historia de la tierra. También creo que nosotros estamos entre esas personas y que Dios nos ha comisionado para advertirle al mundo acerca del rugido del dragón.

Al anticipar la crisis final de la tierra es fácil enfocar nuestra atención en los acontecimientos que tendrán lugar durante esas semanas, meses y años. También es fácil suponer que casi toda la ira del dragón se canalizará como una persecución externa. La verdad, no obstante, es que desde el día en que fue lanzado a la tierra, el dragón ha estado ocupado mayormente en atacar el corazón humano. La batalla real que cada uno debe entablar no es contra el dragón *exterior*, sino contra el dragón



## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

*interior.* Por eso es que, al anticipar la crisis final, debemos enfocar nuestros esfuerzos más intensos en conquistar el dragón *interno*.

No nos atrevamos a esperar conquistarlo cuando comience la crisis final. Necesitamos aprovechar toda estrategia que el cielo nos ofrece para conquistarlo cada día y ahora mismo.

Debido a que creemos que Dios suscitó el movimiento adventista hace 150 años para advertir al mundo contra esta crisis final, le hemos dedicado a la misma mucha atención. Desdichadamente, muchos de nosotros hemos empleado más tiempo en asuntos externos que en lo interno. Pero gracias a Dios, durante todos estos años, hemos tenido el beneficio del don de profecía. Elena G. de White continuamente se refirió al conflicto interno, incluso en sus escritos donde describió vívidamente el conflicto externo.

Por desgracia, a veces hemos entendido mal su consejo respecto al conflicto interno, lo que en algunos casos nos ha llevado a un perfeccionismo enfermizo. Me gustaría compartir con usted dos de sus declaraciones que a menudo se malinterpretan:

“Los que vivan en la tierra cuando cese la intercesión de Cristo en el santuario celestial deberán estar en pie en la presencia del Dios santo sin mediador. Sus vestiduras deberán estar sin mácula; sus caracteres purificados de todo pecado por la sangre de la aspersión. Por la gracia de Dios y sus propios y diligentes esfuerzos, deberán ser vencedores en la lucha contra el mal. Mientras se prosigue el juicio investigador en el cielo, mientras que los pecados de los creyentes arrepentidos son quitados del santuario, debe llevarse a cabo una obra especial de purificación, de liberación del pecado, entre el pueblo de Dios en la tierra” (CS 478).

“Ahora, mientras nuestro gran Sumo Sacerdote está haciendo propiciación por nosotros, debemos tratar de llegar a la perfección en Cristo. Nuestro Salvador no inducido a ceder a la tentación ni siquiera en pensamiento. Satanás encuentra en los corazones humanos algún asidero en que hacerse firme; es tal vez algún deseo pecaminoso que se acaricia, por medio del cual la tentación se fortalece. Pero Cristo declaró al hablar de sí mismo “Viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí” (S. Juan 14: 30). Satanás no pudo encontrar nada en el Hijo de Dios que le permitiese ganar la victoria. Cristo guardó los mandamientos de su Padre y no hubo en él ningún pecado del que Satanás pudiese sacar ventaja. Esta es la condición en que deben encontrarse los que han de poder subsistir en el tiempo de angustia” (CS 680-681).

Nuestra comprensión equivocada de estas declaraciones estriba específicamente en la perfección descrita por Elena G. de White. Algunos adventistas insisten en que debemos ser “perfectos” a fin de estar preparados espiritualmente para la crisis final. No intentaré referirme aquí a

esta idea. Este libro es mi respuesta, aunque me referiré al tema de manera específica en la “Conclusión”.

Mientras tanto, me gustaría llamar su atención a una frase que está en la primera declaración de arriba. Elena G. de White dijo: “Sus vestiduras deberán estar sin mácula; sus caracteres purificados de todo pecado por la sangre de la aspersión”. Note la palabra *caracteres*.

En otro pasaje importante acerca del tiempo del fin en *Palabras de vida del gran Maestro*, Elena G. de White dijo: “Es en la crisis cuando se revela el *carácter*” (PVGGM 339).

Declaraciones como estas sugieren que un *carácter* perfecto es la preparación que todos necesitamos para conquistar al dragón en la crisis final de la tierra. Elena G. de White continuó señalando que será demasiado tarde para moldear el carácter después que haya comenzado la crisis final (ver CS 680, 681). Si hemos de estar preparados entonces, hemos de conquistar el dragón interno ahora.

Por eso escribí este libro. En *El desafío del tiempo final*, enfoqué parcialmente este tema. Sin embargo, ese libro fue una combinación de eventos del tiempo del fin y el desarrollo del carácter. Con la excepción del “Prólogo” y la “Conclusión”, este libro trata exclusivamente de la preparación espiritual que debemos hacer para el tiempo del fin. Tengo planes de dedicarme nuevamente a los eventos del tiempo final en un libro posterior, pero creo que este libro es más urgente.

Me gustaría decir unas pocas palabras sobre el contenido y la organización de este libro. Como se puede ver en la Tabla de contenido, está dividido en dos secciones. La Primera Sección trata de la justificación y la Segunda, de la santificación. He tratado ambos conceptos separadamente porque esto nos ayuda a entenderlos mejor. No obstante, en la realidad son parte de un todo. He destacado este hecho al referirme a los dos conceptos repetidamente en ambas secciones.

Con respecto a la justificación, hay varias líneas de pensamiento en el adventismo de hoy. Si usted está enterado en algún grado de estos asuntos, verá que he adoptado e intentado clarificar uno de ellos. Tengo un favor que pedir a los que dudan de la validez de la posición que tomo en la Primera Sección. Antes de emitir juicio sobre lo que digo allí, por favor complete la lectura de la Segunda Sección. En otras palabras, haga el favor de interpretar la Primera Sección dentro del contexto del libro en su totalidad. De otra manera, es muy posible que interprete mal mis comentarios acerca de la justificación.

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

Notará al entrar en la Segunda Sección que utilizo bastante los conceptos que han surgido dentro del “movimiento de recuperación” moderno, incluyendo Los Doce Pasos de los Alcohólicos Anónimos. He estado en un proceso de recuperación (no del alcoholismo, sino del exceso de trabajo [*workaholism*]) durante cerca de tres años. He encontrado que los conceptos expresados en Los Doce Pasos me han resultado sumamente útiles: me ayudaron a entender y aplicar los principios bíblicos de la santificación y el desarrollo del carácter. Algunas personas dudan de la validez del movimiento de recuperación y Los Doce Pasos como herramientas útiles para los cristianos en su lucha contra el pecado. Nuevamente le ruego que lea todo lo que digo antes de juzgar cualquier declaración aislada.

Espero que EL DRAGÓN QUE TODOS LLEVAMOS DENTRO ¿CÓMO VENCERLO? lo ayude a comenzar a triunfar en todo lo que ha sido tentado y ha fracasado. Y espero que lo ayude a prepararse para conquistar al dragón externo durante el terrible tiempo de prueba que por muchas razones parece estar muy próximo. Lo más importante es que espero que el carácter que usted desarrolle hoy, mañana y pasado lo prepare para recibir a Jesús cuando venga.



## PRIMERA SECCIÓN

**Cómo trata Jesús a los pecadores  
que anhelan la victoria:**

# LA JUSTIFICACIÓN

# Capítulo 1

## DESESPERACIÓN

Una mañana, hace varios años, me encontraba hojeando un ejemplar de *Insight*, la revista juvenil en inglés de la Iglesia Adventista. Algunos párrafos en la sección de “Cartas al director” me llamaron la atención:

“¿Cuál será la solución, si uno ha pedido perdón y confesado, está dispuesto a abandonar su pecado, ha orado fervientemente y se ha consagrado a Dios, solo para darse cuenta que ha caído nuevamente en el mismo pecado?”

En algún lugar le falta un eslabón vital a la cadena que me permite llegar a ser como Cristo. ¿Habrà alguien que haya recorrido el camino antes que yo? ¿Alguien que haya encontrado la respuesta, una solución factible que resulte en una alabanza triunfante al final del día, de todo corazón, dedicada al Amigo que ha hecho tanto por nosotros? ¡Qué cambio sería ese! Estoy totalmente de acuerdo con la idea de vivir de ‘victoria en victoria’, pero ¿cómo hacerlo?” (19 de marzo, 1974).

La carta aparecía en forma anónima, así que nunca sabré quién la escribió. Pero hay un hecho verdadero en la misma: su autor estaba desesperado.

¿Se ha sentido usted así alguna vez?

Yo sí.

Los pastores nos han dicho que la victoria sobre el pecado la obtendremos si tan solo entregamos nuestra voluntad a Jesús. “Haz de su voluntad tu voluntad”, afirmaban. “Acude al pie de la cruz. Cae sobre la Roca para que seas desmenuzado”.

Eran palabras agradables y animadoras; por lo menos así me parecían a simple vista. Pero la realidad era muy distinta. Cuando me iba a casa,

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

descubría que estaba viviendo de igual manera que antes: intentaba vencer mis tentaciones y tenía tantos fracasos como victorias.

¡Dios conoce el entusiasmo con que intentaba entregarle mi voluntad a Jesús! Pero parecía que mientras más trataba, más se alejaba de mí el “pie de la cruz”. Y eso de “caer sobre la Roca”, aunque es cierto que Jesús lo dijo, no había forma de que yo entendiera cómo lograrlo.

Quizá la Biblia me ayude, me decía. ¿No aseveró Pablo que “todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Fil. 4: 13)?

¡Magnífica idea!

Espero que la misma le haya sido de utilidad a alguien, porque en aquel entonces no me sirvió de nada. Me identificaba mucho más con el Pablo de Romanos: “No hago lo que quiero, sino lo que aborrezco” (Rom. 7: 15). ¡En mi lucha contra el dragón, perdía mucho más terreno del que ganaba!

¡Tengo malas noticias para usted! El autor de aquella carta dirigida a *Insight* no estaba solo. Millones de cristianos, incluyendo a miles de adventistas, se identifican demasiado con sus sentimientos. No necesitan que la Biblia les diga que los pecados que acarician están destruyendo su felicidad y quizá su salud mental. Además de las razones que encuentran en la Biblia, saben que deben abandonarlos por su propio bien. La Biblia simplemente le añade una perspectiva moral que convierte a cada fracaso en una razón para afligirse aún más.

La mayor parte de nosotros encuentra que a veces funciona parte del tiempo. “¡Dios mío, ayúdame a no hacerlo!”, musitamos. Luego apretamos los puños y rechinamos los dientes, y efectivamente no lo hacemos. ¡Estamos limpios! ¡Aceptados! Estamos de vuelta a una relación aceptable con Dios. Salvados al fin. Después de todo, ¿no nos ha dado Dios muestras de todo esto al concedernos la victoria? La gente que no ha sido salvada no experimenta ese tipo de victoria, ¿no es cierto?

Otra información preocupante es que quienes actúan de esa forma invariablemente sucumben ante la misma tentación. Quizá es algo que no sucederá la misma semana. Quizá permanezcan limpios un mes o un año. Pero tarde o temprano, en algún momento, casi siempre... Ese dragón que llevamos ahí dentro todos, saldrá victorioso.

Me pregunto: ¿Será que el lector de *Insight* se refería a algo parecido? ¿Será que se sentía en la cima de la montaña un día y en el abismo al siguiente? ¿Un abismo al cual se veía arrastrado a pesar de sus mejores



intenciones y de sus más vigorosos esfuerzos? ¿Un abismo del cual no parecía haber escapatoria, de donde ni siquiera Dios podría sacarlo?

Sí, para algunos cristianos la vida ha sido una continua lucha durante años. Presentan buena imagen, aunque ocultan su verdadero rostro tras una máscara. Asisten sonrientes a la iglesia cada semana, y le cuentan a todo el mundo lo maravilloso que es ser cristiano. Es posible que hasta entierren profundamente el pasado en el sótano de sus mentes; pero un día la tentación los abruma y caen de nuevo al abismo.

La sociedad no debe enterarse, y mucho menos la iglesia. Hay que mantener una imagen, proteger una reputación. Regresan a la iglesia el próximo sábado con la misma sonrisa plástica en el rostro.

Sin embargo, algunos cristianos son más honestos. Cuando las cosas no funcionan, se quitan la máscara y dejan la iglesia. Algunos inclusive abandonan a Dios. Sospecho que muchos a quienes les colocamos la etiqueta de “apóstatas” estarían todavía con nosotros si hubieran podido lograr acoplarse a la vida cristiana. No es que no les *agrade* estar en la iglesia. Lo que sucede es que abandonar la iglesia es más fácil y menos frustrante que seguir intentando adaptarse a las normas cristianas para fracasar una y otra vez.

Esas son las malas noticias.

Gracias a Dios, también tengo buenas noticias para usted. Dios *ha provisto* una salida. Se llama “plan de salvación”. No voy a entrar en detalles en este capítulo, pero de esto se trata el resto del libro que describe cómo usted puede alcanzar la victoria sobre las tentaciones. Explica cómo podrá conquistar ese incómodo pecado que pensaba le perseguiría por el resto de su vida.

Escribí este libro para compartir con usted dos tipos de esperanza que Dios me ha dado: primero, que la victoria sobre el pecado *es* posible; y segundo, que Dios permanecerá a su lado durante el proceso para obtener la victoria. Espero que para cuando usted llegue a la “Conclusión” de la obra, también esté en condiciones de vencer al dragón del pecado que acecha dentro de usted.

## Capítulo 2

# CÓMO TRATA DIOS A LOS CRISTIANOS QUE COMETEN ERRORES

Hace varios años, cuando era pastor de una iglesia en Texas, tuve que pedirle a un maestro de Escuela Sabática que renunciara. Esto fue algo muy difícil, porque se trataba de un ministro jubilado que durante algún tiempo había desempeñado un destacado cargo en la Iglesia Adventista. Tuve que hacerlo debido a que dicho hermano sostenía una interpretación particular sobre la salvación que me parecía incorrecta y que estaba creando desánimo en la iglesia. No me habría opuesto a que expresara su posición de manera esporádica, sin embargo, decidió hacer una campaña en favor de su teología. Su clase de Escuela Sabática se dividió y me di cuenta que si continuaba como maestro, toda la iglesia iba a verse afectada.

El meollo de la controversia era la pregunta: ¿Cómo considera Dios a los cristianos que pecan después de haberse convertido? Aquel maestro de Escuela Sabática afirmaba de manera insistente que cada vez que un cristiano peca, de inmediato se interrumpe su relación con Jesús, la cual no podrá restablecerse hasta que el pecado sea confesado. Afirmaba asimismo que si aquella persona moría antes de confesar su pecado, se perdería.

A simple vista, aquella teología parecía razonable. A los seres humanos nos gustan las definiciones concisas, y esta lo es hasta el punto de ser casi una fórmula: La acción A conduce al resultado A. La acción B invierte el proceso y obtenemos el resultado B. Si lo expresamos como una ecuación:

**Acción A ———>**  
**Pecado ———>**

**Resultado A**  
**Relación quebrantada**

**Acción B ———>**  
**Confesión ———>**

**Resultado B**  
**Relación restaurada**

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

Es lamentable que esta idea parezca correcta por su terminología; sin embargo, dista mucho de la verdad. He hablado con numerosas personas que anteriormente creían en esta teoría y me han dicho que casi se volvieron locas. No podían encontrar paz alguna en su experiencia cristiana. Se sentían como si estuvieran saltando dentro y fuera de la salvación como una pelota que rebota en una cancha. ¡Una dama hasta me confesó que dicha creencia la había llevado al espiritismo!

Algunos que aceptan dicha teoría, afirman que ir rebotando desde adentro hacia afuera de la salvación no es un problema, porque en el momento que una persona convertida reconoce que algo es incorrecto, dejará de hacerlo. Incluso he escuchado a creyentes afirmar que cuando uno ha sido salvo, deja de pecar. Y naturalmente, cuando llegamos a este punto tenemos que comenzar a preocuparnos.

### La justificación

El asunto que está en discusión en este debate es la doctrina de la justificación. Para saber cómo trata Dios a los cristianos que pecan después de convertidos, necesitamos entender claramente el concepto de la justificación. Así que hablemos del tema.

La justificación significa dos cosas:

#### **Perdón Declarado justo**

Vayamos en orden.

*Perdón.* Pablo dice claramente en Romanos que la justificación significa perdón. Comencemos con dos versículos:

“Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda; mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia” (Rom. 4: 4, 5)

¿Observó la palabra *justifica* en la última frase? No hay duda alguna. Pablo se refiere a la justificación en este párrafo. Sin embargo, no quiere que aceptemos meramente su palabra como una prueba de la actitud de Dios hacia los pecadores, así que refuerza su argumento con una cita de los Salmos que habla acerca del perdón:

“Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos. Bienaventurado el varón a quien el Señor no inculpa de pecado” (Rom. 4: 7-8).



Es claro que *justificación* significa “perdón”. Justificación es uno de esos conceptos teológicos que confunden a algunas personas. Así que la próxima vez que alguien le pregunte: “¿qué significa justificación?”. Utilice una definición abreviada. Dígale que quiere decir “perdón”.

*Declarado justo.* La otra definición de *justificación* es “ser declarado justo”. Si bien esta definición es igualmente sencilla, es un poco más difícil de explicar. Es un asunto clave, así que preste atención. Comenzaremos por analizar Romanos 3: 20, donde Pablo nuevamente habla de la justificación. Para que el punto sea lo más claro posible, necesitamos leer la cita en dos versiones: la Reina-Valera y *Dios Habla Hoy*.

Reina-Valera	Dios Habla Hoy
Ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él.	Porque Dios no declarará a nadie libre de culpa por haber cumplido la ley.

Observe que donde la Reina-Valera dice “justificado”, la versión *Dios habla hoy* dice “declarará [...] libre de culpa”. Esto no es una contradicción. La palabra griega *dikaios*, de donde proviene la palabra *justificado*, significa “declarar justo”. Por lo tanto, una persona que ha sido justificada, ha sido declarada justa.

Elena G. de White dice exactamente lo mismo en su libro *El camino a Cristo*, aunque la fraseología sea algo diferente:

“Sin embargo, su vida fue impecable. Murió por nosotros, y ahora ofrece quitar nuestros pecados y vestarnos de su justicia. Si te entregas a él y lo aceptas como tu Salvador, por pecaminosa que haya sido tu vida, gracias a él serás contado entre los justos. El carácter de Cristo reemplaza el tuyo, y eres aceptado por Dios como si no hubieras pecado” (CC, APIA 2005, 94).

*Declarado justo y contado entre los justos* son conceptos similares. Si existe una diferencia entre ellos, no importa en este momento. Las preguntas que surgen son: ¿Qué significan esos conceptos? ¿Qué quiere decir ser declarado justo, o ser contado entre los justos?

Examinemos la frase *declarado libre de culpa* [o *justo*] con mayor detenimiento. “Declarar” significa decir algo con vigor, proclamarlo como algo verdadero y decisivo. “Justicia” significa bondad, perfección. Si juntamos ambas ideas, tendremos que *declarar justo* significa que algo o al-

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

guien es esencialmente bueno y perfecto. La justificación es entonces, justicia por proclamación. Dios proclama que el pecador es justo.

En los días de Pablo, *dikaioō* (declarado justo) era un término legal. En una de sus acepciones constituía una proclamación judicial de inocencia. El asunto no era si determinada persona era de hecho inocente, porque el juez que emitía la proclamación quizá no tenía suficiente información para determinar la inocencia del acusado con absoluta certeza.

Los escritores del Nuevo Testamento tomaron este término del griego y lo aplicaron de una manera más abarcante que la terminología legal de su tiempo. Dios *sabe* que usted y yo somos culpables, pero por gracia nos declara inocentes. En nuestros días un indulto judicial es algo similar. El funcionario, o el juez que firma el indulto, sabe que el acusado es culpable, pero decide tratarlo como si no lo fuera. Por eso la palabra *justificar* puede significar “declarar justo”, lo mismo que “perdonar”.

Es fundamental entender que la justificación significa declarar justo *a pesar de que existen evidencias de una conducta impropia de parte del pecador*. En Romanos 3, aparece una de las disquisiciones de más relieve sobre la justificación en el Nuevo Testamento, allí Pablo declara en forma inequívoca que “no hay justo, ni aun uno”; “todos pecaron” (Rom. 3: 10, 23). El asunto no es si hay suficientes evidencias para condenarnos. Nuestros pecados están registrados en los libros del cielo para ser comprobados por todo el universo. *¡Todo ser humano es culpable delante de Dios!* Nuestra única esperanza es una proclamación judicial, una declaración de que somos justos a pesar de nuestras fallas.

En eso consiste la justificación.

La justificación es casi una ficción. *Hemos* pecado. *Somos* culpables. Pero, a pesar de este hecho reconocido, Dios nos trata como si fuéramos perfectos.

## El carácter de Cristo y nuestro carácter

Permítame volver sobre mis pasos y analizar otro pensamiento en la declaración de Elena G. de White que citamos hace poco. Para proveerle un contexto, citaré la frase en la que ella utiliza la expresión *contados entre los justos*. Sin embargo, deseo que usted preste atención a la frase que sigue, en especial a lo que se ha resaltado en cursiva:

“Si te entregas a él y lo aceptas como tu Salvador, por pecaminosa que haya sido tu vida, gracias a él serás contado entre los justos. *El carácter de Cristo reemplaza el tuyo, y eres aceptado por Dios como si no hubieras pecado*” (CC, APIA 2005, 94).

En esa última frase, Elena G. de White explica con mayores detalles cómo se produce la justificación. Dice que el carácter justo de Cristo reemplaza nuestro carácter pecaminoso, y es por eso que Dios puede aceptarnos como si no hubiéramos pecado.

Esta declaración de Elena G. de White le añade en efecto una dimensión básica a la justificación, algo que todavía no hemos considerado con detenimiento.\* Hasta este momento hemos hablado de la justificación como el perdón recibido por las acciones pecaminosas que hemos cometido en el pasado. Sin embargo, la declaración de Elena G. de White lleva este concepto un paso más lejos al aplicarle también la justificación a nuestro carácter pecaminoso en el presente.

El carácter es lo que una persona es en su interior: sus pensamientos, sentimientos, actitudes y motivos. La Biblia dice en forma muy clara que los seres humanos son pecaminosos, no solo en sus actos externos, sino en lo más profundo de su ser. “He aquí, en maldad he sido formado —dice el salmista—, y en pecado me concibió mi madre” (Sal. 51: 5). En la gestación, e incluso al momento de nacer, una persona no ha tenido la oportunidad de hacer nada incorrecto. Por lo tanto, estar en pecado en el momento de la concepción se refiere a ser pecador en lo más íntimo de su ser.

En el Evangelio de Marcos, luego de mencionar una larga lista de pecados como el asesinato y el adulterio, Jesús dijo: “Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre” (Mar. 7: 20-23). Nuevamente, el problema del pecado trasciende los actos pecaminosos que cometemos. Somos pecadores en nuestro ser interno, esto es, en nuestro carácter.

Según Elena G. de White, Dios declara, o considera, nuestros caracteres como justos a pesar de nuestros pecados pasados. “El carácter de Cristo reemplaza el tuyo, y eres aceptado por Dios como si no hubieras pecado”. En otras palabras, Dios nos atribuye internamente a usted y a mí las virtudes de Cristo, como si nosotros también fuéramos así interiormente.\*\*

Repito, la justificación es casi una ficción. *Somos* pecadores internamente. Nuestro carácter es malo. Pero a pesar de ello, Dios nos trata como si fuéramos internamente perfectos. Él lo puede hacer porque “el carácter de Cristo reemplaza” el nuestro. Lo que Cristo es interiormente, se convierte en lo que Dios considera que somos en nuestro ser interno.

---

\* Ver nota adicional n° 1 al final del capítulo.

\*\* Ver nota adicional n° 2 al final del capítulo.

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

Permítame explicarlo utilizando una analogía. Imagine que usted está en la orilla de un lago rodeado de montañas cubiertas de pinos. Varios picos rocosos sobresalen por encima de los pinos y blancas nubes se ven por encima de las montañas. “*Tengo* que tomar una foto de este hermoso paisaje”, se dice usted mientras corre hasta su automóvil. Toma su cámara, vuelve al lago, enfoca y dispara. Cuando llega de vuelta a su casa, envía el rollo por correo para ser procesado. Días más tarde abre su buzón y allí está el sobre de la empresa que reveló las fotografías.

Usted abre el paquete y comienza a ver las fotos. Cuando llega a la imagen esperada puede ver el lago, las montañas, los árboles y los picos rocosos. Pero, ¿dónde están las nubes? Se ven borrosas, casi invisibles. Casi no se puede distinguir entre las nubes y el cielo.

¿Por qué habrá salido así aquella foto?

Porque usted no utilizó filtro. Un filtro es un accesorio que los fotógrafos colocan delante del lente para alterar la luz que entra a la cámara. El filtro correcto habría eliminado la parte del espectro solar que hace que las nubes salgan borrosas. Si lo hubiera utilizado, las nubes en su foto se habrían destacado tanto como en la vida real.

*Jesús es un filtro para el pecado.*

Digamos que usted se encuentra ante el trono de Dios en el cielo. Por supuesto, cualquier pecador que se atreva a hacer algo así, y hasta ahora nadie se ha atrevido, sería consumido instantáneamente. Pero a usted no le sucede nada. ¿Por qué? Porque Jesús se coloca entre usted y el Padre, como una especie de filtro para el pecado. El carácter de usted es completamente defectuoso, pero Dios lo contempla a través de Jesús, y él filtra cualquier falta. Cuando Dios lo mira a través de Jesús, es como si usted tuviera el carácter de Jesús.

Es lo que quiso decir Elena G. de White cuando escribió: “El carácter de Cristo: reemplaza el tuyo, y eres aceptado por Dios como si no hubieras pecado”.

Una impactante declaración, ¿no le parece? Ahora consideremos por qué es tan importante.

### **¿Por qué es tan fundamental?**

Al mismo tiempo que Dios lo justifica a usted, también lo salva. Le da vida eterna. Ser justificado es ser salvado. Si usted muriera en el momento en que Dios lo ha justificado, vivirá por la eternidad en su reino.

Y esto nos lleva a una sorprendente conclusión: Dios nos salva, a usted y a mí, aun siendo pecadores. No exige que venzamos primero todos nuestros pecados, ni siquiera una porción de ellos, o un tipo particular de pecado. No exige que tengamos un carácter perfecto para ser salvos. Nos acepta con el horrible registro de nuestros pecados pasados, y nos acepta con la presente condición pecaminosa de nuestro carácter. No es de extrañar que Pablo exclamara:

“¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!” (Rom. 11: 33).

En los capítulos que siguen veremos que la aceptación de Dios, y la aceptación de Cristo, aun cuando somos pecadores, tiene poderosas implicaciones. Afecta no solamente nuestra paz mental, sino también la posibilidad de obtener la victoria sobre el pecado.

Por ahora, ¡alegrémonos de que esto es un hecho verdadero!

### **Nota nº 1**

La justificación es un concepto bíblico, y es mejor dejar que la Biblia lo defina en su propia terminología. Por eso comencé nuestra definición haciendo referencia a la Biblia. Sin embargo, Elena G. de White en diversas ocasiones empleó términos bíblicos de una manera diferente a los escritores sagrados. Esto no significa que sus usos y definiciones estén mal utilizados, siempre y cuando no contradigan lo que dijeron los escritores de la Biblia. Los adventistas creen que ella también habló inspirada por Dios, y por lo tanto es apropiado que estudiemos sus conceptos y los aceptemos como correctos.

### **Nota nº 2**

No estoy seguro que la Biblia mencione la forma en que se aplica la justificación al carácter, de una manera tan clara como lo hace Elena G. de White. No obstante, la idea aparece en forma implícita en las declaraciones de Pablo sobre la justificación. Aunque nunca utiliza la palabra *carácter*, sí utiliza otra palabra íntimamente relacionada. Habla de la *mente pecaminosa*. Por eso, en Romanos 1: 28 dice que Dios “los entregó [a los impíos] a una mente reprobada”. Más adelante define al pecado, no meramente desde el punto de vista de la conducta, sino sobre la base de lo que denominaríamos como *carácter*. “[Están] atestados de toda injusticia, for-



## Capítulo 3

# LA PLATAFORMA PETROLÍFERA

Nunca he estado en una plataforma petrolífera marina. No recuerdo siquiera haber visto una desde un avión. Sin embargo, he visto muchas fotos de ellas, y estoy seguro de que usted las ha visto también, así que ambos sabemos la apariencia que tienen.

Cuatro enormes columnas sobresalen del mar, sus extremidades inferiores están ancladas en el profundo suelo oceánico. Una enorme plataforma de acero se construye sobre esos pilares y sobre la misma se levanta un enorme equipo para bombear petróleo. Encima y dentro de la plataforma se habilitan áreas para la maquinaria y las habitaciones de los obreros. Cuando se completa la plataforma, llegan los trabajadores y comienza el trabajo.

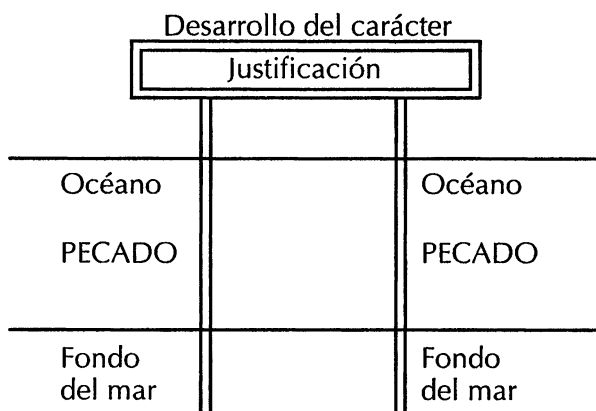
Por favor tome nota de lo siguiente porque es de importancia crucial: *El único propósito de la plataforma es proveer un lugar seguro para llevar a cabo el trabajo.*

Incluso cuando el mar ruge embravecido bajo ella, el trabajo continúa. La plataforma se encuentra por encima de las olas. No importa lo altas que estas sean, o lo fuerte que sople el viento. Los enormes pilares afirmados en el fondo del mar le dan estabilidad a la plataforma. El trabajo continúa en la superficie porque la *plataforma provee un lugar seguro donde llevar a cabo el trabajo de los obreros*. Si no se realizara ninguna labor en ella, la plataforma sería una multimillonaria pérdida de tiempo y dinero.

Esto es una analogía del pecado y la salvación. Me gustaría comparar al mar con el pecado, y a la plataforma que descansa sobre las columnas

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

que sobresalen del agua, con la justificación. El trabajo que se realiza sobre la plataforma lo denominaremos *desarrollo del carácter*. El diagrama que sigue lo ayudará a entender lo que digo:



La plataforma representa la justificación. Dios la preparó a fin de proveer un lugar seguro para realizar el desarrollo del carácter.

Lo bueno y lo malo que usted y yo *hacemos* tiene su origen en lo que *somos* internamente. Las buenas obras nacen de un buen carácter y las malas obras surgen de un carácter torcido. Siendo que todos los seres humanos son pecadores que hacen cosas incorrectas, podemos decir con certeza que todos tienen un carácter defectuoso. Nuestro objetivo como cristianos es cambiar en algo bueno todo lo malo que tenemos. De esa forma nuestras obras serán buenas en vez de malas.

El diagrama anterior muestra que la justificación es la plataforma sobre la cual se lleva a cabo la obra del desarrollo del carácter. *El desarrollo del carácter tiene que ser apoyado por la justificación*. A menos que usted y yo seamos justificados, la transformación de nuestro carácter, en el sentido cristiano, será algo imposible.

Usted notará que el agua debajo de la plataforma se denomina "pecado". Cuando usted y yo comenzamos a vivir, nadábamos de un lugar a otro en el mar del pecado y nos encantaba. Pero cuando Jesús llegó a nuestra vida, nos levantó de aquel mar y nos colocó en la plataforma de la justificación. Es de vital importancia entender que la justificación ocurre en el momento en que usted y yo aceptamos a Jesús como nuestro Salvador. Somos justificados en el instante en que nuestros pies tocan la plataforma, y en ese preciso instante somos salvos. En ese momento Dios

comienza a vernos a través de Jesús, el filtro del pecado, y nos trata como si tuviéramos el carácter perfecto de Jesús aunque no sea así. Si muriéramos en aquel instante, se nos garantizaría un lugar en el reino eterno de Dios.

Nuestras buenas obras no tienen absolutamente nada que ver con la acción de subir a la plataforma. *No podemos comenzar a hacer buenas obras hasta que nuestros pies se afirmen en la plataforma.* La obra del desarrollo del carácter que se inicia después que Dios nos coloca en la plataforma es lo que hace posible las buenas obras.

Lo que diré a continuación es de suma importancia para su paz mental como cristiano. Es precisamente la analogía de la plataforma petrolífera la que me ayuda a explicar lo que quiero afirmar. Así que continúe leyendo aunque todo aparente ser una serie de detalles insignificantes.

De vez en cuando tropiezo con cristianos que consideran que el desarrollo del carácter es algo que sucede en un instante. Dicen que quienes se han convertido de veras dejan de pecar. “Si usted todavía sigue cayendo en pecado”, dicen, “es prueba de que no se ha convertido”. *Esto sencillamente no es verdad.* La transformación del carácter no se produce instantáneamente. Esto debiera ser algo muy obvio para cualquier cristiano que haya luchado al menos con un pecado. Sin embargo, reforcemos este punto con alguna cita inspirada.

Pablo dijo: “No que lo haya alcanzado ya, *ni que ya sea perfecto* [...]” (Fil. 3: 12). Después de muchos años de haber sido cristiano, Pablo admitió que todavía le faltaba mucho para ser perfecto. Pedro dijo que necesitamos añadir a nuestra fe, bondad, “a la virtud conocimiento; al conocimiento, dominio propio” (2 Ped. 1: 5-6). No alcanzamos todos estos rasgos de carácter de una vez. Los vamos añadiendo paulatinamente.

Elena G. de White entendía que la transformación del carácter toma tiempo. Incluso utilizó las palabras de Pedro para probarlo:

“El carácter cristiano no se logra en un instante, sino que día tras día hemos de añadir a nuestra fe, virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal, y al afecto fraternal, amor. De esta forma es como hemos de ser preparados para la venida de Cristo” (RH, 4 de abril de 1891, el énfasis es nuestro).

Sin embargo algunos de los lectores podrán decir: “Es cierto que el desarrollo del carácter toma tiempo. Pero cada vez que un cristiano des-

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

cubre un pecado que no había advertido antes, debe abandonarlo inmediatamente”.

Es una hermosa teoría, pero no concuerda, ni con la evidencia inspirada, ni con los hechos de la vida cristiana.

Regresemos a Pablo quien luchó a brazo partido con el pecado y no ganó la victoria en su primer intento. “Pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago” (Rom. 7: 15). Pablo no hablaba acerca de un pecado desconocido, o un pecado de ignorancia, porque dijo que *quería* hacer el bien y que *detestaba* hacer el mal. Más adelante afirmó que se deleitaba en la ley de Dios, “pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?” (Rom. 7: 23-24).

¡Pablo estaba desesperado! Se parece al lector de *Insight* que citamos en el capítulo 1. ¿Habla de algo que le es familiar a usted? Temo que sí. Si usted es como Pablo y como yo, podrá recordar todas las ocasiones que hizo algo que sabía a las claras que estaba mal, pero que fuerzas extrañas lo llevaron a hacerlo como un imán atrae al hierro.

Juan afirma que Dios desea que obtengamos la victoria. Sin embargo, coincide con Pablo al decir que los cristianos no vencen al pecado instantáneamente, en el momento en que lo reconocen. “Mis queridos hijos, les escribo estas cosas para que no pequen. Pero si alguno peca, tenemos ante el Padre a un intercesor, a Jesucristo, el Justo.” (1 Juan 2: 1, NVI). El blanco de Dios para nosotros es la victoria total, aunque él es sumamente realista acerca de la probabilidad que tenemos de alcanzar la victoria en nuestro primer intento.

Elena G. de White lo expresa claramente: “Los malos hábitos no se vencen con un único esfuerzo. El yo sólo se puede dominar después de largos y arduos combates” (4T 605).

Este es el meollo del asunto: no espere vencer todas sus tentaciones al primer intento. De hecho, no espere vencerlas sin una lucha *larga y severa*.

En otro lugar, Elena G. de White dice: “Fracasaremos con frecuencia en nuestros esfuerzos por imitar el modelo divino” (1MS 395). ¿Piensa que esto se refiere a una victoria lograda en un primer intento?

Hace algún tiempo encontré un hermoso pensamiento en un libro escrito por un grupo de cristianos que participaban en un programa de recuperación denominado Los Doce Pasos. “Sería necio no anticipar recaídas” (*The Twelve Steps: A Spiritual Journey*, 26).

Algunos cristianos que hemos conocido se sienten molestos (¿sería osado decir que estaban airados?), ante una declaración semejante. “¡No debiera existir una excusa para pecar!”, exclaman.

Estoy de acuerdo. Nunca dije que existiera alguna excusa para pecar. Solo pretendo ser realista acerca de la posibilidad de que usted y yo alcancemos una victoria total e instantánea cada vez que identifiquemos un nuevo pecado en nuestra vida. Dios no exige esto, y *seríamos tontos si esperáramos que así fuera.*

Regresemos a la plataforma petrolífera.

Usted no se cae de la plataforma cada vez que comete un error. La plataforma fue construida para trabajar sobre ella, y el trabajo a realizar es el desarrollo del carácter. Usted cometerá errores mientras desarrolla su carácter. Algunos de esos errores serán actos pecaminosos, algo que Dios sabía que ocurriría. Permítame asegurarle que él construyó la plataforma lo suficientemente fuerte como para sostenerlo a usted y a sus errores.

Aquel maestro de Escuela Sabática de Texas creía que interrumpíamos nuestra relación con Jesús, o sea, que nos caíamos de la plataforma, cada vez que pecábamos. Esto es en realidad una forma de justificación por las obras. Equivale a afirmar que Dios nos acepta dependiendo de nuestras buenas obras. Según esta teoría, Dios solamente nos acepta sin tomar en cuenta nuestras buenas obras en el momento en que acudimos a Jesús por primera vez y somos perdonados por nuestros pecados del *pasado*. Nuestra aceptación *de allí en adelante* depende de que nos mantengamos realizando buenas obras.

*¡Eso es una herejía!*

Permítame decirlo claramente: *Dios preparó la plataforma petrolífera, la justificación, para que fuese un lugar seguro donde usted y yo podríamos vivir mientras todavía cometiéramos errores, mientras vamos aprendiendo a apartarnos de ellos.*

Pero si la aceptación de Dios no depende de nuestra buena conducta, ¿de qué depende entonces? ¿No estaremos excusando al pecado si decimos que podemos continuar pecando y, aún así ser aceptados por Dios? ¿No le abrimos con esto una puerta a la presunción?

Continúe leyendo.

## Capítulo 4

# LAS CONDICIONES PARA RECIBIR LA JUSTIFICACIÓN

Imagínese una ciudad con exactamente mil habitantes. La llamaremos Villacentro. Lamentablemente, los habitantes de dicha ciudad están en una situación desesperada. Han estado desempleados durante un año. Nadie tiene dinero. La ciudad está destinada a sufrir una hambruna si no sucede algo muy pronto.

Por suerte, algo ocurre. Un empresario rico va de paso y cuando se detiene en Villacentro para comprar gasolina se entera de la terrible situación de sus habitantes. Debido a que es una persona bondadosa, siente lástima por ellos y decide obsequiarles un millón de dólares. Obtiene el nombre y la dirección de todos ellos y le pide a su contador que expida a cada uno un cheque por la suma de mil dólares.

Algunas personas se apresuran a ir al banco, a fin de cambiar sus cheques y comprar alimentos. Otros, sin embargo, se muestran escépticos. “Nadie sería tan tonto como para regalar mil dólares a cambio de nada”, dicen, mientras se niegan a hacer efectivos sus cheques.

Piense por un momento en esto. Cada uno de aquellos ciudadanos *tiene* mil dólares. Sin embargo, solamente los que van al banco y cambian sus cheques *poseerán* sus mil dólares. Los demás tienen el cheque, pero no poseen el dinero. Y hasta que no lo posean, no les servirá de nada.

Esta parábola ilustra un punto clave acerca de la justificación: Todo habitante de este planeta ha sido justificado, al igual que todos los habitantes de Villacentro que recibieron un cheque por mil dólares. Y usted puede pensar: “Yo creía que solo los cristianos eran justificados”.

Les advierto que en los medios cristianos es común pensar que Dios justifica a las personas únicamente cuando estas deciden aceptar el cris-

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

tianismo, algo que deja fuera a los que nunca aceptan a Cristo. Y en cierto sentido es verdad. Hablaremos de esto más adelante en el capítulo. Por ahora, lea el versículo que sigue:

“Así que, como por la trasgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera, por la justicia de uno [la de Cristo] vino a todos los hombres, la justificación de vida” (Rom. 5: 18).

Cuando Adán pecó, la raza humana entera se convirtió en pecadora junto con él. No necesitamos que la Biblia nos lo diga, ¿verdad? Un solo vistazo a las noticias es suficiente para disipar cualquier duda sobre la pecaminosidad de la raza humana. Sin embargo, Cristo vino a rectificar lo que Adán hizo. Aun cuando la humanidad entera a través de Adán se convirtió en pecadora, mediante Cristo fue justificada. Muchos teólogos aceptan que en este versículo, Pablo quiso decir que cuando Jesús murió en la cruz, *justificó a toda persona que haya vivido en este planeta*.

“¡Un momento! —dice usted—. ¿Significa esto que toda persona que ha vivido sobre la faz de la tierra pasará la eternidad en el cielo?”

Eso no es lo que dice Pablo, ni tampoco lo que quiso decir. Cuando Pablo afirmó que todo ser humano ha sido justificado, quiso decir que cuando Cristo murió en la cruz, pagó la deuda por los pecados de cada uno de los seres humanos. Sin embargo, no es suficiente que se haya pagado la deuda. Cada pecador debe aceptar la oferta. Ahí es donde se aplica nuestra parábola acerca del cheque de mil dólares para cada habitante de Villacentro.

Cada residente *tenía* en su poder mil dólares, pero no todos los *poseían*. Solo quienes cambiaron sus cheques se beneficiaron.

Lo mismo sucede con la justificación. Jesús pagó el precio para beneficio de cada ser humano. Cualquier pecador, en cualquier época de la historia, es *dueño* de la justificación. Jesús la depositó en la cuenta de cada uno cuando pagó por sus pecados en la cruz. Sin embargo, solo los que “cambian sus cheques” llegarán a poseer efectivamente la justificación que Jesús ya les ha concedido.

La pregunta obligada será entonces, ¿Qué significa “cambiar el cheque”? O dicho de otra manera, ¿Cuál es el requisito para recibir la justificación que ya es nuestra?

Permítame iniciar nuestra respuesta mencionando cuál *no* es la condición para recibir la justificación: una buena conducta. “Por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado” (Rom. 3: 20), dijo Pablo. Y en otro lugar: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; *no por obras*”

(Efe. 2: 8-9). Una de las mayores tentaciones que enfrentamos los cristianos es pensar que de alguna manera debemos mejorar nuestra conducta, aunque sea en forma mínima, de manera que se nos considere más aceptables delante de Dios. Ese era precisamente el error en la teología de aquel maestro de Escuela Sabática de Texas: afirmar que Dios interrumpe su relación con los cristianos —los rechaza, si prefiere que lo digamos así— cada vez que cometen un error.

Pero decir que no somos salvos por las obras tan solo nos enseña cómo *no* se obtienen mil dólares. No nos dice ni una sola palabra acerca de *cómo* obtenerlos. Si cada ser humano ya ha sido justificado, aunque solo algunos serán beneficiados, ¿cuál es entonces la condición para *apropiarnos* de la justificación que ya es nuestra?

Mencionaré dos condiciones necesarias para recibir la justificación. Ambas son bíblicas, y ambas son cruciales para nuestra paz mental como cristianos.

**La fe.** La primera condición para recibir la justificación es la fe. “Por gracia sois salvos *por medio de la fe*”, dijo Pablo (Efe. 2: 8). Y en otro lugar, la “justicia de Dios [viene] por medio de la fe” (Rom. 3: 22). Regresaremos al tema de la fe más adelante en este capítulo; sin embargo, necesitamos dedicarle un poco más de tiempo a la otra condición que es imprescindible para poseer la justificación.

**El arrepentimiento.** La segunda condición para *poseer* la justificación es el arrepentimiento. Este es un concepto puramente bíblico. Tanto Juan el Bautista como Jesús dijeron: “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (ver Mat. 3: 2; 4: 17). Cuando los que escucharon el sermón de Pedro el día de Pentecostés se dieron cuenta que habían crucificado al Hijo de Dios preguntaron qué debían hacer. Pedro les dijo: “¡Arrepentíos!” (Hech. 2: 38).

¿Por qué es tan crucial el arrepentimiento para la salvación y para recibir la justificación? Porque el arrepentimiento es nuestra actitud hacia *el pecado*. Dios nos salva *del pecado*. Cuando nos justifica, declara que no somos culpables de *pecado*. Por eso nos pide que nos arrepintamos de nuestros *pecados*. Me gusta la definición de pecado que nos da Elena G. de White:

“El arrepentimiento incluye tristeza por el pecado y abandono del mismo”  
(CC 36).



## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

Consideremos por partes esta declaración, a fin de analizarla con un mayor detenimiento. Tiene dos partes. El arrepentimiento incluye:

### Remordimiento por el pecado Abandono del pecado

Ahora notemos que:

La tristeza por el pecado es una	<b>Actitud</b>
El abandono del pecado es una	<b>Acción</b>

La acción puede ser únicamente de índole mental: alejarnos del pecado, rechazar mentalmente el pecado. Sin embargo, es una acción que Dios acepta. Pero, por acción no quiero decir buenas obras que me hagan merecedor de la salvación. El relato del hijo pródigo nos ayuda a aclarar este punto.

Usted recordará que el hijo pródigo dejó su hogar llevándose una tercera parte de la fortuna de su padre.\* Después de derrochar su dinero, tuvo que dedicarse a cuidar cerdos. Allí, rodeado de lodo y suciedad, reconoció lo bueno que en realidad era su hogar y un gran deseo surgió en su corazón.

“Los siervos de mi padre están mejor que yo”, se dijo. “Iré a mi casa y diré: ‘Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no merezco que me tengas por hijo. Solo págame como un siervo más de la casa. Cualquier cosa, con tal que pueda vivir aquí’” (ver Luc. 15: 18-19).

Después de haber expresado estas palabras, se puso en camino de vuelta a su casa. Cuando llegó, dijo: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no merezco que me tengas por hijo”.

Este joven mostró los dos elementos del genuino arrepentimiento mencionados por Elena G. de White: tristeza por el pecado (la actitud) y abandono del pecado (la acción).

La **actitud** (su tristeza por el pecado) se observa en lo que dijo: “He pecado contra el cielo y contra ti, y ya no merezco que me tengas por hijo”.

La **acción** (su abandono del pecado) se advierte en lo que hizo: Se puso en camino y se dirigió a su casa, y cuando llegó allí, se confesó ante su padre.

---

\* Según las costumbres judías, el hijo mayor de la familia heredaba el doble que los otros hijos.

¿Y qué le dijo el padre a los siervos? “¡Pronto! Traigan el mejor vestido y pónganselo” (Luc. 15: 22).

Por favor, tome nota, porque esto es de suma importancia: No hay indicación alguna en el relato de que el padre haya dicho: “Hijo, antes de ponerte este manto, me gustaría que te bañes. Además, pídele a tu mamá que te lave esa ropa. No queremos ensuciar el mejor manto de la casa con la mugre de un corral de cerdos”.

¡No! El manto le fue colocado sobre su ropa sucia, lo que simboliza que el manto de la justicia de Cristo nos cubre a pesar de nuestros pecados. Dios no requiere que arreglemos todos nuestros problemas, que venzámos todos nuestros pecados, ni siquiera algunos de ellos; para cubrimos con la justicia de Cristo. La justicia de Cristo cubre todos nuestros pecados por completo. Su carácter perfecto sustituye nuestro carácter defectuoso, y somos aceptados delante de Dios como si nunca hubiéramos pecado.

Ahora permítame hacer una pregunta muy práctica: ¿Nos quita Jesús el manto de su justicia cada vez que cometemos un error?

La respuesta es no. ¡Mil veces no!

¿Por qué puedo decir esto de una manera tan enfática? Debido a una declaración de Elena G. de White que ha adquirido un gran significado para mí:

“Cuando existe en el corazón el deseo de obedecer a Dios, cuando se hacen esfuerzos con ese fin, Jesús acepta esa disposición y ese esfuerzo como el mejor servicio del hombre y suple cualquier deficiencia con sus propios méritos divinos” (IMS 448).\*

Fíjese que en esta declaración se encuentran presentes ambos elementos del arrepentimiento genuino:

“Cuando existe en el corazón el deseo de obedecer a Dios”

Equivale a sentir pesar por el pecado:

**Actitud**

“Cuando se hacen esfuerzos con ese fin”

Equivale a abandonar el pecado:

**Acción**

Cuando estos dos elementos están presentes, “Jesús suple la deficiencia con sus propios méritos divinos”.

---

\* Véase la Nota adicional al final de este capítulo para un comentario respecto a esta declaración.

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

Seamos prácticos: ¿Cuál es la *deficiencia*? Usted conoce la respuesta tan bien como yo. La deficiencia radica en los errores que cometemos al intentar obtener la victoria. Para decirlo claramente, *las deficiencias son nuestros pecados*.

¿Dice acaso Elena G. de White que Jesús suple nuestra deficiencia “*interrumpiendo su relación con nosotros*”? ¿Dice que nos arrebató su manto de justicia cada vez que pecamos?

¡No! ¡Mil veces no!

Confío en que todos los adventistas aceptan que al acercarnos a Cristo por primera vez, él nos perdona y nos declara justos en relación con los pecados que cometimos en el pasado. Pero les aseguro que la justificación también es un manto que Dios coloca sobre usted, algo que usted continuará vistiendo mientras viva su vida cristiana. En tanto que mantenga el manto sobre usted, será justificado instantáneamente cuando cometa un error. Por lo tanto su relación con él, su confianza en la salvación, se mantendrá incólume. Elena G. de White expresó este principio en su libro *El camino a Cristo* de una forma tan clara como no la he visto jamás:

“Hay personas que han conocido el amor perdonador de Cristo y desean realmente ser hijos de Dios; pero reconocen que su carácter es imperfecto y su vida defectuosa; y tienen la tendencia a dudar en cuanto a si sus corazones han sido o no regenerados por el Espíritu Santo. A esas personas quiero decirles que no cedan a la desesperación. A menudo tenemos que postrarnos y llorar a los pies de Jesús por causa de nuestras culpas y equivocaciones; pero no debemos desanimarnos. Aunque seamos vencidos por el enemigo, no somos desechados ni abandonados por Dios. No; Cristo está a la diestra de Dios, e intercede por nosotros” (CC, APIA 2005, 96).

Elena G. de White no estaba hablando de pecadores rebeldes. Ella dijo, “Hay personas que... realmente desean ser hijos de Dios” Pero a causa de que “su carácter es imperfecto y su vida defectuosa”, ellos están listos “a dudar en cuanto a si sus corazones han sido o no regenerados por el Espíritu Santo”. Así es, dudan si han sido convertidos o no. ¿Qué seguridad les da Elena G. de White a estas personas? “Aunque seamos vencidos por el enemigo” (esto es, si pecamos), “no somos desechados, ni abandonados por Dios”. Voy a tratar de explicarlo mejor: Cuando nosotros realmente queremos vivir la vida cristiana y estamos haciendo nuestro mejor esfuerzo por lograrlo, Dios no nos rechaza por el hecho de caer en pecado.

Lo que estoy diciendo es que la justificación es una plataforma sobre la cual usted vive. En tanto se mantenga sobre la plataforma, usted mantendrá una relación apropiada con Jesús y tendrá su salvación asegurada. Du-

rante el desarrollo de su carácter, usted probablemente cometerá errores. Dios lo sabe. Preparó la plataforma con el propósito de proveerle a usted un cimiento sobre el cual desarrollar su carácter, incluyendo los errores que pueda cometer en el proceso. *La plataforma fue construida para darle a los cristianos un lugar seguro sobre el cual vivir mientras cometen errores, mientras aprenden a no cometerlos más.*

Cuando usted comete tales errores, “el carácter de Cristo toma el lugar de su carácter y usted es aceptado delante de Dios como si nunca hubiera pecado”.

## **De vuelta a la fe**

Anteriormente les dije que trataríamos de nuevo el tema de la fe antes de concluir este capítulo. Permítame relatar algo que me sucedió en una reunión campestre celebrada en Oklahoma durante el verano de 1993. Después de presentar ese concepto, una dama se me acercó con un rostro triste y me dijo: “¿Es verdad lo que usted dijo? ¿Es en serio?”

Le aseguré que sí lo era. Permaneció mirando al piso, sacudió la cabeza y dijo: “No puedo creerlo. ¡Es que no puedo creerlo!”

Pobre hermana. No podía creer las buenas nuevas más hermosas que jamás se han expresado.

Hay dos razones por las que los adventistas puede que no crean lo que estoy compartiendo ahora con mis lectores. La primera es la vergüenza y la falsa culpabilidad. No me refiero a la culpa que sentimos cuando hemos hecho algo que a todas luces está mal y necesitamos hacer una confesión. Esta es una culpa muy saludable. La falsa culpabilidad es la vergüenza que continuamos albergando después de haber confesado nuestro pecado. ¡Algunas personas hasta se sienten indignas de estar vivas!

La otra causa de incredulidad entre los adventistas obedece a una teología espuria. Hice la misma presentación en otro campestre durante el verano de 1993, y al concluir, un amigo pastor me dijo que había escuchado a varias personas quejarse diciendo que yo enseñaba “una teología nueva”. Los adventistas conservadores tienden a resaltar las normas y la conducta correcta como la señal de una experiencia cristiana genuina, y algunas de estas personas tienen dificultades para entender que Dios las acepta como son, con todo y sus defectos.

Pero aquí es precisamente donde entra la fe. Pablo dice que la justificación, la plataforma petrolífera, el manto de la justicia de Cristo, es para los que *creen*.

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

Los fariseos también acusaron a Jesús de enseñar una nueva doctrina. Y la Biblia nos dice que “a lo suyo vino, y los suyos no le recibieron”. Pero luego afirma que “a todos los que le recibieron, a los que *creen* en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” (Juan 1: 11, 12).

Lo que quiero decir es esto: Si usted tiene el deseo de vencer y está haciendo todo lo que sabe para lograrlo, Jesús aceptará su esfuerzo como lo mejor que usted puede ofrecer en ese momento. No lo rechaza, sino que lo acepta a usted con todas sus imperfecciones. Sin embargo, *cualquier cosa que le impida creer en el don de justicia que Jesús le ofrece, pone en peligro su vida eterna*. A Satanás no le importa si la causa de su incredulidad es un falso sentido de culpa, o una falsa teología, o las dificultades de este mundo, o el racionalismo, o lo que fuere. Lo único que le importa es lograr que usted deje de creer. El método no importa. Pero cambiemos el cuadro:

- A todos los que *creen* en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios (ver Juan 1: 12).
- Esta justicia de Dios viene mediante la *fe* (Rom. 3: 22).
- Por gracia sois salvos, por la *fe* (Efe. 2: 8).

La próxima vez que usted se vea tentado a sentir que los pecados que comete a diario lo convierten en un pecador tan empedernido que Cristo no lo acepta, reclame por *fe* sus promesas. Mientras usted crea en ellas, el cumplimiento será suyo. Aun cuando usted no lo sienta así.

La próxima vez que usted se sienta tentado a permitir que su teología se interponga en el camino de la paz que se obtiene al saber que Jesús lo acepta, reclame la promesa de todas formas, y pídale al Señor que lo ayude a entenderla.

# LA FE Y LA OBEDIENCIA

Hace algún tiempo, mi esposa y yo nos cansamos de todos los inconvenientes de las conexiones telefónicas a Internet, así que contratamos un servicio por cable. Nos frustraban dos problemas en particular del servicio telefónico que usábamos. En primer lugar, teníamos que acceder a Internet cada vez que deseábamos usarlo, mientras que el cable nos permite mantener la conexión todo el día. Cuando queremos usar Internet, sólo tenemos que hacer un click, y al instante comenzamos a navegar. En segundo lugar, la conexión telefónica era espantosamente lenta. A veces necesitaba dos o tres minutos para ingresar a un sitio web. Eso no es tan grave cuando se desea revisar solamente una página, pero cuando se va de un enlace a otro dentro de un mismo sitio, o se busca información en varios sitios a la vez, esos intervalos de dos o tres minutos rápidamente se llevan media hora. Por otro lado, cambiar de sitios web lleva cuando mucho un par de segundos con la conexión por cable.

Algunos amigos nos aconsejaron instalar un “firewall” para protegernos de quienes podían invadir nuestra computadora, puesto que ahora estábamos conectados a Internet todo el tiempo. Revisé el programa en particular que nos recomendaron, pagué 70 dólares mediante una página web con mi tarjeta de crédito, y descargué el software. ¡Nuestras computadoras estarían a salvo de cualquier intruso!

¡Grave error! Es cierto que el programa nos protegió de los intrusos pero, como descubrimos más tarde, también del resto del mundo. El “firewall” limitó el acceso a nuestra conexión, así que la mitad de las veces no recibíamos correo electrónico, y constantemente se desconectaban las páginas web que visitábamos. ¡Fue desastroso!

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

Pedí ayuda a la compañía que me vendió el programa, pero me dijeron que solo podía recibir soporte técnico en línea. “Envíenos un correo electrónico que describa su problema —dijo el representante—, y le responderemos con la solución”. Seguí la instrucción. Esperaba una respuesta a nuestro problema en particular, pero todo lo que recibí fue un listado de problemas y soluciones en el cual podíamos buscar una situación parecida a la nuestra. Por desgracia, no encontramos algo remotamente similar a lo que nos sucedía, mucho menos una solución. Escribí varios mensajes electrónicos para solicitar que un técnico se encargara de nuestro problema, pero siempre recibí en respuesta el mismo listado.

Finalmente, lleno de frustración, borré el “firewall” de nuestra computadora con la esperanza de restaurar nuestro acceso a Internet. Pero esto no sucedió. El programa fragmentó tan efectivamente la configuración del software que nos conectaba a Internet, que el problema continuó aun cuando ya no estaba su origen. Por fortuna, nuestra compañía de servicio por cable ofrece soporte técnico mucho mejor que la del “firewall”. Hablé por teléfono durante cinco horas con los técnicos hasta que se restauró la conexión. Desde ese día, hemos tenido muy pocos problemas.

¿Por qué comparto esta experiencia con usted? Porque ilustra muy bien un problema común de la justificación por la fe. Nuestro “firewall” estropeó el mismo sistema que debía proteger. Si la malentendemos, la justificación por la fe, la solución que Dios diseñó para el problema del pecado, puede comprometer la misma salvación que se supone debe proveer.

Me gustaría discutir uno de esos errores con usted, expresado de manera excelente por lo que Elena G. de White llamó una teología “de tan solo creer”. Aquí tenemos un par de afirmaciones representativas:

“Ha enseñado con gran celo [la gente de la santidad]: “Tan solo creed en Cristo, y seréis salvos; pero ¡basta de la ley de Dios!” Esta no es la enseñanza de la Palabra de Dios. No hay fundamento para una fe tal” (1MS 423).

“La santificación, tal cual la entiende ahora el mundo religioso en general, lleva en sí misma un germen de orgullo espiritual y de menosprecio de la ley de Dios que nos la presenta como del todo ajena a la religión de la Biblia. [...] “Tan solo creed —dicen— y la bendición es vuestra.” Según ellos, no se necesita mayor esfuerzo de parte del que recibe la bendición. Al mismo tiempo niegan la autoridad de la ley de Dios y afirman que están dispensados de la obligación de guardar los mandamientos” (CS 525).

Por supuesto, Elena G. de White creía que solo es posible obtener la salvación por medio de la fe. Por ejemplo, en cierta ocasión dijo: “Lleven

su alma desvalida ante él, y los aceptará y bendecirá. *Tan solo crean*" (Carta 45, 1905, énfasis añadido). La otra enseñanza "de tan solo creer" a la que se oponía, era la idea de que la fe elimina la necesidad de esforzarse para cumplir la ley. Eso es muy claro en los dos textos que cité arriba.

Jesús murió para salvar a los seres humanos del pecado, y la ley define al pecado. Ya que se nos justifica del pecado, la fe que lleva a la justificación debe contener algún entendimiento del pecado, alguna actitud frente al mismo. La justificación que ignora el problema del pecado y la ley que lo señala es una justificación falsa, una salvación falsa. Es necesario preguntar: ¿Cuál es la verdadera actitud de fe ante la ley y el pecado? Sugiero lo siguiente:

1. La verdadera fe está de acuerdo con el juicio que la ley de Dios pronunció en contra del pecado; lo aborrece, y nosotros también deberíamos aborrecerlo.
2. La verdadera fe está de acuerdo con el juicio que la ley de Dios pronunció en contra de los pecados que cada uno comete; los aborrece, y nosotros también deberíamos aborrecerlos.
3. La verdadera fe anhela ser libre del pecado y estar en armonía con la ley. Se compromete a vencer el pecado y obedecer la ley, sin importar lo doloroso que sea, o cuánto tiempo se requiera.
4. La verdadera fe afirma la muerte de Cristo por el pecado, y el perdón de Dios del pecado.

Las personas que invocan la teología "de tan solo creer" a la que se oponía Elena G. de White toman en cuenta únicamente el cuarto objeto de la lista, sin hacer caso de los otros. Desean el perdón que ofrece la justificación, sin el compromiso de tratar con el pecado que en primer lugar causó la necesidad de ese perdón. Pero Dios no actúa de esa manera. Esto no significa que él exija perfección moral antes de aceptarnos y, por gracia, asegurarnos la salvación. No obstante, espera que cada uno de nosotros reconozca su pecado y se comprometa a derrotarlo.

A esto también podemos llamarlo arrepentimiento. Una de las tesis principales de este libro es que cuando nos arrepentimos sinceramente de nuestros pecados y nos esforzamos por superarlos, Dios lo acepta como la mayor muestra de obediencia que podemos ofrecer y, en referencia a una cita de Elena G. de White expresada en el capítulo anterior, compensa nuestras deficiencias con su mérito divino.



## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

Permítame decirlo de otra forma. Si Dios exigiera perfección moral antes de asegurarnos la salvación, entonces esta dependería de nuestras obras, nuestras acciones y nuestra obediencia. Sin embargo, Dios no puede simplemente ignorar la desobediencia. La obediencia es importante para él, y de algún modo tiene que pedirla. Dado que no la poseemos, nos la regala. En tanto queramos obedecer e intentemos obedecer, Dios nos atribuye los méritos de Cristo y nos trata como si ya hubiéramos obedecido. Así continúa nuestra salvación sin interrupciones.

La verdadera fe debe tener esa cualidad de querer obedecer e intentar obedecer. La teología “de tan solo creer” que condena Elena G. de White es la fe que no tiene dicha cualidad. Es una perspectiva de la justificación por fe que confiesa sus pecados en sábado, vive como le place durante el resto de la semana, y vuelve el sábado siguiente (o domingo) a la iglesia para confesar sus pecados de nuevo y pedir perdón. Es un concepto de salvación que desea la promesa de la vida eterna, pero no entiende la seriedad del pecado y no tiene intención de encargarse de ese problema.

Tal, es un entendimiento erróneo de la justificación que, de hecho, perjudica esa misma salvación que dice ofrecer.

### **Pero, ¿acaso la obediencia no es importante?**

En el capítulo anterior discutí un párrafo de Elena G. de White que mucha gente ha entendido muy mal. La razón de esto se encuentra en las frases que siguen a la parte que yo usualmente cito:

“Cuando está en el corazón el deseo de obedecer a Dios, cuando se hacen esfuerzos con ese fin, Jesús acepta esa disposición y ese esfuerzo como el mejor servicio del hombre, y suple la deficiencia con sus propios méritos divinos. Pero no aceptará a los que pretenden tener fe en él, y sin embargo son desleales a los mandamientos de su Padre. Oímos mucho acerca de la fe, pero necesitamos oír mucho más acerca de las obras. Muchos están engañando a sus propias almas al vivir una religión fácil, acomodadiza y desprovista de la cruz. Pero Jesús dice: ‘Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame’” (1MS 448).

En la primera parte del párrafo Elena G. de White muestra que cuando queremos obedecer y lo intentamos, Dios nos acepta aunque fracasemos. No obstante, a continuación explica una gran salvedad: “Pero no aceptará a los que pretenden tener fe en él, y sin embargo son desleales a los mandamientos de su Padre”. En la mente de ciertas personas, por alguna razón esta frase (y las que siguen en el texto) define nuestra obediencia como condición de la salvación, a pesar de que la señora White afirma

claramente lo contrario al principio del párrafo. Vea usted que, sin embargo, la frase expresa lo mismo que Elena G. de White quiso decir en los textos del “tan solo creer” que examinamos anteriormente. La fe que niega el papel de la ley en la vida cristiana no es genuina.

La frase tiene una palabra clave que indica el sentido correcto de todo el asunto: desleales. La autora dijo que Dios no aceptará a aquellos que, mientras pretenden tener fe, son desleales a los mandamientos divinos. Es importante comprender que la lealtad y la deslealtad no son como la obediencia y la desobediencia. Es posible ser leales por completo a la ley de Dios, pero incapaces de obedecerla perfectamente. Un excelente ejemplo es el hombre mencionado en Romanos 7, que dijo amar la ley de Dios y desear cumplirla, pero cuyas acciones no expresaban sus intenciones. Era completamente leal a la ley de Dios pero no siempre era capaz de obedecerla. De manera muy similar, Elena G. de White insistió en que Dios requiere que seamos completamente leales a su ley, aunque no la obedezcamos a la perfección.

Veamos también que ella mencionó personas que quieren “una religión fácil, acomodadiza y desprovista de la cruz”; en otras palabras, una religión sin normas ni exigencias. La religión de Dios es diferente. Mantiene el más alto nivel de obediencia, y pide que nos comprometamos a estar en ese nivel. Además, la religión de Dios reconoce que somos humanos imperfectos, y está preparada. Cuando hacemos todo lo posible por obedecer porque así lo queremos; cuando somos leales a la ley de Dios, la vida perfecta de Cristo, sus méritos, compensan nuestras deficiencias cuando no obedecemos.

Entender la justificación correctamente ayudará a mantener esta perspectiva equilibrada de la fe y la obediencia.

## Capítulo 6

# LA SALVACIÓN: LAS PARTES Y EL TODO

Hace varios años compré un vehículo de tracción en las cuatro ruedas. Mi esposa y yo lo hemos utilizado para hacer dos viajes a las montañas del estado de Idaho, atravesando por caminos secundarios que solo se pueden transitar en un vehículo de ese tipo. Hemos disfrutado mucho estas travesías y planeamos realizar unas cuantas más.

Cuando me siento al volante, por lo general no pienso en el motor, en la transmisión, en las ruedas, ni en los frenos. Sé que todo esto está en nuestro vehículo, pero cuando lo manejo, pienso en él como un todo. *Experimento* los beneficios del mismo y disfruto de él. Puedo afirmar que para hacer eso no tengo que entender nada acerca de sus muchos componentes. De hecho, si me pongo a meditar en ello, disfrutaré menos de nuestros paseos.

Sin embargo, si el coche presenta alguna falla, entonces sí me preocupo por sus piezas y sistemas, y comienzo a investigar cuál de ellos está defectuoso. Si no puedo descubrir el problema y arreglarlo por mí mismo (lo que ocurre muy a menudo), entonces lo llevo a una persona que ha sido entrenada para descubrir los defectos de los autos y arreglarlos. A este individuo lo llamamos “mecánico”. A los mecánicos se los adiestra para conocer los componentes de un automóvil, y para arreglar lo que se ha descompuesto.

No obstante, no es suficiente decir que un mecánico necesita conocer las diferentes piezas de un auto. También necesita entender el funcionamiento total del vehículo, no necesariamente cómo conducirlo. El mecá-

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

nico necesita conocer la forma en que se relacionan entre sí los numerosos componentes. Hay ocasiones en que no se puede arreglar uno de ellos, a menos que se conozca cómo se relaciona con los demás.

El plan de salvación divino es algo parecido. Los teólogos estudian el plan de salvación atendiendo a sus diversos componentes, pero Dios lo que persigue es que nosotros *disfrutemos* del mismo, y esto no lo podremos lograr mientras intentemos concentrarnos en cada minucia teológica. Sin embargo, si algo va mal, si pecamos, entonces es de vital importancia que entendamos cómo funcionan las diversas partes del plan de Dios, a fin de restaurar lo que se haya deteriorado.

Espero que usted esté disfrutando tanto su experiencia cristiana que no necesite este libro. ¿Por qué? Porque este libro es lo que podríamos llamar un “manual” para tratar las anormalidades introducidas por el pecado, y espero que usted no esté sufriendo a causa de esa razón. Sin embargo, debido a que todo ser humano ha pecado, con excepción de Cristo, voy a asumir que usted necesita entender las diversas partes del plan de salvación, de manera que pueda utilizar la técnica más adecuada en su lucha contra el mal.

Como ya sabemos, el presente libro está dividido en dos secciones: una de ellas trata acerca de la justificación y la otra de la santificación. Podríamos compararlas con el motor y con la transmisión de un automóvil. No necesitamos entender la diferencia entre la justificación y la santificación cuando nuestra experiencia cristiana se desarrolla sin contratiempos. Sin embargo, es crucial que entendamos la diferencia entre ambas si las cosas comienzan a deteriorarse. Y al igual que el mecánico, también necesitaremos entender el plan de salvación divino como un todo, ya que debemos conocer cómo sus partes se relacionan entre sí. En otras palabras, hemos de entender claramente los vínculos que existen entre la justificación y la santificación.

En realidad, es imposible profundizar en el concepto de la justificación sin entrar un poco en el tema de la santificación. Quizá usted no lo haya notado, pero esto ya ha ocurrido en el libro. ¿Recuerda la analogía de la plataforma petrolífera del capítulo 3? La plataforma simboliza la justificación, sin embargo, fue construida de manera que se pudiera llevar a cabo en ella el desarrollo del carácter. La justificación es el fundamento de la santificación. Por otro lado, la santificación únicamente puede llevarse a cabo cuando reposa sobre la firme plataforma de la justificación.

Por favor lea cuidadosamente la frase que sigue, debido a que pone de manifiesto una de las razones básicas por las que usted necesita entender la justificación:

**Usted no podrá crecer en la santificación  
si no entiende la justificación.**

¿Por qué puedo estar tan convencido de esto? Debido a una declaración de Elena G. de White:

“Para avanzar sin tropezar, debemos tener la seguridad de que una Mano todopoderosa nos sostendrá, y que una infinita misericordia se ejercerá hacia nosotros si caemos. Solo Dios puede oír en todo momento nuestro clamor por ayuda” (HH 157).

Analicemos esta declaración frase por frase.

**Para avanzar sin tropezar...**

Usted seguramente entiende que Elena G. de White no se refiere a caminar por una acera y tropezar con un trozo de cemento roto. En esta declaración, *tropezar* es una metáfora, un símbolo de “pecar”. Así que digámoslo de este modo: “Para avanzar sin pecar”.

**Para avanzar sin tropezar [pecar], debemos tener...**

¡Excelente! Estamos a punto de aprender el requisito, lo que debemos tener, para no pecar. ¿Por qué no se nos había enseñado esta fórmula mucho antes?

**Para avanzar sin tropezar [pecar], debemos tener la seguridad...**

¿Leyó usted lo último? Elena G. de White no dijo que para avanzar sin pecar necesitamos algún poder especial, o acceso a algún conocimiento secreto. Todo lo que necesitamos es seguridad.

¿Qué clase de seguridad necesitamos?

Dos tipos:

**Para avanzar sin tropezar [pecar], debemos tener la seguridad de que:**

1. Una Mano todopoderosa nos sostendrá, y que,
2. Una infinita misericordia se ejercerá si caemos.

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

La mayoría de nosotros puede entender bastante bien lo referente a la “mano todopoderosa”. Cada vez que caemos, reconocemos nuestra debilidad y nuestra necesidad de un poder externo a nosotros para dejar de pecar. Pablo dijo, “Todo lo puedo en Cristo que me *fortalece*” (Fil. 4: 13). Elena G. de White señaló un principio verdadero cuando dijo que no podremos vencer nuestros pecados a menos que tengamos acceso a un poder externo que nos ayude. Hablaremos bastante más sobre ese poder en la Segunda Sección.

Pero observemos el segundo punto que habla de la seguridad necesaria para seguir adelante sin pecar: Para continuar *sin* pecar, hemos de estar seguros de que *si pecamos*, Dios no nos abandonará. Él tendrá compasión de nosotros, y no una compasión humana, sino una compasión infinita.

Por eso es tan decisivo que usted y yo entendamos el concepto de la justificación. La justificación es la seguridad de que seremos objetos de esa compasión infinita cuando pecamos; para poder dejar de pecar.

Ahora estoy enseñándole cómo ser un “mecánico” experto en el plan de salvación. Le estoy ayudando a entender las distintas partes del plan y la relación que existe entre ellas, no tanto para que usted las disfrute (eso llegará en su momento), sino para que usted pueda cooperar con Dios para corregir cualquier anomalía que el pecado haya introducido en su vida.

¿Me permite decirlo con toda franqueza?

**Usted no podrá vencer al pecado, a menos que entienda que cualquier pecador que acepte a Cristo continuará siendo amparado por la justificación, aun cuando haya pecado.**

Si usted encuentra lo anterior difícil de creer, entonces retroceda y lea nuevamente la declaración de Elena G. de White. Ella se refiere en concreto a esto, y es precisamente lo que quiere decir.

La Primera Sección de este libro, en la que estamos ahora, trata acerca de la justificación. Y mientras la lee, es de vital importancia que comprenda *por qué* hablo de la justificación. Usted y yo somos una especie de “mecánicos” del plan de salvación, ocupados en resolver los defectos de nuestras vidas. La justificación se relaciona íntimamente con la santificación, y, como mecánicos del plan de salvación, hay que entender esa relación correctamente para lograr que la salvación sea una obra completa en nuestras vidas.

Ahora que usted entiende esta relación, sigamos hablando de la justificación.

# Capítulo 7

## ¿ESTÁ ESO EN LA BIBLIA?

Durante la mayor parte de mi vida he dedicado bastante tiempo a reflexionar sobre la doctrina de la justificación. Hace varios años comencé a hacerme una pregunta que ya hemos tratado en este libro: ¿Cómo se relaciona Dios con los cristianos que pecan después de que se han convertido? Encontré varias declaraciones de Elena G. de White que respondían a mi pregunta, aunque por algún tiempo no supe a ciencia cierta si la Biblia trataba el tema. Sin embargo, al continuar leyendo, encontré que las Escrituras de hecho presentan una enseñanza clara respecto a la relación de Dios con las imperfecciones de los cristianos que han nacido de nuevo.

### **El tenor general de todo el Nuevo Testamento**

Primero, la totalidad de los escritos del Nuevo Testamento sugieren que Dios acepta a su pueblo con todas sus imperfecciones. Esto se observa claramente en las epístolas de Pablo. Examinemos un ejemplo en Colosenses donde Pablo comienza la carta con palabras que indican claramente que aquellos cristianos estaban convertidos: “Habéis resucitado con Cristo [...] porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Col. 3: 1, 3). Pero observe todos los pecados que estas personas no han podido vencer todavía:

“Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría [...] Pero ahora dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca. No mintáis los unos a los otros” (Col. 3: 5-9).

Aquellas eran personas que habían nacido de nuevo, pero continuaban luchando con una larga lista de pecados. Es obvio que Dios no había interrumpido su relación con ellas a causa de su conducta imperfecta.

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

### Pedro en el aposento alto

¿Estaba Pedro convertido en el momento de la última cena celebrada poco antes de la crucifixión? La respuesta a esta pregunta depende en parte de cuál de los Evangelios lea usted. Lucas dice que después que Jesús y los discípulos terminaron de comer, “hubo también entre ellos una disputa sobre quién de ellos sería el mayor”. El Señor los recriminó pacientemente y volviéndose hacia Pedro, le dijo: “Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto [*convertido* en una versión inglesa], confirma a tus hermanos” (Luc. 22: 31, 32).

Según Lucas, Pedro no estaba convertido en el momento en que se encontraba en el aposento alto. Y tomando en cuenta la negación que hizo de Jesús pocas horas después, no es muy difícil aceptar la declaración de Lucas.

Pero obtenemos un cuadro muy diferente en el Evangelio de Juan. En el capítulo 13, Juan nos dice cómo Jesús manejó la discusión de los discípulos respecto a cuál de ellos sería el mayor: asumió el papel de siervo y les lavó los pies. Pedro se sintió muy avergonzado y le dijo a Jesús: “No me lavarás los pies jamás”.

Jesús le contestó: “Si no te lavare, no tendrás parte conmigo”. Entonces Pedro respondió: “No solo mis pies, sino también las manos y la cabeza” (Juan 13: 8, 9).

Observe cómo reaccionó Jesús ante la declaración de Pedro:

“El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio; y vosotros limpios estáis, aunque no todos. Porque sabía quién le iba a entregar; por eso dijo: No estáis limpios todos” (Juan 13: 10, 11).

Jesús aclaró que con excepción de Judas todos los discípulos estaban limpios. Sin ir muy lejos tenemos que concluir que todos estaban convertidos excepto Judas. No obstante, según Lucas fue en esa misma ocasión, la última cena, cuando Jesús le dijo a Pedro: “una vez vuelto [*convertido*]”.

Entonces, ¿estaba Pedro convertido en el aposento alto, o no? Creo que la respuesta es doble.

Juan dice claramente que Pedro había nacido de nuevo. Esta es la conversión que todo cristiano experimenta al comienzo de su vida con Cristo. Esta es la conversión que nos salva y nos asegura un lugar en el reino eterno de Dios.



Por otra parte, en el texto de Lucas, Jesús parece tener en mente el asunto más inmediato de la futura negación de Pedro (ver Luc. 22: 33, 34). Se refería, sin lugar a dudas a un defecto de carácter específico que Pedro no había vencido aún.

Mi punto es el siguiente: es posible que un cristiano esté convertido considerando el cambio general que haya dado su vida, a la vez que siga sin convertirse respecto a un pecado específico que no ha entregado totalmente a la voluntad divina. La vida eterna, por supuesto, se fundamenta en una entrega total a Jesús, en una conversión general, no en los detalles inconversos de nuestra vida.

Los adventistas siempre han entendido que el bautismo simboliza la entrega total del creyente a Jesús, mientras que el lavamiento periódico de los pies representa una limpieza de los pecados cometidos desde la última vez que se lavó los pies.

## **El hombre de Romanos 7**

Durante dos mil años los teólogos han debatido si el hombre de Romanos 7: 14-25 estaba convertido, o si era un inconverso. He meditado bastante sobre este asunto y deseo compartir mi respuesta con usted. Para que esté al tanto de lo que este pasaje dice exactamente, lo citaré en su totalidad. A menos que usted conozca muy bien el texto, le sugiero que lo lea de nuevo antes de continuar con este capítulo:

“Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado. Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago. Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la ley es buena. De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí. Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí. Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro. Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado” (Rom. 7: 14-25).

La pregunta que intentamos responder es si el hombre mencionado en este pasaje está convertido o no. Un ejercicio sugerente: trace una línea ver-

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

tical en el medio de una hoja de papel. Luego lea el pasaje y en una columna haga una lista de los elementos que sugieren que el hombre de Romanos 7 está convertido, y en otra columna escriba los elementos que sugieren que no lo está.

Después de completar sus dos listas y reflexionar sobre ellas, pregúntese: ¿Experimentan las personas convertidas la lucha que describe Pablo aquí, o únicamente les sucede esto a los inconversos? ¿Le sugiere la respuesta algo acerca de su relación con Jesús?

Espero que entienda que la pregunta respecto a la conversión del hombre de Romanos 7, es un asunto de bastante importancia. Tiene implicaciones profundas para su experiencia cristiana y para la mía, asimismo acerca de sentirnos aceptados o rechazados por Dios.

Usted habrá deducido a estas alturas que yo creo que el hombre de Romanos 7 es un cristiano que está de veras convertido. Me gustaría mostrarle por qué lo creo. Sin embargo, seamos justos con quienes dicen que se trata de una persona inconversa. Examinemos las dos evidencias. Comencemos con la que señalan aquellos que creen que Romanos 7 habla de un inconverso.

*El hombre de Romanos 7 no está convertido.* Pablo hace varias declaraciones que sugieren que el hombre de Romanos 7 no está convertido. Por ejemplo, en el versículo 14 dice, “porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado”. Los que creen que el hombre de Romanos 7 no está convertido, señalan que sobre la base de su propia admisión él no es espiritual.

“Las personas convertidas son espirituales” afirman. El hecho de que este hombre no es espiritual significa que no está convertido.

Otro punto en favor de la posición de que el hombre de Romanos 7 no se ha convertido es su total carencia de victorias. Dice una y otra vez que aunque desearía vencer la tentación, es incapaz de hacerlo.

Finalmente, Pablo dice que el hombre que está describiendo está “vendido al pecado”: “Cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros” (Rom. 7: 23). Cuando comparamos estas palabras con el pasaje de Romanos 6: 16-18, recibimos la clara impresión de que el hombre de Romanos 7, que es cautivo del pecado, es un inconverso:

“¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia? Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual

fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia" (Rom. 6: 16-18).

Observemos el contraste que hace Pablo entre las personas desobedientes que son esclavas del pecado (personas inconversas), y por otro lado los cristianos que son esclavos de la justicia (personas convertidas). Pablo les dice a los cristianos de Roma: "Ustedes eran siervos del pecado". Esta es una referencia clara a su vida como paganos, antes de aceptar a Cristo. Debido a esto, la declaración que leemos en Romanos 7: 14 de que es "vendido al pecado", parece un argumento poderoso a favor de la idea de que el hombre del capítulo 7 no se ha convertido. No obstante, observemos la evidencia que favorece el argumento contrario.

*El hombre de Romanos 7 está convertido.* Pablo escribe en primera persona. Él dice, "yo soy carnal". "Yo no entiendo lo que hago". "Pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago" (Rom. 7: 14-15). Pablo no está hablando de un cristiano hipotético. Está compartiendo con nosotros su propia experiencia. Nos está diciendo lo que sucede cuando le toca enfrentar la tentación. Los que creen que el hombre de Romanos 7 es un inconverso reconocen que Pablo se está refiriendo a sí mismo, pero aseguran que describe su experiencia previa al momento en que Cristo se le manifestó en el camino a Damasco. Sin embargo, esta idea queda anulada por el uso del presente en Romanos 7. Pablo dice "yo soy carnal", no "yo era carnal"; "yo no entiendo lo que hago", no "yo no entendía lo que hacía".

Si aceptamos que Pablo quiere decir exactamente lo que dice, entonces se refiere a su propia experiencia en el presente, en el momento cuando escribe su carta a los cristianos de Roma. Debido a que la escribió muchos años después de aceptar a Cristo como su Salvador, podemos concluir que en Romanos 7: 14-25, Pablo describe su propia experiencia como un converso cristiano. Este es un argumento poderoso en favor de la idea de que el hombre de Romanos 7 está convertido.

Quiénes opinan que el hombre de Romanos 7 está convertido, también señalan que habla ciertamente como un converso. Dice "tengo el querer, mas efectuar el bien no lo alcanzo"; "según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios" (Rom. 7: 18, 22). Este lenguaje es casi idéntico al de David registrado en Salmo 119: 47: "Me deleitaré en tus mandamientos, que he amado". Creo que todos estamos de acuerdo que en ese salmo David se refería a su propia experiencia y que sus palabras brota-

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

ban de un corazón convertido. Los inconversos no aman la ley de Dios. Los inconversos no se deleitan en la ley de Dios. La detestan. Piensan que es una necesidad.

*La solución.* Concluyendo, ¿el hombre de Romanos 7 es un converso o un inconverso? ¿Cuál es la respuesta? Creo que se encuentra en la diferencia significativa que existe entre los capítulos 6 y 7.

Como señalé antes, en Romanos 6 Pablo establece claramente un contraste entre la experiencia de los cristianos de Roma anterior a su conversión, y la experiencia posterior a la misma. Por eso dice en los versículos 17 y 18: “Aunque fuisteis siervos del pecado [preconversión] [...] sois hechos siervos de la justicia” [postconversión]. En Romanos 6, las dos condiciones descritas por Pablo parecen excluirse mutuamente:

- Personas no convertidas que son siervas del pecado.
- Personas convertidas que son siervas de la justicia.

Romanos 6 sugiere que una persona se encuentra en un bando o en el otro. O está convertida o no lo está. No pareciera que puede mostrar ambas condiciones al mismo tiempo. No obstante, como hemos visto, la persona que Pablo describe en Romanos 7: 14-25 posee las características que se asocian a ambas condiciones:

### **Características del inconverso**

- Es carnal (vers. 14).
- Está vendido al pecado (vers. 14).
- El bien no mora en él (vers. 18).
- Es esclavo de la ley del pecado (vers. 23).

### **Características del converso**

- Tiene el deseo de hacer el bien (vers. 18).
- En su fuero interno se deleita en la ley de Dios (vers. 22).
- Desea hacer el bien (vers. 21).

La clave para resolver el rompecabezas del hombre de Romanos 7 radica en reconocer que Pablo establece una diferencia entre su verdadero yo, que desea hacer el bien, y la naturaleza pecaminosa dentro de él que lo atrae hacia el pecado. En Romanos 7: 1-14 hay en realidad dos Pablos. Uno es el Pablo consagrado que ama la ley de Dios y desea obedecerla. El otro es el Pablo pecaminoso que todavía no ha aprendido cómo obedecer. También debemos observar que Pablo reconoce que solo uno de aquellos es el Pablo verdadero: su yo convertido. La naturaleza pecami-

nosa que le induce a hacer cosas malas mora dentro de su cuerpo, e influye sobre su conducta, pero no es el Pablo verdadero. Veamos lo que él dice:

“Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la ley es buena. De manera que *ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí*” (Rom. 7: 16, 17).

La primera persona en la frase en cursiva “*no soy yo quien hace aquello*” es enfática en el griego, por lo que algunas versiones la traducen como: “yo mismo no obro” (NVI). Pablo hace una distinción entre su verdadero yo y el pecado que vive dentro de él pero que no es parte de su verdadero yo. Expresa la misma idea al final del pasaje:

“Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros” (Rom. 7: 22, 23).

Aquí Pablo nuevamente hace una distinción entre su verdadero yo que se deleita en la Ley de Dios, y el pecado que vive dentro de él. Este último no es parte de su yo, pero lo hace pecar.

La expresión más clara de esta idea se encuentra en la segunda parte del versículo 25:

“Así que, yo mismo con la mente sirvo a la Ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado” (Rom. 7: 25).

Observe que Pablo distingue entre su mente y su cuerpo. El Pablo genuino, el Pablo que se deleita en la Ley de Dios y desea obedecerla, es aquel que mora en su mente. El Pablo pecaminoso mora en su cuerpo. Creo que todos podemos estar de acuerdo en que, aunque nuestro cuerpo sea de crucial importancia, la parte más real de nuestra existencia como seres humanos radica en nuestra mente. Pablo se refiere indudablemente a esto cuando dice: “Así que, yo mismo con la mente sirvo a la Ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado” (Rom. 7: 25).

Es evidente que el Pablo convertido y el Pablo no convertido existen en una misma persona en este pasaje, pero los dos no ocupan la misma posición. Pablo no nos deja en dudas respecto a que su verdadera identidad es su yo convertido, no el inconverso. El yo convertido es el que cuenta, no la naturaleza pecaminosa que mora dentro de él.

Pablo también dice que su verdadero yo es lo que cuenta delante de Dios, no su yo pecaminoso. Esto es fácil verlo en el versículo que sigue Romanos 8: 1. Este versículo comienza con la frase “Ahora, pues” [*por lo*

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

*tanto*], de esta forma lo conecta con lo que Pablo dijo en el versículo anterior donde hablaba de los dos Pablos: “Ahora, pues, ninguna condena hay para los que están en Cristo Jesús” (Rom. 8: 1). Si Dios no condena al pecador que tiene dos naturalezas dentro de sí, entonces podemos concluir que acepta al pecador que en su ser interno anhela ser como Jesús, pero aún no ha conquistado la naturaleza pecaminosa que mora en su cuerpo.

Esta interpretación de Romanos 7 concuerda exactamente con las ideas que he expresado hasta aquí y que continuaré exponiendo en el resto del libro: que Dios nos acepta como los seres humanos perfectos que anhelamos ser, y no como los seres humanos imperfectos y pecaminosos que nuestra naturaleza pecaminosa nos induce a ser. La misma idea la expresa Elena G. de White: “Cuando deseamos en nuestro corazón obedecer a Dios, cuando se hacen esfuerzos al respecto, Jesús acepta esto [...] como el mejor servicio del hombre”.

# Capítulo 8

## PECADOS INTENCIONALES

Todavía recuerdo la primera vez que presenté en público los conceptos que he tratado hasta aquí. Durante algún tiempo consideré la necesidad de hablar sobre el tema, pero no había tenido tiempo de organizar mis ideas. En la primavera de 1991, la Asociación de Georgia-Cumberland me invitó a presentar una serie de charlas durante su reunión campestre anual. Al llegar al lugar de la reunión descubrí que me habían asignado una hora más de lo que yo había anticipado.

Había llegado la oportunidad de presentar el tema sobre la justificación.

Había aprendido que cada vez que predico sobre un tema nuevo me harán preguntas que nunca se me habían ocurrido. No me defraudaron en aquella ocasión. Ni siquiera había terminado de hablar cuando alguien exclamó:

—¡Dios nos salva *de* nuestros pecados, no *en* ellos!

—¡No existe ninguna excusa para transgredir la ley! —dijo otro enfáticamente.

Cuando respondí aquellas preguntas, se levantó una tercera mano de alguien que preguntó.

—Usted no se refiere a los pecados intencionales, ¿verdad?

No recuerdo cómo respondí a esta pregunta, pero sé que durante varios meses, prácticamente dondequiera que presentaba la misma charla, alguien se me acercaba al final de la reunión y me decía:

—Seguramente usted no se refiere a los *pecados intencionales*, ¿verdad, pastor Moore?

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

A menudo, el tono de voz y sus miradas me decían que estaban bastante preocupados de que en realidad estuviéramos hablando de *pecados intencionales*.

Consideré esa última pregunta por un buen tiempo antes de encontrar la respuesta; o quizá debiera decir, antes de encontrar una respuesta que tuviera sentido para mí mismo. Ahora presento la respuesta como parte de un seminario y ya nadie ha vuelto a hacer la misma pregunta. Cuando usted lea mi respuesta, espero que le parezca acertada. Si así es, también espero que sean buenas nuevas.

### Los pecados que Dios no cubrirá

Antes de decir si la justificación cubre o no los pecados intencionales, tenemos que definir qué entendemos por *pecados intencionales*. Veamos tres tipos de pecados intencionales que Dios no perdonará y no cubrirá con la justicia de Cristo.

#### **La rebelión**

Por pecados intencionales entendemos los pecados que una persona decide cometer con el pleno conocimiento de que se trata de algo impropio, y sin abrigar el deseo de hacer lo correcto. Si esto es así, entonces estoy de acuerdo: la justificación no cubre ese tipo de pecado intencional.

A esto lo llamo “pecados con arrogancia”. Es en realidad una rebelión contra Dios. El mundo está lleno de personas que piensan que las normas morales de Dios son tontas, que los cristianos que obedecen sus leyes son personas ingenuas. Son individuos que se sentirán muy bien si nadie les señala sus pecados. Tales personas no abrigan ningún tipo de arrepentimiento en sus corazones. Mientras mantengan esa actitud acerca de sus pecados, no podrán recibir la justificación divina. Cualquier pecado del cual no estemos dispuestos a arrepentirnos, jamás será cubierto por el manto de la justicia de Cristo.

#### **La presunción**

Otro tipo de pecado intencional que Dios no perdonará ni cubrirá con la justicia de Cristo, es todo aquel que intentemos justificar. Escuché un buen ejemplo en una charla que presenté en el sur de California a fines de 1993. Al concluir la presentación sobre los pecados intencionales, una dama levantó la mano para decir: “Tengo un amigo que fuma. Él me dice que se le hace imposible vencer su hábito, y cree firmemente que Dios entiende su situación y lo perdonará a pesar de todo”.



Eso es presunción. Deseo compartir un principio del cual hablaré en los próximos capítulos en otro contexto, pero que debo exponerlo aquí también: *La victoria sobre cualquier pecado está al alcance de todo cristiano. No existe un pecado imposible de vencer.* El arrepentimiento significa que usted acepta esta declaración y se compromete a que se convierta en una realidad en su vida. Puede que luche durante mucho tiempo antes de lograr una victoria completa, pero nunca hemos de abandonar el propósito de vencer. Usted jamás debería renunciar a la victoria.

El hombre que dijo que no podía vencer su hábito de fumar y que estaba seguro que Dios lo entendería y lo perdonaría, no estaba dispuesto a creer que podía triunfar. Aunque estuviera dispuesto a creer, no estaba dispuesto a pagar el precio que la victoria demanda. Decía, en esencia: “Me gusta demasiado mi pecado para dejarlo, de manera que voy a racionalizar una manera de disfrutarlo y creer que seré salvo de todas formas”. No vacilo en decirle a cualquier cristiano que piensa así: *Usted corre el grave peligro de romper su relación con Jesús, si es que no la ha roto ya.*

Presunción significa presentar excusas por nuestros pecados, porque nos negamos a creer (o no queremos creer) que podemos vencerlos. Es una forma intencional de pecado que Dios no puede perdonar, y que no cubrirá con la justicia de Cristo.

### ***Una doctrina mortal***

Una tercera forma de pecado intencional, que es fatal para la vida eterna, es la que se apoya en lo que yo llamo “una doctrina mortal”. Encontré una excelente ilustración en un artículo sobre la homosexualidad publicado hace algún tiempo en *Christianity Today*. Antes de citarlo, deseo asegurar que los editores de dicha publicación no aprueban la actitud que en el mismo se expresa. A continuación el párrafo:

“Gail, una lesbiana que sostenía una relación monógama, habla apasionadamente de su fe cristiana. [...] Argumenta que la verdadera fe cristiana no se atascará en el arrepentimiento y en el perdón, sino que podrá ser alimentada por cualquier forma de amor” (*Christianity Today*, 19 de julio de 1993).

Para nuestros fines, el asunto central en la declaración de Gail es negar que el arrepentimiento juegue papel alguno en la vida cristiana. A esto lo llamo “una doctrina mortal”.

Ningún ser humano posee una teología perfecta, no importa lo sincero que pueda ser, o lo bien que conozca la Biblia. Cualquier persona que sea salva, lo será a pesar de su teología defectuosa. El requisito para ser

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

salvo no es poseer una teología perfecta. Es, más bien, tener fe en Jesús. Sin embargo, algunos conceptos teológicos, o algunas doctrinas, no son tan solo defectuosos, sino que son letales. Por ejemplo, Juan dijo que cualquiera que niegue que Jesús vino en la carne está de parte del anticristo (ver 1 Juan 4: 1-3). ¡Creo que usted estará de acuerdo conmigo en lo tocante a que el anticristo no tendrá parte alguna en el reino eterno de Dios!

Otra doctrina letal es negar que Jesús sea el Salvador del mundo, que no murió para salvar a los seres humanos de sus pecados. Estoy seguro que habrá innumerables personas en el cielo que no llegaron a conocer nada acerca de Jesús, o, que si supieron algo de él, no entendieron plenamente quién era y lo que había hecho por ellos. Pero nadie podrá ser salvo si conoce la verdad y se niega a creerla. Esta es otra doctrina mortal.

Gail creía y practicaba una doctrina que lleva a la muerte. Ella creía que “la verdadera fe cristiana no se atascará en el arrepentimiento y el perdón, sino que será alimentada por cualquier forma de amor”. Juan el Bautista dijo: “¡Arrepentíos!” Jesús dijo: “¡Arrepentíos!” Pedro dijo “¡Arrepentíos!” (Mat. 3: 2; 4: 17; Hech. 2: 38). ¡Cómo puede Gail decir que el arrepentimiento no es importante para la fe cristiana!

Dios puede aceptar a la gente que piensa que algo es correcto cuando a sus ojos es incorrecto, siempre y cuando no traten de justificar su conducta, o se rebelen contra sus leyes. Por equivocada que sea la conducta homosexual, la “doctrina letal” de Gail no era creer que la homosexualidad es una conducta aceptable para los cristianos. Mi preocupación es que ella no aceptaba el valor del arrepentimiento.

No puedo dejar de preguntarme si Gail decidió actuar de aquella forma porque no deseaba abandonar su homosexualidad. Solo Dios lo sabe; pero si esta era su forma de pensar, entonces su doctrina era mortal porque trataba de justificar al pecado, y de hecho equivalía a decir que la victoria es imposible. Esta es otra variante de los pecados intencionales que Dios no puede perdonar y que no cubrirá con la justicia de Cristo.

### Los pecados que Dios sí cubrirá

Ya que hemos examinado tres categorías de pecados intencionales que Dios no puede aceptar, me gustaría mencionar una que sí creo ha de perdonar. Me refiero a lo que algunas personas llaman “un pecado conocido”. El asunto es este : Cuando alguien sabe que está haciendo algo incorrecto, ¿será esto un pecado intencional que Dios no puede perdonar, o cubrir con la justicia de Cristo? Mi respuesta es: no necesariamente.

Permítanme explicarlo.

Comenzaré citando un texto que encontré en un folleto publicado por *The Bridge*, un centro para el tratamiento a la adicción a sustancias químicas que ya hemos mencionado anteriormente. Los directores del centro, Paul y Carol Cannon, son unos consagrados adventistas del séptimo día. Tuve el privilegio de participar en su programa de tratamiento de la dependencia en marzo de 1993, y mi esposa Lois hizo lo mismo dos meses después.

Lo que deseo compartir con usted es una carta escrita por un adicto a *The Bridge*.

“He sido adicto desde los trece años. Tengo dos hermanas menores. Mis dos hermanos más jóvenes murieron a causa del infierno del alcohol y las drogas. Mi padre también murió de lo mismo. Mi madre, quien prácticamente ha perdido la razón [debido al alcohol], ha estado viviendo prácticamente en las calles.

Mi abuso de la bebida y las drogas está empeorando. He experimentado con la cocaína, la marihuana y con las drogas inyectadas. Este pasado fin de semana gasté setenta y cinco dólares en cocaína, sacado del dinero que teníamos reservado para pagar el alquiler de nuestra casa móvil. Debido a que gano 5,75 dólares por hora, esto representa una porción grande de mi sueldo.

Cada vez que uso drogas y alcohol, me digo a mí mismo, a mi esposa, a mi hijo mayor y al Señor, que estoy arrepentido y que deseo dejar el vicio. Mi intención es que esa sea la última vez, pero nunca sucede así; apenas uno o dos meses después vuelvo a caer.

Mi esposa, junto con otras personas que se preocupan por mí, continúa diciéndome que la única manera de vencer el hábito es haciendo una entrega total a Jesús. Mi esposa está escribiendo esta carta a máquina y me pregunta qué otra cosa quiero decir, pero mi mente no está muy clara y no puedo pensar en este momento qué más puedo decir, excepto hacer una pregunta: ¿pueden ayudarme?”

Reflexionemos un poco acerca de esta carta. De hecho, me gustaría que nos hiciéramos tres preguntas.

- Cuando este joven bebe y usa cocaína, ¿sabe lo que está haciendo?
- ¿Se arrepiente de su pecado?
- ¿Se está apartando del pecado, está intentando vencerlo?

Cada vez que presento este tema un sábado de mañana, por lo general le pido a la congregación que respondan a esas preguntas levantando la mano para expresar su aprobación o su desacuerdo. La mayor parte responde afirmativamente a las tres preguntas.

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

Esta es otra pregunta difícil:

Si el arrepentimiento genuino incluye tristeza por el pecado (una actitud) y un abandono del mismo (una acción), ¿estaba aquel joven genuinamente arrepentido?

Mis oyentes nunca han vacilado en responder afirmativamente a esta pregunta. Aquel joven detestaba el hábito pecaminoso de ingerir alcohol e inyectarse drogas. Estaba desesperado por obtener la victoria (actitud). Además, como el hijo pródigo, estaba haciendo un esfuerzo por dejar el vicio (acción). Según sus propias palabras, en numerosas ocasiones le había prometido a Dios, a su esposa y su familia que iba a abandonar sus hábitos, y en cada ocasión lo había logrado... aunque tan solo por algún tiempo. Finalmente, en medio de una total desesperación, dictó una carta para enviarla a *The Bridge*, con el fin de pedir ayuda.

Claramente, este joven *deseaba* dejar su vicio y estaba intentando hacerlo. Manifestaba todas las señales de un arrepentimiento genuino.

Ahora permítanme hacer otras dos preguntas:

Si Jesús está dispuesto a aplicarle sus méritos divinos a las deficiencias de cualquier persona que tiene en su corazón el deseo de obedecer a Dios, y que está haciendo esfuerzos para lograrlo, ¿podría aquel joven ser incluido?

El público siempre ha respondido afirmativamente a esa pregunta. Ahora sigue la pregunta más difícil de todas:

Si aquel joven sabía lo que estaba haciendo cuando bebía y cuando usaba cocaína, y sentía remordimiento por lo que hacía, deseando abandonar su conducta, ¿suplirá Jesús su deficiencia con sus propios méritos divinos, aunque no haya dejado sus hábitos? ¿Lo cubrirá Jesús con su justicia mientras él lleva a cabo sus actos pecaminosos?

*Me gozo al poder decir que la mayoría de los adventistas levantan la mano para responder afirmativamente a esta última pregunta.*

¿Pero cómo puede ser verdad esto? Aquí tenemos un joven que sabe muy bien lo extremadamente malo que es beber alcohol y usar drogas, y lo hace de todas formas. ¿Es de esperar que Dios cubra ese pecado con los méritos divinos?

Suponga que hay una dama cuyo pecado favorito es el chisme. Un sábado de mañana, mientras escucha el sermón, Dios la convence de lo malo que es el chisme. De inmediato se arrepiente. Se siente muy acongojada por su pecado, y jura que lo dejará. En efecto, durante dos semanas lo deja. Pero un día se entera que el primer anciano y la directora del coro están

sosteniendo una relación ilícita, y cede ante la tentación. Toma el teléfono y comparte las aquellas noticias con su mejor amiga.

¿Cree usted que Jesús cubrirá el pecado del chisme de aquella hermana, una trasgresión obvia, con sus méritos divinos?

La mayor parte de los adventistas que he conocido no tienen reparos en responder afirmativamente. Dicen: “A fin de cuentas, no es más que un pequeño pecado”.

¡Qué interesante! ¡El plan de Dios para salvar a los que cometen pecados de menor cuantía es diferente del método aplicable a los que han cometido pecados mayores!

Lo cierto es que Dios nos salva a todos del mismo modo. Puede que sea más aceptable para nosotros suponer que Dios cubra los pecados pequeños con su justicia y no los grandes, pero puedo asegurarle que el grado de pecaminosidad no cambia el método que Dios utiliza para tratar con la trasgresión. Él está dispuesto a rebajarse tanto como sea necesario a fin de rescatar a un pecador del abismo, y salva a los que están en el fondo de la sima exactamente como a los que están más arriba.

Permítanme explicar lo que sucede. Hay algo que se llama adicción. Me gustaría compartir algo que dijo Elena G. de White acerca de la adicción. Ella no utiliza la misma palabra, pero sin dudas se refiere al mismo tema. La cita la tomé de *El camino a Cristo*, 71, 72. La compartiré con usted en fragmentos, de manera que podamos comentarla por partes. Las palabras de Elena G. de White aparecen en negrita:

**Tú deseas hacer su voluntad, pero eres moralmente débil, esclavo de la duda y dominado por los hábitos de tu vida pecaminosa.**

*Se trata de un adicto.* Un adicto no tiene absolutamente ningún control sobre sus hábitos pecaminosos.

**Las promesas y resoluciones que haces son tan frágiles como telarañas.**

*Se trata de un adicto.* Un adicto dice, “Nunca más lo haré”, y cinco minutos más tarde ha caído nuevamente en lo mismo.

**No puedes gobernar tus pensamientos, impulsos y afectos.**

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

*Se trata de un adicto.* Si un adicto experimenta el deseo de su hábito, tiene que satisfacerlo. No puede negarse a sus impulsos.

**El recuerdo de tus promesas no cumplidas y de tus votos quebrantados debilita la confianza que tuviste en tu propia sinceridad, y te induce a sentir que Dios no puede aceptarte.**

¿Dice Elena G. de White que Dios no puede perdonar al adicto?, o más bien que el adicto *siente* que Dios no puede perdonarlo. La respuesta es obvia. Dios está dispuesto a perdonar, pero el adicto encuentra difícil, o imposible, creer que Dios puede perdonarlo. Por supuesto que lo perdonará la primera o la segunda ocasión. Probablemente perdone la décima ocasión, y por un milagro de su gracia puede que perdone por centésima vez a alguien que peca. Pero, ¿qué sucederá en la milésima ocasión?

¿Recuerda usted la carta dirigida al director de *Insight* que cité en el capítulo 1? Permítame refrescarle la memoria:

“¿Cuál será la solución cuando uno ha pedido perdón y confesado, está dispuesto a abandonar su pecado, ha orado fervientemente y se ha consagrado a Dios solo para darse cuenta que ha caído nuevamente en el mismo pecado?

En algún lugar le falta un eslabón vital a la cadena que me permite llegar a ser como Cristo. ¿Habrá alguien que haya recorrido el camino antes que yo, que haya encontrado la respuesta, la solución factible que resulte en una alabanza triunfante, al final del día, de todo corazón, dedicada al Amigo que ha hecho tanto por nosotros? ¿Qué cambio sería ese! Estoy totalmente de acuerdo con la idea de vivir de ‘victoria en victoria’, pero *¿cómo hacerlo?*” (*Insight*, 19 de marzo de 1974).

Créame, millones de cristianos se sienten exactamente así. Me atrevo a decir que el desesperado autor de la carta aparecida en *Insight* era un adicto. ¿Era adicto al alcohol, al tabaco o las drogas? Quizá, pero habría sido lo mismo si lo fuera respecto a alimentos, sexo, ira, café, televisión o novelas. No sé que hábitos tenía, pero estoy seguro que tenía alguno, porque no podía decir *no*. La incapacidad para decir *no* es una de las características principales de los adictos.

*Los adictos son un tipo de personas que Jesús coloca sobre la “plataforma petrolífera”, para que puedan luchar contra su hábito.*

Opino que la declaración de Elena G. de White acerca de que Jesús cubre nuestras deficiencias con sus méritos divinos, se aplica a todos los adictos que en su desesperación intentan triunfar, pero que debido a sus fracasos sienten que Dios no puede aceptarlos. ¿Saben ellos lo que están

haciendo cuando se entregan a su hábito? ¡Por supuesto! ¿Cómo puede un alcohólico *no* estar al tanto de que se está llevando una copa a los labios? ¿Cómo puede el drogadicto *no* estar al tanto de que se está introduciendo una aguja en el brazo? “¿Por qué no dicen que no?”, pregunta usted.

*Simplemente, porque un adicto no puede decir no.*

Repase conmigo la declaración inicial en el párrafo de Elena G. de White que cité anteriormente: “Tú deseas hacer su voluntad, pero eres moralmente débil, esclavo de la duda y dominado por los hábitos de tu vida pecaminosa”. Fíjese que ella dijo: “Tú *deseas* hacer su voluntad”. Esas personas no se están rebelando contra Dios. No están presentando excusas por su pecado. Desean desesperadamente obtener la victoria. Pero Elena G. de White dice que son “moralmente débiles, esclavos de la duda y dominados por los hábitos de [...] su vida de pecado”.

Un esclavo no tiene opciones. Un esclavo no puede simplemente decir “no”. Es precisamente a favor de ellos que Jesús está dispuesto a compensar cualquier deficiencia. Personas que en su corazón tienen el deseo de obedecer a Dios y están haciendo esfuerzos por lograrlo; pero todavía no han podido obtener la victoria.

A estas alturas, me parece que alguien dirá: “¿Así que usted me está diciendo que cualquiera se puede salvar aun en el mismo acto de adulterio?”

Algunos fariseos le hicieron la misma pregunta a Jesús y él se mostró más que dispuesto a salvar a la presunta víctima (ver Juan 8: 1-11).

Conocí a una mujer cuyo matrimonio estaba en ruinas. Debido a que su esposo abusaba de ella, tanto física como emocionalmente, experimentaba una gran carencia de afecto. Cedió cuando un atento compañero de trabajo comenzó a brindarle atenciones. En pocas semanas se vio enredada en una relación adúltera. Era cristiana, y sabía que estaba haciendo algo malo.

—Nos acostamos ocho o diez veces, entonces lo dejé. Fue la cosa más difícil que he hecho, pero sabía que no tendría paz alguna si no daba por terminada aquella relación.

Cuando hubo concluido su relato, le dije a aquella dama:

—Usted consideraba que era cristiana mientras tuvo aquel amorío. ¿Sintió usted que Dios la abandonó algún momento?

—¡Oh, no! —dijo ella—. No, no. Nunca pensé eso.

¿Estoy excusando su pecado? ¡Por supuesto que no! O, como Pablo hubiera dicho, “lejos esté de mí”.

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

Pero cuán fácil es juzgar a otro ser humano a distancia, cuando todo lo que podemos observar es su conducta. No tenemos idea del dolor, del infierno que estaba empujando a la dama aquella a buscar alivio. No tenemos idea de su debilidad, de la pasión abrumadora que estaba tratando desesperadamente de controlar aun cuando no sabía cómo lograrlo.

Me siento agradecido por una declaración de Elena G. de White que ya hemos mencionado una o dos veces en este libro. Me ayuda a dejar cualquier juicio en manos de Dios:

“Para avanzar sin tropezar, debemos tener la seguridad de que una Mano todopoderosa nos sostendrá, y que una infinita misericordia se ejercerá hacia nosotros si caemos. Solo Dios puede oír en todo momento nuestro clamor por ayuda” (HH 157).

Por favor, observe dos detalles en esta declaración. En primer lugar, “una infinita misericordia se ejercerá hacia nosotros si caemos”. ¿Esto se puede aplicar a todos los pecados, exceptuando los pecados de índole sexual? ¿Nos atreveremos a decir que Dios no abandona a nadie en su lucha con la adicción, *excepto* en el caso de un hábito sexual? ¿Interrumpe Dios su relación con la gente que comete pecados sexuales?

¿Debo responder a esta pregunta? Espero que haya encontrado la respuesta por usted mismo.

El segundo punto que deseo resaltar respecto a la declaración anterior se encuentra en la última frase: “Solo Dios puede escuchar en cualquier momento nuestro clamor pidiendo ayuda”. Francamente, todo lo que puedo hacer es escuchar cuando nuestra amiga me dijo que ella consideraba que era una cristiana que mantuvo una relación salvadora con Jesús durante todo el tiempo en que estuvo cometiendo adulterio. ¿Estaba ella *genuinamente* arrepentida por su pecado y ansiosa por corregirlo, incluso cuando participaba en actividades pecaminosas? ¿O simplemente era incapaz de manejar la combinación de dolor y pasión? Solo Dios lo sabe a ciencia cierta, porque únicamente él puede escuchar en determinado momento cualquier súplica de ayuda.

¿Significa esto que la iglesia debiera evitar la disciplina en casos como el citado? No. Si se la practica apropiadamente, la disciplina puede ser un paso hacia la restauración. La bondad equivocada que rehúsa aplicar la disciplina correspondiente, puede en efecto endurecer al pecador en su trasgresión. Pero los que son responsables de administrar disciplina con relación a pecados más serios, necesitan entender el poder de los hábitos



y ofrecer ayuda en vez de censura, especialmente cuando hay evidencias de un arrepentimiento genuino.

Me gustaría resumir lo que hemos dicho hasta aquí en la presente obra. La justificación es como una plataforma petrolífera. Cuando aceptamos a Jesús como nuestro Salvador, él inmediatamente nos coloca sobre la plataforma, y desde ese momento somos salvos. También desde ese momento nos dedicamos a desarrollar nuestro carácter: una tarea que es imposible realizar cuando estamos sumergidos en el mar del pecado. Jesús sabe que cometeremos errores mientras desarrollamos un carácter que refleje el suyo. Por eso construyó una plataforma fuerte y sólida, una que no se hundirá cada vez que cometamos un error. Dios construyó una “plataforma sobre el mar” para que fuera un lugar seguro donde usted y yo podamos edificar nuestro carácter; aunque cometamos errores, sin temor a caerlos. Jesús tampoco nos empujará fuera de la plataforma cada vez que nos equivocamos, mientras aprendemos a no cometerlos de nuevo. Si pecamos mientras estamos en el proceso de aprendizaje, *¡él nos cuidará para que no caigamos!* Y eso se aplica al chisme, a los pecados sexuales y a cualquier otro género de pecado.

¡Estas son las más maravillosas buenas nuevas del mundo para todos los que están luchando con la tentación!

## Capítulo 9

# UNA RELIGIÓN EXPERIMENTAL

Se dice que Thomas A. Edison llevó a cabo tres mil experimentos antes de poder fabricar la primera lámpara eléctrica incandescente. No se trataba meramente de hacer una esfera de cristal y colocarle adentro un filamento. Una de las primeras cosas que Edison aprendió fue que si el filamento era lo suficientemente delgado para brillar, se quemaba; pero que si era bastante grueso para no quemarse, no brillaría lo suficiente. Tuvo que efectuar muchos experimentos hasta encontrar el material que fuera suficientemente delgado como para brillar sin quemarse.

Este relato ilustra un concepto relacionado con la transformación del carácter que Elena G. de White sostuvo, y que he encontrado muy útil. Ella lo denominó “religión experimental”. Se refirió a este tema en numerosas ocasiones. Tengo un par de declaraciones representativas:

“La experiencia es el conocimiento que resulta de lo que uno prueba. Lo que se necesita ahora es religión experimental” (Mar 72).

“Debe incitarse la práctica de la religión experimental en los que aceptan la teoría de la verdad” (MR 12: 284).

La palabra *experimento* es la clave para entender lo que quiso decir Elena G. de White con la frase *religión experimental*.

Los científicos llevan a cabo experimentos para descubrir cómo funciona la naturaleza y así lograr que la misma obre a favor de la humanidad. Para usted y para mí, mover un interruptor y encender un bombillo eléctrico es algo instantáneo. Sin embargo, Edison tuvo que someterse a

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

un procedimiento largo y tedioso para lograr lo mismo con uno de sus bombillos. Es indudable que muchas veces debió haberse sentido frustrado, pero no se rindió. Cuando un experimento no daba los resultados deseados, cambiaba ligeramente el método e intentaba de nuevo.

Habría sido imposible para Edison construir una lámpara que funcionara al primer intento. No entendía suficientemente bien los conceptos científicos relacionados con los filamentos como para lograrlo. Tenía mucho que aprender, y la única manera de hacerlo era repitiendo sus experimentos. Cada nuevo intento le enseñaba algo que contribuiría a perfeccionar su invento.

Thomas A. Edison no tuvo éxito en la primera vez, pero sí lo tuvo en la última. Es fácil suponer que su último intento fue el más importante. Pero la verdad es que el último intento no podría haber ocurrido sin el primero, y sin todos los que estuvieron en el intermedio, porque con cada uno de ellos Edison aprendía algo adicional, ya sea acerca de la forma de fabricar un bombillo, o quizá cómo *no* hacerlo. Visto desde esta perspectiva, el fracaso es tan importante como el éxito.

## El desarrollo del carácter es un proceso de aprendizaje

El desarrollo del carácter es así. Es un proceso de aprendizaje. Aprendemos a desarrollar el carácter de la misma manera en que Thomas A. Edison aprendió a fabricar una lámpara eléctrica por medio de un proceso de experimentación, que incluye “fracasos” y nuevos experimentos. Eso es lo que Elena G. de White quiso decir con la expresión *religión experimental*.

Cuando el primer esfuerzo de Edison para fabricar un bombillo no tuvo éxito no se rindió. Intentó una y otra vez. Cuando un experimento “fracasaba”, cambiaba los parámetros e intentaba de nuevo. Y cada vez aprendía cosas adicionales; adquiría más conocimientos acerca de cómo fabricar un bombillo.

Sucede algo similar con el desarrollo del carácter. La mayoría de nosotros encuentra que rara vez el primer intento para vencer una tentación funciona, pero eso no significa que necesitamos rendirnos. Más bien, como Edison, debíamos averiguar qué fue lo que no funcionó y probar nuevamente. Si eso tampoco funciona, hay que refinar nuestra estrategia e intentarlo de nuevo. Este es el papel del aprendizaje en el proceso de desarrollar nuestro carácter y triunfar sobre el pecado. Los que continúan refinando su estrategia aprenden de cada supuesto fracaso, descubren qué el

carácter tarde o temprano cambia; y que tarde o temprano obtendrán la victoria.

La victoria sobre el pecado no es un acontecimiento. Es un proceso. Si bien nuestro blanco es el evento culminante que llamamos victoria, es imposible que el evento ocurra separado del proceso. Por otro lado, el fracaso es tan importante como el éxito, siempre y cuando aprendamos de cada fracaso. Esto se aplica a casi todo lo que hacemos los seres humanos. ¿Por qué nos horroriza que se aplique también a los asuntos espirituales?

Mediante la ciencia experimental los científicos aprenden acerca de la naturaleza, y la manera en que esta puede ser aprovechada para beneficio de la humanidad. Del mismo modo, la religión experimental es la forma en que los cristianos aprenden a desarrollar el carácter y vencer el pecado.

Lamentablemente, muy a menudo los cristianos piensan que la victoria debería ser un acontecimiento diario y que se logra a cada intento. Al no reconocer que la victoria es el resultado de un proceso que toma tiempo, se desaniman. Piensan que han fracasado porque la victoria no ocurre *ahora*. Eso es precisamente lo que le pasaba al autor de la carta publicada en *Insight*, que cité en el primer capítulo:

“¿Cuál será la solución, si uno ha pedido perdón y confesado, está dispuesto a abandonar su pecado, ha orado fervientemente y se ha consagrado a Dios; solo para encontrarse que ha caído nuevamente en el pecado?

En algún lugar le falta un eslabón vital a la cadena que me permite llegar a ser como Cristo. ¿Habrá alguien que haya recorrido el camino antes que yo? ¿Alguien que haya encontrado la respuesta, la solución factible que resulte en una alabanza triunfante, al final del día, de todo corazón, dedicada al Amigo que ha hecho tanto por nosotros? ¡Qué cambio sería ese! Estoy totalmente de acuerdo con la idea de vivir de ‘victoria en victoria’, pero ¿cómo hacerlo?”

El sentido de urgencia expresado en aquella carta, decir que algo está mal si la victoria no ocurre *ahora mismo*, es abrumador. El autor no entendía que la victoria es un proceso que contempla el éxito al final; pero que *mientras tanto* habrá muchos acontecimientos que *parecen* fracasos, y que en esencia no lo son *si aprendemos de ellos*.

El éxito es un proceso, no simplemente un evento. El triunfo lo obtienen aquellos que tienen suficiente paciencia para soportar toda una serie de reveses, y esto incluye a los cristianos que se esfuerzan por desarrollar

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

su carácter y vencer al pecado. Es muy fácil enfocar nuestra atención de manera tan exclusiva en la victoria final, que no valoremos la importancia de los medios que se requieren para llegar a ella.

Edison no percibió sus 2.999 experimentos como fracasos. Cada uno fue un éxito, porque cada uno contribuyó a la comprensión general que necesitaba para finalmente fabricar una lámpara incandescente que funcionara. Usted y yo no debíamos pensar que hemos fracasado solo porque la victoria no nos llegó con este o aquel esfuerzo. Pero es necesario que aprendamos que de esfuerzo en esfuerzo se logra el éxito.

Algunas personas tienen dificultades para entender la idea de que la victoria sobre sus pecados y defectos de carácter es un proceso. Recuerdo haber hablado con un hombre al finalizar uno de mis seminarios en una iglesia en California, quien estaba muy preocupado al respecto. “Jesús puede darnos suficientes fuerzas como para que nunca pequemos”, dijo.

Yo estuve de acuerdo. Pero señalé que los seres humanos pecadores no saben cómo obtener ese poder, y aprenderlo requiere tiempo. Implica recibir la paciente instrucción de cristianos con más experiencia. Significa intentar y fracasar, aprendiendo de cada fracaso, y luego implementar lo aprendido. Esta es la religión experimental.

Esto no es un proceso fácil. Requiere valor para afrontar el fracaso y no rendirse ante una aparente derrota. Es precisamente lo que quiso decir Elena G. de White en una frase que citamos con anterioridad: “Los malos hábitos no se vencen con un único esfuerzo. El yo sólo se puede dominar después de *largos y arduos* combates” (4T 605, el énfasis es nuestro). Con toda seguridad esta declaración apoya la idea de que la victoria sobre nuestros pecados y defectos de carácter es un proceso, no un suceso único, como aseveró aquel hermano en California.

De hecho, el fracaso es una de las formas más eficientes que Dios emplea para que reconozcamos nuestras debilidades, y para estimularnos a que busquemos soluciones efectivas de carácter espiritual. No quiero decir que Dios *nos haga* fracasar, sino que él permite que fracasemos. Nos sentiríamos más tranquilos si él nos concediera una victoria instantánea sobre cada pecado y tentación, pero esto no nos ayudaría en nada. Nos acostumbraríamos a esto, y nos convertiríamos en unos perezosos espirituales. Dejaríamos de reconocer y enmendar los defectos de carácter que dan origen a nuestros pecados. Y por ende, Dios se privaría de uno de sus métodos más efectivos para que nos conozcamos mejor.

De acuerdo al sentido común, victoria significa vencer por completo el pecado o el defecto de carácter con el cual luchamos. Sin embargo, Elena G. de White consideraba que la victoria incluía aprender de nuestros errores:

“Si habéis cometido errores, ganáis ciertamente una victoria si los veis y los considerais señales de advertencia. De ese modo transformais la derrota en victoria, chasqueando al enemigo y honrando a vuestro Redentor” (PVGM 267).

Se considera una victoria ¡si aprendemos de nuestros errores! El punto es que, ya lo hemos dicho y seguiremos repitiéndolo: la justificación es una garantía que Dios nos acepta durante el proceso de lucha, y que Jesús no nos abandona si resbalamos y caemos. Siempre que mantengamos el *deseo* de triunfar y *prosigamos* en busca de la victoria al máximo de nuestras habilidades. Él acepta nuestros débiles y desmañados esfuerzos porque es lo mejor que podemos ofrecer, y “suplirá toda deficiencia mediante sus méritos divinos” (1MS 382).

## **El pecado es pecado**

Habiendo dicho esto, debo apresurarme a señalar que ceder ante un pecado específico, no hace que el mismo sea menos pecaminoso o grave. Dios nunca excusa al pecado. No dice: “Vamos a pasar por alto este pecado esta vez, porque te ayudó a aprender algo”.

Esto parecería una contradicción total de todo lo que he dicho hasta aquí en este capítulo, pero *no lo es*. Las personas que tienen un concepto estrecho del pecado, no entienden que han fracasado cuando pecan. Creen que lo pasaron bien. Únicamente los que reconocen que el pecado es pecado, están en posición de advertir que han fracasado y necesitan probar de nuevo.

Con certeza puedo declarar que aquellas cosas que a veces catalogamos como fracasos, son pecados de los cuales necesitamos arrepentirnos y que hemos de vencer. Tenemos que sentirnos culpables respecto a ellos. Algo andaría terriblemente mal si no los reconociéramos como pecados y no nos sintiéramos culpables. Los que buscan excusas para su pecado y se niegan a sentirse culpables y a confesarlos, se han apartado del camino de la victoria. Los únicos que alcanzarán el éxito son los que estén dispuestos a llamar cada trasgresión por su nombre propio: *pecado*, y perseveren en el *proceso* de la victoria.

Lo malo es que algunos cristianos llevan su identificación del pecado demasiado lejos. Se revuelcan en la culpa que sienten por los pecados que

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

han cometido. Permiten que la culpa persista hasta estar en extremo desanimados. El autor de la carta a *Insight* hacía precisamente eso.

Veamos algo más de la historia de Thomas A. Edison y de la lámpara incandescente que puede ayudarnos. Hemos escuchado que cuando llevaba más o menos 1.500 experimentos, un reportero lo entrevistó.

—Sr. Edison —dijo el periodista—, usted ha efectuado 1.500 experimentos tratando de fabricar una lámpara incandescente que funcione, pero hasta ahora ha fracasado. ¿No cree que es hora de rendirse y reconocer que es imposible fabricarla?

Edison le contestó:

—Joven, yo no he fracasado mil quinientas veces. Al contrario, he identificado exitosamente mil quinientas formas incorrectas de fabricar una bombilla eléctrica.

Me gustó esa anécdota. Edison entendió cómo hacer de cada fracaso un peldaño hacia el éxito. Usted y yo necesitamos hacer lo mismo con los pecados que cometemos.

La mayoría de los cristianos no piensan así respecto al pecado, y en cierto sentido está bien. Sin embargo, no debiéramos considerar al pecado de una forma tan casual como Edison trató sus fracasos.

Irse al otro extremo también es un error. Las personas que se atormentan constantemente con la culpa necesitan considerar la respuesta de Edison al periodista. Cuando uno de sus experimentos no producía los resultados que anhelaba, observaba cuidadosamente lo ocurrido, variaba el experimento y probaba nuevamente. Las personas que se regodean en su culpa no pueden hacer eso. Sus sentimientos abrumadores de vergüenza bloquean cualquier idea racional que pueda ayudarlos a evaluar objetivamente lo ocurrido y a probar algo diferente.

Pablo dio un buen consejo a los cristianos que tienden a espaciarse en su culpabilidad. “Olvidando ciertamente lo que queda atrás [...] prosigo a la meta” (Fil. 3: 13-14). Creo que Pablo quiere decir que los cristianos necesitan olvidar la vergüenza y la culpabilidad. Una vez que hemos confesado un pecado, de inmediato debiéramos tratar de examinar cuidadosamente el incidente y ver si podemos encontrar alguna manera de variar el experimento la próxima vez. Gran parte de los próximos capítulos de este libro, le proporcionarán algunas ideas para variar su “situación experimental”, así que no voy a entrar en detalles ahora. Sin embargo, voy a compartir con usted dos sugerencias que lo ayudarán a comenzar.

Pregúntese, ¿qué estaba haciendo cinco minutos (o quizá incluso cinco horas) antes de pecar? ¿Qué estaba pensando? ¿Cuáles eran mis sentimientos? Una variación de este experimento podría ser tratar de identificar esos sentimientos más a tiempo, y actuar con antelación. Pruebe varias técnicas. La lectura de la Biblia y la oración son dos posibilidades, y combinar ambas es una tercera.

Esta forma de actuar debiera ser totalmente objetiva. Es como si usted se separara de sí mismo y observara sus actos como si otra persona lo hubiera hecho y usted tuviera que aconsejarla. *Pero usted y yo no podemos hacer esto mientras nos estemos espaciando en la culpa.* Por eso es imperativo librarnos de la culpa, mediante la confesión, tan pronto como sea posible. Únicamente entonces podremos tratar objetivamente con la causa del fracaso.

Especialmente aquí donde el concepto de justificación es tan importante. La justificación nos indica que Dios nos acepta tal cual somos, que el carácter de Cristo suple el nuestro, que su vida perfecta suple nuestros pecados y errores, que Dios nos acepta como si no hubiéramos pecado. Ahora podemos librarnos de la carga de culpabilidad que nos ha estado agobiando. Ahora podemos con una conciencia limpia marchar hacia la victoria.

Es posible que usted anhele desesperadamente sentirse libre de culpa después de haber confesado un pecado. Si la culpa lo controla a usted hasta el punto que la confesión no puede aliviarlo, mucho de lo que diré más adelante en este libro le será de ayuda. No obstante, considere esta sugerencia por ahora.

Cuando la culpabilidad persiste después de la confesión, lo que se está sintiendo no es un sentido de culpa. No es la voz del Espíritu Santo. Es vergüenza. La vergüenza tiene un cierto lugar en nuestra vida, pero es una de las emociones naturales que se distorsiona con mucha facilidad. Desde que Adán y Eva se escondieron de Dios después de comer del árbol del conocimiento del bien y el mal, la raza humana ha sufrido la vergüenza, a menudo sin que tenga relación con ningún error cometido (aunque Adán y Eva definitivamente habían desobedecido a Dios). Si usted está experimentando esta vergüenza enfermiza, le sugiero que le pida a Dios que se la quite. Pero le aconsejo cautela; no espere que lo haga en un minuto, en una hora, o en un día. Librarse de la vergüenza y de otras emociones dañinas puede tomar toda la vida. Forma parte del proceso de la victoria. Pero se puede comenzar hoy.



## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

### La importancia de la fe

Edison no fue el primer científico a quien se le ocurrió fabricar una lámpara incandescente. Muchos otros lo habían intentado y fracasaron, ayudando a establecer la idea de que era algo imposible de realizar. Esa fue probablemente la razón por la que un periodista sugiriera que Edison debía abandonar el proyecto. A fin de tener éxito, Edison debía:

1. Creer que era posible.
2. Creer que él podía hacerlo.

Si Edison se hubiera llevado de las creencias populares, nunca hubiera fabricado una lámpara incandescente. Él debió oponerse a la noción popular, creyendo que era posible hacerlo. Desde luego, podía también haber dicho: “Creo que se puede hacer, pero me parece que no podré hacerlo”. Por fortuna, no hizo esto último tampoco. Él creía ciegamente que era posible, y que estaba capacitado para lograrlo. Si hubiera abrigado alguna duda acerca de alguno de los dos supuestos, nunca habría fabricado la primera lámpara incandescente.

Es absolutamente necesario que usted acepte esas mismas dos aseveraciones. Que la victoria sobre una tentación específica *es posible*, y que es posible para usted. Esto es lo que quiso decir Elena G. de White en un texto citado en un capítulo previo: “Para avanzar sin tropezar, debemos tener la seguridad de que una Mano todopoderosa nos sostendrá” (HH 157). El punto es el siguiente:

1. Usted necesita creer que hay poder en Jesús para vencer la tentación ante la cual flaquea.
2. Usted necesita creer que puede cooperar con Dios de manera que su poder le conceda la victoria.

El “fracaso” en nuestros intentos por obtener la victoria sobre los pecados acariciados puede hacernos sentir que la victoria es imposible. Pero ese no es el plan de Dios para nosotros. El plan de Dios es que tengamos fe, una certeza absoluta, de que podemos obtener la victoria total aunque nunca la hayamos experimentado. Si nos aferramos a esa certeza y no abandonamos el proceso aunque el camino nos parezca largo y desanimador, *experimentaremos la victoria total a su debido tiempo*.

Hay dos razones por las que los cristianos se desaniman en sus esfuerzos por vencer el pecado. Una es la falta de fe, algo que acabamos de discutir. La otra es que no están siguiendo el procedimiento apropiado. Es

aquí precisamente donde la religión experimental es tan importante. Cada uno de los 3.000 experimentos de Edison fue ligeramente diferente del anterior. Después de cada experimento él analizaba los resultados y decidía cómo realizar el siguiente experimento. Así es como debemos practicar nuestra religión.

Una de las mayores causas del continuo fracaso de muchos cristianos es que nunca mejoran su estrategia para obtener la victoria. Es posible que pongan mayor determinación en cada esfuerzo subsiguiente, pero una mayor determinación no es necesariamente la clave del éxito. Una de las peores formas de demencia es aquella en la que el desquiciado hace lo mismo una y otra vez, y espera resultados diferentes. La religión experimental nos enseña a que varíemos la estrategia con cada nuevo esfuerzo (no necesariamente intentar lo mismo con mayor energía) y consideremos los resultados, prestando atención cuidadosa a lo que funciona y a lo que no funciona. Esto es esencialmente lo que Elena G. de White dice en una de sus declaraciones más impactantes sobre la religión experimental:

“La experiencia genuina consiste en diversos experimentos cuidadosos, llevados a cabo con la mente libre de prejuicios y sin la influencia de opiniones y hábitos previamente establecidos. Los resultados estarán marcados por una solicitud cuidadosa y un ansioso deseo de aprender, mejorar, y reformar todo hábito que no está en armonía con las leyes físicas y morales” (3T 69).

Elena G. de White no habla acerca de personas que buscan excusas para hacer lo que les parezca. Al contrario, los que buscan genuinamente el crecimiento espiritual al realizar sus experimentos religiosos anhelarán “aprender, mejorar y reformar todo hábito que no esté en armonía con las leyes físicas y morales”.

Si usted experimenta con su religión de esa manera, le garantizo que Jesús nunca lo abandonará.

¡Nunca!

# Capítulo 10

## EL ENTRENADOR DE FÚTBOL

En su libro *The Claim* [El reclamo], Dwight Nelson cuenta la historia de un niño que dibujaba en una hoja de papel.

—¿Qué estás dibujando? —le preguntó su mamá.

—Un retrato de Dios —contestó el pequeño.

—Pero, hijo, ¿cómo puedes dibujar un retrato de Dios si nadie sabe cómo es él? —preguntó la madre.

—¡Ya lo sabrán cuando termine! —replicó el niño.

Este relato nos hace sonreír, pero transmite una verdad básica: En gran medida, entendemos a Dios por medio de ilustraciones. De hecho, Dios se nos ha revelado por medio de referencias a objetos que podemos ver. Nos vienen a la mente las parábolas de la oveja perdida, de una moneda perdida y de un joven perdido. También recordamos las historias del diluvio y de la cruz: ambas son poderosas revelaciones de la actitud de Dios hacia los pecadores.

La justificación no es sino la imagen de un Dios que nos ama y que no nos rechaza por causa de nuestros pecados. Sin embargo, para algunos de nosotros es difícil asimilar este concepto. Pareciera que *necesitamos* un Dios que exige obediencia y que nos castiga por nuestros pecados.

Nuestra “imagen” de Dios es la manera en que lo entendemos. Es nuestra actitud hacia él. Cada uno de nosotros tiene un concepto, una idea de Dios, que difiere un poco del adoptado por cualquier otra persona. Hay tantos conceptos de Dios como personas hay en el mundo. Uno de los mayores desafíos de la vida cristiana es enderezar las imágenes torcidas que tenemos de Dios. Él se reveló en la Biblia para darnos una ver-

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

sión más exacta de sí mismo de la que podíamos obtener mediante la observación de la naturaleza.

En esencia, Dios es mayor que cualquier imagen suya. Hay algo de verdad en la visión de Dios que se manifiesta en el diluvio: un Dios que demanda obediencia, juzga y castiga a los pecadores. Pero esta imagen necesita equilibrarse con la del Dios clavado en una cruz, que perdona nuestros pecados y *permanece con nosotros mientras tratamos de obtener la victoria*. Debido a la dificultad que algunos tenemos con este último concepto, en este capítulo y el siguiente compartiré con usted dos enfoques que podrían ayudarnos a comprender mejor a Dios. Al primero lo he llamado: Dios “el entrenador de fútbol”.

Imagínese que usted es jugador de fútbol y que Jesús es su director técnico. Usted probablemente sabe que durante un partido de fútbol el director técnico de cada equipo se sienta al borde de la cancha. Sin embargo Jesús no se queda ahí sentado al borde del campo de juego. Él está corriendo junto a usted, susurrándole al oído, diciéndole cuándo correr, hacia dónde correr, cuándo pasar el balón y a quién... Usted es el máximo triunfador del juego porque Jesús le indica cada movimiento que debe hacer. Probablemente sabe que a veces un futbolista necesita correr hacia el arco o la portería de su propio equipo hasta encontrar una vía libre para dirigirse al del equipo contrario. La pregunta es esta: ¿Estará Jesús a su lado si usted corre en la dirección opuesta?

Todo cristiano corre en la dirección equivocada de vez en cuando. Hay entre nosotros quienes se la arreglan para hacerlo a diario. Es muy fácil pensar que Jesús deja de correr junto a nosotros, y que Dios nos abandona cuando pecamos. Espero que usted ya haya entendido que no es así.

Lamentablemente, a muchos cristianos se les dificulta aceptar la idea de que Dios no nos exige nada antes de salvarnos.

En un capítulo anterior expliqué que la fe y el arrepentimiento son dos condiciones para ser justificados. Pero para algunos, esto no es suficiente. Señalan declaraciones de la Biblia que parecen sugerir que la salvación de alguna forma depende de la obediencia. Por ejemplo, Santiago dice que “la fe, si no tiene obras, es muerta” (Sant. 2: 17). Que en lo que concierne a Abrahán “la fe actuó juntamente con sus obras, y que la fe se perfeccionó por las obras” (vers. 22). Y en su declaración más contundente, recalca que “la fe sin obras es muerta” (vers. 20).

En primer lugar, es necesario entender que las buenas obras son de gran importancia para el Señor. Jesús mismo dijo: “Así alumbre vuestra

luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mat. 5: 16). Pablo completó una de sus declaraciones más famosas acerca de la “salvación por la fe solamente” con estas palabras: “Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas” (Efe. 2: 10).

Hace varios años, mientras conversaba con un predicador a quien le gustaba enfatizar el tema de la salvación por la fe, decidí divertirme un poco. Le dije: “¿Sabes? Dios ama las buenas obras. Nuestras buenas obras son de gran valor para él”.

Hubo una larga pausa, mientras nuestro amigo asimilaba aquellas palabras. Mi amigo predicador no dijo nada. Finalmente rompí el silencio. “Por supuesto —le dije—, nuestras buenas obras no tienen nada que ver con la salvación”. Mi amigo se sintió aliviado.

A veces pienso que les tememos tanto a las obras que nos gustaría creer que no tienen lugar en la vida cristiana. ¡Pero eso no es verdad! Las buenas obras fueron fundamentales tanto para Jesús como para Pablo, al igual que para Santiago. Pablo llegó al extremo de decir que Dios *nos creó* para que hagamos buenas obras. Si el plan de salvación no nos capacita para realizar buenas obras, entonces la muerte de Cristo en la cruz fue en vano. Dios nunca quiso que su pueblo se sintiera satisfecho con una vida de pecado. Por eso, Pablo aseveró tan enérgicamente: “¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? ¡De ninguna manera!” (Rom. 6: 1-2). ¡Yo diría absolutamente no!

¿Cómo podremos reconciliar dos ideas diferentes? No somos salvos por las obras; y por otro lado, el plan de salvación ha fallado si no realizamos buenas obras. La parábola de Jesús el entrenador de fútbol nos ayuda a entender esto.

Hice una pregunta al final de la misma parábola, pero no la contesté. La pregunta fue: “¿Corre Jesús al lado del jugador que avanza en la dirección incorrecta?” Y la respuesta es: sí, siempre y cuando permanezca en el equipo de Jesús. Siempre y cuando mantenga presente su objetivo. Ahora bien, si se cambia al otro equipo entonces Jesús ya no correrá más a su lado.

Sucede lo mismo con usted y conmigo en el juego de la vida. Jesús está enteramente dispuesto a mantenerse a nuestro lado cuando avanzamos en la dirección equivocada, siempre y cuando nos mantengamos en su equipo. Pero si nos unimos al equipo del diablo, Jesús no podrá correr

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

con nosotros. Él correrá a nuestro lado en tanto que tengamos en mente los objetivos de su equipo, pero no puede acompañarnos si cambiamos nuestros objetivos por los del diablo.\*

Pablo enfatizó la importancia de no perder de vista, la portería de Jesús:

“Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús” (Fil. 3: 13-14).

Observe que Pablo prosiguió a la meta. Para poder mantener nuestra relación con Jesús, necesitamos proseguir a la meta que representa la victoria sobre el pecado. Incluso cuando avanzamos en la dirección equivocada y pecamos después de haber sido salvos. No pondremos en peligro nuestra relación con Jesús siempre que mantengamos claro el blanco de la victoria. Ponemos en peligro nuestra relación con él cuando abandonamos nuestra meta, cuando rehusamos arrepentirnos de nuestros pecados; si le decimos a Jesús: “No me importan tus mandamientos. Solo me interesan mis propios deseos”. Siempre y cuando nuestra meta sean las buenas obras, Jesús nos acepta por lo que *queremos ser*, no por lo que *somos*.

Pero usted podría decir: “Santiago dijo que la fe sin obras es muerta”.

Eso es cierto. Pero Dios es lo suficiente realista como para saber que no vamos a manifestar buenas obras en cada uno de nuestros intentos. Por eso acepta nuestra *intención* sincera de hacer el bien, como si *ya lo hubiéramos hecho*. Eso es lo que quiso decir Elena G. de White en la declaración que ya hemos citado con anterioridad:

“Cuando mora en el corazón el deseo de obedecer a Dios, cuando se hacen esfuerzos con ese fin, Jesús acepta esa disposición y ese esfuerzo como el mejor servicio del hombre, y suple la deficiencia con sus propios méritos divinos” (1MS 448).

Cuando en su corazón exista el deseo de obedecer a Dios y usted intente hacerlo no cabrá dudas cuál ha de ser su meta. Jesús lo aceptará a usted, incluso cuando corra en la dirección equivocada; aunque usted haya pecado después de haber sido salvo.

---

\* Incluso si nos “unimos al equipo del diablo”, Jesús continuará junto a nosotros porque continúa invitándonos a volver a su equipo. Una relación con Jesús que ha sido interrumpida no tiene por qué permanecer de tal forma ¡Él ciertamente no desea que sea permanente! Su gracia siempre estará disponible para nosotros en cualquier momento. No obstante, este hecho tampoco significa que sea imposible para nosotros quebrantar nuestra relación con él

Por lo tanto, la pregunta que debe hacerse no es si ha obedecido perfectamente, porque ninguno de nosotros lo ha logrado. La pregunta es si su meta ha sido obedecer a Dios.

Mientras su blanco sea obedecer a Dios, él lo considerará como si ya lo hubiese logrado. El carácter de Cristo ocupa el lugar de su carácter, y usted será aceptado ante Dios como si no hubiera pecado.

Esto es precisamente la justificación. Y por eso es tan importante. La justificación proporciona una vía para que Dios nos acepte aun cuando estemos corriendo en la dirección equivocada.

# Capítulo 11

## UN BEBÉ LLAMADO MIGUELITO

Imagínese que usted es el padre de un bebé de once meses que está empezando a caminar apoyándose en los muebles. Lo llamaremos Miguelito. Un día usted está acomodado en una amplia butaca en la sala mientras que al otro lado de la habitación su bebé da algunos pasos junto al sofá. Desde luego, usted anticipa el día que el niño camine sin tener que aferrarse a las cosas. De repente decide llamarlo; él se da vuelta y lo mira. Usted percibe que él está muy concentrado pensando cuidadosamente. Para un bebé de piernas inseguras, ha de ser atemorizante dar esos primeros pasos por su cuenta. “Ven acá. Ven con papi”.

Usted lo sigue animando hasta que finalmente, después de un par de minutós, se suelta del sofá y comienza a caminar solo. Naturalmente, sus piernas no lo sostienen bien y a mitad de camino uno de sus pies se enreda en la alfombra y se cae.

Usted salta de su silla, llega hasta donde está Miguelito en el piso, lo levanta por un brazo y le da una buena nalgada. “¡Niño tonto! —le grita—. ¡Podrías haberlo hecho mejor!”

Miguelito está llorando, pero usted lo ignora y lo pone de vuelta en el piso. “¡Ahora quiero que te pongas en pie y que camines como un hombre!”

No sé qué pensará usted, pero me horrorizo al pensar que un padre sea capaz de castigar a un bebé que está tratando de aprender a caminar. Sin embargo, es sorprendente cuántos cristianos piensan que Jesús trata de esa manera a los pecadores que están empeñados en la religión experimental. Crean que cuando pecan, Jesús rápidamente llega junto a ellos para aga-



## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

rrarlos por un brazo, darles una sacudida y decirles: “¡Tú, miserable pecador! ¡Debes portarte mucho mejor!”

Para luego darle un empujón y decirle: “¡Ahora quiero que empieces a caminar como un verdadero cristiano!”

Acabo de compartir con ustedes una ilustración que me parece horriblemente falsa, pero que entra en el ámbito de lo posible. Probablemente nadie describiría a Dios en términos tan gráficos, pero es asombroso cuántos de nosotros abrigamos semejante imagen del Señor. Incluso aun cuando nuestro raciocinio nos indica lo contrario, *creemos* que esa es la actitud que Dios asume cuando cometemos un error. Nos contempla con un rostro severo, nos regaña, nos condena.

Tratemos de encontrar una descripción diferente de la forma en que Dios actúa. Estamos de vuelta en la sala, observando a Miguelito mientras se suelta del sofá para cruzar al otro lado de la sala. Tropieza y se cae, pero esta vez su papá se acerca, lo levanta, lo abraza fuertemente y le dice: “¡Me alegra que quieras caminar y que lo estés intentando!”

Entonces coloca al bebé en el piso, lo toma de sus manitas y dice: “Déjame ayudarte para que aprendas a caminar”.

En esta representación, usted participa con el bebé en su caminata experimental. Usted lo ayuda a aprender. Usted lo ayuda aun en medio de sus errores.\*

Creo que este cuadro ilustra mejor la verdadera actitud de Dios y de Jesús hacia usted cuando fracasa en el intento de aprender a no seguir pecando. Jesús lo toma en sus brazos, lo abraza fuertemente y le dice: “Me alegra que quieras triunfar y que estés intentándolo”. Luego lo pone en el piso, le coloca una mano en el hombro, lo mira al rostro y sonríe. Su sentido de culpa quizá le diga que está ceñudo, pero puedo asegurarle que él está sonriente. Con la otra toma una de las suyas y dice: “Ahora permíteme ayudarte para que aprendas a hacerlo correctamente”.

La imaginación es una de las formas más poderosas que nosotros los seres humanos tenemos para ejercitar nuestra fe. Hay algo que le sugiero que intente la próxima vez que se sienta desanimado por haber caído en el pecado. Imagine que Jesús lo mira con una amplia y amistosa sonrisa. Note la amable expresión en su rostro. Imagine que una de sus manos estrecha la suya, y que la otra descansa en su hombro. Escuche su voz

---

\* En realidad, los padres prudentes permiten que sus hijos aprendan a caminar por su cuenta. Creo que en cierto sentido Dios también hace algo parecido con nosotros. Sin embargo, no es esa la enseñanza que deseamos resaltar mediante la presente analogía.

decir “Sé que has cedido ante esa tentación, pero lo que más me importa es que *deseas* triunfar y que estás tratando de hacerlo *con todas tus fuerzas*. *Esto en realidad me agrada*. Ahora te aseguro que me mantendré a tu lado para ayudarte la próxima vez que seas tentado”.

¿Podría alguien decir que se ha roto nuestra relación con Dios cuando Jesús nos pone un brazo sobre los hombros y nos sostiene la mano mientras tratamos de no pecar más? Él murió a causa de los mismos pecados que estamos intentando vencer. Lo menos que hará es quedarse a nuestro lado mientras aprendemos a alcanzar la victoria. Jesús no retrae su bendición hasta que cambiemos nuestra conducta. Él intenta utilizar todos los medios posibles a fin de compartir su gracia con nosotros, a fin de ayudarnos, aun a pesar de nuestro pobre comportamiento. “El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” (Rom. 8: 32).

Lo he dicho en varias ocasiones en la presente obra, si usted tan solo aspira a servir a Jesús, aunque no haya sido capaz de lograrlo, puede estar seguro de que él estará de su parte. Usted no interrumpe su relación con él porque quizá se rindió ante una pasión arrolladora que aún ejerce algún tipo de control sobre su vida. Al contrario, él estará a su lado para animarlo y ayudarlo a fin de que la próxima vez le vaya mejor.

Pero para que eso suceda, usted ha de tener una imagen apropiada de Dios, una visión correcta del Señor Jesús.

Dios nos dice: “No tendrás dioses ajenos delante de mí” (Éxo. 20: 3). Por supuesto que ninguno de nosotros jamás ha visto a Dios. Cualquiera que sea el Dios en quien creemos, será tan solo una percepción en nuestra mente; una representación mental, por así decirlo. Nuestra relación con Dios y nuestra relación con Jesús están determinadas por la imagen mental que tengamos de ellos. Una idea falsa de Dios no es más que un dios falso. Una de las razones principales por las que Dios nos dio la Biblia es para proveernos una representación exacta de sí mismo.

Tampoco hay que asumir que alguien posea una definición perfecta de Dios. Todos estamos involucrados en un proceso de aprendizaje para llegar a comprender a Dios. Incluso la bella ilustración del padre que abraza a su bebé y lo ayuda a aprender a caminar, es una representación parcial de Dios. Tan solo nos muestra la misericordia de Dios. Sin embargo, no nos dice nada acerca de su justicia, que es tan importante como su misericordia. Ninguna ilustración o metáfora es adecuada para abarcar todo lo que Dios es. No obstante, Dios se nos revela por medio de metáforas e

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

ilustraciones. Muchas de las parábolas de Jesús son representaciones o imágenes, que nos ayudan a entender mejor a Dios.

Señalé anteriormente que incluso el término teológico *justificación*, que estudiamos en la Primera Sección de este libro, es una representación de Dios. Nos muestra a un Dios que nos declara justos, aunque todavía seamos internamente imperfectos. Nuestro propósito ha sido ampliar la comprensión que tenemos de Dios mediante la palabra *justificación*. Hemos intentado trazar los detalles con mayor claridad. Y en gran medida, hemos empleado otras imágenes para completar el cuadro: metáforas como la plataforma petrolífera, el pueblo de Villacentro con mil ciudadanos hambrientos, Jesús el entrenador de fútbol y el padre cuyo bebé está aprendiendo a caminar.

Debo apresurarme a añadir, sin embargo, que la justificación es mucho más que una imagen mental. La justificación es una transacción real que se lleva a cabo en el cielo, mediante la cual Dios nos acredita la justicia de Cristo en los registros celestiales. Y ese es un acontecimiento que ocurre fuera del ámbito de nuestra mente, a trillones de kilómetros de distancia de nosotros. Sin embargo, la forma en que entendemos dicho arreglo constituye otra representación de Dios.

Desde luego, la imagen mental que nos formemos de Dios es de vital importancia. Recibimos la justificación por la fe, y la fe es algo que *está* en nuestra mente. En cierto sentido, podemos decir que la fe misma es una representación mental. La justificación presenta a un Dios que perdona nuestros pecados y que se niega a considerarlos en contra nuestra. La fe implica aceptar esta representación como verdadera. Significa hacer que esa imagen de Dios le conceda sentido a nuestras vidas.

Si creemos que la justificación es un requisito para la salvación, y que la fe es una especie de imagen mental de Dios; entonces podremos decir que nuestra salvación depende en gran medida de que poseamos una imagen mental apropiada de Dios. No es de extrañar que Dios haya dicho: “No tendrás dioses ajenos delante de mí”. Un dios falso, una representación falsa de Dios, puede costarnos la vida eterna.

Deseo adelantar que el triunfo sobre el dragón interno, o ganar la victoria sobre el pecado que es lo mismo, también depende de tener un concepto apropiado de Dios. Si tenemos una falsa imagen del Creador, como la de un padre que maltrata a su bebé cuando tropieza y se cae, nos resultará imposible obtener la victoria. Recordemos la declaración de Elena G. de White que afirma que “para avanzar sin tropezar [pecar], debemos

tener la seguridad de que [...] una infinita misericordia se ejercerá hacia nosotros si caemos" (HH 157). Sin esa certeza, sin esa imagen de Dios, tarde o temprano tropezaremos, pecaremos.

Para *no caer*, necesitamos atesorar la imagen de un Dios que nos acepta aun *cuando* caigamos.

# Capítulo 12

## UNA SEMANA EN LA VIDA DE JUAN PÉREZ

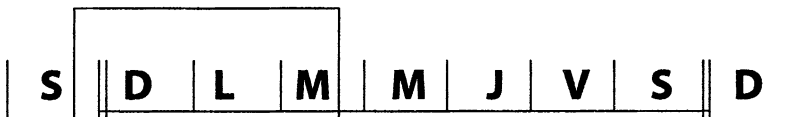
Concluiremos esta parte sobre la justificación con un relato que a todas luces es tan ficticio como el relato del entrenador de fútbol y el bebé Miguelito. Lo titularemos “Una semana en la vida de Juan Pérez”.

A continuación se encuentra un diagrama que representa los días de la semana. Si observa cuidadosamente, verá que el mismo incluye un día adicional al principio y al final de la semana:



Lamentablemente, Juan Pérez tiene un gran defecto: un carácter terrible, un increíble mal genio. Cuando se enoja, explota como un volcán. El sábado de noche, apenas al comienzo de la nueva semana, Juan Pérez se enfurece porque su esposa lo ha contrariado en algo insignificante, y se lo hace saber de mala forma.

En realidad, Juan Pérez y yo somos muy parecidos. Cuando me enojo, siempre tengo la razón. ¿No ha notado usted que a veces le sucede lo mismo? Juan Pérez estaba convencido de que su esposa merecía cada una de las palabras que le había dicho. Le tomó todo un día para calmarse lo suficiente y llegar a la conclusión que quizá estaba equivocado. Ya el lunes de noche sabía que estaba equivocado, sin embargo, fue el martes en la tarde cuando finalmente le confesó a su esposa su error. Así es como se vería en el diagrama:



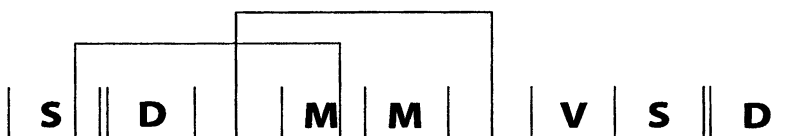
## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

Según la teoría de aquel maestro de Escuela Sabática de Texas, Juan Pérez interrumpió su relación con Jesús en el momento en que se enfureció con su esposa el sábado en la noche, y esa relación no se restableció sino hasta el martes siguiente cuando él confesó su falta. Supuestamente, si hubiera muerto en el transcurso de esos tres días, se habría condenado. Afortunadamente, a partir del martes en la noche está reconciliado. Puede estar tranquilo pensando que si muere alcanzará la salvación ya que ha restablecido su relación con Jesús.

Esto es casi una realidad, pero no totalmente, porque Juan Pérez tiene otro problema: en ocasiones dice mentiras blancas para evitar dificultades. El lunes de tarde su jefe lo llama y le dice: “Juan, ¿cómo te va con la tarea que te di hace un par de semanas?”

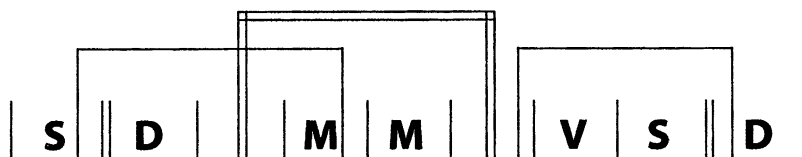
Juan se siente incómodo, porque ni siquiera la ha comenzado, así que pretende haber realizado parte de la misma. Dice una mentira blanca. Juan ha pecado nuevamente y esta vez no necesita que pase algo de tiempo para darse cuenta de su equivocación. En el instante que salen las palabras de sus labios, sabe que ha cometido un error. Pero le toma hasta el jueves de tarde para reunir suficiente valor y arreglar las cosas con su jefe.

Introduzcamos esta secuencia de eventos en nuestro diagrama:

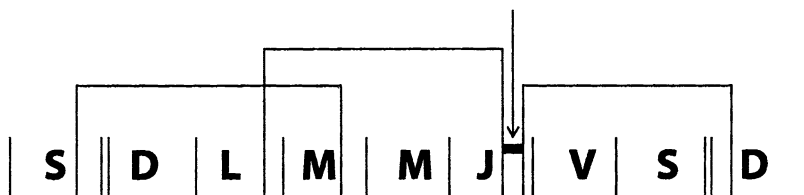


Afortunadamente, después de confesarse ante su jefe, Juan es un hombre limpio, ha restablecido su relación con Jesús. Ahora podía morir tranquilamente, porque iba a ser salvo.

Desdichadamente, Juan todavía tiene más contratiempos debido a su mal genio. El jueves de noche cuando llega a la casa, explota a causa de sus hijos y no se arregla con ellos hasta el domingo de mañana:



Ahora quiero que notemos algo interesante. Si Juan Pérez interrumpe su relación con Jesús cada vez que peca, y no la restablece hasta que confiesa su error, entonces, durante aquella semana ha sostenido una relación apropiada con Jesús por un lapso de entre tres y cuatro horas. Esto representa el período desde que le confesó su mentira al jefe hasta que reaccionó en contra de los niños. Ahora aparecerá nuestro diagrama de la siguiente forma:



Si la teología de aquel maestro de Escuela Sabática de Texas es acertada, entonces tres o cuatro horas a la semana en una relación con Jesús es todo lo que Juan Pérez necesita para vencer todas sus tentaciones y desarrollar un carácter como el de Cristo.

*Por alguna razón, esto no me parece muy lógico.*

De hecho, le puedo probar a usted que Juan Pérez mantuvo una relación viva con Jesús durante toda la semana. ¿Cómo? Porque pecó tres veces durante la semana, reconoció en tres ocasiones que había pecado, se arrepintió y confesó su error. Los que no son cristianos no hacen eso. A los no cristianos no les importa. Desobedecen y se ríen porque se salieron con la suya.

¿Entiende usted por qué Jesús tiene que acercarse a nosotros en el intervalo entre el momento en que pecamos y el momento en que confesamos nuestro pecado? Si él no lo hiciera así, el tiempo en que habríamos tenido una relación viva con él sería demasiado corto.

Me gusta lo que dice Jack Sequeira en su libro *Beyond Belief* (Más allá de cualquier creencia). Cerca del fin del capítulo sobre la "Justificación y la santificación", afirma: "Antes de concluir este capítulo, debíamos notar algunos malos entendidos comunes acerca de este decisivo tema" (p. 103). Citaremos el segundo malentendido que él señala así como el comentario que hace:

*"2. Cada vez que caemos o pecamos dejamos de estar justificados. Este es otro malentendido común acerca de la justificación. Es una enseñanza horrible que no tiene apoyo en la Palabra de Dios.*

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

Es verdad que cada vez que caemos en pecado presentamos una mala imagen de Cristo y lo herimos, porque hasta el pecado más pequeño es parte de lo que aconteció en la cruz. Sin embargo, Dios no nos rechaza cada vez que cometemos un error o caemos en pecado. Si creemos que perdemos nuestra justificación en Cristo cada vez que pecamos, invalidamos por completo la verdad de la justificación por la fe. Este concepto está basado en la idea de que somos justificados mediante la obediencia, lo que Cristo hace en nosotros, y no por lo que él ya logró por nosotros por su obra y su muerte en la cruz. Esa idea hace que el Evangelio se convierta en un buen consejo en vez de una buena noticia" (p. 104).

Me gusta esa explicación. Me ayuda a entender que Dios me ama, incluso cuando cometo errores. Siempre y cuando yo *quiera* vencer e *intente* vencer, él permanecerá a mi lado, incluso si *no* obtengo la victoria.



## SEGUNDA SECCIÓN

**Cómo ayuda Jesús a los pecadores  
a obtener la victoria:**

# LA SANTIFICACIÓN

## Primer alto en el camino

Hemos completado la Primera Sección de este libro y ahora damos comienzo a la Segunda Sección, estructurándola cuidadosamente, a fin de que usted pueda seguir con mayor facilidad lo que digo. Sin embargo, la organización es bastante compleja, así que de vez en cuando nos detendremos para hacer un “alto en el camino” que le dará la oportunidad de repasar lo leído, y anticipar lo que encontrará más adelante. También hemos insertado un breve bosquejo de la Segunda Sección al final de cada pausa, con una flecha que apunta al lugar donde usted se encuentra en ese momento.

Quizá usted ha observado el título de la Segunda Sección: “Cómo ayuda Jesús a los pecadores a obtener la victoria”. Mucha gente piensa que la victoria está fuera de su alcance, y a la vez teme que Dios no salve a los cristianos “imperfectos”. Y el asunto no es meramente teológico. De hecho, hay bastante teología en el tema, para los que se interesan en ella; sin embargo, al igual que en la Primera Sección, nuestro principal interés es la experiencia personal. Los cristianos nos inclinamos a creer que los pecados que nos acosan, así como nuestros hábitos, tienen un peso tan grande que la promesa divina de victoria no se aplica a nosotros. Decimos que quizá es para otros, especialmente para los atletas espirituales que nos rodean, pero “no para mí”. Así precisamente se sentía el lector de *Insight* que citamos en el capítulo 1.

Deseo asegurarle a todo pecador desesperado, no importa quién sea y dónde se encuentre, que la promesa divina de victoria fue formulada *precisamente para usted*. A pesar de lo desanimado que pueda sentirse respecto a conquistar en su momento al dragón que está al acecho en su interior. Usted podrá vencerlo si afronta el problema de la manera apropiada.

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

El propósito de la Segunda Sección es explicar cómo se puede “enfrentar cualquier situación de la manera correcta”. No obstante, antes de entrar en materia; necesitamos hacer dos cosas. En primer lugar, definir lo que es el carácter. En segundo lugar, entender la relación que existe entre el pecado y los hábitos, así como el papel de las creencias en la conquista de estos elementos. Y también deseo compartir con ustedes una poderosa estrategia para vencer cualquier pecado o hábito acariciado: una estrategia que he encontrado en extremo efectiva para obtener la victoria.

Estos son los temas que trataremos en los próximos tres capítulos.

Hay otro punto de relieve que mencionaremos antes de concluir esta pausa. Cinco de los componentes de la victoria, que estudiaremos en la Segunda Sección son tan cruciales que los hemos denominado “principios fundamentales”. Para estar seguros de que usted los reconozca cuando los encuentre, cada uno de estos principios fundamentales será identificado claramente y destacado con letras en negrita. Esté atento a ellos y présteles especial atención.

Aquí es el lugar donde estamos en este bosquejo de la Segunda Sección:

### **Segunda Sección: Cómo ayuda Jesús a los pecadores a obtener la victoria: La santificación**

Primer alto en el camino <—

13. Un cambio de carácter

14. Pecado, adicción y creencia

15. Alabanza y acción de gracias

**Primera parte: Cambiar nuestra forma pecaminosa de pensar**

**Segunda parte: Cambiar nuestros deseos pecaminosos**

**Tercera parte: Cambiar nuestra conducta pecaminosa**

**Cuarta parte: Consideraciones finales**

# Capítulo 13

## UN CAMBIO DE CARÁCTER

Hay un dicho entre los aficionados a las computadoras: “Si usted introduce basura, obtendrá basura”. Con esto quieren decir que si el operador introduce información incorrecta a la computadora, con toda seguridad obtendrá resultados incorrectos.

Suponga que usted es programador de computadoras y advierte que su computadora continúa dando soluciones equivocadas a los problemas que usted espera que resuelva. ¿Qué hará usted? En primer lugar, verificará los datos que introdujo. Si están correctos, entonces analizará las fórmulas utilizadas para procesar los datos a fin de confirmar si son las adecuadas. De hecho, nunca se obtendrán respuestas correctas si los datos o las fórmulas están errados. Una respuesta equivocada es una dificultad, pero no es la raíz del problema. La dificultad real se encuentra en los procesos que la computadora llevó a cabo. Una vez que usted localiza el error interno y lo corrige, la computadora le ofrecerá en forma consistente la respuesta correcta.

Lo mismo nos sucede a los seres humanos. Podemos comparar nuestro carácter, lo que está dentro de nosotros, con una computadora. Nuestra conducta es el producto. Y, al igual que una computadora, el que nuestra conducta sea correcta o incorrecta, buena o mala, depende de lo correcto o de lo incorrecto que haya sido programado o alimentado nuestro carácter.

Elena G. de White define este tipo de programación de una manera muy precisa: “Los pensamientos y los sentimientos combinados constituyen el carácter moral de la persona” (5T 290). Los pensamientos y sentimientos se forman en nuestro interior, en la mente y en el corazón. Por eso, el título completo de este libro es EL DRAGÓN QUE TODOS LLEVAMOS DENTRO. ¿CÓMO VENCERLO? No podemos ganar la victoria sobre la tenta-

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

ción y el pecado que nos asedian simplemente haciendo ajustes en nuestra conducta externa. Necesitamos conquistar el pecado en el *interior*, en la parte interna de nuestro ser. Entonces tendremos éxito al tratar de cambiar nuestra conducta *externa*.

Si el carácter es la combinación de los pensamientos y los sentimientos, entonces un cambio de carácter significa un cambio en la forma de pensar y sentir. Esto parece fácil, pero no lo es, como veremos en un momento. Sin embargo, no estamos en una situación de desamparo. Dios ha señalado ciertas cosas que podemos hacer para lograr que el cambio de carácter ocurra con mayor eficiencia, y por lo tanto con mayor rapidez. Describiremos las estrategias para un cambio de carácter en los capítulos que siguen. Sin embargo, primeramente necesitamos tratar tres asuntos de vital importancia que están relacionados con el desarrollo del carácter.

### El carácter cambia lentamente

Es necesario entender que el carácter está firmemente fijado en nuestras mentes y en nuestras emociones. Esto es tanto malas nuevas como buenas nuevas. Las malas nuevas son que usted no puede simplemente mover un interruptor en su cerebro para cambiar un defecto de carácter. Esa es una de las diferencias significativas entre el cerebro y una computadora. Todo lo que tiene que hacer un programador de computadoras para cambiar los datos, o el programa, es escribir el cambio en el teclado y apretar la tecla de "Entrar".

El cambio de carácter es un procedimiento mucho más lento.

A veces percibimos ese cambio como una variación en el rumbo de nuestra vida, o de cierta parte de nuestra vida. Decimos, por ejemplo, que deseamos vencer nuestro mal genio, o el hábito de comer demasiado.

Todo lo que tiene que hacer un corredor para marchar en la dirección opuesta es colocar un pie en el suelo, dar vuelta a su cuerpo y comenzar a correr en la dirección de donde procedía. Ese cambio toma un instante. El cambio de carácter por otro lado, se asemeja más a hacer girar a un acorazado en el mar. El cambio comienza en el instante en que el capitán hace girar el timón, pero ha de transcurrir bastante tiempo antes que se complete el giro deseado. Cambiar el carácter puede tomar meses, o incluso años. A pesar de una demora que pudiera ser frustrante, es enteramente factible si hacemos bien las cosas.

Lo bueno del caso es que los rasgos positivos de carácter también están firmemente establecidos en nuestra mente y ni nosotros ni nadie pue-

de cambiarlos con un chasquido de dedos. Por ejemplo, las personas que casi siempre están alegres y optimistas puede esperarse que permanecerán así por bastante tiempo.

Malas y buenas noticias. El carácter cambia lentamente. Este es el primer aspecto fundamental respecto al desarrollo del carácter que hemos de destacar en el presente capítulo. Aquí está el segundo.

### **La formación del carácter cristiano requiere una conversión**

¿Ha comprado usted alguna vez una computadora? Probablemente supuso que la memoria de la misma estaba en blanco cuando la extrajo de la caja y la colocó en un escritorio o en una mesa. Sin embargo, todas las computadoras traen varios programas incluidos. Sin esta programación básica, la computadora no podría operar los programas que usted le añada. La programación que viene con la computadora cuando usted la compra es instalada por el fabricante, y si hay algún desperfecto, solo el fabricante puede arreglarla.

Otra suposición común es que cuando compramos una computadora, su programación básica ha sido hecha correctamente. Y con pocas excepciones, este supuesto es correcto.

Usted y yo hemos nacido con determinado grado de programación mental y emocional. O, dicho de otra manera, nuestros caracteres hasta cierto punto vienen preprogramados. No obstante, a diferencia de la computadora promedio, no podemos suponer que la configuración inicial de nuestro carácter es la más acertada. Todos los seres humanos nacemos con caracteres defectuosos. Esto obedece a varios factores, incluyendo los rasgos que heredamos mediante los genes y cromosomas. Esto quizá sea lo que Elena G. de White tenía en mente cuando habló de “tendencias al mal, *heredadas* y *cultivadas*” (DTG 263).

Sin embargo, el mayor fallo del carácter que recibimos al nacer, no nos llega mediante la herencia física. Es el resultado de la relación interrumpida entre la humanidad y Dios. Según la Biblia, cada ser humano nace con ese defecto. “En maldad he sido formado —escribió David—, y en pecado me concibió mi madre” (Sal. 51: 5).

Esto no es culpa de Dios. Él creó a Adán y Eva “buenos en gran manera” (Gén. 1: 31). Mediante el Espíritu Santo que moraba en sus corazones, nuestros primeros padres estuvieron unidos con Dios desde el momento en que fueron creados: tenían caracteres perfectos.

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

El problema comenzó cuando Adán y Eva escogieron desobedecer a Dios. En aquel momento, rompieron su relación con él. El Espíritu Santo los abandonó. Otra forma de decirlo sería afirmar que murieron espiritualmente.

Los hijos de Adán y Eva únicamente disfrutaban de vida física. Espiritualmente, habían nacido muertos. Consecuentemente todos los demás seres humanos desde entonces, con la excepción de Cristo, han nacido muertos espiritualmente.\* Pablo tenía en mente esa muerte espiritual cuando les escribió a los creyentes de Éfeso que antes de su conversión estaban “muertos en [sus] [...] delitos y pecados” (Efe. 2: 1).

Si surgiera algún fallo en la programación original de su computador, usted tendría que enviarla de vuelta al fabricante, o a un centro de reparaciones autorizado por la compañía. Es de vital importancia que apliquemos el mismo principio a nuestros defectos espirituales. Somos incapaces de cambiar la codificación con la cual nacemos. Solo Dios, nuestro divino “Fabricante”, puede hacerlo. La Biblia se refiere a ese cambio como “el nuevo nacimiento” (Juan 3: 3). Estaremos obligados a manifestar una conducta externa defectuosa hasta que Dios nos rehabilite interiormente al instalar de nuevo su Espíritu Santo en nuestra mente y corazón. Este es uno de los medios fundamentales que Dios utiliza para ayudarnos a cambiar nuestra forma de pensar y sentir.

Algunas personas cometen el error de suponer que una vez Dios los cambia interiormente, en el momento de la conversión, su carácter reflejará una conducta del todo correcta. Enfatizan la idea de que los cristianos que continúan pecando, no se han convertido por completo. Ya hemos considerado que la victoria instantánea sobre el pecado es un mito. Es algo que no sucede. Y la idea de que un cristiano que peca es alguien que no se ha convertido verdaderamente, es otro mito cruel que fácilmente puede llevar a la depresión a los creyentes sinceros.

La razón por la cual el nuevo nacimiento no logra perfeccionar instantáneamente el carácter es bastante sencilla. La llegada del Espíritu Santo a nuestro corazón no es como prender una lámpara que de repente disipa toda la oscuridad de una habitación. Se asemeja más a depositar leva-

---

\* Quizá haya algunas excepciones respecto a esta declaración. La Biblia dice que Juan el Bautista estaría lleno del Espíritu Santo desde el vientre de su madre (Luc. 1 15). ¿Fue esta una excepción a la regla de que todos los bebés nacen espiritualmente muertos, o pueden todos los padres consagrados procrear niños que estén bajo la influencia del Espíritu Santo? La Biblia no habla de este tema.

dura en una masa de harina. Al amasar la harina, la levadura penetra lentamente y se integra a la misma. En la medida en que la levadura se esparce a través de la masa, cada espacio que toca se transforma, lo que hace que crezca y suba.

Así obra el Espíritu Santo en nuestra vida. El Espíritu Santo es el principio de vida que Dios implanta en nuestras mentes y corazones. Con el paso del tiempo, el Espíritu Santo toca las diferentes partes de nuestro carácter: nuestras tendencias heredadas y cultivadas hacia el mal, y las transforma. El cambio que se produce en nuestro corazón cuando aceptamos a Cristo es solo el primer paso en el desarrollo del carácter cristiano. La modificación de nuestros hábitos y nuestra conducta, en una obra de carácter permanente.

Los autores seculares han ideado muchas técnicas para transformar hábitos y actitudes. A menudo pueden ser útiles para el cristiano que intenta desarrollar su carácter. Hablaré más al respecto en capítulos subsiguientes. Por sí solos, los métodos seculares de modificación de la conducta no equivalen al desarrollo del carácter mencionado en la Biblia. El desarrollo del carácter cristiano se inicia con el principio vital que el Espíritu Santo introduce en el corazón cuando nos convertimos, y continúa en la medida en que ese principio suaviza las asperezas y pule las partes duras de nuestro carácter día tras día.

Necesitamos tener en cuenta una diferencia primordial entre la levadura y el nuevo nacimiento. Una pequeña porción de levadura que se introduzca en la masa la afectará totalmente. Esto se lleva a cabo una sola vez. Sin embargo, no podemos añadir el Espíritu Santo a nuestras vidas cuando nos convertimos por primera vez, para luego olvidarnos de él. Necesitamos recibir a diario más del Espíritu Santo porque la conversión es un vínculo permanente con él. Esta es la conversión general de la que hablamos en un capítulo anterior.

El Espíritu Santo también puede transformarnos en aspectos concretos. Todos nosotros albergamos defectos de carácter que nos llevan a cometer errores. A veces esos defectos nos incitan a pecar. A medida que el Espíritu Santo entra en contacto con esos defectos, los moldea y los transforma hasta que alcanzamos la perfección.

Puede ser que dichos defectos sean heredados. Por ejemplo, parece que algunos niños son agresivos desde su nacimiento, mientras que otros son tímidos. En "dosis" pequeñas, estos rasgos no son necesariamente defectos, pero la timidez excesiva, o una exagerada actitud agresiva, pueden



## **El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?**

crear enormes dificultades en la vida de cualquier persona. Otros defectos de carácter son cultivados. A veces nos referimos a dichos rasgos de carácter cultivados, como hábitos que hemos repetido tantas veces que los realizamos sin darnos cuenta.

Cambiar nuestros defectuosos rasgos de carácter nos tomará mucho más tiempo del que tomó adquirirlos. Esto se aplica tanto a los rasgos heredados como a los cultivados. La transformación del carácter también requiere un esfuerzo consciente de nuestra parte. A menudo, el esfuerzo que dedicamos a cambiar nuestros hábitos torcidos nos causará cierto grado de dolor, que en ocasiones llegará a ser de un grado intenso. Amasar la harina para esparcir la levadura significa bastante trabajo. De manera similar, esparcir el Espíritu Santo entre nuestros defectos de carácter a fin de que pueda cambiarlos, requiere también bastante esfuerzo. Por eso el cambio de carácter no puede ser la base de nuestra salvación. De ser así, la salvación se obtendría mediante las obras.

### **La fe y las obras**

Es menester que dejemos aclarada una decisiva cuestión teológica, antes de proseguir al tercer punto que trata del desarrollo del carácter. Quiero hablarle de ello en este capítulo. Algunas personas se sienten incómodas ante cualquier tema que se relacione con el esfuerzo realizado por los cristianos para desarrollar el carácter. “El esfuerzo humano es obras —dicen—, y los cristianos se salvan por gracia, no por obras”.

El temor que el énfasis en las obras y en el esfuerzo humano pueda poner en entredicho al Evangelio, surge de una comprensión errada del propósito de estos mismos elementos en la vida del cristiano. Hay dos principios que aclaran esta confusión:

**El propósito de la fe es la salvación.**

**El propósito del esfuerzo es el desarrollo del carácter**

Es de vital importancia que los cristianos entiendan la diferencia entre estos dos conceptos. Los que no lo hagan correrán por un lado el riesgo de tratar de salvarse ellos mismos, y por otro el intentar excusar el pecado. Una vez que los cristianos entiendan que el esfuerzo que dedicaron al desarrollo del carácter no es el fundamento de su salvación, se sentirán en libertad de esforzarse por realizar buenas obras sin necesidad de poner en entredicho el Evangelio. También estarán preparados para entender que Dios no los rechaza cuando fracasen sus esfuerzos por manifestar buenas obras. Si Dios fuera a romper su relación con nosotros cada vez

que cometemos un error, entonces nuestra salvación dependería de que nos mantengamos realizando buenas obras.

Dios se siente en verdad complacido por nuestras buenas obras. Jesús dijo: dejad que “vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mat. 5: 16). Y Pablo escribió, “Somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras” (Efe. 2: 10).

¿Qué le parece? ¡Pablo dice que Dios nos creó a usted y a mí para realizar buenas obras! Uno de los más elevados propósitos de nuestra existencia es que hagamos buenas obras. Y Jesús dijo que cuando hacemos esas buenas obras, glorificamos a Dios. Otra manera de expresarlo, es afirmar que un carácter cristiano equilibrado glorifica a Dios, porque las buenas obras que se ponen de manifiesto externamente surgen de un carácter que ha sido transformado internamente. Así que, ¡librémonos de la falsa noción de que las buenas obras ponen en entredicho al Evangelio! El Evangelio es lo que hace posible que la gente realice buenas obras. Sin el Evangelio, todo ser humano, al igual que usted y yo, estaría destinado a una vida de pecado y malas obras. Mediante el Evangelio, podremos continuamente manifestar obras que glorifiquen a Dios y hagan del mundo un lugar mejor para vivir.

Dado que nuestras buenas obras agradan a Dios, y tomando en cuenta que las mismas se derivan de lo que somos internamente, es lógico que Dios le conceda una gran importancia a lo que usted y yo somos internamente. Nuestro carácter es algo de mucho valor para el Señor. Él desea con ansias ayudarnos a conquistar el dragón interno. El resto de este libro tratará de la forma en que podemos cooperar con Dios a fin de desarrollar un carácter que produzca una conducta cada vez más aceptable.

Esta interrelación entre la fe y las obras nos lleva al último punto de importancia dentro del tema que trata del desarrollo del carácter. Este punto es especialmente significativo, porque también es el bosquejo alrededor del cual se organiza casi todo el resto de la presente obra.

## **La parte de Dios y la nuestra**

Es de vital importancia comprender que aunque para nosotros sea imposible desarrollar un carácter sin la ayuda de Dios, él no realiza la totalidad del esfuerzo en nuestro favor. Él permite que algunas cosas las hagamos usted y yo, y si no las hacemos, no desarrollaremos un carácter vigoroso.

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

Así sucede en otros aspectos de la vida. Dios crea semillas que pueden germinar y crecer, y permite que el sol y la lluvia activen la vida de la semilla. Pero el agricultor tiene que arar el terreno, plantar las semillas y erradicar las malezas. Las semillas no pueden crecer si Dios no hace su parte, pero tampoco se podrá lograr una cosecha si no interviene el esfuerzo humano.

Esto mismo se aplica a los asuntos espirituales, incluyendo el desarrollo del carácter. Dios hará por nosotros algunas cosas que permitirán que el cambio del carácter sea posible. Sin embargo, él espera que tu y yo hagamos nuestra parte, y será imposible para nosotros desarrollar un carácter en armonía con su voluntad hasta que no pongamos nuestro esfuerzo en el proceso.

Sin embargo, el hecho de que no podamos *llevar a cabo* la parte de Dios, no significa que debamos ignorarla. Aunque usted y yo no podemos *hacer* la parte de él en la transformación de nuestro carácter, debemos *entenderla*, porque de no ser así quizá intentemos llevarla a cabo nosotros mismos. Tenemos que entender su parte, de manera que le permitamos obrar. Y para cooperar de la manera más eficiente, también hemos de poseer una comprensión muy clara de nuestra tarea. Los cristianos que entienden cuál es la labor de Dios y cuál es la suya propia, y que permiten que Dios haga su parte esforzándose seriamente por hacer la suya propia, experimentarán cambios de carácter trascendentales y a menudo muy rápidos.

Tengo buenas noticias para la persona que escribió a *Insight*. Usted no tiene que vivir en una continua derrota. Necesita entender que la victoria no llegará instantáneamente, pero también necesita saber que *sí llegará*.

Además de entender la parte de Dios y la nuestra en el desarrollo del carácter, también es necesario que comprendamos en qué áreas hemos de cambiar. El desarrollo del carácter requiere que experimentemos el cambio en tres niveles:

### **Nuestra forma pecaminosa de pensar**

#### **Nuestros deseos pecaminosos**

#### **Nuestra conducta pecaminosa**

Es de suma importancia que entendamos la diferencia entre la parte de Dios y la nuestra, en cada uno de estos tres aspectos. He preparado un cuadro para tratar de mantenerlo todo en una correcta perspectiva mientras continuamos estudiando las páginas que siguen:

Cambios necesarios	La parte de Dios	Nuestra parte
En nuestra <b>forma</b> pecaminosa de pensar		
En nuestros <b>deseos</b> pecaminosos		
En nuestra <b>conducta</b> pecaminosa		

Quienes hayan leído mi libro *El desafío del tiempo final*, podrán observar algunas similitudes y diferencias entre este cuadro y uno de los que aparecen en el capítulo 7 de dicho libro, titulado “Preparación para el fin del tiempo de gracia”. Muchas personas me han dicho que ese capítulo les ha ayudado a vencer diversas tentaciones. Espero que el resto de este libro le resulte igualmente útil a usted, o incluso sea de un mayor beneficio.

No obstante, antes de entrar en el tema del cambio en nuestra forma pecaminosa de pensar, observemos más detenidamente el tema de los hábitos y el pecado, así como el papel de la fe en la conquista de ambos.

# Capítulo 14

## PECADO, ADICCIÓN Y CREENCIA

En agosto de 1994, la *Adventist Review* (Revista adventista) publicó una serie de artículos con el título “Los adventistas y la crisis familiar”. Según los autores Fred Kasischke y Audrey Johnson, las familias adventistas en Norteamérica experimentan las mismas disfunciones que el resto de la sociedad. El estudio se limitó a un grupo de familias en el territorio de la Asociación del Sureste de California y los autores no intentaron aplicar sus hallazgos a la comunidad adventista de todo Estados Unidos. Sin embargo, parece razonable su conclusión de que “las crisis familiares no son exclusivas de los que viven en el sur de California” (*Adventist Review*, 18 de agosto de 1994, 17).

La encuesta encontró que un 30% de los adventistas entrevistados había sido víctima de algún tipo de abuso físico en su hogar antes de cumplir los 18 años, que el 43% había sufrido algún tipo de abuso emocional y que el 16% había experimentado abusos de tipo sexual, o incestuosos. Además, el 37% habían vivido con alguna persona adicta al alcohol o las drogas, el 7% había intentado suicidarse y el 3% era, o había practicado la homosexualidad.

Aunque es probable que parte de este abuso fuera infligido por un padre o un familiar no adventista, es necesario reconocer que cierto número de adventistas del séptimo día ha abusado y continúa abusando de

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

sus familiares en diversas maneras. Esto equivale a decir que una cantidad significativa de adventistas del séptimo día tiene serios problemas de adicción, dado que esta condición casi siempre precede al abuso. La investigación de Kasischke y Johnson no tomó en cuenta adicciones como el sexo (excepto en casos de incesto), el trabajo, los alimentos, etcétera. Sin embargo, los adventistas del séptimo día necesitan sacar la cabeza de la arena y reconocer que en la actualidad, y desde hace mucho, estos problemas están presentes en nuestra iglesia.

Aunque no deseo condenar a nadie, creo que las personas que cometen este tipo de abusos *tienen que* ser llamadas a cuenta, y que en la iglesia hay ocasiones y medios para esto. No obstante, el propósito de este libro es ofrecerle esperanzas a quienes tienen algún tipo de hábito incontrolable. Vamos a suponer que la mayoría de los que han cometido algún tipo de abuso se siente terriblemente culpable y desea encontrar un modo de enmendar su conducta. Intentaré mostrarles la solución. En este capítulo discutiré tres asuntos. En primer lugar, la naturaleza de la adicción, incluyendo algunas de las más comunes en Norteamérica. En segundo lugar, la relación entre la adicción y lo que enseña la Biblia acerca del pecado. En tercer lugar, trataremos lo que considero que es la herramienta más poderosa que puede tener un adicto y pecador para conseguir la recuperación: *la fe*.

### ¿Qué es la adicción?

Ser adicto significa ser esclavo de un hábito destructivo. El adicto no puede decir “no” a conductas de las que depende. Algunos cristianos de buenos sentimientos se preguntan por qué el adicto no dice simplemente: “no”. No entienden que el adicto está sujeto a emociones compulsivas y obsesivas y que decir “no” no representa una opción. Miles de alcohólicos han intentado decir “no” y ocasionalmente han tenido éxito durante algunos meses, o incluso años; pero a la larga casi siempre vuelven a beber. Muy pocos tendrán éxito en su recuperación a largo plazo si dependen de su capacidad individual para decir “no” a su adicción.

El concepto de “adicción” comenzó a utilizarse primeramente en relación con el alcoholismo. Hoy hablamos de “adicción química”, para incluir a los narcóticos, al tabaco y a la caféina, al igual que al alcohol. Estas sustancias introducen al cuerpo ciertos compuestos, a los que el cuerpo se acostumbra y llega a exigir.

Ahora sabemos que los seres humanos pueden ser víctimas de un gran número de conductas obsesivo-compulsivas. Las actitudes manifestadas por estas personas son similares a las de quienes sufren de alguna adicción química, por lo que normalmente se los cataloga como adictos. Para expresarlo de otro modo, cualquiera que sea un esclavo de determinada conducta, y no pueda controlarla, es un adicto.

Los adictos sufren graves conflictos emocionales. Lo que sucede es que no los reconocen como tales. Solo saben que se sienten terriblemente mal. De pronto, un día descubren algo que los hace sentir bien y se apegan a ello como se aferraría a un salvavidas una persona que se está ahogando. Están tan desesperados por sentirse bien que aceptan cualquier cosa, conducta o sustancia, no importa cuán destructiva o mala sea.

De esta forma se efectúa un horrible engaño. El adicto  *cree*  que ha encontrado una solución para su problema, pero no es así. La conducta que les produce placer simplemente ha anestesiado el dolor. No ha contribuido en nada para tratar la causa del mismo. Es como tomar aspirina para un dolor causado por el cáncer.

Algunas adicciones —químicas, sexuales, alimentarias—, hacen que el adicto se sienta horriblemente culpable, lo que complica más aún el dolor que intenta anestesiarse. El aumento de dolor demanda más de la misma conducta adictiva para anestesiarse el malestar; sin embargo, cada acto adicional produce más culpabilidad y un mayor desasosiego que necesitan ser acaallados.

Es un círculo vicioso que se agranda a sí mismo, como una bola de nieve que crece al ir bajando por una pendiente. Entre las consecuencias de este avance se encuentran las enfermedades, la destrucción de la familia, la ruina económica, la cárcel y en casos extremos, la muerte.

Los observadores externos pueden ver al adicto caer cada vez más hondo en un horrible pozo, y basándose en su lógica preguntan: “¿Por qué no decide abandonar su conducta, por qué no dice ¡no!, o tan siquiera ¡basta!?” No entienden que las emociones del adicto se han apoderado de su vida y que no puede “simplemente decir no”. Hasta ese punto llega su esclavitud. “Quienes no han pasado jamás por semejantes experiencias no pueden conocer la fuerza casi invencible de los apetitos, ni lo recio del conflicto entre satisfacer los hábitos y la decisión de ser templados en todo” (MC 129).

Este era el caso del adicto al alcohol y a la cocaína, cuya historia compartí en el capítulo 8. También era el caso de aquel que envió su carta a

Insight, en el capítulo 1. Esto les pasa a todos los cristianos que se preguntan, “¿me ha abandonado Dios porque hice esto por milésima vez?” Y la respuesta, por supuesto, es no. Dios no lo ha abandonado. No demanda obediencia perfecta antes de aceptar al adicto y comenzar ayudarlo a liberarse. Todos los que aseguran que es posible lograr victorias instantáneas no entienden el poder de la adicción. Todos los que aseguran que Dios no puede salvar a los que viven en el pecado no tienen idea de cuán larga e intensa es la batalla por la recuperación, ni cuán desanimado se siente el adicto que cree que Dios no lo recibirá en su gracia hasta que haya vencido totalmente su adicción.

Pero hemos hablado suficiente de este aspecto del problema en la Primera Sección. Volvamos a nuestra investigación acerca de la adicción. Echemos un vistazo a algunas adicciones típicas; no las químicas, sino aquellas que usted quizá ni siquiera había considerado como tales.

*Comida.* Las adicciones relacionadas con la comida van desde hábitos de comer en exceso, comer entre comidas, hasta la bulimia y la anorexia. Una de las características de cualquier hábito es el temor de perder el acceso a lo que se desea. Los adictos con problemas graves, como los bulímicos, sienten terror de alejarse demasiado de su casa, o por mucho tiempo, para no perder el acceso fácil a la comida que tienen allí. Los bulímicos no comen para nutrirse. Comen para anestesiar el intenso dolor emocional que sufren. Debido a que tres comidas al día no es un “medicamento suficiente fuerte”, los bulímicos comen y luego vomitan para poder comer de nuevo. ¡Un bulímico puede comer y vomitar hasta quince y veinte veces por día!

Una mujer me dijo que ella practicaba su bulimia hasta doce horas seguidas.

La anorexia es otro desorden alimentario grave, pero no es una adicción a la comida. Los anoréxicos son también adictos al control. Usualmente se sienten fuera de control en otras áreas de la vida y la comida es un área que pueden controlar. Derivan gran satisfacción al saber que han sido capaces de abstenerse de ingerir alimentos. En casos extremos, los anoréxicos literalmente se matan de hambre, a la vez que se sienten “satisfechos” de que han ejercido un excelente dominio propio.

Si su problema alimentario es comer demasiado, probablemente será suficiente que preste atención a los principios discutidos en este libro para enfrentar el problema. Si usted es un bulímico, o un anoréxico avanzado, podrá beneficiarse de lo que digo en esta obra, pero *además* nece-



sitará una ayuda profesional que solo puede ofrecerle un centro de recuperación de adicciones.

*Adicción sexual.* Hay varios tipos y grados de adicción sexual. Algunas personas son adictas al placer de la experiencia sexual en sí misma. La excitación sexual y el orgasmo proveen alivio temporal para su dolor emocional y no pueden controlarse ante el deseo sexual. Quienes son adictos graves al sexo pueden participar en actividades ilegales tales como la prostitución, o la exhibición pública de sus órganos. Para ellos, la emoción de correr riesgos es a menudo tan “terapéutica” como el sexo mismo.\*

Quizá usted piense que no hay problemas de bulimia o de adicción sexual entre los adventistas del séptimo día. ¡No se engañe! Gracias a Dios, hay ayuda para estas personas, pero necesitan más de lo que este libro puede darles. En el caso de un adicto grave al sexo se necesitará toda la ayuda que sea posible obtener de fuentes profesionales.

*Adicción al trabajo.* En la actualidad esta es probablemente la adicción más común en Norteamérica y en los países de occidente, y una de las más difíciles de identificar y tratar. Y la razón es sencilla: nuestra sociedad la recompensa. Los jefes se agradan de los empleados que son tan “eficientes” que dedican sesenta u ochenta horas a la semana al trabajo: especialmente personas que disfrutan un salario fijo y que no reciben paga adicional por horas extra. Las empresas promueven la adicción al trabajo y la recompensan con bonos y aumentos de sueldo.

Algunos adictos al trabajo no lo practican solamente en su centro laboral, sino también en casa. No pueden relajarse y disfrutar de la vida. Incluso en un viaje de vacaciones se sienten obsesionados, tratando de realizar tantas actividades como sea posible en su itinerario. La familia llega a casa más cansada que cuando se marchó.

*Adicción a cuidar de los demás.* El “servicial” se siente responsable por los problemas de todos los demás. Si alguien en la iglesia llama a las 9:30 el viernes de noche y dice: “Mi tía María llegó de visita; ¿puedes enseñar mi clase de Escuela Sabática mañana?”, el “servicial” se siente responsable por el problema de dicha persona y responde afirmativamente. Si alguien en la iglesia tiene un problema financiero, el “servicial” le ofrece dinero. Si una familia pobre se muda a la ciudad, el “servicial” es quien les brinda su casa y alimentos por una semana.

Todos debíamos ayudar a los necesitados. Jesús dijo que esa es una

---

\* La mayoría de los adictos al sexo son hombres, pero algunas mujeres sufren de dicha adicción.

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

de las cosas que su pueblo hará mientras aguarda su venida (ver Mat. 25: 31-46). La diferencia entre las personas normales y el “servicial” es el grado de ayuda que ofrecen a los demás, así como la razón por la cual lo hacen. El “servicial” deja todo lo que tiene entre manos y corre cada vez que encuentra a alguien con una necesidad. Se sienten tan exageradamente responsables por las necesidades ajenas que descuidan su propia salud, sus finanzas y las necesidades de su familia para ocuparse de las ajenas. Pero la motivación real no es ayudar a la gente. Es el “bienestar” que obtienen de la ayuda que dan, lo cual cubre su dolor emocional. Correr de aquí para allá continuamente para “ayudar” a alguien hace que la mente se mantenga ocupada, olvidando el dolor personal.

Quienes trabajan en profesiones de proyección social, a menudo se vuelven adictos a cuidar de los demás. Debido a que se espera que se muestren comprensivos y serviciales, los pastores en particular caen a menudo en este tipo de adicción.

*Adictos a las compras.* Algunas personas tratan de silenciar sus carencias emocionales yéndose de compras. Experimentan una gran satisfacción cada vez que hacen una compra y no pueden eximirse de ello, especialmente si hay una “gran venta especial”. Pero los adictos a las compras no están interesados precisamente en ahorrar dinero, aunque se muestren ufanos de haber obtenido determinados descuentos. La realidad es que se mantienen ocupados en las tiendas para no tener que pensar en su dolor. Estas personas a menudo incurren en enormes deudas y utilizan al máximo sus líneas de crédito en varias tarjetas antes de que la bancarrota los obligue a enfrentar la realidad.

*Adictos a las relaciones sociales.* El adicto a las relaciones sociales le encuentra significado a su vida por medio de las relaciones que mantiene con otras personas. Las relaciones románticas son la forma más común, o mejor dicho, la más notable. Hay por lo menos dos tipos de adictos. El primero revolotea de una relación a otra. La persona que le es infiel a su cónyuge una y otra vez, probablemente es adicta a este tipo de interacción. La verdadera motivación en la mayoría de estos casos no es el sexo. Es utilizar la relación para mitigar su angustia emocional.

La otra forma de adicción es la de la persona que permanece en una relación abusiva, ya sea que esté casada, o no. La mujer que cae en este tipo de adicción permitirá que un hombre abuse de ella de la forma más viciosa. Puede que llame a la policía cuando la violencia amenace su vida, pero rehúsa formular una acusación formal cuando los agentes acuden. O quizá

buscará la ayuda de un refugio para mujeres maltratadas por varios días, para luego regresar junto a su marido. ¿Por qué? Porque a pesar de todo el abuso, esa relación es como una medicina para su carencia emocional.

*Control.* Los adictos al control encuentran su satisfacción emocional al conseguir salirse con la suya. Quedan devastados cuando no pueden satisfacer sus deseos, especialmente con los de su círculo más íntimo. Es muy probable que la familia, la iglesia y aquellos con quienes trabajan experimenten las presiones de quienes son adictos a controlar a los demás.

Algunos de estos adictos utilizan la ira para salirse con la suya. Descubren muy pronto que cuando dan rienda suelta a su enojo, los demás tienden a ceder ante sus reclamos. Otros intentan ejercer su control mediante la utilización del sentido de culpa, de las quejas y las rencillas. Descubren que si pueden importunar lo suficiente a los demás, tarde o temprano se saldrán con la suya. La mayoría de nosotros puede reconocer que estos exagerados esfuerzos por controlar a los demás son tanto ofensivos como muy dañinos para el buen desenvolvimiento de las relaciones interpersonales; sin embargo, a los adictos al control no les importa lastimar a los demás. Lo que les interesa es la recompensa emocional que reciben cuando alguien finalmente cede ante sus demandas.

*Adicción a la Internet.* La Internet ha creado una nueva adicción que no se conocía antes de la década de los noventa. Hay dos tipos de adicción que son las más comunes. Una de ellas afecta a la persona que pasa innumerables horas “navegando” por la red. Probablemente se diga, y les diga a los demás, que está alcanzando grandes logros al recopilar información que necesita, o que está logrando cualquier gran objetivo, pero todo ello es un mito. La gran verdad es que está mitigando su dolor emocional. Mientras se mantiene conectado a la red, no tiene que pensar en sus temores, su vergüenza, o su enojo.

La otra forma de adicción a la Internet es la pornografía. Según entienden una tercera parte de los portales de Internet están dedicados al negocio de la pornografía. Esta es otra forma de adicción al sexo, y es una de las maneras en que los adictos se “desahogan”.

*Adicción religiosa.* La adicción más difícil de reconocer para un creyente es la adicción religiosa. Al igual que los alimentos, el sexo, el trabajo, ayudar a otros y las relaciones interpersonales, la religión es también buena en sí misma. Desempeña un papel clave en nuestra vida.

Ahora bien, los adictos a la religión son en extremo religiosos y a menudo muy concienzudos. Pueden asistir fielmente a la iglesia, o leer su

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

Biblia mucho más a menudo de lo que la mayoría de las personas consideraría como normal para una experiencia cristiana saludable. Si usted es muy activo en su fe religiosa, quizá se pregunte cómo podrá determinar si es un adicto a la religión, o si tan solo es una persona normal para quien la religión es algo fundamental. Una de las mejores maneras de sopesar esto es examinando cuán severo es su sentido de culpa luego que decide no participar en una actividad de la iglesia. Si usted no puede dejar de estudiar la Biblia un solo día, o no puede dejar de asistir a la iglesia ni siquiera un sábado, sin sentirse profundamente culpable, probablemente está utilizando la religión como un paliativo para su dolor emocional.

La adicción religiosa a menudo surge de ideas distorsionadas acerca de Dios. Los adictos a la religión estudian sus Biblias y asisten a la iglesia para agradar a Dios, como si estas actividades los hicieran merecer la aceptación divina. En términos teológicos, los cristianos se refieren a esto como “justificación por las obras”. Pero el asunto en sí no es la religión ni ser religioso; es hacer de la religiosidad la fuente de nuestra autoestima.

### Adicción y pecado\*

¿Es pecado la adicción? Los cristianos no tienen dificultad alguna en identificar las adicciones a los alimentos y al sexo como pecado. Las adicciones sentimentales que llevan a una persona casada a sostener múltiples amoríos también son catalogadas rápidamente como pecado. La mayoría de nosotros estaría también en condición de referirnos a la adicción a las compras que llevan a una persona a gastar mucho más de lo que gana, como pecado. ¿Pero qué diremos en cuanto a las adicciones al servicio, al deseo de controlar, o a la religión? ¿Puede la religión ser pecado?

Sí, si es que conduce a una vida desequilibrada. Todas las adicciones que describí en detalle en las páginas anteriores son actividades que en sí mismas se consideran normales. Solo se transforman en una adicción, en un hábito malsano, cuando las llevamos a un exceso. Elena G. de White dijo: “Llevar al exceso lo legítimo constituye un grave pecado” (TCS 131). Este principio se aplica a cualquier actividad, sin importar cuán buena sea en sí misma, que se la practique hasta el exceso. Cristo predijo que al momento de su segunda venida rechazaría a muchas personas religiosas que

---

\* Algunos cristianos me han preguntado si el hecho de considerar la adicción como un pecado tiene respaldo bíblico. Asimismo han manifestado ciertas preocupaciones respecto al programa de Los Doce Pasos para la recuperación de adictos. Tratamos de satisfacer sus dudas en el Apéndice B, mientras que en el A respondemos algunas dudas expresadas por creyentes cristianos acerca de los Doce Pasos de los Alcohólicos Anónimos para recuperarse de la adicción.

inclusive asegurarían haber profetizado en su nombre y echado fuera demonios, así como haber realizado muchos milagros (ver Mat. 7: 21-23). ¿Por qué? No porque las cosas que esta gente realizó eran malas en sí mismas, sino porque las hicieron guiándose por motivos equivocados.

Aunque en la Biblia no se utiliza el término adicción, las formas en las que describe al pecado concuerdan con lo que hoy entendemos como *adicción*. Uno de los mejores ejemplos de esto es el texto de Romanos 7: 14-25, donde Pablo expresa su frustración por no haber alcanzado la victoria. “No hago lo que quiero, sino lo que aborrezco [...]. ¡Miserable de mí!” (vers. 15, 24). Pablo se refería al pecado en este pasaje; sin embargo, describía la condición que hoy conocemos como *adicción*.

La Biblia también se refiere al pecado como esclavitud. En Romanos Pablo también dijo:

“¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea, de la obediencia para justicia?” (Rom. 6: 16).

Un esclavo está sujeto a la voluntad de su dueño. El pecador asimismo ha de hacer la voluntad de su “amo”. El amo del pecador son sus deseos. Cuando Dios nos creó, él quiso que nuestra mente gobernara nuestros deseos. Sin embargo, cuando los deseos se sobreponen, la mente pierde el control sobre nuestras vidas.

Ese es el problema del adicto. Únicamente puede hacer lo que sus deseos le dictan. Pablo se refirió a esto cuando dijo: “No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, para obedecer a sus *malos deseos*” (Rom. 6: 12, NRV); “porque cuando estábamos en la carne, las *pasiones pecaminosas*, condenadas por la Ley obraban en nuestros miembros y llevaban fruto de muerte” (Rom. 7: 5).

He colocado en cursiva las palabras relevantes de cada pasaje: *malos deseos* y *pasiones pecaminosas*. Las emociones humanas representan un cúmulo de energía. Cuando están bajo el control de la razón, pueden ser un poder para el bien en el mundo. No obstante, cuando la razón pierde el control y la emoción se impone, el poder de la emoción se torna terriblemente destructivo. Una vez que la razón le entrega el control a la emoción, la emoción se convierte en un dictador y queda impotente para recuperar el control por sí misma.

Eso es pecado. Eso es adicción.

La Biblia habla de una naturaleza pecaminosa, “el viejo hombre” tiene que ser destruido (Rom. 6: 6). La adicción es una expresión de esa natu-

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

raleza pecaminosa. Pero Dios tiene la respuesta para nuestra naturaleza pecaminosa. Él tiene la cura para toda adicción.

### Creer

Los adictos experimentan casi siempre un profundo sentido de culpabilidad y temor, y a menudo de ira. Estas emociones son la causa de sus hábitos, así como su resultado. El temor, la vergüenza y el enojo causan el dolor que el adicto intenta aliviar, a la vez que su conducta obsesiva compulsiva empeora el temor y la vergüenza. Es un círculo vicioso. La mayoría de los adictos que reconocen que son adictos entienden exactamente lo que el apóstol Pablo quiso decir cuando exclamó: “¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?”

Anteriormente señalamos la siguiente cita de Elena G. de White, en la que ella describe lo que es una adicción sin emplear dicho término. Esta vez me gustaría que usted observara la oración final del párrafo que he colocado en cursiva:

“Tú deseas hacer su voluntad, pero eres moralmente débil esclavo de la duda y dominado por los hábitos de tu vida pecaminosa. Las promesas y resoluciones que haces son tan frágiles como telarañas. No puedes gobernar tus pensamientos, impulsos y afectos. *El recuerdo de tus promesas no cumplidas y de tus votos quebrantados debilita la confianza que tuviste en tu propia sinceridad, y te induce a sentir que Dios no puede aceptarte, pero no tienes por qué desesperarte*” (CC 71, 72).

El adicto que desea escapar se siente desesperado. Después de repetidos esfuerzos infructuosos para escapar de sus hábitos, llega a la conclusión de que para él la victoria es imposible, y por eso siente que Dios no puede aceptarlo.

Si usted se siente así acerca de su adicción, entonces la lección espiritual que supera a cualquier otra, y que necesita aprender, es que *la victoria es posible para usted*. Sí, hay una salida. Si usted no la ha encontrado todavía, entonces es que no ha entendido el plan de Dios diseñado para liberarlo de su esclavitud. La buena noticia es que hay ante usted algunos descubrimientos maravillosos.

No deseo que piense que la salida es fácil. Únicamente estoy asegurándole que la victoria será posible si *usted cree en ella*.

En el alto en el camino llevado a cabo un par de capítulos atrás, mencioné que compartiría con usted cinco principios básicos respecto a la victoria sobre el pecado. Aquí tiene el primero:

## **PRINCIPIO FUNDAMENTAL N° 1**

### **La victoria es posible para quienes creen en ella.**

Este principio también aparece como el fundamento del segundo de Los Doce Pasos de Alcohólicos Anónimos:

#### **Paso 2**

Crear que un poder superior a nosotros mismos  
pueda devolvernos la salud completa.

He aprendido que es posible conquistar cualquier defecto de mi vida. Esto será posible si creo firmemente que puedo conquistarlo y persevero en mi pedido de ayuda a Dios para entender dicho problema. Asimismo debo identificar las mejores estrategias para vencerlo. Puede ser que no sepa cómo vencer por primera vez el defecto, pero sé que Dios me lo mostrará. Y como creo que lo hará, siempre lo hace.

En un capítulo anterior descubrimos que la justificación está disponible para todos los que *creen*. Ahora deseo decirle que también la victoria, o sea, la santificación; está al alcance de todos los que *creen*. No importa lo desanimado que usted haya estado frente a la posibilidad de conquistar el pecado que lo asedia, antes de comenzar a leer este capítulo. En todo caso, lo animo a decirse a sí mismo, una y otra vez: “Me es posible alcanzar la victoria”. Usted no podrá hacerlo por sí mismo, pero lo logrará con la ayuda de Dios. Las promesas del Señor siempre son condicionadas a la fe. Si usted cree que la victoria es posible, así mismo lo será.

Cuando acepto su dirección, siempre obtengo la victoria. A veces en una forma lenta. Pero siempre llega.

¡El dragón que todos llevamos dentro es un enemigo que ya está derrotado!

# Capítulo 15

## ALABANZA Y ACCIÓN DE GRACIAS

Cuando viajo por lo general llevo mi computadora portátil para mantenerme conectado con la casa editora mediante el correo electrónico. No hace mucho tiempo pasé varios días como orador en una reunión religiosa campestre en Oshawa, Ontario (Canadá). En cuanto llegué, conecté mi computadora a la energía eléctrica e hice lo necesario para abrir mi correo electrónico, pero obtuve solamente un mensaje que mostraba un error. No entendí lo que significaba. Lo único que supe fue que no podía abrir el programa. Puesto que tampoco tenía la más peregrina idea de cómo resolver el problema, llamé a la casa editora y hablé con Esteban, uno de nuestros especialistas en computadoras. Me sugirió que verificara los parámetros del programa del correo electrónico y que confirmara si estaban bien. Lo hice. Me pidió que intentara nuevamente. Lo hice. Nada. Solo obtuve el consabido mensaje de error. Nueva llamada telefónica a Esteban. Me sugirió nuevas estrategias. Tampoco conseguí el resultado esperado. Volví a llamar a mi mentor porque necesitaba abrir mi correo electrónico con urgencia. Me sentía frustrado después de varias llamadas telefónicas inútiles.

¡Repentinamente me vino una idea! ¡Primero tenía que conectarme con el servicio de Internet de la casa editora! Después podría abrir mi correo electrónico. Así lo hice y obtuve el resultado tan esperado.



## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

Note el lector lo que estaba sucediendo: tenía entre manos un problema sencillo, y la solución me había estado guiñando el ojo todo el tiempo, pero la había pasado por alto vez tras vez, hasta convertir la situación en algo sumamente complicado. Es lo que solemos hacer con el problema del pecado. La solución que Dios nos da es muy sencilla, pero la esquivamos por completo en nuestra búsqueda persistente de aquello que consideramos sumamente complicado.

En el resto del libro compartiré con el lector estrategias sencillas para obtener la victoria sobre pecados y hábitos favoritos. Pero primero necesito compartir lo que ha llegado a ser para mí la estrategia más eficaz de todas. Es tan sencilla que me pregunto por qué demoré tanto en descubrirla; pero es tan poderosa que si pudiera compartir una sola estrategia en este libro, esta sería la elegida. Así de poderosa es. Esta estrategia corresponde también al segundo de los cinco principios básicos para obtener la victoria, mencionados en el Primer alto en el camino. Primero mencionaré la estrategia y luego la comentaré:

### PRINCIPIO FUNDAMENTAL Nº 2

**Alabe a Dios por la victoria, antes de obtener la victoria.**

Este principio es diametralmente opuesto a nuestra sabiduría convencional. La mayoría de nosotros supone que el momento de alabar a Dios por una victoria es *después de haberla obtenido*.

Pensamos que debemos agradecerle únicamente por una obra *completamente* terminada en nuestra vida. Eso es lo que el angustiado corresponsal de la revista *Insight* creía, a juzgar por la carta que mencioné en páginas anteriores. Veamos lo que decía:

“Un eslabón vital de la cadena del proceso de conversión de un cristiano se ha perdido. ¿Ha encontrado la respuesta alguno que ya recorrió el tramo siguiente del camino? ¿La solución realmente práctica que al final del día hace estallar en sincera alabanza triunfante en honor de un Amigo que puede hacer tanto por uno? ¡Qué cambio produciría eso! Creo sinceramente en ‘una victoria tras otra’, ¿PERO CÓMO OBTENERLAS?”

El autor de estas palabras pensaba que no podía alabar a Dios hasta el final del día, *después* de haber él o ella obtenido la victoria. Únicamente una alabanza *rebotante de triunfo* cumpliría ese propósito. Sin embargo, soy de la opinión que uno de los “eslabones más vitales de la cadena de

eventos que forman al cristiano”, algo que faltaba en la vida del autor de la carta, tiene enorme importancia. Esto es precisamente lo que deseo compartir con el lector en este capítulo, es decir, alabar a Dios anticipadamente por una victoria antes de obtenerla.

La alabanza, de hecho, es un tipo de oración; por eso sugeriré un modo especial de orar:

**“Señor, te agradezco porque ya obtuve la victoria sobre esta tentación, en Cristo Jesús. La reclamo como mía”.**

Si su tentación particular tiene que ver con la comida, entonces debe decir: “Dios mío, te agradezco por la victoria que me has proporcionado sobre este asunto de la comida. La reclamo en el nombre de Jesucristo”. Si está luchando con fantasías sexuales, puede decir: “Dios mío, te agradezco porque ya es mía la victoria sobre la concupiscencia, en Cristo Jesús. La reclamo en tu nombre”. Si se trata de la ira, puede orar de este modo: “Querido Dios, te agradezco porque ya obtuve la victoria sobre mi temperamento irascible, en Cristo Jesús. La reclamo en tu nombre”.

Existe una excelente razón que explica la eficacia de esta oración. Es eficaz porque se trata de una expresión de fe. Jesús dijo: “Por tanto os digo que todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis y os vendrá” (Mar. 11: 24). En ninguna parte de la vida se aplica esta promesa con más fuerza que a los asuntos espirituales, por ejemplo, a nuestra lucha con la tentación.

Hace varios años escuché una serie de ocho o diez cintas de audio que contenían las lecciones de un exitoso orador experto en motivación. Uno de los conceptos que destacaba repetidamente, era la importancia de creer en nosotros mismos. Sugería, por ejemplo, que cuando nos encontremos en una situación estresante, debemos crear un cuadro mental en el cual nos veamos saliendo adelante. Varios capítulos más atrás, les referí la historia de Thomas A. Edison, quien creía que podía fabricar una bombilla eléctrica, y por lo tanto, lo logró. También nosotros ejercemos la misma clase de creencia cuando alabamos a Dios por una victoria antes de obtenerla. Comenzamos a crear una imagen mental en la cual nos vemos teniendo éxito en algo que intentamos llevar a cabo, y por lo tanto lo conseguimos.

Sin embargo, existe una razón de mayor importancia que las estrategias motivadoras del éxito y creer en nosotros mismos, que explica por qué es

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

una estrategia tan eficaz para vencer el pecado. *Esta clase de oración coloca nuestra fe en Dios.* La justificación es por la fe. Ya aprendimos en este libro que debido a que carecemos de justicia que ofrecer a Dios, él nos atribuye la justicia de Cristo y nos considera perfectos, aunque nuestros caracteres sean todavía muy defectuosos. Esta es una transacción legal que denominamos justificación.

Ahora deseo sugerir que la santificación, es decir, nuestra victoria sobre el pecado, también se obtiene mediante la fe. En un capítulo futuro aprenderemos que todos carecemos de poder por nuestra propia fuerza para vencer los pecados y las adicciones favoritos.

Necesitamos ayuda exterior, y esa ayuda procede de Dios. Cuando alabamos a Dios por una victoria, antes de obtenerla, es como si dijéramos a nuestro Padre celestial: "Creo que tu promesa de ayuda para vencer esta tentación es *real*, y también creo que es para *mí*. Estoy pidiendo su cumplimiento. ¡Retírate, Satanás!

La estrategia de alabar a Dios por la victoria antes de haberla concretado es magnífica y eficaz. Pruébela, porque también será eficaz en su caso.

## SEGUNDA SECCIÓN

Primera parte

# **CAMBIAR NUESTRA FORMA PECAMINOSA DE PENSAR**

# Capítulo 16

## LA PARTE DE DIOS: MOSTRARNOS NUESTRA FORMA PECAMINOSA DE PENSAR

Baruch Goldstein se levantó temprano la mañana del 25 febrero de 1994. Se vistió rápidamente, tomó un rifle automático y salió a la calle. A la 5:30 llegó a la Mezquita Ibrahim de la ciudad de Hebrón, en Israel. Un guarda musulmán bloqueaba la entrada, pero Goldstein lo golpeó con la culata del rifle y entró corriendo a la mezquita. Durante los diez minutos siguientes le disparó a numerosos adoradores. Al final había 30 muertos y decenas de heridos. Mientras tanto, Goldstein fue herido de muerte por algunos airados palestinos. En la confusión que siguió, varias personas fueron abatidas por la turba, o heridas por soldados israelíes que no sabían lo que estaba ocurriendo.

Me gustaría plantear una pregunta: ¿Cuál fue la causa de aquel acto tan horrendo? Los psicólogos seguramente debatieron el tema durante meses y quizá años, pero la Biblia es clara. La causa fue el pecado que había en el corazón de Goldstein, y no hay que ser siquiera cristiano para entenderlo. La revista *Time* lo expresó muy bien: Goldstein era un hombre “tan lleno de odio que había anunciado su acción de esa mañana de viernes: asesinaría a tantos árabes como le fuera posible para procurar ‘vengar a su pueblo’” (*Time*, 7 de marzo de 1994, 52).

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

Por increíble que nos resulte a usted y a mí, si le hubiéramos preguntado a Goldstein, nos habría dicho que sus motivos eran justos y que sus acciones eran absolutamente justificadas. Lo mismo dirían los “mártires” árabes que se inmolan en medio de sus enemigos.

Esto sucede frecuentemente con el pecado. *Parecen* ser acciones muy correctas. Y si no, pregúnteles a los serbios. Pregúntele al Ejército Republicano Irlandés. Pregúnteles a los que se aferraban al apartheid, así como a sus oponentes en Sudáfrica. Todos le dirán que ellos están, o estaban en lo correcto.

Pregúnteles a dos adolescentes que masacraron a quince compañeros en la Escuela Superior Columbine, en el estado de Colorado. Pregúntele a Hugh Hefner, el director y fundador de la revista *Playboy*. Pregúntele al hombre que hizo trampas en su planilla de impuestos. Todos le dirán que la razón estaba del lado de ellos.

Pregúntele a un alcohólico. Pregúntele al hombre que le grita a su esposa, a la mujer que fastidia a su esposo. Pregúntele al miembro de iglesia que habla del pastor a sus espaldas. Pregúntele al cristiano que critica a los que comen lo “que no deben” y se visten con ropa “inadecuada”. Todos le dirán que tienen razón.

El pecado siempre aparenta ser tan *correcto*. Y lo mismo ocurre en el caso de un asesino consuetudinario, que en el de un cristiano legalista. La mayoría, aun cuando esté involucrada en actividades incorrectas, creerá que está realizando algo muy bueno.

El pecado hizo que Lucifer se rebelara contra Dios en el cielo. El pecado causó la expulsión de Adán y Eva del Jardín del Edén. El pecado fue la causa para que Dios destruyera el mundo mediante el diluvio. La historia de nuestro mundo es la historia del pecado y sus efectos devastadores.

Jesús murió en la cruz para salvarnos tanto a usted como a mí del *pecado*. Para ser salvos, necesitamos entender al *pecado*. No es suficiente entenderlo como un principio. Tampoco basta reconocer los pecados de los demás. *El asunto clave para usted y para mí es ver nuestros propios pecados bajo la misma luz que Dios los ve*. Necesitamos entender nuestros propios pensamientos y sentimientos equivocados. Entenderlos no nos salvará, pero no podremos ser salvos hasta que lo hagamos.

Estas dos expresiones son tan cruciales para la victoria de usted sobre el pecado y la adicción, que deseo destacarlas con negrita:

**El asunto clave para usted y para mí es ver nuestros propios pecados bajo la misma luz que Dios los ve. Necesitamos entender nuestros propios pensamientos y sentimientos equivocados y no podemos ser salvos hasta que así sea.**

Lo que sucede es que el pecado es engañoso. Por eso, Goldstein pensó que estaba haciendo lo correcto, y no podía entender que su comportamiento era algo horrible. Es fácil para nosotros reconocer la maldad en el acto atroz de Goldstein; sin embargo, el principio detrás de su enorme pecado, y de nuestros pequeños pecados, es el mismo. De hecho, nuestros “pecadillos” son más mortíferos que los de Goldstein, porque tendemos a pensar que porque son pequeños, son insignificantes.

La pregunta necesaria es: ¿Cómo podemos tomar en serio al pecado cuando nuestras acciones equivocadas nos parecen tan correctas? Y la respuesta es sencilla: No podemos. Si alguna vez vamos a reconocer nuestros propios pecados, alguien externo debe intervenir para mostrarnos lo que está mal en nuestra vida.

Entonces, ¿de dónde vendrá la ayuda? Nuevamente la respuesta es sencilla. La ayuda que necesitamos para comprender la verdad acerca de nuestros pecados proviene de Dios, y únicamente de él.

### **La parte de Dios para ayudarnos a entender nuestro pecado**

Cuando Jesús tenía ocho días de edad, sus padres lo llevaron al templo de Jerusalén para dedicarlo al Señor. Poco después de llegar al templo, José y María se encontraron con dos profetas: Ana y Simeón. Simeón tomó a Jesús en brazos y las palabras que le dijo a su madre María tienen mucho que ver con la parte de Dios en ayudarnos a entender nuestro pecado: “Este está puesto para caída y levantamiento de muchos en Israel, y para señal que será contradicha [...] *para que sean revelados los pensamientos de muchos corazones*” (Luc. 2: 34-35).

¿A quién desea Dios revelar los pensamientos abrigados en muchos corazones? ¿A los ángeles del cielo? ¿Al pastor? ¿A la junta de ancianos? ¡Por supuesto que no! Dios desea manifestarle los pensamientos de esos corazones a sus mismos dueños. El Señor desea revelarle los pensamientos de su corazón a usted, y desea revelarme a mí los pensamientos de mi corazón.

Jesús condenó al pecado mediante sus enseñanzas, mientras que reveló la justicia mediante ellas y por su ejemplo. Sin embargo, enseñanzas y ejemplos no son suficientes. Muchas personas han leído las palabras de

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

Jesús y sobre su vida sin aplicar esos conceptos a su experiencia personal. La información que obtengamos acerca de lo correcto y lo erróneo no nos cambiará. Algo tiene que ocurrir dentro de nosotros. El Agente que trabaja en nuestros corazones para ayudarnos a entender el pecado es el Espíritu Santo. Jesús dijo: “Cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda verdad” (Juan 16: 13). Parte de lo que el Espíritu nos revelará es la verdad acerca de nuestros pecados. Jesús dijo que el Espíritu “convencerá al mundo de pecado” (vers. 8). Esta es la parte que Dios realiza para ayudarnos a cambiar nuestra actitud equivocada, y es hora de que la incorporemos a nuestro cuadro:

Cambios necesarios	La parte de Dios	Nuestra parte
En nuestra <b>forma</b> pecaminosa de pensar	<b>LA CONVICCIÓN:</b> NOS MUESTRA NUESTROS PECADOS	
En nuestros <b>deseos</b> pecaminosos		
En nuestra <b>conducta</b> pecaminosa		

### La parte del pecado que más necesitamos entender

Cuando hablan del pecado, los cristianos típicamente piensan en las cosas malas que *hacen*: blasfemar, comer demasiado, ver pornografía, ver programas violentos en la televisión, etcétera. Estas son conductas pecaminosas y todo cristiano debería abandonarlas. No permita que nadie le diga que no necesita hacer el mayor esfuerzo para abandonar una conducta pecaminosa. Más adelante en este libro haré varias sugerencias concretas que podrán ayudarlo a cambiar su conducta errada.

No obstante, la conducta errónea no es la raíz del mal. Es como la diferencia entre un síntoma y la enfermedad. Cuando usted va al médico quejándose de dolor de garganta, dolor muscular y fiebre, él le dirá que tiene una infección. Usted podría quedarse en casa y tomarse algunas aspirinas: pero, como todos saben, usted estaría tratando solo los síntomas, no la causa real; no estaría combatiendo a los microbios. El tratamiento ideal para una infección es tomar antibióticos que maten los organismos que la provocan.



Por importante que sea tratar con el pecado en el ámbito conductual, esto equivaldría meramente a atacar los síntomas. Para tratar la enfermedad, hay que incursionar en la mente y en el corazón. El pecado incluye tanto la conducta como el motivo que la produce, y el motivo es la enfermedad. El motivo es la verdadera fuente del mal. La parte del pecado que más necesitamos entender es la motivación subyacente de la conducta.

La razón por la que tendemos a enfatizar la conducta en vez de los motivos, es que la conducta es visible, mientras que los motivos no están a la vista. Suponga, por ejemplo, que usted me ve cuando coloco un sobre en el plato de ofrendas. Usted se sentiría inclinado a considerarme como una buena persona. Pero Dios, quien conoce nuestro corazón, quizá sepa que la ofrenda fue motivada por el orgullo, o que en el mismo momento en que la daba, estaba deseando haber gastado el dinero en ropas.

Jesús dejó claro que la raíz del problema del pecado reside en el corazón.

“Lo que del hombre sale, eso contamina al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades [...] la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre” (Mar. 7: 20-23).

Así que necesitamos especialmente comprender nuestros motivos errados, y Dios está ansioso por ayudarnos. Elena G. de White afirmó:

“A los hombres a quienes Dios destina para ocupar puestos de responsabilidad, él les revela en su misericordia sus defectos ocultos, a fin de que puedan mirar su interior y examinar con ojo crítico las complicadas emociones y manifestaciones de su propio corazón, y notar lo que es malo, para que puedan modificar su disposición y refinar sus modales. En su providencia, el Señor pone a los hombres donde él pueda probar sus facultades morales y revelar sus motivos, a fin de que puedan mejorar lo que es bueno en ellos y apartar lo malo. Dios quiere que sus siervos se familiaricen con el mecanismo moral de su propio corazón” (1JT 476).

Para entender cabalmente nuestros pecados, *necesitamos entender nuestros motivos*. Y es aquí especialmente donde necesitamos la ayuda del Espíritu Santo. Aun cuando el motivo se muestre claramente errado, como en el caso de la ira o los celos, nuestras emociones usualmente nos engañarán para que creamos que nuestra motivación es del todo razonable. Solo el Espíritu Santo puede ayudarnos a entender que nuestros motivos no son correctos.

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

Gracias a Dios, el Espíritu Santo siempre toma la iniciativa para mostrarnos lo que está mal en nuestra vida. Esta es una de las pocas partes del plan de salvación para la cual no se requiere nuestro previo asentimiento. Y es bueno que así sea, porque si Dios no tomara la iniciativa para convencernos de nuestros pecados, nunca se nos ocurriría examinarnos, y estaríamos eternamente atados a nuestras faltas.

### Vergüenza, temor e ira

El más común de todos los malos motivos es el egoísmo. Elena G. de White afirma que cuando Adán y Eva pecaron, “el egoísmo reemplazó al amor” (CC 25). Todos los demás motivos errados surgen del egoísmo.

Sin embargo, *egoísmo* es un concepto bastante vago. No sé en cuanto a usted; pero para mí sería un tanto extraño detenerme y pensar: *me siento muy egoísta ahora mismo*. Sospecho que en parte se debe a que el egoísmo no es tan fácil de reconocer como los demás sentimientos. Me gustaría mencionar tres motivos erróneos que surgen del egoísmo, y que parecen tener bastante poder sobre los seres humanos: la vergüenza, el temor y la ira. Estos tres motivos son una fuente destacada de disfunciones y de actitudes pecaminosas. Cualquier persona que aprenda a reconocer estos sentimientos habrá progresado bastante en el proceso de identificar al pecado en su vida.

La vergüenza, el temor y la ira surgen en un momento muy temprano en la historia de la raza humana. La vergüenza tiene un origen interesante en el relato bíblico. Según Génesis 2: 25, Adán y Eva estaban desnudos “y no se avergonzaban”. Nótese, sin embargo, que tan pronto como pecaron, sintieron vergüenza. La Biblia no utiliza la palabra *vergüenza* en el pasaje que sigue, pero podemos deducirlo por la descripción que se hace: “Y conocieron que estaban desnudos. Entonces cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales” (Gén. 3: 7). Así comenzó la historia de la vergüenza en el mundo.

El temor también comenzó ese mismo día. Cuando Dios vino a visitar a Adán y Eva, ellos huyeron y se escondieron entre los árboles del jardín. Cuando Dios los encontró, les preguntó por qué habían huido y Adán respondió: “Oí tu voz en el huerto, y tuve miedo, porque estaba desnudo; y me escondí” (vers. 10).

Adán y Eva no decidieron sentir vergüenza y temor. No apretaron un botón para que estos sentimientos surgieran. No dijeron: “es hora de que comencemos a sentir vergüenza y temor”. Estas emociones les afectaron

sin que ellos las buscaran. Eran el resultado ineludible de su pecado. Adán y Eva no podían haber evitado sentir vergüenza y temor, de la misma manera como tampoco podían haber evitado estar en el Jardín del Edén.

Es crucial entender que todas estas emociones negativas son tan inevitables para usted y para mí como lo fueron para Adán y Eva. No podemos rehuirlas por nosotros mismos.

Me imagino que la ira también tuvo que haberse manifestado inmediatamente después que Adán y Eva pecaron. Eva debió haberse sentido muy molesta cuando su esposo le echó la culpa por haber pecado. Sin embargo no dijo nada. Negó la acusación, y traspasó la culpa, por lo que había ocurrido, a la serpiente. Hasta el día de hoy, esta es la respuesta típica de los seres humanos ante la ira.

La primera vez que se menciona la ira en la Biblia acontece algunos años después, cuando Caín y Abel discutieron respecto a cuál sacrificio era más aceptable delante de Dios. La Biblia dice que cuando Dios rechazó el sacrificio de Caín, este se airó tanto que asesinó a su hermano (Gén. 4: 6-8).

## **El lado bueno de la vergüenza, del temor y de la ira**

La razón por la que estas emociones negativas son tan irremediables quizá lo sorprenda. No podemos escapar de ellas porque Dios las puso dentro de nuestro ser cuando nos creó. Sucede lo mismo con la comida y el sexo. Usted y yo no tenemos que hacer ningún esfuerzo para sentir hambre. La mayoría de nosotros no tenemos que esforzarnos para experimentar deseos sexuales. Estas emociones surgen dentro de nosotros naturalmente, porque Dios las colocó en nuestro cuerpo cuando nos creó, al igual que la capacidad para sentir vergüenza, temor e ira.

Es probable que usted acepte la idea de que el temor es una emoción normal, pero la mayor parte de nosotros hemos crecido con la idea de que la ira es una emoción mala, y que la vergüenza, aunque no sea mala, al menos no es deseable. Sin embargo, cuando las empleamos según el propósito de Dios, las mismas pueden ser positivas.

Comencemos con el temor, ya que es la emoción más fácil de entender. ¿Qué sucede cuando usted se acerca demasiado a un precipicio de trescientos metros de profundidad? Si usted le tiene un temor normal a las alturas, comenzará a sentir que le late más rápido el corazón, y mientras más se acerque al borde, el corazón parecerá salirse por la boca.

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

¿Qué sentiría usted si yo le tomara una mano y se la acercara a una hornilla caliente? ¿Qué sentiría si yo le diera un empujón para lanzarlo a una carretera muy transitada, o a la jaula de un león enfurecido?

¡Sentiría miedo, por supuesto!

El temor es una emoción saludable. Nos protege del peligro físico. En circunstancias normales, tan pronto como quedamos fuera de peligro, nuestro temor se desvanece. El temor es saludable siempre y cuando lo experimentemos en dosis pequeñas, y lo utilicemos apropiadamente para protegernos. Se torna perjudicial únicamente si permitimos que persista. Si usted permaneciera de pie a cinco centímetros del abismo día y noche, probablemente moriría de un ataque al corazón antes de que transcurriera una semana.

La vergüenza también es una emoción saludable en dosis pequeñas. Dios nos dio la capacidad de sentir vergüenza para protegernos ante las infracciones morales. La vergüenza nos ayuda a comportarnos decentemente ante otras personas. Por ejemplo, los Diez Mandamientos me dicen que es incorrecto que yo corteje a otra mujer que no es mi esposa, y la vergüenza me hace *desear* comportarme correctamente ante otras mujeres. Me sentiría en extremo avergonzado si una mujer me diera una bofetada por haberme propasado con ella, así que decido comportarme como corresponde.

¿Qué diremos en cuanto a la ira? ¿Acaso no es siempre mala? Si así es, entonces Dios fuera por lo menos tan malo como nosotros. La Biblia dice que él “hablará a ellos [los reyes de la tierra] en su furor, y los turbará con su ira” (Sal. 2: 5). “¿Quién permanecerá delante de su ira?”, pregunta el profeta (Nah. 1: 6), y Oseas nos dice que se encendió su “enojo” contra los que adoran ídolos (Oseas 8: 5). Vez tras vez la Biblia nos dice que Dios es tarde para la ira (ver, Éxo. 34: 6; Sal. 86: 15; Joel 2: 13; Nah. 1: 3). Todos los textos anteriores implican que Dios *tiene la capacidad de sentir ira*. Cuando nos hizo a usted y a mí a su imagen, nos dio la capacidad de sentir la misma ira que él puede experimentar.

Pero se trata de una “indignación santa”, alega usted.

Exactamente. Ese es el punto. Llámela como la llame, hay un tipo de ira que no es mala; que es, de hecho, muy saludable y apropiada.

Usted y yo sentimos ira porque Dios nos formó con la capacidad de sentir ira, y cuando las circunstancias lo ameritan, ni siquiera tenemos que esforzarnos por sentirla. Es tan automática como el hambre que sentimos después de haber estado varias horas sin comer.

La ira es nuestra respuesta ante la injusticia, ya sea que nos afecte a nosotros o a los demás. Dios nos dio la capacidad de sentir ira de manera que podamos reaccionar contra el abuso y la injusticia.

Elena G. de White aprobó las expresiones de ira en determinadas circunstancias. Ella hace el siguiente comentario en *El Deseado de todas las gentes*:

“Es cierto que hay una indignación justificable, aun en los seguidores de Cristo. Cuando vemos que Dios es deshonrado y su servicio puesto en oprobio, cuando vemos al inocente oprimido, una justa indignación conmueve el alma. Un enojo tal, nacido de una moral sensible, no es pecado” (DTG 277).

Ella menciona tres circunstancias en medio de las cuales se justifica la ira del cristiano, una de ellas es en realidad lo mismo que hemos estado discutiendo: “Cuando vemos que el inocente es oprimido”. La ira es la única respuesta emocional apropiada ante el atropello, porque nos motiva a intervenir. Quienes no sienten ira ante un abuso, permitirán que el mismo continúe.

Alguien me dijo que está bien sentir ira por alguna injusticia que afecte a otra persona, pero que no debiéramos sentirla cuando se comete una injusticia en contra nuestra.

¿Cree usted eso?

Suponga que usted está esperando en la fila de un supermercado con un galón de leche en una mano, y un billete de diez dólares en la otra. De pronto, la persona que está al frente de usted se da vuelta, le arrebató el dinero de la mano y sale corriendo de la tienda. ¿Se sonreiría usted y diría: “Quizá necesita el dinero. Déjalo que se quede con él”? La reacción natural es que usted se enoje. El enojo quizás haría que usted corra detrás de aquella persona e intente recuperar su dinero. El enojo haría que usted apunte el número de la placa del vehículo del delincuente, y que lo informe a la policía.

Si su cónyuge abusa de su hijo, usted deberá sentir ira. Si su cónyuge abusa de usted, usted deberá sentir ira. El abuso es algo malo y debiera detenerse, no importa que lo afecte a usted o a los demás. Es un serio error suponer que usted debe permitir el abuso simplemente porque usted es la víctima. Si permite que abusen de usted sin protestar, pronto alguien será el próximo en sufrir algún tipo de injusticia.

Gran parte del pecado que existe en el mundo tiene su origen en el uso impropio de la vergüenza, del temor y de la ira. Estas poderosas emociones yacen en el fondo de toda adicción. Por eso es tan necesario que

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

entendamos cómo utilizarlas apropiadamente. Desdichadamente, la mayoría de nosotros las empleamos mal casi siempre, pensando quizá que le estamos dando un uso apropiado. Eso le pasaba al judío Baruch. Pensó que estaba descargando su ira apropiadamente. Nunca se le ocurrió que estaba cometiendo un terrible abuso.

Anteriormente explicamos que la conducta errónea es tan solo un síntoma. Los motivos son las causas verdaderas de nuestros pecados. La vergüenza, el temor y la ira están entre los motivos más poderosos que nos llevan a pecar. Dios puso estas emociones dentro de nosotros cuando nos creó a fin de que tuviésemos las herramientas apropiadas para protegernos de diversos peligros. Lamentablemente, el egoísmo que existe en nuestra naturaleza pecaminosa nos ha inducido a utilizar estas emociones para abusar profundamente de nosotros mismos y de los demás, y para que creamos que estamos haciendo algo correcto.

La mayor parte de nuestros esfuerzos para librarnos del pecado debíamos dedicarlos a aprender a manejar correctamente estas emociones. Pero antes de utilizarlas apropiadamente, necesitamos entenderlas. En este sentido la tarea de Dios es mostrarnos nuestros pecados: todos ellos, incluyendo la vergüenza, el temor y la ira disfuncionales.

¿Pero qué parte nos toca en la obra de lograr un cambio en nuestra forma pecaminosa de pensar? De eso tratan los próximos tres capítulos.

# Capítulo 17

## **NUESTRA PARTE: 1º PEDIR AYUDA PARA SUPERAR NUESTRA FORMA PECAMINOSA DE PENSAR**

En la primavera de 1993, mi esposa Lois y yo pasamos tres semanas de vacaciones en China. Volamos sobre el Océano Pacífico hasta Hong Kong a finales del mes de abril, y después de descansar un fin de semana para recuperarnos del cambio de hora, tomamos un tren hasta la ciudad de Guangzhou (pronunciado Guan-jo, el nombre moderno de Cantón). Habíamos pasado los primeros días en Hong Kong con amigos, pero al adentrarnos en China, nos hallábamos totalmente sin ayuda. Estábamos en una tierra extraña sin la menor idea siquiera de cómo contar hasta diez en el idioma local.

En una ocasión, intentamos comprar un boleto de tren por medio de las mejores señas que se nos ocurrieron y de un par de palabras en chino. Luego de media hora de mover los brazos y parlotear en lo que a nosotros nos parecía una jerigonza, la agente de la boletería se dio por vencida y nos dio la espalda. Afortunadamente un señor que habíamos conocido ese mismo día se presentó en la estación y nos ayudó a comprar los boletos.

Usted y yo estamos embarcados en un viaje a lo largo de un país que es mucho más extraño que China para una pareja de norteamericanos inexpertos. La región por la cual atravesamos es nuestra mente.

El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

¿No es sorprendente esto? ¿Que nuestro cerebro, el lugar donde hemos “residido” veinticuatro horas diarias desde que nacimos, sea un territorio extraño? Pero así es.

El laberinto

Nuestra mente contaminada por el pecado es como un gigantesco laberinto, y estamos con los ojos vendados, intentando encontrar una salida. Lo extraño es que hayamos estado dando tumbos por tanto tiempo en ese laberinto, durante toda nuestra vida, y que nos parezca normal estar allí. Ni siquiera sabemos que estamos perdidos, e incluso aun si nos diéramos cuenta de ello, no sabríamos encontrar la salida. Algunos de nosotros quizá no querríamos salir. ¡Necesitamos ayuda!

Necesitamos ayuda, antes que nada, para sobreponernos a nuestra forma pecaminosa de pensar. Dios es quien nos convence de pecado, pero hay tres cosas que usted y yo podemos hacer para cooperar con él. Estos elementos los estudiaremos en este capítulo y en los dos que siguen. Lo primero que podemos hacer es *pedirle* que cambie nuestra actitud ante el pecado. Podemos solicitarle que nos convenza de pecado, especialmente del nuestro. Coloquemos esto en un diagrama, y luego explicaremos algo adicional:

Cambios necesarios	La parte de Dios	Nuestra parte
En nuestra <b>forma</b> pecaminosa de pensar	La convicción: Nos muestra nuestros pecados	<b>PEDIRLA</b>
En nuestros <b>deseos</b> pecaminosos		
En nuestra <b>conducta</b> pecaminosa		

Por favor, preste mucha atención a lo que diremos en seguida, porque nos referiremos a esto con frecuencia en capítulos subsiguientes. Necesitamos solicitar a Dios dos tipos de ayuda para superar nuestra forma pecaminosa de pensar:

- 1. Necesitamos ayuda para comprender que estamos perdidos en un laberinto. Esto es, necesitamos ayuda para entender que somos pecadores.



2. Necesitamos ayuda para entender cómo salir del laberinto. Esto es, necesitamos ayuda para entender las estrategias acertadas para vencer nuestros pecados.

Cada una de estas ayudas es crucial para nuestra recuperación de la enfermedad del pecado y la adicción. Examinémoslas en mayor detalle, de manera que usted pueda entender precisamente a qué me refiero.

## **Reconocer que estamos en un laberinto**

Muchas personas no tienen siquiera idea de que están perdidos en un laberinto. Creen que les va bien, y se sentirán agradecidos si usted no los incomoda hablándoles de temas de la Biblia y de moralidad. Antes de poder tener deseos de salir del laberinto, necesitamos reconocer que estamos atrapados en él.

La salvación implica, entre otras cosas, llegar a la convicción de que nuestra vida tiene defectos y que necesitamos ayuda para corregirlos. Hasta que advirtamos que algo anda mal en nosotros, no intentaremos arreglarlo.

Estoy suponiendo que todo el que lee este libro es cristiano; por lo tanto, usted tendrá alguna noción de que se encuentra en un laberinto. Usted tiene algún conocimiento de sus pecados. Ni siquiera el mejor de nosotros comprende lo metidos que estamos en el laberinto. Todos tenemos defectos de carácter que ni siquiera conocemos, y todos necesitamos comprender mejor aquellos pecados de los que estamos al tanto. Si usted está luchando con la dieta, la ira, el sexo o cualquier forma de conducta compulsiva, pídale a Dios que lo ayude a entender cómo trabaja en su mente esa tentación.

Cada vez que hablamos acerca de pedirle algo a Dios, estamos refiriéndonos a la oración. A continuación se encuentran varias oraciones sencillas que usted puede expresar para pedir la ayuda divina para reconocer su forma pecaminosa de pensar:

- Señor, por favor muéstrame aquellos defectos de mi carácter de los que no estoy al tanto.
- Señor, por favor ayúdame a entender por qué cedo ante esta tentación (nombrarla).
- Señor, ayúdame a reconocer los defectos que me impiden ser como Jesús.
- Y especialmente, ayúdame a reconocer mis motivos erróneos.

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

Usted encontrará oraciones similares en la Biblia, especialmente en los Salmos. David dijo: “Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno” (Sal. 139: 23-24). David le pidió a Dios que le mostrara los errores en su vida. En esencia dijo: “Muéstrame mis impulsos y actitudes erradas. Ayúdame a entenderlos, de manera que pueda enfrentarlos”.

Quizá pueda elevar alguna oración que encierre un mayor significado para usted, que estas que acabo de sugerir. Permita que Dios lo ilumine para expresar las oraciones que le sean de mayor ayuda.

Sin duda, notó usted que la última oración de la lista anterior fue impresa en negrita: “Señor, especialmente, ayúdame a entender mis motivos erróneos”. El propósito ha sido destacar que esta oración ha de acompañar a las anteriores. La motivación, los impulsos, son la base de todo lo que está mal en nosotros, así que asegúrese de incluir esta frase, o alguna similar, en sus peticiones.

Las oraciones que aparecen anteriormente son las mismas que colocamos en la edición original de la presente obra. Sin embargo, ha llegado el momento de poner en práctica el principio de alabanza y agradecimiento que adelantamos en el capítulo 15: Alabar a Dios por la victoria, antes de haberla alcanzado. Agradecerle por el triunfo antes de experimentarlo. Así es como el principio puede implementarse al pedir sabiduría para luchar con nuestros pecados y defectos de carácter:

- Te alabo Señor, porque vas a ayudarme a identificar los defectos de mi carácter que ni siquiera conozco.
- Gracias Padre, por ayudarme a entender por qué cedo ante esta tentación (nombrar la tentación).
- Señor, te alabo por mostrarme los defectos de mi carácter que me impiden ser como Jesús.
- **Y especialmente te agradezco por ayudarme a entender mis motivos erróneos.**

Yo tenía mis dudas cuando por vez primera escuché este tipo de oraciones, pero las experimenté y me di cuenta que funcionaban muy bien. Ahora las utilizo a menudo, orando con plena confianza, con la seguridad que Dios me dará el discernimiento que necesito, y él siempre lo ha hecho.

En esto consiste la religión experimental.

## **Aprender a salir del laberinto**

Una vez que descubrimos que estamos en el laberinto, llega la ocasión de aprender a encontrar cómo salir de él. Estoy convencido de que una de las razones principales para que los cristianos fracasen en los esfuerzos que realizan para conquistar las tentaciones, es que no comprenden los métodos correctos para vencerlas. Esto es algo muy valioso para lograr un cambio en nuestra forma pecaminosa de pensar, así como lo es un primer paso que implica reconocer nuestros pecados. Dios está más que dispuesto a mostrarnos estrategias que harán más eficaz su obra en nuestras vidas. El punto de partida es pedir la ayuda de Dios. A continuación presentamos algunas oraciones que usted puede elevar:

- Señor, por favor muéstrame lo que puedo comenzar a hacer ahora mismo para vencer esta tentación (menciónela por nombre).
- Señor, ayúdame a reconocer todo lo que entorpece mis esfuerzos para alcanzar la victoria.
- Señor, ayúdame a reconocer los principios que conducen a la victoria.
- **Y especialmente, ayúdame a reconocer los motivos que interfieren con mis esfuerzos para alcanzar la victoria.**

También en este caso, debido a que nuestros motivos pecaminosos son la base de todos nuestros pecados, la oración en negrita ha de acompañar a las demás. Procure asimismo cambiar las oraciones de tal manera que incluyan acciones de gracias y alabanzas.

El resto de este libro presenta las estrategias que me han ayudado a vencer. Así que continúe leyendo, con una oración en su mente, para que Dios le ayude a reconocer que él puede ayudarle a obtener la victoria con mayor facilidad.

## **Pedir ayuda para el tiempo del fin**

El pueblo de Dios en el tiempo del fin necesita especialmente de su ayuda para desarrollar el carácter y obtener la victoria sobre el pecado. Elena G. de White señala la importancia del desarrollo del carácter en el tiempo del fin, en una declaración que usted leyó en el prólogo:

“Los que vivan en la tierra cuando cese la intercesión de Cristo en el santuario celestial deberán estar en pie en la presencia del Dios santo, sin mediador. Sus vestiduras deberán estar sin mácula; sus caracteres purificados de todo pecado por la sangre de la aspersión. Por la gracia de Dios y sus propios y diligentes esfuerzos deberán ser vencedores en la lucha contra el mal. Mien-

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

tras prosigue el juicio investigador en el cielo, mientras que los pecados de los creyentes arrepentidos son quitados del santuario, debe llevarse a cabo una obra especial de purificación, de liberación del pecado, entre el pueblo de Dios en la tierra” (CS 478).

Muchos adventistas del séptimo día se preocupan cuando leen declaraciones como la anterior. Se dicen a sí mismos, “yo nunca podría ser tan bueno. Me imagino que no estaré listo para el cierre del tiempo de gracia y la segunda venida de Jesús”.

Quisiera librarlo de esa preocupación. Si usted es fiel en hacer la parte que le toca en el cambio de su carácter, Dios garantiza hacer la suya y prepararlo a tiempo. Pídale que le muestre sus defectos de carácter. Pídale que le muestre los motivos erróneos que lo impulsan a la acción errada. Estas oraciones usted podría elevarlas en favor del desarrollo de su carácter para el tiempo del fin. Trate de cambiarlas para que incluyan agradecimiento y alabanzas:

- Señor, muéstrame lo que necesito saber a fin de prepararme para el fin del tiempo de gracia.
- Señor, muéstrame lo que necesito saber para estar entre los 144.000.
- Señor, muéstrame lo que necesito saber para reflejar la imagen de Jesús.
- **Y especialmente, ayúdame a reconocer mis motivos erróneos.**

### ¿Qué puede usted esperar?

¿Qué puede esperar que suceda después que haga las oraciones que he compartido con usted en este capítulo? Probablemente nada al principio. Usted no escuchará voces en la noche, ni verá luces relampagueando en el cielo. Pero no se desanime. Siga orando. Siga pidiendo que se opere un cambio en su mente pecaminosa. Continúe pidiéndole a Dios que le muestre lo que hay en su vida que necesita cambiarse, y continúe pidiéndole que le muestre lo que usted puede hacer para vencer. A su tiempo, él le dará el conocimiento que usted anhela conseguir. Y asegúrese de alabarlo por mostrarle lo que anhela antes de que él lo haya hecho. Diga: “Te agradezco, Padre, porque me darás a conocer estas cosas”. A su debido tiempo le dará a conocer lo que usted desea.

Lo anterior puede quizá ocurrir en un lugar esperado como la iglesia. Usted estará escuchando un sermón inspirador y de pronto, el ministro

dirá algo que responderá exactamente a las oraciones que usted ha elevado a Dios.

No obstante, estos destellos de luz a menudo le llegarán en la manera y circunstancias más comunes. A mí me han llegado en medio de una conversación con un amigo que de pronto dice algo que me golpea en la misma frente. Nuestro amigo probablemente no tuvo la menor idea de lo mucho que significaron sus palabras, pero Dios las utilizó para responder a mi oración y ayudarme a entender mejor las cosas. A veces los destellos de claridad parecen venir de la nada. Los he recibido mientras camino en el interior de mi casa. Un pensamiento me llega y yo sé que fue Dios quien lo puso allí.

Recuerde que la revelación fundamental que usted persigue es comprender mejor sus motivos: los sentimientos y deseos que lo impulsan a hacer lo que no desea. El temor, la vergüenza y la ira están entre las razones subyacentes más comunes por las que cedemos a la tentación. Sin embargo, muy a menudo ni siquiera las advertimos. Pídale entonces a Dios que lo ayude a reconocer cuando el temor, la vergüenza y la ira motiven su conducta errada.

Debo advertirle que uno de los métodos favoritos de Dios para ayudarlo a entender los errores que hay en su vida son las pruebas y el sufrimiento. Elena G. de White dijo que “las pruebas de la vida son los instrumentos de Dios para eliminar de nuestro carácter toda impureza y tosquedad” (DMJ 15). Así que no se sorprenda si, después de elevar sus oraciones, las dificultades aumentan. En vez de quejarse, diga: “Te alabo, padre, por esta oportunidad para reconocer mejor los pecados y los defectos de carácter que me impiden ser como Cristo”.

Una de las mejores ocasiones para orar, pidiendo una mejor comprensión de lo que uno puede hacer para vencer sus tentaciones, es inmediatamente después de haber cedido. Pídale a Dios que le muestre lo que anduvo mal, y lo que usted puede hacer para no ceder la próxima vez. Esta es la verdadera religión experimental.

Cuando mi esposa y yo comenzamos a orar de esta manera, ni siquiera podíamos haber imaginado una de las maneras clave que Dios tenía en mente para respondernos: *The Bridge* (El puente), un centro adventista de tratamiento de la adicción y coadicción química al que ya hemos hecho referencia en varios capítulos.

Los dos asistimos al programa de dos semanas para el tratamiento de la coadicción en *The Bridge* en 1992. Hemos reforzado el entrenamiento

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

anterior asistiendo a reuniones semanales de Los Doce Pasos casi ininterrumpidamente desde aquel entonces, y hemos leído bastante sobre la adicción y la coadicción. Todo esto nos ha dado una mejor idea de lo que son los puntos fuertes y débiles de nuestro carácter. También nos ha suministrado algunas poderosas herramientas para obtener la victoria. Aprendimos, por ejemplo, que el método de Los Doce Pasos desarrollado por Alcohólicos Anónimos para obtener la victoria sobre el alcoholismo, es una excelente herramienta para vencer cualquier defecto de carácter. El desarrollo de nuestro carácter ha sido considerable desde que asistimos a *The Bridge* y comenzamos a aplicar los principios que allí aprendimos.

Quizá Dios no lo lleve a usted a un lugar como *The Bridge*, pero lo guiará a reconocer pecados que no ha advertido, y le mostrará estrategias para vencerlos.

Una de las cosas que Dios me ayudó a entender es la diferencia entre su parte y la mía en el proceso para cambiar el carácter. A veces, en vez de dejar que Dios haga su parte, he intentado tomar el control y hacerlo por mí mismo. Esto nunca funciona. Otras veces he intentado dejar en manos de él lo que yo debería estar haciendo, y eso tampoco funciona. He encontrado que requiere práctica aprender a hacer mi parte, y permitir que él haga la suya. Asimismo, que el hecho de que haya asimilado esta diferencia en el caso específico de una tentación, no garantiza que sabré cómo debo actuar cuando enfrente otras.

Al pedirle a Dios que fuera mi maestro aprendí cada día más de mis pecados y de las mejores estrategias para vencerlos. Le estoy agradecido porque siempre responde a mis oraciones. Lo hace a su tiempo, no de acuerdo a mis deseos, y a menudo utiliza mis fracasos para ello. Pero siempre me instruye. Por eso siempre debemos alabarle por darnos las respuestas, aun antes de recibirlas.

# Capítulo 18

## NUESTRA PARTE: 2º HABLAR DE NUESTRA FORMA PECAMINOSA DE PENSAR

Lo que deseo compartir con usted en este capítulo podría parecerle muy extraño. Es, de hecho, tan extraño, que algunas personas me han dicho que estoy equivocado. Pero no es en sí nada del otro mundo. Usted y yo lo hacemos continuamente. Se trata de hablar.

Hablar es uno de los actos más comunes para usted y para mí. Y esto es una buena noticia. La parte que Dios nos ha asignado para cambiar nuestra forma pecaminosa de pensar no es terriblemente complicada. Lo hacemos continuamente, al igual que caminar, respirar y abrir y cerrar los ojos. Hacemos todo esto sin pensarlo.

Muchos creen, en forma equivocada, que conquistar los rasgos negativos de nuestro carácter involucra un procedimiento tan complicado que solamente los atletas espirituales pueden comprenderlo. Por eso parece sorprendente, y por lo tanto es una agradable noticia, que esta parte de la victoria sobre la tentación sea tan fácil como hablar acerca de ella.

Antes de proseguir, añadámosle dicho elemento a nuestro cuadro y luego lo explicaremos:

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

Cambios necesarios	La parte de Dios	Nuestra parte
En nuestra <b>forma</b> pecaminosa de pensar	La convicción: Nos muestra nuestros pecados	Pedirla
		HABLAR ACERCA DE ELLOS
En nuestros <b>deseos</b> pecaminosos		
En nuestra <b>conducta</b> pecaminosa		

¿De qué debemos hablar entonces para conseguir un cambio en nuestra *forma pecaminosa de pensar*?

Necesitamos hablar de nuestros defectos de carácter. Si esto le parece extraño, por favor siga leyendo, porque es algo que se basa en un destacado principio espiritual:

### **Hablar de nuestros defectos nos ayuda a entenderlos**

Recuerde que en esta Sección estamos tratando de identificar maneras en que podemos cooperar con Dios a fin de obtener un cambio en nuestra *forma pecaminosa de pensar*. Hablar de nuestros defectos de carácter es una de las mejores maneras de lograrlo.

Hablar de sus defectos probablemente le parezca difícil al principio, pero déjeme asegurarle que es completamente apropiado. Santiago dijo: “Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados” (Sant. 5: 16). Algunas traducciones de la Biblia, como la Nueva Versión Internacional, dicen: “confiésense unos a otros sus pecados”. Sin embargo, la palabra griega que la versión Reina-Valera traduce como “ofensas” no es la palabra que se acostumbra usar para “pecado” en el Nuevo Testamento. Se refiere más bien a un traspie, o a un paso dado en falso. El pecado está incluido ciertamente en este grupo, pero nuestras faltas pueden incluir defectos como temor, vergüenza e ira, que nos llevan a cometer actos pecaminosos, pero que en sí mismos no lo son.

Otro texto del Nuevo Testamento que recalca la importancia de conversar con alguien acerca de nuestros pecados y defectos de carácter se encuentra en Gálatas 6: 1. Pablo allí afirma: “Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle



con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado”.

Por lo tanto, es apropiado para los cristianos hablar de los pecados y defectos de carácter que afectan sus vidas. Pablo habló acerca de ello, desde el punto de vista del miembro fuerte espiritualmente que se allega al pecador y le ofrece ayuda. También será apropiado para el débil espiritualmente acercarse al cristiano maduro y pedir su auxilio. Francamente, prefiero tomar la iniciativa y pedir ayuda. Esto es menos vergonzoso que permitir que una situación de pecado llegue al punto en que alguien considere necesario acercarse a mí para hablar del problema.

La organización Alcohólicos Anónimos incorpora el principio de hablar de los defectos de carácter en el quinto de sus Doce Pasos:

**PASO 5:**

Aceptamos ante Dios, ante nosotros mismos y ante otros testigos la naturaleza exacta de nuestros errores.

Permítame repetir la razón por la cual usted necesita hablar de sus faltas: *Hablar de sus defectos de carácter le ayudará a entenderlos*. Cada vez que usted hace un esfuerzo por plasmar sus ideas en palabras, usted las dilucida en su mente. Cualquier maestro le dirá que él aprende más enseñando un tema que los alumnos al escucharlo. Hablar acerca de sus defectos de carácter es una manera poderosa de entenderlos más apropiadamente, lo que mejorará su capacidad de enfrentarlos.

Obviamente, tendrá que seleccionar cuidadosamente a la persona con la cual va a hablar. Debe buscar a alguien con las siguientes características:

1. Un cristiano fuerte.
2. Alguien confiable y discreto.
3. Alguien que lo acepte, y que no manifieste sorpresa alguna ante lo que usted le diga.
4. Alguien que lo escuche sin darle consejos.
5. Alguien que preferiblemente haya estado en un proceso de recuperación por algún tiempo.
6. Alguien del mismo sexo.

Estas características de la persona en quien hemos de confiar son tan fundamentales que me gustaría analizarlas en mayor detalle.

*Escoja un cristiano fuerte*. Gálatas 6: 1 explica por qué usted debe seleccionar un cristiano fuerte. Pablo dice: “Hermanos, si alguno fuere sorpren-

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

dido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, *considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado*". Cuando una persona habla con otra acerca de sus tentaciones, siempre existe la posibilidad de que quien escucha sea tentado por el relato de los pecados del otro. Allí Pablo no dice que los cristianos eviten aconsejar a quienes hayan caído en pecado, sino que únicamente los cristianos fuertes han de hacerlo.

*Seleccione a alguien confiable.* La razón de escoger a alguien que sea discreto es clara. Usted no quiere que sus defectos sean conocidos por toda la iglesia, o por todo el vecindario. No suponga que porque alguien sea un amigo íntimo, se convierte en la mejor persona para aconsejarle. A menudo, es mejor compartir con alguien con quien usted no ha estado tan relacionado emocionalmente.

*Seleccione a alguien que lo acepte.* También hay una buena razón para escoger a alguien que lo acepte y que no se sorprenda ante lo que usted le cuente. Abrir su alma ante otro ser humano de por sí es bastante difícil, sin la carga adicional de tener que sufrir su censura. Por otra parte, tampoco le conviene alguien que le dé una palmada en la espalda y le diga que lo que usted hizo no es tan malo. Cualquiera de los dos extremos disminuye, y hasta puede destruir, la eficacia de esta práctica.

*Seleccione a alguien que lo escuche sin darle consejos.* Si usted espera algún consejo de la persona con la cual habla, entonces le está hablando a la persona equivocada. El propósito de este ejercicio no es enterarse de lo que la otra persona piensa que usted tiene que hacer. Es una manera de descubrir por usted mismo la forma en que debe actuar. Hablar acerca de sus dificultades lo ayudará a entenderlas, y cuando usted entienda lo que ocurre en su vida, estará en una mejor posición para encontrar sus propias respuestas.

*Escoja una persona que haya pasado por un proceso de recuperación.* Usted recibirá una mejor ayuda de alguien que ha estado en recuperación por algún tiempo. Una de las mejores maneras de encontrar a esa persona es asistir por algunos meses a una reunión de Los Doce Pasos, como las celebradas por Alcohólicos Anónimos. A su tiempo, reconocerá quién realiza comentarios que podrían serle de utilidad. Probablemente esa persona sea un buen candidato.

*Escoja una persona del mismo sexo.* Cada vez que usted comparte información personal con otra persona, el tono de la conversación se hace muy íntimo. Es crucial que esta intimidad no adquiera un viso romántico. Esto

es de especial importancia si usted necesita hablar de temas que involucren cuestiones matrimoniales, o relacionadas con temas de índole sexual. Tratar estos temas con personas del sexo opuesto implica que tarde o temprano surgirá una relación sentimental, y lo menos que usted necesita, además de todas sus otras dificultades, es la carga de un romance, o una relación sexual ilícita. La regla más segura es escoger a alguien del mismo sexo.

En el programa de Los Doce Pasos, al mentor con quien el adicto habla se le llama "consejero", o "consejera". Se espera que cada adicto encuentre un mentor.

Algunas personas preguntan si su cónyuge podría ser un buen consejero. La respuesta es ¡no! Lo ideal es que usted y su cónyuge sean completamente honestos entre sí, y quizá usted esté tan enterado de lo que le pasa a su pareja como su mismo consejero. Pero a menudo son precisamente los conflictos con su cónyuge los que usted necesita tratar con un consejero. Incluso si usted y su cónyuge se llevan perfectamente bien y están al tanto de todo lo que le pasa al otro, lo mejor es no colocar sobre su pareja la responsabilidad adicional de ser su consejero. Un mentor podría necesitar confrontarlo a usted de una manera fuerte o radical, algo que se le haría difícil a su cónyuge, sin que él o ella intente controlar la conducta suya, o que al menos aparente controlarla.

Algunos, se me han acercado preguntando si no es suficiente hablar con Dios de sus defectos. La respuesta es ¡No! En realidad necesitamos hablar con otro ser humano, por un par de buenas razones. Primero, Dios ya conoce nuestros problemas, y segundo no puedes mirarle la cara a Dios. Una transformación maravillosa se efectúa dentro de nosotros cuando hablamos con otra persona acerca de nuestros pecados, tentaciones y defectos de carácter. ¡Se nos hará más fácil vencerlos!

### **Otras maneras de hablar**

Hay otros dos métodos de comunicación que pueden ser igualmente eficaces para proveer la percepción que usted intenta obtener al dialogar con otra persona.

*Participar en un grupo.* Una de las mejores maneras es compartir dentro de un grupo pequeño de apoyo que haya hecho un voto de confidencialidad. Algunas de nuestras mejores ideas las hemos recibido de esta manera, no solo al tratar nuestras propias dificultades, sino al escuchar a otros mientras exponen las suyas. A menudo, la experiencia ajena nos

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

concederá una idea más acertada, o la visión que necesitamos para lidiar con nuestros propios problemas.

Hablar en un grupo es el principal método de terapia utilizado por *The Bridge*. Durante su programa de tratamiento de la adicción, entre quince y veinte personas se interrelacionan bajo la dirección de dos terapeutas, durante varias horas al día por dos semanas. El programa de tres meses de control de la adicción química utiliza el mismo método, pero en un grupo más pequeño.

Usted quizá se pregunte cómo puede encontrar un grupo para compartir sus problemas confidencialmente. Uno de los mejores lugares para comenzar es la organización Alcohólicos Anónimos (AA por sus siglas). Alcohólicos Anónimos tiene dos tipos de reuniones: abiertas y cerradas. Las reuniones cerradas son únicamente para alcohólicos, pero las visitas son bienvenidas a las reuniones abiertas de ellos. Ni mi esposa ni yo somos alcohólicos, pero hemos asistido con cierta frecuencia a estas reuniones por aproximadamente dos años, y hemos encontrado que son sumamente valiosas. Las reuniones para familiares y amigos de alcohólicos, también son útiles, y usted podrá asistir aunque no tenga un familiar alcohólico.

Durante los últimos veinte o treinta años, se ha aplicado el plan de recuperación de Los Doce Pasos a una amplia diversidad de adicciones. Hoy en día existen grupos de Los Doce Pasos para adictos sexuales, adictos a las relaciones románticas, adictos a las drogas, adictos a los alimentos y adictos a los juegos de azar y a un sinnúmero de adicciones.

Algunas personas sienten que la iglesia es la organización ideal para estos grupos pequeños. Muchas iglesias prestan sus locales para grupos como Alcohólicos Anónimos. Para cualquier iglesia, organizar un grupo de apoyo para sus propios miembros es difícil, porque la confianza y la discreción que el anonimato provee son más difíciles de establecer cuando los miembros se conocen y se reúnen con frecuencia en otros ambientes. Sin embargo, las iglesias pueden establecer grupos de apoyo para sus propios miembros, siempre y cuando los miembros del grupo se comprometan a no revelar jamás fuera del grupo quiénes asisten ni lo que en ellos se comenta. En el invierno de 1993, mi esposa y yo comenzamos un grupo de apoyo de Los Doce Pasos en nuestra iglesia en Caldwell, Idaho, que duró varios años. Ha sido una experiencia altamente positiva.

Lo animamos a buscar un grupo en el cual usted pueda exteriorizar los asuntos que tanto lo preocupan. Si hay un grupo de Los Doce Pasos,

en el lugar donde usted reside, para su tipo de adicción, intente visitarlo. Usted también puede llamar a la sede de Alcohólicos Anónimos más cercana, o buscar en Internet, para obtener información sobre sus grupos, y cualquier centro de salud que tenga programas de recuperación de drogas o alcohol. Así podrá conseguir una lista de todos los grupos de Los Doce Pasos que haya en su ciudad o país.

Considere diferentes alternativas en su búsqueda de un grupo de apoyo. Los grupos difieren en efectividad, y lo que puede ser bueno para alguien, quizá no sea lo mejor para usted.

Usted debiera evitar en todo lo posible los grupos cuyos miembros se dedican principalmente a quejarse de sus dificultades, sin sugerir maneras saludables de enfrentarlas. Busque más bien un grupo en el que sienta que está recibiendo ayuda personal, aunque lo único que haga sea escuchar a los demás.

Pero, ¿qué puede hacer si no hay un grupo cerca de su casa para el tratamiento de su necesidad particular? Puede probar un par de alternativas. Una es asistir a algún grupo que se especialice en una amplia gama de asuntos, como los que existen en Norteamérica, bajo el nombre de “Dependientes Anónimos”, o “Emociones Anónimas”. Incluso si estos grupos no están disponibles, usted podrá todavía encontrar ayuda en los ya mencionados Alcohólicos Anónimos que están en muchos países del mundo.

La otra alternativa es organizar un grupo que se especialice en el área de su interés. Por lo general, no sería prudente que usted organizara un grupo de apoyo sin haber sido parte de un grupo exitoso por varios meses. Asista a las reuniones de Alcohólicos Anónimos para aprender cómo se desarrollan, y luego comience su propio grupo.

*Escribir.* Usted mismo es alguien con quien puede comentar sus conflictos, y la mejor manera de hacerlo es escribiendo. He encontrado que escribir es una manera poderosa de comprender mejor los asuntos que me inquietan. Hace muchos años, cuando terminé mis estudios en el seminario y comencé mi internado ministerial, a menudo me sentía deprimido. Todavía recuerdo que dedicaba bastante tiempo a escribir acerca de mis preocupaciones. Hoy hemos vencido casi por completo la tendencia a la depresión, y creo que haber escrito sobre ella fue uno de los pasos más valiosos que dimos para enfrentarla. ¡Escribir es más fácil que hablar con otra persona!

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

### Hablar de asuntos personales. Objeciones

Me gustaría discutir dos objeciones que surgen ocasionalmente en los seminarios en los que he sugerido hablar de nuestros defectos de carácter como una manera de adquirir un mayor discernimiento acerca de ellos.

*El confesionario católico.* Algunos adventistas objetan la idea de hablar sobre algo privado con otra persona, o con un grupo de personas, porque esto se asemeja al confesionario católico. Sin embargo, hay una gran diferencia entre lo que estoy recomendando y un confesionario católico.

Los católicos están obligados a confesar los secretos más ocultos de su corazón a un sacerdote como una manera de lograr la seguridad del perdón y la salvación. Lo que yo recomiendo es que usted hable con un amigo como una forma de percibir más claramente las dificultades que esté enfrentando. En un capítulo futuro señalaremos otro beneficio poderoso que usted obtendrá al hablar de sus defectos de carácter.

*Elena G. de White.* Otra objeción que algunos han señalado en contra de hablar con otros, se basa en declaraciones de Elena G. de White, como la que sigue:

“Se me ha mostrado que muchas, muchas confesiones, nunca debieron haberse hecho al oído de mortales; porque el resultado es tal que el juicio limitado de seres finitos no se puede anticipar. Se siembran en la mente y corazones de aquellos que escuchan, semillas de maldad, y cuando estos están bajo tentación, estas semillas brotan y dan fruto, y la misma triste experiencia será repetida.

Los que son tentados piensan que estos pecados no pueden ser tan penosos porque ¿acaso no los cometieron los cristianos de experiencia que hicieron esta confesión? De modo que, la confesión abierta de esos pecados secretos dentro de la iglesia resultará más bien en sabor de muerte y no de vida” (5T 605).

Antes de utilizar esta declaración para concluir que sería una equivocación el que usted hable con cualquier otro ser humano acerca de sus defectos de carácter y sus pecados, por favor considere los puntos que siguen:

Elena G. de White habla acerca de la confesión abierta en la iglesia. Esto es bastante claro sobre la base de la última oración, y especialmente a raíz del contexto del capítulo donde aparece dicha declaración.

El problema, tal como Elena G. de White lo describe, no es que hablar a alguien acerca de nuestros pecados y defectos de carácter sea un error; sino que hemos de evitar decirlo a personas débiles en la fe, que podrían

no estar preparadas espiritualmente para manejar la información que compartimos con ellas. Pablo dijo exactamente lo mismo en Gálatas 6: 1.

Elena G. de White no dijo que fuera algo malo hablar acerca de nuestros pecados con otros, sino que en algunas circunstancias esto es inapropiado, especialmente en una actividad en público como una reunión de iglesia.

## **Una base bíblica**

Este es un momento apropiado para mencionar la base bíblica de la recomendación para hablar con alguien acerca de los defectos de carácter. Algunas personas creen que los cristianos nunca deberían comentar un pecado, o un defecto de carácter, con nadie excepto con Dios. Sin embargo, según las Escrituras, es claro que los cristianos tienen la responsabilidad de comentar tales cosas entre ellos.

Jesús dijo que los cristianos tienen que buscar a las ovejas perdidas (ver Luc. 15: 3-7). Las ovejas a veces necesitan que se les diga que están perdidas, y a veces necesitan que se les muestre por qué lo están. En 1 Corintios 5, Pablo le dijo a la iglesia que confrontara a un hombre que estaba viviendo en una relación inmoral. Jesús ofreció el mismo consejo en Mateo 18: 15-20. Un hermano que siente que ha sido perjudicado por alguien en la iglesia debiera acercarse a dicha persona e intentar arreglar la situación.

Unos párrafos atrás, mencionamos a Gálatas 6: 1, donde Pablo afirma: "Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre". Y Santiago dijo que "el que haga volver al pecador del error de su camino, salvará de muerte un alma, y cubrirá multitud de pecados" (Sant. 5: 19-20).

En cada uno de estos ejemplos, es el cristiano fiel quien ha de buscar al que está en el error. *Los miembros del pueblo de Dios tienen la responsabilidad de acercarse a aquellos que están atrapados en el pecado, e intentar ayudarlos.* Es su deber llevar a cabo lo que esté a su alcance para restaurarlos. Nuestra responsabilidad de buscar a los perdidos es mayor que la que tienen ellos de buscarnos a nosotros. Y cuando nos acercamos a los perdidos, una de las cosas que necesitamos discutir con ellos es su pecado. A menudo, tenemos que referirnos a pecados particulares. Eso es lo que Pablo quiso decir cuando aconsejó que si alguien es tomado en pecado, los miembros fuertes de la iglesia pueden restaurarlo. Eso es lo que San-

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

tiago quiso decir cuando mencionó que los cristianos debieran restaurar a los pecadores del error.

Así que la noción de que los cristianos nunca debieran hablar unos con otros de sus propios pecados específicos no se encuentra en la Biblia. Al contrario, la Biblia *ordena* a los cristianos que conversen acerca del pecado con los demás.

Todo lo que estoy sugiriendo en este capítulo es que el cristiano que está procurando vivir una vida más perfecta invierta el orden en la iniciativa. En vez de esperar que los miembros espirituales de la iglesia vengán donde usted, usted debiera acudir a los miembros espirituales de la iglesia y decirles: “Necesito ayuda. ¿Puede usted hablar conmigo?”

El pasaje de 1 Juan 1: 6-9 provee un excelente apoyo bíblico para la importancia de compartir nuestros defectos de carácter con otros cristianos, aunque quizá no parezca así en primera instancia:

“Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado.

Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”.

Lo primero que notamos en este pasaje es que de principio a fin destaca la honestidad y la contradicción personal, algo que estudiaremos en el capítulo 20. La primera frase habla acerca de personas que aseguran tener comunión con Dios pero viven según el mundo. Eso es contradictorio. Por otra parte, los que caminan en la luz, quienes son honestos, tendrán comunión unos con otros. Quienes se contradicen aseguran que tienen comunión con Dios, mientras que los que son honestos tienen comunión entre sí.

En este contexto, ¿qué significa ser honestos? Si la comunión de los que son honestos ocurre entre sí, entonces significa que son honestos los unos con los otros. No afirma que están libres de pecado. No temen que otros vean sus defectos de carácter. Se sienten tranquilos sabiendo que son algo menos que perfectos.

Enfoquemos esto de una manera práctica. ¿Ha asistido usted a un culto de testimonios en la iglesia? ¿Qué dicen los participantes? Todos se ponen de pie y alaban a Dios por los milagros que ha realizado, y por las victorias que les ha dado sobre el pecado.



¿Cuándo fue la última vez que usted vio a alguien ponerse de pie ante la congregación para testificar acerca de su mal genio, o porque habían sentido la tentación de hurtar en alguna tienda?

No quiero decir que debiéramos abstenernos de alabar a Dios por sus bondades durante un culto de testimonio. Pero si eso es *todo* lo que vamos a hacer, ¿qué le diremos a los desanimados que pudieran estar presentes? Quizá piensen, *los miembros de esta iglesia tienen un éxito sorprendente. En cambio mi vida es un desastre. Parece que, después de todo, no soy tan buen cristiano.*

Tampoco intentamos decir que hemos de presentar cada pecado secreto a la iglesia. Leímos asimismo la advertencia de Elena G. de White al respecto, citada anteriormente. Pero la Biblia dice que tenemos que sobrellevar “los unos las cargas de los otros” (Gál. 6: 2), y aludir a ciertos defectos de carácter de una manera prudente durante un servicio de testimonios, o en una clase de Escuela Sabática.

Juan concluye el pasaje citado arriba, con las palabras familiares del versículo 9: “Si confesamos nuestros pecados”. Este versículo realmente significa que debemos confesar nuestros pecados a Dios y a quienes hayamos perjudicado. Sin embargo, creo que Juan nos está animando a ser honestos unos con otros acerca de nuestros defectos de carácter en el contexto de los versículos anteriores que se refieren a la honestidad y a la comunión entre los creyentes; incluso en el caso que no nos hayamos perjudicado mutuamente. Después de todo, el texto no dice, “si confesamos nuestros pecados a Dios y a las personas que hemos perjudicado”. Simplemente dice, “si confesamos nuestros pecados”.

¿Y cuál es el resultado cuando confesamos nuestros pecados? Dios, las personas a quienes hemos perjudicado, y de hecho todos los miembros de la iglesia, ofrecerán su aceptación y perdón, y la obra de limpieza continuará. El perdón y la limpieza están disponibles para todos aquellos que son honestos. No estarán presentes en la vida de personas que se niegan a ser sinceras y honestas unas con otras. La honestidad respecto a nuestra fragilidad humana, es la base de la comunión, y es la base tanto para el perdón (la justificación), como para la limpieza (la santificación).

Sospecho que la idea de que es inapropiado para los cristianos hablar entre sí de sus pecados, surge más de un sentimiento de vergüenza que de un principio bíblico. Nos sentimos avergonzados al exponer nuestras imperfecciones ante otras personas. El que nos apoyemos en la Biblia, como una razón para no hacerlo, es simplemente una excusa para la ver-

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

güenza que sentimos. Si esperamos demasiado para exponer nuestras faltas ante los demás, ellos podrán llegar al punto de sentirse motivados a ser los primeros en traerlas a colación. Entonces, nuestra vergüenza será aun mayor, porque habremos sido “descubiertos”.

### Un ejemplo personal

El mismo día que escribía este capítulo, mi esposa y yo recibimos una llamada telefónica que ilustra perfectamente lo que intento explicar.

Durante varios años hemos conocido a una señora residente en la zona oeste de los Estados Unidos a quien llamaremos Jennifer. Ella sufre de una adicción al amor y a las relaciones sentimentales. Está involucrada en una relación altamente adictiva con Jorge. Jorge y Jennifer se han conocido durante varios años y sostienen relaciones íntimas, aunque nunca se han casado. Pelean constantemente. Ella nos llama muy a menudo para relatarnos lo herida que se siente por las cosas crueles que él le hace y dice; y sobre la base de lo que nos cuenta, podemos adivinar que él se siente igualmente herido por lo que ella le dice y le hace.

Hemos animado repetidamente a Jennifer para que ponga fin a su relación con Jorge, y ella ha prometido hacerlo varias veces; pero al día siguiente, o a la semana siguiente va nuevamente a verlo. No puede dejar en paz a Jorge, y viceversa. Aunque no hemos conocido a Jorge, en nuestra opinión, él está tan adicto a dicha relación como ella.

Animamos a Jennifer a matricularse en un programa de tratamiento de la adicción, y en efecto lo hizo en un centro cercano a su casa. Asistió al centro de tratamiento por cerca de un mes y obtuvo bastante ayuda.

Cuando iba a mitad del programa, nos llamó y, entre otras cosas, se quejó de que casi todas las mujeres de su grupo la ignoraban.

—Me gustaría mucho tener una relación más cercana con alguna amiga, pero todas me evitan. Me duele mucho esto.

Jennifer mantuvo esta línea de conversación por varios minutos y de pronto me di cuenta de que ella se refería en efecto a su propia adicción. Así que la interrumpí en medio de una frase.

—Jennifer, ¿cuál es tu adicción básica?

—El amor —respondió.

—¿Y qué más?

Pensó por unos instantes e intimó:

—Las relaciones sentimentales.

—Exactamente. Y lo que has estado diciendo acerca de tu relación con otras mujeres es parte del mismo problema. Le expliqué a Jennifer que el problema fundamental no era Jorge, sino el hecho de que su estima propia estaba basada exclusivamente en relaciones interpersonales.

Jennifer se detuvo por un momento y en voz baja dijo:

—Nunca se me había ocurrido. Creo que usted tiene razón.

El punto es que al llamarnos y hablar con nosotros, Jennifer obtuvo una nueva perspectiva del alcance de su adicción. He experimentado lo mismo después de haber hablado con algunos hermanos de mis defectos de carácter. Jennifer está absolutamente decidida a recuperarse y estoy convencido que la perspectiva obtenida al hablar con mi esposa y conmigo aquel día, la ayudó a progresar con mayor rapidez en su recuperación.

Hablar acerca de nuestros defectos de carácter *sí nos ayuda* a comprender mejor nuestra situación. La victoria a menudo es prácticamente imposible sin el discernimiento que se obtiene al compartir con otra persona, o con un grupo.

Así que, ¡hable! Comparta su carga con alguien en quien pueda confiar, alguien que lo ayude a llevarla. Lo he experimentado. Funciona. Se lo recomiendo.

# Capítulo 19

## NUESTRA PARTE: 3° ANALIZAR NUESTRA FORMA PECAMINOSA DE PENSAR

Se considera que Thomas A. Edison fue el inventor más prolífico en la historia de los Estados Unidos. Sus dos inventos más famosos fueron el fonógrafo y la lámpara eléctrica. También transformó el mundo del entretenimiento con su proyector de películas.

En 1876, Edison tenía menos de treinta años cuando estableció un laboratorio de investigaciones en Menlo Park, Nueva Jersey, donde se le unió una veintena de hábiles técnicos. Once años más tarde se mudó a West Orange, Nueva Jersey, donde construyó un laboratorio diez veces mayor que el primero. ¡El edificio de West Orange más tarde se vio rodeado de fábricas que daban empleo a unos cinco mil obreros!

Edison era un estudiante incansable. A la tierna edad de diez años ya leía libros científicos, y de joven devoraba toda revista técnica que le caía en las manos. Cuando tenía 21 años de edad leyó de una sentada el libro de Michael Faraday, *Investigaciones experimentales en electricidad*, y luego puso en práctica cada uno de los experimentos descritos por el autor.

Esta es la actitud que usted y yo necesitamos tener respecto al desarrollo de nuestro carácter. Edison amaba el conocimiento científico. Nosotros necesitamos atesorar el conocimiento espiritual. Edison absorbía toda aquella información como una esponja. Necesitamos ser esponjas

El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

para la información espiritual. Edison gastó millones de dólares en la investigación científica. ¿Cuánto tiempo dedicamos usted y yo a la investigación espiritual?

Aunque no se encuentra en la Biblia, el antiguo refrán “A Dios rogando y con el mazo dando” contiene mucho de verdad. Después que le hemos pedido a Dios que nos revele nuestros defectos de carácter y cómo cambiarlos, es necesario que busquemos la información correspondiente. Coloquemos en nuestro diagrama este elemento, en la parte que nos toca realizar con respecto al cambio en nuestra forma pecaminosa de pensar.

Cambios necesarios	La parte de Dios	Nuestra parte
En nuestra <b>forma</b> pecaminosa de pensar	La convicción: Nos muestra nuestros pecados	Pedirla
		Hablar
		<b>INVESTIGAR</b>
En nuestros <b>deseos</b> pecaminosos		
En nuestra <b>conducta</b> pecaminosa		

Salomón dijo: “si llamas a la inteligencia, y pides discernimiento; si la buscas como a la plata, como a un tesoro escondido, entonces comprenderás el temor del Señor, y hallarás el conocimiento de Dios” (Prov. 2: 3-5, NVI).

Las personas que logran ser ricas por sus propios esfuerzos dedican la mayor parte de su tiempo aprendiendo asuntos relacionados con el dinero y cómo ganarlo. Algunas personas que negocian en la Bolsa de Valores dedican hasta quince horas diarias a ello. ¿Es de extrañarse que tengan éxito? (Aunque algunos de ellos probablemente son adictos.)

Salomón dijo que si buscamos la sabiduría espiritual de la misma manera como los ricos buscan el progreso económico, la obtendremos.

Por favor, mantenga este principio muy claro en su mente:

**El conocimiento de los asuntos espirituales  
lo obtienen quienes lo buscan.**

Cuando usted le pide a Dios que le otorgue una clara percepción de su forma pecaminosa de pensar, usted se está dedicando a una búsque-

da espiritual. Cuando usted habla con otros procurando obtener una visión más clara de sus conocimientos espirituales, usted realiza una labor de investigación espiritual. En este capítulo destacaremos el tema de dicha búsqueda en el sentido más tradicional. Me gustaría sugerir tres lugares donde podemos hacer ese tipo de labor espiritual.

## La Biblia

El lugar más obvio para comenzar es la Biblia. El autor de Hebreos escribió que “la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y *discierne los pensamientos y las intenciones del corazón*” (Heb. 4: 12).

¡Esto es precisamente lo que usted y yo necesitamos! No buscamos solamente entender nuestra conducta errada. Lo más relevante es el discernimiento relacionado con nuestras actitudes, motivos y deseos erróneos. La Biblia es, por lo tanto, una valiosa herramienta de investigación para los cristianos.

Pablo le dijo a Timoteo que “toda la Escritura es [...] útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia” (2 Tim. 3: 16). Nuevamente, la Biblia nos ofrece exactamente lo que necesitamos. Señala nuestros defectos de carácter, corrige nuestros errores y nos guía por el camino en que debemos andar.

Es de suma importancia que usted entienda exactamente cómo escudriñar la Biblia para obtener conocimientos acerca de sus defectos de carácter. A ese esfuerzo fundamental para conseguir una rica experiencia devocional le hemos llamado “vida devocional”. Este tipo de investigación de la Biblia se entiende mejor cuando la contrastamos con el estudio más tradicional que examina temas doctrinales e información técnica. El propósito de la “investigación técnica” es aprender lo que la Biblia dice acerca de temas como el sábado, el estado de los muertos u otras doctrinas. Durante los primeros años de la Iglesia Adventista, nuestros pioneros eran diestros en este tipo de investigación bíblica, y muchos de nosotros todavía lo somos. No obstante, una investigación de ese tipo tiende a ser de por sí un estéril ejercicio intelectual. Los pioneros eran muy buenos para definir “la verdad” desde el punto de vista doctrinal, pero espiritualmente eran, según los describió Elena G. de White, tan “áridos como las colinas de Gilboa” (RH marzo de 1890).

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

“Investigación devocional” significa leer la Biblia para conocer lo que nos dice a usted y a mí de nuestra vida cotidiana, en cuanto a nuestras luchas espirituales y de cómo triunfar sobre las tentaciones que afrontamos.

Es mejor que lleve a cabo su investigación devocional en un lugar tranquilo, a una hora cuando usted sabe que no será interrumpido. Quince minutos es suficiente, pero media hora, o una hora, es mejor. Para mí, las horas de la madrugada son ideales. En la noche a menudo me encuentro tan agitado intentando terminar un montón de cosas, que cuando finalmente me dejo caer en la cama estoy demasiado cansado para dedicarle mucho tiempo a la Biblia. Quizá me sienta con algo de sueño cuando me acabo de despertar en la mañana, pero por lo general se me aclara la mente en unos pocos minutos. Y con un día entero por delante para trabajar en mi agenda, no tiendo a obsesionarme demasiado con todo lo demás que tengo que hacer.

Por lo general me levanto con tiempo para dedicar una hora a la devoción personal, aunque lo típico es que disfrute tan solo de una media hora. Trato de dividir el tiempo por partes iguales entre el estudio de la Biblia y la oración. Esta no es una regla rígida. A veces dedico la mayor parte del tiempo a orar, y en otras ocasiones me dispongo a leer la Biblia.

Me agrada escoger un libro de la Biblia y leerlo lentamente. Cada día, antes de comenzar, le pido a Dios que utilice el pasaje que leo ese día para que me ayude a reconocer los puntos fuertes y débiles de mi vida espiritual, así como los demás aspectos que requieren una atención especial. Dios responde a dicha oración. No quiero decir que cada día obtengo nuevos conocimientos de índole sorprendente, pero por lo común encuentro algún pensamiento útil. Y la percepción de mis fortalezas y debilidades espirituales crece a medida que transcurre el tiempo.

He descubierto que escribir mientras leo la Biblia es una manera excelente de estudiar. Creo que poner mis ideas por escrito me ayuda a identificar más de un pasaje de la Biblia. A veces me quedo tan absorto cuando escribo acerca de algún texto, que dedico una hora completa a uno o dos versículos. Esto puede convertirse en un contratiempo a la vez que una ayuda. Leer un libro entero de la Biblia dedicando una hora a cada versículo, o dos, requerirá una enorme cantidad de tiempo. Por eso, a menudo leo y medito sin escribir.

Los adventistas del séptimo día creen que Elena G. de White fue inspirada de la misma manera que los escritores bíblicos. La mayoría de

nosotros tiene gran confianza en el valor espiritual de lo que ella dijo, y yo comparto esa confianza. Algunas de las mejores revelaciones sobre el carácter, y los principios que propician los cambios en el mismo, los he obtenido de los escritos de Elena G. de White. Lo animo a incluir los escritos de ella en su vida devocional diaria, especialmente obras tan profundamente espirituales como: *El camino a Cristo*, *El Deseado de todas las gentes*, *El discurso maestro de Jesucristo*, *Palabras de vida del gran Maestro* o *El ministerio de curación*.

Por favor, no crea que el “estudio devocional” lo es todo, ni que el estudio doctrinal o técnico no sea de valor. A menudo las lecciones profundamente espirituales de la Biblia las recibimos mientras llevamos a cabo un cuidadoso estudio doctrinal.

Por ejemplo, durante dos o tres meses estuve estudiando la carta de Pablo a los Romanos, y al momento de escribir esto, me encontraba reflexionando sobre el mensaje de los capítulos 6 al 8, que tratan de la santificación. Yo sabía al entrar en estos capítulos que contenían consejos excelentes para alcanzar la victoria sobre el pecado. Sin embargo, gran parte me parecía confusa debido a las declaraciones aparentemente contradictorias de Pablo respecto a la ley. Su analogía del matrimonio en el capítulo 7: 1-6 me resultaba especialmente difícil. Dediqué varias semanas a realizar un estudio cuidadoso de lo que Pablo dice sobre la ley, la esclavitud y la libertad, y el espíritu y la letra. Ahora que he terminado, sus lecciones espirituales son mucho más claras, y he encontrado que son muy prácticas.

Creo que los cristianos debieran dedicar algún tiempo al estudio doctrinal. Si lo que los adventistas del séptimo día creen sobre el futuro es verdadero, llegará el día cuando cada uno de nosotros tendrá que testificar de lo que creemos ante los enemigos de la verdad. El estudio doctrinal quizá no parezca muy necesario, pero si usted no lo está llevando a cabo ahora, algún día deseará haberlo hecho. Cada uno de nosotros necesita obtener una comprensión sólida de la base bíblica de nuestras creencias.

Sin embargo, el estudio devocional resulta especialmente útil para obtener un mayor discernimiento acerca de nuestros pecados y las estrategias para vencerlos. En algunos casos, el estudio doctrinal es necesario para descubrir el mensaje de un pasaje oscuro; pero en mayor medida, el “estudio devocional” implica leer, orar y meditar.



## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

### Libros, casetes y seminarios de recuperación

La *recuperación* es un término bastante nuevo en los círculos de la salud mental. Significa recuperarse de la adicción y la dependencia habitual. Se ha desarrollado un “Movimiento de Recuperación Total” en Norteamérica durante los últimos veinte o treinta años, con toda una amplia gama de materiales impresos, casetes de audio y vídeo, seminarios y centros de tratamiento. El origen de este movimiento son Los Doce Pasos para la recuperación del alcoholismo, desarrollados por Alcohólicos Anónimos. Gran parte del material contemporáneo sobre la recuperación es una ayuda valiosa para los cristianos que desean conquistar la tentación.

*Materiales de la Iglesia Adventista del Séptimo Día.* Mientras redactaba la primera edición de este libro (1994), los adventistas apenas comenzaban a incorporarse al Movimiento de Recuperación. Para esa fecha la *Pacific Press* publicó el libro de Carol Cannon, *Never Good Enough: Growing Up Imperfect in a “Perfect” Family* (Nunca doy la talla: El crecimiento de una persona imperfecta, dentro de una familia “perfecta”), publicado por la Pacific Press en 1993.

*El mercado cristiano en general.* Hay disponible una amplia gama de libros, casetes y videos sobre la recuperación. Le sugiero que vaya a una librería cristiana y busque en la sección dedicada a la recuperación. Luego identifique en ella algunas obras que traten del tema que a usted le interesa.

*El mercado secular.* El mercado secular también tiene recursos excelentes para personas que se hallan en un proceso de recuperación. Ocasionalmente, cuando señalo esto en mis seminarios, alguien levanta la mano y pregunta acerca de los peligros que puede representar la lectura de autores seculares en busca de ayuda para vencer la tentación.

Es necesario entender que la mayor parte de estos autores tratan el tema de la recuperación desde un punto de vista estrictamente humanista. Generalmente hablan de la adicción y de la dependencia en vez del pecado. Tienden a señalar el abuso en la niñez, en vez del pecado, como la causa principal de la adicción y la dependencia física y emocional, y destacan las estrategias humanas tales como la consejería y la terapia en grupo para la recuperación, en vez de la gracia divina.

Como otra cara de la moneda, los cristianos necesitan aprender que hay mucho de verdad en lo que el mundo ha aprendido sobre la adicción, la dependencia y la recuperación.

Algunas personas objetarán que todo lo que necesitamos es la Biblia y, en el caso de adventistas del séptimo día, los escritos de Elena G. de White. Esto se asemeja al médico que le dice a un paciente que sufre de cáncer que se vaya a casa a orar. Cuando estudio detenidamente la Biblia y los escritos de Elena G. de White, encuentro en ellos los mismos principios respecto a la adicción y la dependencia que se presentan en los libros cristianos y seculares que hemos leído sobre la recuperación. En términos generales, no hay contradicción entre la comprensión cristiana del pecado y la comprensión secular de la adicción y la dependencia. Utilizan un lenguaje diferente y destacan aspectos diferentes; pero toda adicción es pecado.

Para mí, esta combinación de teoría secular con teoría bíblica ha significado una mejoría espectacular en mi lucha contra la tentación. Hoy entiendo mejor que hace dos años, lo que ocurre en mi interior cuando soy tentado, y conozco mucho mejor lo que es necesario hacer. Cuando pongo en práctica lo que he aprendido, obtengo la victoria sobre mis defectos de carácter. Algunas tentaciones que me habían inquietado durante años ya casi no suponen ningún problema para mí. Todavía creo en la misma teología del pecado que antes de entrar en un proceso de recuperación; pero, al combinar esa teología con la teoría de la adicción y la dependencia, pude formular una estrategia más eficaz para enfrentar cualquier conducta pecaminosa.

Recientemente recibí una carta de una dama que asistió a uno de mis seminarios:

“Cuando nuestro hijo Edgar [el nombre es supuesto] estuvo interno en una academia lejos de casa, cayó en la anorexia y la bulimia. Fue una experiencia devastadora para mi esposo, para su hermana y para mí, porque todos queremos mucho a Edgar. Comencé entonces a realizar una investigación en libros seculares. Tenía que entender cómo y por qué había podido pasar algo así en nuestra familia.

Al leer aquellos libros se me abrió todo un mundo nuevo. Leí todo lo que pude conseguir. Literalmente me sumergí en este proyecto durante seis meses, estudiando y haciendo anotaciones. Cada vez que encontraba algo valioso lo escribía. Pasado el tiempo, todos los principios del espíritu de profecía y de la Biblia comenzaron a adquirir un mayor sentido. Me siento muy agradecida por la Palabra de Dios y por el espíritu de profecía, porque me ayudaron mucho. Pero algunos de nosotros necesitamos más ayuda.

Me aferré a la roca de salvación, Jesucristo, y me así de su mano más estrechamente que nunca. Mi corazón estaba lleno de gratitud por su gracia salvadora”.

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

Quisiera que usted observara los dos beneficios que aquella dama recibió al leer libros seculares. En primer lugar, ella dice que se aferró a Jesús “más estrechamente que nunca”. Y en segundo lugar, dijo que luego de haber leído aquellos libros, “todos los principios del espíritu de profecía y la Biblia comenzaron a cobrar mayor sentido”.

He descubierto exactamente lo mismo. Antes no entendía el significado de algunos pasajes de Romanos 6, 7 y 8. Luego, después de dos años de haber estudiado la teoría de la adicción y la dependencia, regresé a los mismos capítulos y me parecieron como un libro abierto. *¡Por primera vez en mi vida, entendí lo que Pablo quiso decir!*

La dama que me escribió aquella carta decía: “Me siento muy agradecida por la Palabra de Dios y por el espíritu de profecía, porque me ayudaron mucho. *Pero algunos de nosotros necesitamos más ayuda*”.

¡Qué verdad tan grande! Y esa ayuda está disponible allá afuera, en el “mundo”, usando nuestra terminología; si la buscamos orando a Dios para que nos ayude a reconocer cualquier principio falso que podamos encontrar.

Lamentablemente, algunos piensan que toda la información que se necesita tener sobre la mente y las emociones, se encuentra en la Biblia y en los escritos de Elena G. de White. Creemos que si un libro no tiene el pie de imprenta de una de nuestras editoriales, no es apto para ser leído. En mi opinión, esa es una actitud muy soberbia y arrogante, de la que debemos librarnos si hemos de progresar en la batalla de nuestras adicciones y pecados.

La verdad es que es imposible que la Biblia y los escritos de Elena G. de White contengan todos los conocimientos del mundo. Hay mucha más información disponible para los interesados siempre y cuando pidan la dirección divina, por medio de la oración.

Así que lo invito a leer esos libros seculares. Lea todo lo que pueda conseguir que hable de la adicción y la dependencia. Una vez que entienda estos principios, lea libros y escuche casetes que incluyan temas específicos relacionados a sus tentaciones.

### Vida diaria

La tercera fuente donde los cristianos pueden buscar conocimientos acerca de su percepción y motivos para el pecado, es en su vida diaria. Elena G. de White es muy clara en cuanto a esto:

“Si el pueblo de Dios meditara, [ .. ] con atención en las acciones de cada día y las revisaran con cuidado, con el fin de llegar a conocer sus propios

hábitos de vida, se conocerían a sí mismos mejor. Al hacer un recuento de su vida diaria en todas las circunstancias conocerían sus propios motivos, los principios que los impulsan. Esta revisión diaria de nuestros actos, para ver si la conciencia aprueba o condena, es necesaria para todos los que desean llegar a la perfección del carácter cristiano” (2T 454).

Por favor fíjese sobre todo en la última frase: “Esta revisión diaria de nuestros actos [...] es necesaria para todos los que deseen llegar a la perfección del carácter cristiano”. Los adventistas que intentan ser “suficientemente buenos” para el fin del tiempo de gracia necesitan prestar atención cuidadosa a este consejo.

Los Doce Pasos de Alcohólicos Anónimos también animan a los adictos a escudriñar su vida diaria. Dos de Los Doce Pasos hablan en forma concreta sobre esto:

#### PASO 4

Sin miedo hicimos un minucioso inventario moral de nosotros mismos.

#### PASO 10

Continuamos evaluando nuestras vidas y si en algo estamos errados, rápidamente lo admitiremos.

¿Cómo escudriña un cristiano su vida diaria? Una de las mejores ayudas la he encontrado en el libro titulado *The Twelve Steps: A Spiritual Journey*, publicado por la editorial Recovery, de San Diego, California. Este es un manual con preguntas y espacios en blanco para escribir nuestras respuestas. Es una aplicación cristiana de Los Doce Pasos. Hay un capítulo sobre cada uno de los Pasos, y cada uno de ellos presenta en forma alterna versículos bíblicos que iluminan Los Doce Pasos y preguntas que ayudan al lector a reflexionar sobre su vida personal.

No es tampoco un libro para leer apresuradamente. La primera vez me tomó un año terminarlo. Generalmente meditaba sobre dos o tres preguntas cada mañana, junto con la lectura bíblica y la oración que hacía en mi hora devocional. Las preguntas me ayudaban a meditar sobre aspectos de mi vida que nunca se me habría ocurrido examinar. Le recomiendo en forma encarecida este libro a cualquiera que desee seriamente obtener la victoria sobre el pecado.

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

### Resumen de lo que hemos aprendido hasta aquí

Esto concluye nuestra presentación de las tres cosas que podemos hacer al cooperar con Dios para lograr un cambio en nuestra actitud hacia el pecado. Repasemos brevemente lo que hemos aprendido.

Es imposible vencer el pecado y la tentación sin antes entenderlos y reconocer que nos están destruyendo. Dios desempeña una parte en el cambio de nuestra forma pecaminosa de pensar y nosotros tenemos el nuestro. Dios es el único que tiene una visión exacta del pecado, y su parte es convencernos. Para los seres humanos, es totalmente imposible entender el pecado de la forma en que Dios lo hace, sin la ayuda del Espíritu Santo.

No obstante, podemos cooperar con Dios en tres maneras básicas. En primer lugar, podemos *pedirle* a Dios que cambie la idea incompleta que tenemos acerca del pecado. Esto le da permiso para que nos convenza de pecado. Necesitamos su ayuda para entender tanto nuestros pecados, como las estrategias para vencerlos. Y debemos alabarlo por concedernos el discernimiento, aun antes de recibirlo.

En segundo lugar, *hablar* es una manera poderosa de aumentar nuestra comprensión de los pecados que nos afectan, así como de las estrategias que podemos utilizar para vencerlos. Mientras tratamos de recuperarnos, necesitamos hablar con otros, especialmente con cristianos maduros, acerca de nuestros defectos de carácter. Podemos hablar con una persona, o en un grupo; y también podemos “hablarnos” a nosotros mismos al escribir acerca de nuestros problemas.

En tercer lugar, necesitamos *buscar* un cambio en lo que entendemos por pecado. Nuestra búsqueda debiera comenzar con la Biblia, y para los adventistas del séptimo día en los escritos de Elena G. de White. También podemos leer libros, escuchar casetes y observar videos que traten de la adicción y la recuperación. Asimismo tenemos que escudriñar nuestra vida cada día.

Casi estamos listos para comenzar nuestro examen de las estrategias para vencer la tentación. Pero antes que nada hay que tratar un aspecto adicional acerca del cambio necesario en nuestra forma pecaminosa de pensar.

## Capítulo 20

# HONESTIDAD Y ENCUBRIMIENTO

El tabaco llamó bastante la atención de los medios noticiosos estadounidenses en abril de 1994. Los ejecutivos de cinco de las mayores compañías tabacaleras del país testificaron ante el Congreso de Estados Unidos. Había dos cuestiones sobre el tapete: una, si el tabaco causaba adicción y la otra si tenía un efecto negativo sobre el organismo. Como era de esperar, los cinco ejecutivos negaron cualquier relación entre el tabaco y la adicción, o la enfermedad.

No obstante, en años recientes la evidencia científica que muestra un nexo entre fumar y ciertas enfermedades se ha tornado tan abrumadora que negar esta relación sería como unirse a la “Sociedad de Creyentes en la Tierra Plana”. En cuanto a la adicción, durante las audiencias del Congreso, dos científicos testificaron ante un subcomité de la Cámara de Representantes que habían encontrado indicios a comienzos de la década de 1980 que la nicotina podía ser adictiva; pero su compañía, la Philip Morris suprimió la evidencia y cerró su laboratorio. ¡Aun así, los ejecutivos de Philip Morris y de las otras compañías negaron ante el Congreso que el tabaco fuera adictivo!

¿Cómo pueden individuos racionales e inteligentes ser tan ciegos?  
¿Cómo pueden negar lo obvio de una manera tan descarada?

*La respuesta es sencilla: egoísmo e intereses personales.*

El mismo día que el periódico anunció el encubrimiento de la evidencia del poder adictivo de la nicotina, también publicó un artículo sobre Aldrich y Rosario Ames, el matrimonio que fue arrestado en 1994

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

bajo la acusación de espiar para la Unión Soviética. Los funcionarios del gobierno dijeron que era el “caso de espionaje más dañino en la historia de este país”. Pero en la audiencia en que se dictó sentencia contra él, Ames dijo: “No creo que los intereses de nuestro país hayan sido perjudicados notablemente por mis acciones”.

El margen de diferencia entre la manera en que Ames percibía sus acciones y la visión del gobierno era tan ancha y tan profunda como el océano Pacífico. ¿Cómo es posible que dos personas puedan ver los mismos hechos y llegar a conclusiones tan opuestas? Esto resulta muy sorprendente en vista de una entrevista que Ames le concedió a la prensa mientras estaba en prisión. Según el reportaje, Ames “hablaba concisamente y con aparente reflexión, como si hubiese considerado y puesto en orden cuidadosamente sus palabras”. ¿Cómo un hombre que muestra ser tan racional puede al mismo tiempo ser tan ciego ante las consecuencias de sus actos?

Nuevamente, la respuesta es sencilla: egoísmo e intereses personales. Todos queremos aparentar lo mejor. Incluso, los peores criminales a menudo dirán que no hicieron nada malo aun cuando admitan sus hechos. Y todos sacudimos la cabeza y nos preguntamos cómo hay personas que tratan de ignorar la realidad hasta ese extremo.

¡Así es! ¡Todos estamos ciegos! Todos racionalizamos nuestros errores. Comenzó en el Edén cuando Adán dijo: “La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí” (Gén. 3: 12). Adán no admitió ni la más mínima responsabilidad por su desobediencia y traspasó la culpa a su esposa, y ella a su vez a la serpiente. Cuando Dios confrontó a Caín con el asesinato que había cometido, este contestó: “¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?” (Gén. 4: 9).

Esto se debe a que, todos queremos aparentar que estamos bien, incluso cuando se nos descubre en el acto más perverso. Deseamos pensar lo mejor de nosotros mismos, y aspiramos a que los demás también piensen bien de nosotros. Por eso reinterpretemos nuestros errores para hacerlos parecer menos malos.

Y no solo los no cristianos lo hacen.

Hace varios años, cuando era pastor en Texas, una señora, a quien llamaré Andrea, se me acercó llorando porque según ella otra dama de nombre Donna estaba propagando algunos comentarios negativos sobre ella en la iglesia.

Le pregunté a Donna dónde había obtenido la información sobre Andrea y me dijo que su hermana melliza Shirley se la había confiado. Cuando le pregunté a Shirley, esta me dijo: “Yo nunca llamé a Donna para decirle eso”.

Quedé un tanto sorprendido por aquella aparente incongruencia entre las declaraciones de ambas, hasta que al investigar un poco más, descubrí que ciertamente Shirley no había llamado a Donna. En esa ocasión, ¡Donna había sido la fuente de los rumores!

Cuando le señalé a Donna su doblez, se encogió de hombros y dijo: “No creí que fuera algo tan malo”.

En aquellos momentos Donna y su esposo eran miembros de un grupo que abogaba porque se destituyera al presidente de la asociación. Encontré muy interesante el hecho de que una de las acusaciones principales contra el presidente era la falta de honestidad, y Donna era una de sus peores acusadoras.

Hay un vocablo para describir la conducta de Donna, de Aldrich Ames y de los cinco ejecutivos del tabaco. Se trata de:

### **Negación**

Usted y yo tenemos que advertir esta tendencia a negar (a no admitir algo) si hemos de lograr un cambio en la evaluación de nuestra forma pecaminosa de pensar. Sería agradable asumir que para que se efectúe dicho cambio sería cuestión de conocer los hechos acerca del bien y del mal. Lamentablemente no es así. Si así fuera, Baruch Goldstein tendría que aceptar que la matanza que llevó a cabo en aquella mezquita en Hebrón, estaba del todo mal. Lo mismo tendrían que hacer los “mártires” musulmanes que se autoinmolan. La verdadera barrera que impide reconocer la pecaminosidad de nuestra conducta es la negación, y esta conducta es impulsada por el egoísmo.

Para poder lograr un cambio en el reconocimiento de nuestra forma pecaminosa de pensar, tenemos que despojarnos de la negación.

### **La negación “cristiana”**

Dice usted: “Yo nunca negaría algo tan obvio como la falta de honestidad de Donna”. “Yo nunca le vendería los secretos del gobierno a Rusia, ni le diría al Congreso que no hay relación entre el tabaco y la



## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

enfermedad. Y, por supuesto, nunca negaría la maldad de un asesinato en masa”.

¡Menos mal!

Pero el hecho de que usted no esté dispuesto a negar ni esconder, actos de maldad tan obvios es una razón más para estar alerta ante la presencia de esta actitud de encubrimiento en su propia vida. Si la propensión humana a asumir dicha conducta es tan fuerte que seres humanos inteligentes negaron pecados tan notorios como los mencionados, entonces nosotros que somos culpables de “crímenes” menores, necesitamos estar mucho más atentos.

La verdad es que todo ser humano está involucrado en esta actitud, incluidos todos los cristianos que están sobre la faz de la tierra. Descubrí esto en mí mismo en una ocasión que asistí a *The Bridge*. Nunca he usado alcohol y siempre me he sentido horrorizado ante los alcohólicos que golpean a sus esposas, les gritan a sus hijos y privan a sus familias de alimento y vestido para costear su adicción. ¿Por qué no pudieron advertir el daño que les hacían a sus familias y decidieron cambiar de conducta?

Por eso, un par de días después de haberme unido al grupo, me tomé de sorpresa cuando se me dijo que yo era un adicto y que mi adicción había perjudicado a mi familia tanto como si yo hubiera sido alcohólico. Para tomar prestadas las palabras de Carol Cannon, yo era el “gran adicto” de mi familia.

¡Señores, seamos realistas! ¿Yo, Marvin Moore, ministro del evangelio y escritor, el “gran adicto”, un adicto?

¿Entiende ahora lo fácil que es caer en la negación?

Mi adicción principal es el trabajo. Y lamentablemente, esta adicción parece ser muy respetable. A los jefes les encanta. Y la iglesia es tan culpable como cualquier otra entidad. Algunos administradores ejercen gran presión sobre los pastores para que alcancen ciertos blancos, y los miembros de iglesia esperan que el pastor esté disponible para atenderlos las veinticuatro horas del día.

“Pero yo no puedo ser un adicto al trabajo —dice usted—. ¡Me encanta mi trabajo!”

Es cierto. El alcohólico también ama a su botella, y el adicto adora la heroína y a su jeringa.

Si nuestro trabajo es tan “necesario” que tenemos que descuidar a los nuestros para cumplir con él, entonces estamos abusando de nuestra familia, incluso si nuestro jefe es el Presidente de la Asociación. Y hasta

que los adictos al trabajo no entendamos esto, nos hallaremos atrapados en un proceso de negación.

Jesús pronunció algunas de sus peores acusaciones contra los adictos. Los que no entrarán a su reino son aquellos que se niegan a alimentar a los hambrientos, a cuidar de los enfermos y a visitar los presos (ver Mat. 25: 41-46). No los llamó adictos, por supuesto, pero, ¿por qué abusaban de los demás? ¿Sería que no les prestaban ayuda porque estaban demasiado ocupados? ¿Quizá demasiado ocupados en la obra de Dios para ser cristianos solícitos y útiles?

El texto de Mateo 7: 22 y 23 me hace pensar que quizá este sea el caso acerca del cual Jesús nos advirtió: “Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad”. Este es un grupo de personas que estaban tan ocupadas en la obra del Señor que no pudieron desarrollar una relación con Jesús. ¿Qué puede ser más doloroso para Jesús que el abuso de seres humanos necesitados? ¿Habrá otra forma más directa para que los padres abusen de sus hijos, que siendo adictos al trabajo?

La peor de todas las adicciones es la adicción religiosa, y la forma más mortífera del abuso es el abuso espiritual que surge de ella. Y no hay otra forma de negación que le sea más difícil a Dios de eliminar que la adicción religiosa, porque el adicto a la religión está totalmente convencido, sobre la base de su interpretación de las Escrituras, que él está en lo correcto y todos los demás están equivocados.

Muchos adictos a la religión forman grupos y les dan nombres, de manera que todos sepan quiénes son. No es su intención proclamar al mundo que son adictos. ¡No, no! Desean llamar la atención a lo religiosos que son. Esa es parte de la negación. Piensan que son buenos y desean que el mundo sepa lo buenos son, cuando en realidad abusan de la gente mediante su adicción religiosa. Así eran los fariseos en el tiempo de Jesús. Fíjense en lo que dice Jesús respecto de la forma en que abusaban de los inocentes:

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, ¡hipócritas! porque cerráis el reino de los cielos delante de los hombres; pues ni entráis vosotros, ni dejáis entrar a los que están entrando. [...]

Recorréis mar y tierra para hacer un prosélito, y una vez hecho, le hacéis dos veces más hijo del infierno que vosotros. [...]

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

Diezmáis la menta y el eneldo y el comino, y dejáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe" (Mat. 23: 13-15, 23).

El control es otra adicción poderosa que a sus víctimas les es sumamente difícil reconocer. La adicción al control es sencillamente la necesidad de salirse continuamente con la suya, o de siempre tener la razón. Una de las mejores maneras de reconocer una adicción al control es preguntarse a sí mismo: "¿Cómo reacciono cuando no se hace lo que quiero? ¿Cuál es mi reacción ante la gente que no está de acuerdo conmigo?"

Los adictos al control utilizan varias estrategias para conseguir lo que desean. Algunos lo obtienen por medio de la ira y los insultos.

Otros son más sutiles. Utilizan la vergüenza, o la manipulación, o el sentido de culpa, para salirse con la suya. "Si tú me amaras, harías esto o aquello". O añaden: "¿No querrás que la gente piense que estás descuidando a tu familia...?"

Algunas personas, incluso utilizan la religión para manipular a otros. "La Biblia ordena que obedezcas a tus padres..." "Dios dice que las esposas deben someterse a sus maridos..." Pero si se les preguntara a estas personas si son adictas, casi seguro que retrocederían horrorizadas. Incluso si usted les explicara todo en la misma manera como yo lo he hecho en este libro, la mayoría trataría de justificar su conducta.

Eso es negación.

Algunos adventistas son adictos a los hábitos tradicionales como el alcohol y las drogas. Esto es mucho más común en la iglesia de lo que se cree, al igual que la adicción al sexo, a los alimentos y a la ira. Y somos tan propensos a negar que tenemos estas adicciones como a negar que somos adictos al trabajo, a la religión o al control.

Los alcohólicos adventistas le dirán que la Biblia no condena la bebida. Solo advierte en contra de emborracharse. Los adictos al sexo le dirán que un poco de pornografía no le hace daño a nadie. Los adictos a los alimentos dicen que lo único que hacen es terminar con las sobras, y los adictos a la ira son personas que simplemente dicen las cosas como son. Los pedófilos "cristianos" justifican su conducta racionalizando que están ayudando a los niños a aprender del sexo.

Algunas personas se horrorizarán de que yo hable de la existencia de tales pecados en la iglesia. ¿Será que no soy capaz de darme cuenta que estoy enlodando el buen nombre de la iglesia?

Estas personas lo único que hacen es elevar la negación del nivel personal al nivel corporativo. No es suficiente negar sus propios pecados.

Tienen que negar los pecados de todos los demás de manera que su iglesia haga un buen papel. Aunque parezca extraño, esto también es una adicción. Se llama perfeccionismo. Es muy difícil convivir con los perfeccionistas, especialmente con los adictos al control. Estas personas no solo tienen que vivir vidas “perfectas” ellas mismas, sino que les hacen la vida miserable a todos los que no viven a la altura de lo que consideran es la perfección.

## **La honestidad y el arrepentimiento**

Muchas palabras tienen un concepto opuesto o antónimo. El antónimo de *caliente*, por ejemplo, es *frío*. El antónimo de *largo* es *corto*, y lo opuesto a *seco* es *húmedo*. También hay un antónimo para la *negación*. Se llama:

### **Honestidad**

Nuestro objetivo es alcanzar la honestidad. Necesitamos echar por tierra nuestra negación y admitir con franqueza: “Estoy equivocado”. El propósito de este libro, y especialmente de este capítulo, es ayudarlo a entender la importancia de reconocer nuestras faltas y pensamientos errados y exteriorizarlos. Analizar nuestros sentimientos y actitudes y admitirlos honradamente, nos ayuda a romper algunas cadenas. Aleja el temor de nosotros. La vergüenza se disipa.

Aunque parezca raro a primera vista, los que más fácilmente asumen una actitud de encubrimiento o negación son los cristianos. Los que no son cristianos no se preocupan mucho por lo que los demás puedan pensar, pero nosotros los cristianos debemos dar una buena impresión. Tenemos que mantener en alto nuestra reputación. Después de todo el cristianismo es una religión de elevados valores, y ¡no debemos ser un mal ejemplo para la comunidad! De manera que así como afirmé en el capítulo 1, nos colgamos una sonrisa en el rostro, asumimos una agradable fachada, nos colocamos una máscara y le contamos a todo el mundo lo agradable que es ser cristiano, aunque por dentro nos estemos muriendo. No estoy afirmando que todos los cristianos sean así, pero algunos de nosotros lo somos.

Tampoco sugiero que usted se ponga en pie en la iglesia el próximo sábado y revele sus más íntimos secretos ante la congregación. Pero necesitamos reconocer nuestras luchas aun cuando no entremos en detalle. Cada uno de nosotros necesita encontrar un compañero no necesaria-

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

mente otro miembro con quien ser del todo honesto, incluyendo los detalles.

Hay otra palabra para la honestidad en el contexto de la recuperación. Se llama:

### Arrepentimiento

Usted y yo *necesitamos* la ayuda de Dios para arrepentirnos. No podemos lograr este cambio en nuestra forma pecaminosa de pensar sin ayuda. Podemos entender que hemos hecho trampas y hemos codiciado, sin la ayuda de Dios; pero sin la ayuda divina no podremos entender la malignidad de dichas acciones y de las actitudes que se esconden detrás de ellas.

El Espíritu Santo debe convertirnos a cada uno, diciéndonos las cosas que están mal en nuestra vida y animándonos a vivir de la manera correcta. El arrepentimiento significa que declaramos: “Señor, tú tienes razón”.

Eso es honestidad:

Necesitamos experimentar ese cambio en nuestra *forma pecaminosa de pensar* antes de que Dios pueda comenzar a cambiarnos a su imagen en nuestro interior. Por eso, una transformación en nuestra forma pecaminosa de pensar está a la cabeza de la lista de cambios que necesitamos experimentar si deseamos la victoria sobre la tentación y el pecado. Dicho de otro modo, un cambio en nuestra forma pecaminosa de pensar es el fundamento de la santificación.

La honestidad es tan elemental que la hemos incluido entre los cinco principios fundamentales que son clave para la victoria sobre la tentación:

### PRINCIPIO FUNDAMENTAL N° 3

**Para obtener la victoria, usted tiene que ser honesto  
consigo mismo y con Dios.**

### Arrepentimiento y justificación

El arrepentimiento, el cambio efectuado por Dios en nuestra forma pecaminosa de pensar, es el fundamento de la santificación. En un capítulo anterior, dijimos que el arrepentimiento es la condición para recibir la justificación. Por lo tanto, el arrepentimiento es el vínculo entre la justificación y la santificación. El Señor no podrá justificarnos ni salvarnos, hasta que usted y yo no abandonemos nuestra actitud de encubrimiento

y negación, y practiquemos la honestidad con nosotros mismos y con Dios. Cuando nos convirtamos en individuos honestos, él podrá justificarnos y comenzar el proceso de santificación.

Cuando Jesús nos justifica y suple nuestras deficiencias con su propio mérito divino, simplemente nos dirá: "Voy a tratarte como si ya hubieses vencido los pecados que sinceramente deseas vencer". Dios no requiere que hayamos vencido nuestros defectos de carácter antes de aceptarnos y justificarnos. Pero el Señor sí requiere que no continuemos ocultando nuestros actos pecaminosos, y que nos arrepintamos de ellos.\*

Cada vez que hacemos esto, hemos comenzado verdaderamente a experimentar un cambio en nuestra forma pecaminosa de pensar. Estamos en vías de conquistar el dragón interno.

---

\* Cuando nos arrepentimos sinceramente de los pecados que conocemos, Dios tratará los pecados que no conocemos con la misma gracia justificadora.

# SEGUNDA SECCIÓN

Segunda parte

## **CAMBIAR NUESTROS DESEOS PECAMINOSOS**

## Segundo alto en el camino

Hemos completado el análisis del proceso necesario para lograr un cambio en nuestra forma pecaminosa de pensar. Este es el primero de los tres pasos significativos que hemos de dar con el fin de desarrollar un carácter como el de Cristo, y estar listos para el fin del tiempo de gracia.

Ahora estamos listos para hablar acerca del segundo de estos procesos: el cambio de nuestros deseos pecaminosos. Aquí es donde comienza la obra del cambio real de carácter. Una vez más, Dios tiene su parte y nosotros tenemos otra. Nosotros no podemos hacer la parte suya, y él no hará la nuestra. Pero hemos de permitirle que él realice su obra en nuestra vida, y a la vez dedicarnos activamente a la que nos toca. No estamos verdaderamente arrepentidos a menos que nos empeñemos en lograr el cambio. Nuestros esfuerzos no siempre tendrán éxito, pero hemos de ponernos del lado de Dios, a pesar de nuestros fracasos, y estar dispuestos a hacer todo lo que sea necesario para ser como Jesús. Eso es lo que tenía en mente Elena G. de White cuando escribió: Cuando está en el corazón el deseo de obedecer a Dios, cuando se hacen esfuerzos con ese fin [...]" (1MS 448).

El siguiente resumen nos señala el lugar donde estamos:

**Segunda Sección: Cómo ayuda Jesús a los pecadores a obtener la victoria: La santificación**

**Primera parte: Cambiar nuestra forma pecaminosa de pensar**

**Segunda parte: Cambiar nuestros deseos pecaminosos**

**Segundo alto en el camino** <————

21. La parte de Dios: Cambiar nuestros deseos pecaminosos

22. Nuestra parte: 1º Pedir ayuda para superar nuestros deseos pecaminosos

23. Nuestra parte: 2º Hablar de nuestros deseos pecaminosos

24. Nuestra parte: 3º Someter a Dios nuestros deseos pecaminosos

25. Los deseos pecaminosos: Comentarios finales

**Tercera parte: Cambiar nuestra conducta pecaminosa**

**Cuarta parte: Consideraciones finales**



# Capítulo 21

## LA PARTE DE DIOS: CAMBIAR NUESTROS DESEOS PECAMINOSOS

La siguiente carta al editor apareció en la página 2 de la *Adventist Review* del 26 de mayo de 1994:

“Estoy completando el décimo año de una condena de 99 por el delito de haber tenido sexo oral con una niña menor de 14. No pretendo excusarme por lo que hice. Sé que lo que hice estuvo mal y fue dañino, pero cuando cometí la falta no lo sabía. No decidí de manera consciente convertirme en un “abusador de menores”. He sentido cierta atracción sexual hacia las niñas desde que tengo uso de razón. Mi primera experiencia, a los seis años de edad fue con una ‘novia’ de la misma edad que vivía en la casa de enfrente.

Hace unos nueve años que soy adventista del séptimo día. Reconozco que tener relaciones sexuales con niños es pecado. He intentado cambiar, pero me doy cuenta que no puedo hacerlo; mi mente está presta, pero mi carne es débil (Mat. 26: 41), y me encuentro repitiendo lo que dijo Pablo: ‘Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago’ (Rom. 7: 19).

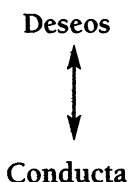
Nuestros pecados no son peores que algunos otros (Sant. 2: 10). Necesitamos ayuda, amor y aceptación como cualquier otra persona, no el desprecio y el rechazo que ahora recibimos. Yo también necesito ayuda. ¿A quién acudiré? Dios no me ha respondido, ni tampoco los seres humanos”.

Esta carta, y la otra dirigida a la revista *Insight* que citamos en el primer capítulo, son idénticas en determinados aspectos: Los autores intentaban obtener la victoria sobre la tentación, y ninguno de los dos lo había logrado al momento de escribir. El lector de *Insight* fue el más enfático de los dos: “Yo estoy totalmente a favor de [vivir] de ‘victoria en victoria’, pero ¿CÓMO?” Mientras que el abusador de menores francamente admi-

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

tió: “reconozco que tener relaciones sexuales con niños es pecado. He intentado cambiar, pero me doy cuenta que no puedo hacerlo”.

En los capítulos precedentes, explicamos cómo pueden los cristianos experimentar un cambio en su actitud que los llevará a un genuino arrepentimiento. El lector de *Insight* entiende su pecado muy bien. Al igual que el abusador de niños. Es evidente que ambos se han arrepentido. Ambos piden liberación. ¿Pero qué han logrado con sus ruegos? Hasta el momento, nada. Aunque no puede haber victoria sin discernimiento, el hecho de reconocer nuestra condición pecaminosa solo sirve para atormentarnos con sentimientos de culpa. En este capítulo vamos a iniciar nuestra búsqueda de la victoria. Comenzaré compartiendo un diagrama sencillo con usted:



Lo que enseña este diagrama es que tanto nuestros deseos como nuestra conducta están involucrados en la victoria sobre el pecado y están relacionados. He ilustrado esta relación con una flecha colocada entre ambos términos que apunta hacia arriba y abajo. Nuestro cambio de carácter será mucho más rápido y nuestra victoria sobre el pecado mucho más completa cuando entendamos esta relación.

Sospecho que a pesar de toda su sinceridad, tanto el lector de *Insight* como el abusador de menores no comprendían la relación entre el deseo y la conducta; como resultado, su estrategia para el desarrollo del carácter y la conquista del pecado estaba errada. Estaban haciendo ciertas cosas al revés. En este capítulo, comenzaremos a poner de manifiesto los principios para establecer una relación equilibrada entre el deseo y la conducta, y una gran parte del resto del libro aclarará aún más estos principios.

### El asunto central es un cambio en el carácter

Imagine que usted tiene un árbol que está produciendo frutos pecaminosos. Naturalmente, a usted no le gustan esos frutos, así que antes de que maduren, los arranca. “Ahora no hay frutos pecaminosos en el árbol”, dice usted. Eso es verdad. Pero el fruto pecaminoso no es lo malo.

Lo malo es el árbol. Para cambiar la fruta, usted tiene que cambiar el árbol. De otra forma, cuando llegue la próxima cosecha el árbol producirá más frutos pecaminosos.

Sospecho que uno de los mayores obstáculos que encuentran quienes luchan contra un pecado que los asedia, es que tienen en mente un objetivo erróneo. Creen que su meta es dejar de *cometer* un pecado específico. Eso es verdad, por supuesto, pero me gustaría sugerir que el verdadero objetivo es el cambio de carácter. A menos que el carácter cambie, dejaremos de *cometer* un pecado, pero no lo habremos *vencido* realmente.

Varios capítulos atrás compartí con ustedes la sencilla definición del carácter que hace Elena G. de White: “[...] los pensamientos y los sentimientos combinados constituyen el carácter moral de la persona” (5T 290). Un carácter pecaminoso está formado de pensamientos y sentimientos erróneos, y un carácter virtuoso está compuesto de pensamientos y sentimientos correctos. Es obvio que el cambio de nuestro carácter requiere cambios en nuestra forma de pensar y en nuestras acciones.

En la Primera parte, titulada “Cambiar nuestra forma pecaminosa de pensar”, hablamos de cómo lograr un cambio en nuestros pensamientos pecaminosos. En la Segunda parte, que comenzamos con este capítulo, analizaremos cómo obtener un cambio en nuestros deseos pecaminosos. En este proceso están involucrados dos principios.

## **Los deseos deben cambiar primero**

Suponga que usted emplea a un contratista para que le construya una casa y este le dice después de mirar los planos: “Comenzaremos con el techo. Cuando terminemos, seguiremos con las paredes y luego echaremos los cimientos”.

Esto sería una necedad, me diría usted. ¿Cómo podría alguien ponerle techo a una casa que no tiene paredes ni cimientos? Es cierto que ningún constructor olvidaría el techo. La casa no estaría completa sin techo. Pero el constructor no comienza con el techo. Comienza con los cimientos.

Lo mismo ocurre con el desarrollo del carácter y la victoria sobre el pecado. Elena G. de White entendió esto.

“Hay muchos que tratan de reformarlo corrigiendo este o aquel mal hábito, y esperan llegar a ser cristianos de esta manera, pero están comenzando en el lugar erróneo. *Nuestra primera obra tiene que ver con el corazón*” (PVG 69, el énfasis es nuestro).

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

Elena G. de White no dijo que debiéramos ignorar nuestra conducta errada. Lo que dijo es que es un error comenzar por allí. Nuestra primera obra es con el corazón, con nuestros motivos, propósitos y deseos pecaminosos.

Los seres humanos tendemos a catalogar como pecado la parte que podemos ver, que es la conducta. Creemos que hay que dejar de *hacer* cosas malas. Y creemos que cuando dejemos de *hacer* lo incorrecto habremos ganado la victoria sobre el pecado. Pero no podemos dejar de *hacer* cosas malas hasta que no dejemos de *desear* lo malo. Tenemos que vencer los *deseos* malos antes de esperar vencer la *conducta* mala. Esta percepción nos brinda una estrategia crucial para la conquista del pecado:

**Debemos comenzar con los malos deseos,  
no con la mala conducta.**

No tengo la intención de minimizar la importancia de lograr un cambio en nuestra conducta pecaminosa. Ya llegaremos a eso, se lo aseguro. Pero el mal deseo es el fundamento y no al revés. Mientras no entendamos este principio y lo apliquemos, quedaremos continuamente frustrados en nuestros esfuerzos por vencer al pecado.

Sospecho que esto explica gran parte de la frustración que experimentaban el lector de *Insight* y el abusador de menores. El abusador de menores dijo: “Reconozco que tener relaciones sexuales con niños es pecado. He intentado cambiar, pero encontré que no puedo hacerlo”. Estaba intentando abandonar un tipo de conducta. Pero debía abandonar algo mucho más profundo. Necesitaba un cambio en el deseo que produce la conducta.

### **No podemos cambiar nuestros deseos**

Ahora quiero compartir con usted uno de los principios más trascendentes de todo el libro:

**Somos absolutamente incapaces  
de cambiar nuestros malos deseos.**

Elena G. de White señaló este hecho enfáticamente:

“Es imposible que escapemos por nosotros mismos del abismo de pecado en el que estamos hundidos. Nuestro corazón es malo, y no lo podemos cambiar” (CC 27)

El punto clave aquí es que *no podemos cambiar nuestro malvado corazón*. Un corazón malvado se compone de motivos, propósitos y deseos malvados.

Más adelante Elena G. de White dijo:

“La educación, la cultura, la fuerza de voluntad, el esfuerzo humano, tienen su lugar, pero no tienen poder para salvarnos. Pueden producir una corrección externa de la conducta, pero no pueden cambiar el corazón; no pueden purificar las fuentes de la vida” (CC 27).

Por favor, observe la frase *no tienen poder*, en medio de la declaración anterior. “La educación, la cultura, el ejercicio de la voluntad, el esfuerzo humano [...] *no tienen poder* para [...] cambiar el corazón”. Esto no significa que la educación, la cultura, el ejercicio de la voluntad y el esfuerzo humano no tienen nada que ver con vivir una vida correcta ante la sociedad, o con una experiencia cristiana satisfactoria. Elena G. de White nos asegura que estas cosas “pueden producir una corrección externa de la conducta”. Me alegra saber que incluso en un mundo pecaminoso, la mayoría de las personas se tratan unas a otras con decencia.

Pero suponga que con cierto grado de educación, con un toque de buenos modales y arduos esfuerzos, usted se las arregla para vivir una vida aceptable según la sociedad, aunque todavía alberga malos deseos. ¿Habrá vencido usted a sus pecados?

No.

¿Por qué? Porque el pecado va más allá de la conducta errónea. Incluye también el *deseo* de involucrarse en una mala conducta. Jesús expresó esto claramente en el Sermón del Monte cuando dijo que asesinar es más que matar a las personas. Es odiarlas. El adulterio es más que practicar una relación sexual ilícita. Es lascivia. El verdadero pecado, dijo Jesús, está en el corazón. Pero aquí es donde chocamos con una pared de ladrillo, porque somos incapaces de cambiar nuestros deseos malvados.

La organización Alcohólicos Anónimos reconoce este principio. Y lo dice en el primer paso de los doce:

### **PASO 1**

Admitimos que éramos *impotentes* ante el alcohol, que nuestras vidas se habían vuelto ingobernables.

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

¿Cuál es su pecado acariciado? ¿Es la televisión, la comida, el enojo, una conducta sexual inapropiada, gastar el dinero que no tiene? Conéctelo con el primer paso: “reconozco que no tengo poder sobre la televisión”. “Reconozco que no tengo poder sobre el sexo”. “Admito que no tengo poder sobre el dinero”. Y así sucesivamente.

Alcohólicos Anónimos publica un libro basado en Los Doce Pasos al que denominan “Los doce [pasos] y las doce [tradiciones]”. En este libro encontramos la siguiente declaración (fijese en especial en las palabras destacadas en cursiva):

“Nuestros consejeros dijeron que eramos víctimas de una obsesión mental tan sutilmente poderosa que *ninguna fuerza de voluntad humana podría romper*” (22).

¿Notó usted la palabra *obsesión*? Una obsesión es un deseo del cual uno no puede librarse. Su fuerza de voluntad no puede hacerla desaparecer.

Dos monjes andaban por un camino polvoriento, uno joven y otro de mayor de edad. De repente llegaron a un río. Allí una hermosa joven se les acercó:

—Señores —les dijo—, ¿podrían ustedes ayudarme a cruzar el río?

—Por supuesto —dijo el monje más viejo, y la cargó para cruzarla al otro lado. El monje más joven los siguió. Cuando llegaron al otro lado, el monje mayor de edad bajó a la hermosa joven, quien se fue por su camino, mientras que los monjes siguieron por el suyo.

Durante dos días, los monjes caminaron juntos, aunque el más joven estaba sumido en sus pensamientos, así que no hablaron mucho. Al final del segundo día, el joven quebró el silencio.

—Señor, ¿no cree usted que fue peligroso que usted cargara a aquella joven para cruzar el río? Era muy hermosa. Me imagino que desearla habrá sido una tentación.

El monje mayor respondió:

—Joven, yo cargué a esa joven solo para cruzarla al otro lado del río. Tú la has seguido cargando durante dos días.

Esa es una obsesión, y la obsesión es el fundamento de todas las adicciones y de los pecados acariciados.

¿Se ha quedado usted alguna vez en su cama sin poder dormir, pensando qué hará o dirá la próxima vez que vea a la persona que lo trató mal el día anterior? Esa es una obsesión. ¿Ha pasado la mitad del día pen-

sando en la comida? Esa es otra obsesión. ¿Se ha quedado despierto por la noche, todo tenso a causa del deseo sexual, apretando las sábanas como para no hacer algo incorrecto? Esa es una obsesión.

Y ese es el deseo que su voluntad es incapaz de cambiar.

## **Dios cambia nuestros deseos**

Por fortuna, cuando Elena G. de White dijo que somos incapaces de cambiar nuestro propio corazón y los malos deseos que de él surgen, ella no se quedó allí. En el párrafo que sigue, nos dijo lo que *funciona*:

“El Salvador dijo: ‘Quien no nazca de nuevo’, a menos que reciba un corazón nuevo, nuevos deseos, designios y móviles que lo guíen a una nueva vida, ‘no puede ver el reino de Dios’” (citando a Juan 3: 3; CC 28).

Analicemos esa cita. Comienza con la declaración de Jesús acerca del nuevo nacimiento: “una vida nueva de lo alto”. Pero la autora interrumpió la oración de Jesús e insertó su propia comprensión de lo que significa el nuevo nacimiento: “a menos que reciba un corazón nuevo, nuevos deseos, designios y móviles que lo guíen a una nueva vida”. Luego completó el pensamiento de Jesús: “no puede ver el reino de Dios”.

Un nuevo corazón implica “nuevos *deseos*, designios y móviles”.

*Nuevos deseos.* ¡De esto precisamente estamos hablando en este capítulo! La parte de Dios en la obra de conseguir el cambio de nuestros deseos pecaminosos es darnos el nuevo nacimiento. Y este nuevo nacimiento infunde nuevos deseos, propósitos y motivos que conducirán a una vida de victoria: la victoria que todos deseamos tan desesperadamente.

Encerrado en este corto párrafo de *El camino a Cristo* se encuentra otro vocablo, otra palabra clave que usted y yo necesitamos entender, porque explica la diferencia entre la parte de Dios y la nuestra en obtener el cambio de nuestros deseos pecaminosos. Esa palabra clave es:

## **Recibir**

¿Ha recibido usted una carta alguna vez? ¿Cómo sucedió eso? ¿Qué hizo usted?

—Pues, fui al buzón, hallé un sobre, y dentro se encontraba una carta que alguien me había enviado.

¡Una buena explicación! Usted tomó del buzón un sobre con una carta que *alguien le envió*. Usted no escribió la carta. No la puso en un

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

sobre, no le pegó una estampilla en la esquina superior derecha ni la echó al correo. No. Alguien más hizo todo eso. Otra persona *envió la carta*. Usted la *recibió*.

Si deseo recibir algo, no puedo simplemente estirar la mano y tomarlo. Lo único que puedo hacer para recibir un objeto es abrir la mano. Otra persona tiene que ponerlo allí.

Elena G. de White dijo que usted y yo necesitamos *recibir* nuevos deseos. No podemos introducirlos en nuestra mente, tampoco retorcer nuestros deseos pecaminosos y darles la forma correcta. No podemos inyectar nuevos deseos en nuestro propio corazón. Para eso somos inútiles. Todo lo que podemos hacer es “abrir las manos” y *recibir* nuevos deseos. Dios tiene que ponerlos allí. Ese es su papel.

Como hemos visto, la parte de Dios se llama el *nuevo nacimiento*. Pablo dijo: “No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento” (Rom. 12: 2). La transformación de la mente es otra manera de describir el nuevo nacimiento.

La Biblia nos presenta una y otra vez, mediante una serie de ilustraciones y analogías, que Dios obra un cambio espiritual en el interior de las personas que lo invitan a entrar en su vida. Ese cambio espiritual reorienta sus deseos, sus propósitos y motivos, de manera que ahora aborrecen lo que antes amaban, y aman lo que antes aborrecían. Cuando esto ocurre, la victoria sobre el pecado se hace fácil. Se termina la lucha, porque ya no tienen deseos de pecar.

Creo que es muy significativo que Alcohólicos Anónimos haya descubierto este mismo principio. Aquí tenemos otra declaración del libro *Los doce [pasos] y las doce [tradiciones]*:

“¿Quién se goza en admitir una derrota completa? Prácticamente nadie, por supuesto. Cada instinto natural se rebela ante la idea de la incapacidad personal. Es verdaderamente horrible admitir, con una copa en la mano, que hemos deformado nuestra mente con una obsesión por la bebida destructiva *que solo un acto de la Providencia puede quitárnosla*” (21, el énfasis es nuestro).

Ahora usted entiende por qué Alcohólicos Anónimos tiene tanto éxito en librar a los adictos de la botella. Es porque reconocen el principio fundamental de que la base del alcoholismo es una obsesión por el alcohol, que la fuerza de voluntad del adicto es totalmente incapaz de dominar. *Solo Dios puede eliminarla*.



Ha llegado el momento de colocar en el diagrama la parte de Dios para ayudarnos a obtener un cambio en nuestros deseos pecaminosos:

Cambios necesarios	La parte de Dios	Nuestra parte
En nuestra <b>forma</b> pecaminosa de pensar	La convicción: Nos muestra nuestros pecados	Pedirla
		Hablar
		Investigar
En nuestros <b>deseos</b> pecaminosos	<b>LA CONVERSIÓN:</b> CAMBIA NUESTROS DESEOS	
En nuestra <b>conducta</b> pecaminosa		

## Un llamado a la cautela

Debo compartir con usted un llamado a ser cautelosos: No espere que Dios efectúe un cambio instantáneo y permanente en sus malos deseos. No quiero decir que Dios no *podría* cambiar sus deseos en el instante, ni siquiera que *jamás* lo hará. A veces es claro que lo hace. Todos hemos escuchado, por ejemplo, acerca del fumador que tiró sus cigarrillos y nunca más ha vuelto a fumar. No obstante, por cada fumador que desecha sus cigarrillos y nunca más fuma, le puedo mostrar cien que han luchado durante cuatro o cinco años antes de obtener finalmente la victoria.

Muchas personas han tenido la bendición de que una tentación las abandone instantáneamente; pero a nadie lo han abandonado todas sus tentaciones de una vez. Dios nos deja luchar contra nuestras tentaciones mientras se desvanecen lentamente.

¿Por qué Dios libra a algunas personas de una tentación particular instantáneamente, mientras que otros luchan con la misma tentación durante meses y años? Me gustaría saber la respuesta a esta pregunta. La mejor explicación que puedo dar es otra pregunta: ¿Por qué Dios sana a algunas personas de cáncer instantáneamente, mientras que la mayoría de las víctimas de cáncer tienen que recurrir a la cirugía, radiación y quimioterapia para sanar? No lo sé. Quizá Dios lo explique algún día cuando lleguemos al cielo.

## Emociones dañinas

Algunas emociones con las cuales contendemos no son pecaminosas en sí, pero pueden fácilmente conducir a una conducta pecaminosa.

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

Estoy pensando en particular en la vergüenza y el temor, que ya tratamos en un capítulo anterior. Cada una de estas emociones es saludable en un grado moderado. Se convierten en perniciosas cuando se hacen excesivas. Permítame explicar.

### *La vergüenza*

La vergüenza nos impide aparecer en público sin ropa. Nos recuerda que debemos comportarnos respetuosamente ante los demás. La vergüenza saludable también nos lleva a sentirnos culpables cuando hemos hecho algo que es indudablemente incorrecto.

Sin embargo, la vergüenza también puede ser dañina. Veamos tres formas de vergüenza enfermiza:

En primer lugar, la vergüenza enfermiza es la base de todos los sentimientos de indignidad: la noción de que todo el mundo es mejor que yo. Gran parte de la depresión que sufrimos surge de la vergüenza.

En segundo lugar, la vergüenza enfermiza a menudo se disfraza de culpabilidad mal enfocada. La culpa mal enfocada nos lleva a creer que ciertas acciones están mal, cuando de hecho están bien. Por ejemplo, algunas personas experimentan sentimientos de culpa ligeros, o extremos, con relación al sexo dentro del matrimonio, cuando la Biblia es muy clara en cuanto a que Dios inventó el sexo y lo dio a la raza humana, tanto para procrear como para disfrutar.

Una tercera forma de vergüenza enfermiza es la falta de vergüenza. Las personas que no tienen vergüenza son a menudo atrevidas. Ofenden a otros sin advertir que han violado las normas del comportamiento social adecuado. Esto es pecaminoso, aunque a menudo no lo concebimos de esa manera. En realidad, estas personas pueden estar sufriendo de una vergüenza tan intensa que la única manera de manejarla es negándola. Su conducta desvergonzada es una forma de probarse a sí mismos que están bien.

### *El temor*

El temor es saludable cuando nos impide tocar una estufa caliente o saltar frente a un camión. Es enfermizo cuando nos impide hacer lo que somos perfectamente capaces de realizar.

El hombre que tenía un solo talento en la parábola de Jesús es un buen ejemplo. Le dijo a su Señor: “Tuve miedo, y fui y escondí tu talento” (Mat. 25: 25). El temor también es enfermizo cuando lo enterramos profunda-

mente en nuestra psiquis como una ansiedad subyacente que no podemos explicar pero que experimentamos continuamente.

Aunque la vergüenza y el temor no sean tan pecaminosos en el sentido más tradicional del *pecado*, ambos usualmente se encuentran en la base de la adicción. El adicto casi siempre siente intensa vergüenza por su conducta obsesivo compulsiva y anhela desesperadamente abandonarla. Muchos adictos adoptan precauciones extremas para esconder su adicción por la vergüenza que sentirían si el mundo se enterara.

El temor en la adicción asume dos formas contradictorias. El adicto siente un temor desesperado de que no obtendrá lo que desea: alcohol, sexo, televisión... Por otra parte, debido a que sabe que se sentirá muy culpable al respecto, también experimenta un temor desesperado de que *en efecto* pueda lograr lo que desea. Así que aprieta los puños y las mandíbulas en la vana esperanza que no lo hará, siempre deseando desesperadamente poder hacerlo. Y tarde o temprano, siempre lo logra.

A menudo la vergüenza y el temor se mezclan de forma que nos resulta difícil distinguirlos. Mucha de la depresión que experimentamos los seres humanos es una combinación de vergüenza y temor, a menudo mezclados con ira y algunas otras emociones enfermizas. No podemos distinguir entre la vergüenza, el temor y la ira. Todo lo que sabemos es que nos sentimos muy mal, así que decimos que estamos deprimidos.

Nos sentimos avergonzados y temerosos de nuestras adicciones, deseamos controlarlas y no nos damos cuenta que esta misma vergüenza y temor es lo que impulsa nuestras adicciones. Es crucial que entendamos que no venceremos nuestros pecados más tradicionales hasta que nos libremos de la vergüenza y del temor que los sustentan.

También hemos de entender que *no nos libraremos por nosotros mismos de los sentimientos enfermizos de la vergüenza y el temor, al igual que de otros sentimientos y deseos pecaminosos*. Necesitamos permitirle a Dios que nos quite la vergüenza y el temor enfermizos. No podemos hacerlo solos.

## **Las buenas nuevas**

Y ahora tengo unas noticias maravillosas que deseo compartir con usted. Cuando Dios nos quita el deseo por algún pecado acariciado, la victoria será fácil, porque usted ya no deseará el pecado. Así que su objetivo debe ser, no tanto dejar de *hacer* cosas malas, sino dejar de *desear* cosas malas. Pedro tenía esto en mente cuando dijo:

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

“Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder [...] nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia” (2 Ped. 1: 3-4).

Este principio, que afirma que somos incapaces de cambiar nuestros propios deseos y que Dios debe hacer el cambio por nosotros, es una de las claves más valiosas para conquistar a nuestro dragón interior.

# Capítulo 22

## NUESTRA PARTE: 1º PEDIR AYUDA PARA SUPERAR NUESTROS DESEOS PECAMINOSOS

Hablemos un poco más del proyecto de construcción que mencioné en el capítulo anterior. Supongamos que usted desea construir una hermosa mansión para que viva su familia, pero no tiene el conocimiento necesario. ¡No sabe ni siquiera clavar un clavo, o trazar una línea recta! Afortunadamente, usted tiene un amigo que es el mejor contratista del lugar. Él le ha dicho que con gusto construirá la casa, y no le cobrará ni por los materiales ni por su trabajo. ¡Maravilloso! Por favor, presénteme a su amigo.

Así que, ¿se sentará usted cómodamente, a esperar que su amigo comience a trabajar? Claro que no. Por generosa que sea la oferta, aún le quedan a usted algunas cosas por hacer: necesita aportar los planos, elegir los colores de la pintura y los acabados, y firmar un contrato.

Como primer paso para vencer los pecados personales, Dios promete cambiar nuestros deseos pecaminosos. Somos incapaces de hacerlo por nosotros mismos. Nuestras mentes y fuerza de voluntad no son suficientes para lograrlo.

Entonces, ¿lo dejamos todo tranquilamente en manos de Dios? Por supuesto que no. Usted y yo tenemos por delante una tarea. Dios nos ha dado ciertos medios para que cooperemos con él en la edificación de nuestro carácter. Si no hacemos nuestra parte, él no podrá hacer la suya.

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

Como no deseo que usted piense que he comenzado a hablar de la justificación por las obras, permítame recordarle lo que expliqué en un capítulo anterior: que nuestras obras solo carecen de efectividad respecto a la justificación, que es a su vez la base de la salvación. El esfuerzo humano desempeña un papel crucial en la santificación, razón por la cual esta no puede ser la base de nuestra salvación. Es de la santificación que estamos hablando en este capítulo, y en los tres siguientes analizaremos la parte que nos corresponde cumplir en el cambio de nuestros deseos pecaminosos.

### El adicto es un esclavo

En *El camino a Cristo*, pp. 71, 72, Elena G. de White afirma lo siguiente:

“Tú deseas hacer su voluntad [de Dios], pero eres moralmente débil, esclavo de la duda y dominado por los hábitos de tu vida pecaminosa. Las promesas y resoluciones que haces son tan frágiles como telarañas. No puedes gobernar tus pensamientos, impulsos y afectos”.

Aunque en capítulos anteriores revisamos este texto, vale la pena analizarlo de nuevo. La autora no emplea la palabra *adicción*, pero claramente la describe. Ella dice: “Tú deseas hacer su voluntad, pero eres moralmente débil, esclavo de la duda y dominado por los hábitos de tu vida pecaminosa”. Un adicto es *controlado* por sus hábitos pecaminosos. No tiene la fuerza para resistirlos. Así es la *esclavitud*; un esclavo está dominado por su amo y no tiene más opción que obedecer sus órdenes. Pablo describió esa condición en Romanos 6: 20 cuando les dijo a los cristianos de Roma: “Fuisteis esclavos del pecado”. Y en el 7: 25 dijo: “Porque cuando estábamos en la carne, las pasiones pecaminosas [...] obraban en nuestros miembros, y llevaban fruto de muerte”

La señora de White continúa diciendo: “Las promesas y resoluciones que haces son tan frágiles como telarañas”. Un adicto puede jurar: “nunca volveré a hacerlo”, para retomar sus viejos hábitos cinco minutos después de hacer la promesa. Conocí a una mujer que me confesó que su adicción era robar mercancía de las tiendas que visitaba. “Podía estar de pie frente al escaparate antes de entrar, determinada a pagar toda la mercancía, pero, cuando salía del lugar, siempre había alguna cosa en mi bolso por la cual *no había* pagado”.

La cita de *El camino a Cristo* concluye con las siguientes palabras: “No puedes gobernar tus pensamientos, impulsos y afectos”. Así le sucede al

adicto. Cuando comienza a sentir el deseo, no le queda más opción que rendirse. Ni siquiera puede pensar en negarse. Pablo describió dicha adicción en Romanos 7: 14-25: “No hago lo que quiero, sino lo que aborrezco” (vers. 15).

A veces, durante los seminarios que imparto en las iglesias, les pido a todos los adictos presentes que levanten sus manos. Generalmente, unas pocas almas valientes levantan una mano con timidez. Por lo general les digo: “Ahora me gustaría que todos ustedes levantaran la mano”.

Después de animar un poco a los asistentes, cuando puedo ver que casi todas las manos están arriba, digo: “Ahora sí de veras puedo ver las manos de todos los adictos que están en nuestro medio”.

Todos ríen, por supuesto, pero es la verdad. Pensamos que los adictos lo son a las drogas, el alcohol y quizá al sexo. Pero la realidad es que *cada uno de nosotros es un adicto*. Esto es aún más evidente cuando comprendemos que la expresión de Elena G. de White, “pecado acariciado”, es otra manera de referirse a la adicción.

También es posible decir, como lo indiqué en el capítulo anterior, que no tenemos poder sobre nuestros pecados acariciados y nuestras adicciones. Los seres humanos asumimos que tenemos el control de todo. “No hay problema, —dice el alcohólico cuando toma la botella para llenar su vaso—, este será mi último trago”. “Una sola porción más y me sentiré satisfecho”, afirma el adicto a la comida cuando toma un pedazo adicional de pastel. “Tan solo veré el siguiente programa”, dice el adicto a la televisión mientras cambia el canal.

Odamos admitir nuestra impotencia, pero no triunfaremos hasta pedirle a Dios que haga por nosotros, lo que no podemos hacer por nuestra propia mano. Esto lo aprendí de manera muy abrupta cuando fui pastor en Texas. Un día, mis ojos se posaron sobre una señorita que había comenzado a asistir a la iglesia, e inmediatamente la “química” me impactó. Es decir, me sentí sumamente atraído hacia ella. Yo amo a mi esposa profundamente; no pensaba perjudicar nuestra relación matrimonial involucrándome en una aventura romántica, pero eso no evitó que mis sentimientos afloraran. Le pedí ayuda a Dios para que mis emociones disminuyeran pero, después de un par de meses, volví a sentir esa atracción. Oré de nuevo, y mi problema desapareció por un tiempo. Como era de esperarse, regresó, así que oré nuevamente. La misma situación se repitió unas cuatro o cinco veces, hasta que me sentí exasperado por mis alocadas emociones.

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

Un día después del culto, caminaba hacia mi automóvil cuando me di vuelta, y contemplé a aquella joven acercándose al suyo. Repentinamente me sentí atraído hacia ella más que nunca. Me sentí muy frustrado. Subí a mi vehículo y salí del estacionamiento. Cuando llegué a la calle, di un golpe en el volante y exclamé:

“¡Señor, me es imposible deshacerme de estos sentimientos! ¿Puedes ayudarme, por favor? Yo no puedo controlarlos”.

Así desapareció aquel deseo de mi mente para siempre. La joven continuó asistiendo a la iglesia durante varios años, y nos encontramos repetidas veces en los cultos y reuniones de juntas, pero ya no volví a desearla. Ahora comprendo por qué mi oración funcionó la última vez. Dios no se encargó de mi problema hasta que yo no admití mi incapacidad para superarlo. El grupo de ayuda Alcohólicos Anónimos llama a esta situación, “tocar el fondo”. Más allá de las palabras, descubrí que si usted y yo no admitimos nuestra impotencia ante el poder de las tentaciones más fuertes, seremos *incapaces de vencerlas*.

## Usar la voluntad para escapar de la adicción

Gracias a Dios, tanto el apóstol Pablo como Elena G. de White nos aseguran que existe una vía para vencer la adicción. “¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?”, preguntó Pablo. De inmediato respondió: “¡Gracias da a Dios, por nuestro Señor Jesucristo!” En otras palabras, Jesús tiene la solución en el sentido de que él nos quita nuestros deseos pecaminosos, y los reemplaza con buenos deseos como lo mencioné en el capítulo anterior.

La explicación que presenta la señora de White se aplica a nuestro papel individual, y probablemente le sorprenderá:

“No tienes por qué desesperarte. Lo que necesitas es tomar conciencia del verdadero poder de la voluntad. Este es el poder gobernante en la naturaleza del ser humano, la facultad de decidir o elegir. *Todo depende de la correcta acción de la voluntad*” (CC 72, el énfasis es nuestro).

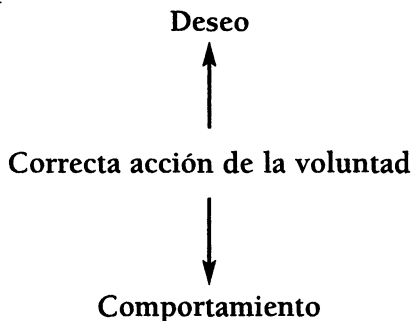
Esta última frase es sorprendente, porque al parecer contradice lo que hemos dicho anteriormente. En la página 27 de *El camino a Cristo*, ella dice que: “La fuerza de voluntad [...] no pueden cambiar el corazón”; mientras que en la página 72, nos dice que: “Todo depende de la correcta acción de la voluntad”.

¿Cuál es la solución? ¿Será verdad que la voluntad juega un papel decisivo en la victoria sobre nuestras adicciones y pecados? Encontré la



respuesta en la palabra “correcta”. “Todo depende de la *correcta* acción de la voluntad”. En otras palabras, existe una manera correcta y una incorrecta de emplear la voluntad. Si entendemos la correcta, finalmente lograremos vencer nuestros deseos pecaminosos. En caso contrario, fallaremos.

Me gustaría ampliar un poco más este principio. El siguiente diagrama ilustra lo que quiero decir. Lo reconocerá porque apareció en el capítulo anterior, aunque añadí el uso *correcto* de la voluntad:



Una flecha apunta hacia arriba, desde la *Correcta acción de la voluntad* al *Deseo*, y otra apunta hacia el *Comportamiento*. Existe una manera correcta de utilizar la voluntad para cambiar nuestros deseos y comportamiento. Es importante entender que ambas formas son muy distintas entre sí. Lamentablemente, una dificultad común entre los cristianos es intercambiarlas. Aplican a sus deseos pecaminosos las estrategias que deberían usar en relación con la conducta pecaminosa y viceversa. Es verdad que eso funciona a veces, pero es como conducir un automóvil que tiene los cuatro neumáticos desinflados. Es muy incómodo y el progreso es muy lento.

Las dos maneras de ejercer la voluntad son: la determinación y la elección. Vamos a definir las.

*Determinación.* Cuando algunas personas leen las palabras de Elena G. de White: “Todo depende de la correcta acción de la voluntad”, sin duda piensan: “Soy fuerte; simplemente apretaré los puños y los dientes con más fuerza, y diré ‘¡no!’ en voz muy alta”.

Es posible evitar las actuaciones impropias utilizando este método, al menos por un tiempo. Sin embargo, es una forma muy miserable de vivir, y es el material preciso del cual están hechas las telarañas. Al final, el pecado nos vencerá. Por otro lado, existe otra forma de emplear apropiadamente la voluntad a fin de cambiar nuestros deseos pecaminosos.

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

**Elección.** Es algo que significa considerar dos o más opciones, y elegir una de ellas. A esta manera de usar la voluntad se refería la señora White. Definió la voluntad como: “el poder gobernante en la naturaleza del ser humano, la facultad de decidir o *elegir*”.

No podemos cambiar nuestros deseos pecaminosos meramente por determinación propia, es decir, apretando los dientes y los puños, ordenándole a los deseos malignos que se marchen. Sin embargo, la elección correcta puede cambiar nuestros deseos. El problema es reconocer la mejor opción, la que nos llevará a la victoria sobre el pecado.

### La elección correcta

Una vez que admitimos nuestra impotencia, estaremos listos para permitirle a Dios que haga lo que a nosotros nos resulta imposible, ya sea por la debilidad de nuestra voluntad, o a causa del fracaso de cualquier otro método. Tenemos que orar así:

- **Señor, por favor elimina mi deseo de pecar, y cámbialo por el deseo de hacer lo correcto.**
- **Señor, te alabo porque a través de Jesús este deseo ya no ejerce ningún poder sobre mí. Gracias por sustituirlo por un deseo correcto.**
- **Padre te alabo porque Jesús ha quebrado el poder que este deseo ejercía sobre mi vida. Te doy gracias porque él va a colocar el deseo correcto en mi corazón.**

Estas dos últimas oraciones sugieren algo que quizá en principio no le convenza: que Jesús ya ha roto el poder que los deseos ejercían sobre su vida. Sin embargo, aunque así piense eleve esa oración, porque es una expresión legítima. En la cruz Jesús quebró el poder del pecado sobre la vida de los seres humanos. Su oración reafirma este hecho y lo hace suyo. Es un acto de fe. La fe, después de todo, “es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve” (Heb. 11: 1). Pablo también lo dijo en Romanos 4: 17 “llama las cosas que no son como si fuesen”. Estos principios son herramientas poderosas que usted y yo podemos utilizar en nuestra lucha para conquistar los pecados y los defectos de carácter que nos asedian. Aprender a usarlas es una forma de religión experimental.

## 1° Pedir ayuda para superar nuestros deseos pecaminosos

Colocaremos en nuestra tabla la primera etapa de la parte que nos corresponde en este proceso: el cambio de nuestros deseos pecaminosos:

Cambios necesarios	La parte de Dios	Nuestra parte
En nuestra <b>forma</b> pecaminosa de pensar	La convicción: Nos muestra nuestros pecados	Pedirla
		Hablar
		Investigar
En nuestros <b>deseos</b> pecaminosos	La conversión: Cambia nuestros deseos	<b>PEDIRLO</b>
En nuestra <b>conducta</b> pecaminosa		

La oración anterior (“Señor, por favor elimina mi deseo de pecar, y cámbialo por el deseo de hacer lo correcto”) es tan simple, que un niño de cinco años podría aprenderla de memoria. Aun así, elevarla de manera consciente es uno de los retos más grandes que usted alguna vez enfrentará.

¿La razón? Es necesario repetir esa oración en el momento menos deseado. Usted necesita pedirle a Dios que le quite la ira en el momento que tenga el fuerte deseo de golpear a alguien en la nariz. Debe pedirle que haga desaparecer el hambre cuando usted apenas pueda esperar que llegue la hora de la comida. Tiene que pedirle que elimine los deseos carnales en el momento que anhela mirar una revista, o un video pornográfico.

No será muy difícil pedirle a Dios que borre los deseos pecaminosos, por muy intensos que sean, durante los momentos del culto matutino o vespertino. Claro que más tarde, cuando la pasión parezca insoportable, lo que menos deseará usted es que Dios elimine aquello que usted más ama. Querrá disfrutarlo primero, ¡y después permitirá *gustosamente* que el Señor lo elimine! Pero la victoria no llegará hasta que usted le pida a Dios que elimine el deseo *antes* de pecar.

En mi libro *El desafío del tiempo final* relaté la historia de Gary, alguien que fue miembro de una iglesia que yo dirigí en Texas hace muchos años. La repetiré aquí, porque es un excelente ejemplo de lo difícil que puede ser pedirle a Dios que elimine nuestros deseos malignos y que nos conceda otros nuevos. Sin embargo, esta vez llamaré Charlie al protagonista, porque ese es su nombre verdadero y me autorizó para que lo mencionara. Un día se acercó a mí y me dijo:

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

—Pastor, necesito ayuda.

—¿Qué sucede? —respondí.

—Yo bebo café —dijo Charlie—; sé que no está bien, pastor, y le he pedido a Dios que me ayude a dejarlo. Pero me encanta. Cada mañana entro a la cocina y necesito beber café, pues de otra manera no puedo disfrutar el resto del día. Realmente me gustaría renunciar a tomar café. ¿Puede ayudarme?

Cuando él habló conmigo comprendí los principios necesarios para vencer la tentación que deseo compartir con usted amable lector, en este libro. A Charlie le encantaba el café (deseo). Anhelaba que Dios le ayudara a dejar ese hábito (comportamiento). Así que le dije:

—Charlie, no has orado de la manera correcta. Si lo haces adecuadamente, podrás vencer la tentación de beber café.

—Pero, pastor, ¿cuál es la oración correcta?

—Mañana temprano, cuando entres a la cocina, en lugar de pensar “Señor, ayúdame a no *beber* café hoy”, dile: “Señor, ayúdame a no *desear* beber café hoy”.

Con una expresión extraña en su rostro, Charlie comenzó a mirar el suelo. Me miró de nuevo, y dijo:

—Pero, pastor, esto significa que entonces ya no podré beber café.

Probablemente sea una situación que parece cómica, pero usted y yo enfrentamos el mismo conflicto cuando nos asedian los deseos pecaminosos con una gran intensidad. Es necesario pedirle a Dios que aniquile el deseo maligno cuando sentimos más ansias de disfrutarlo. Elena G. de White describió dicho conflicto con estas firmes palabras:

“Querido hermano, debes renunciar a tus adorados ídolos, a los pecados que has cometido voluntariamente, aun cuando sea lo mismo que extraer tu ojo derecho, o cortar uno de tus brazos. Levántate, abre tu camino por la fuerza, entre los mismos ejércitos del infierno que te salen al paso” (Colección Paulson, 345).

¿Puede usted entenderlo? A veces, para vencer la tentación es necesario arrancarse un ojo, o un brazo, en lenguaje simbólico. ¡Qué difícil! Quienes piensan que para derrotar al pecado basta con esperar tranquilamente mientras Dios los transforma internamente y cambia sus deseos, ¡serán incapaces de conquistar al dragón que llevan dentro! Es verdad, Cristo debe cambiar nuestros deseos. Y es cierto que una vez eliminados, será más fácil vencer al pecado. *No obstante tenemos que pedirle a Dios que nos quite el deseo antes de que este desaparezca: que lo transforme mientras*

aún está presente, molestándonos. Esa es la decisión más difícil, equivarle a “sacarse el ojo derecho, o a cortarse uno de los brazos”.

Quizá usted recuerda que anteriormente mencionamos que en cada una de las tres partes de la Segunda Sección sobre la victoria, compartiríamos un principio fundamental para el desarrollo del carácter. Aquí está el que corresponde a la necesidad de cambiar nuestros deseos pecaminosos:

### **PRINCIPIO FUNDAMENTAL N° 4**

**Pedirle a Dios que le quite el deseo de pecar,  
cuando lo que más desea usted es hacerlo y disfrutarlo.**

Existen dos cosas que usted no puede hacer apoyándose simplemente en su fuerza de voluntad, y otra que sí es posible. Las dos primeras son las siguientes:

- Usted no podrá cambiar sus deseos pecaminosos.
- Usted no podrá negarse continuamente a pecar, mientras en su corazón exista el deseo de hacerlo. De otro modo, a la larga usted cederá.

Sin embargo, lo que sí podemos hacer es:

**Pedirle a Dios, voluntariamente, que cambie nuestros deseos. Podemos decidir que vamos a alabarle por haber quebrado el poder que los deseos ejercían sobre nuestras vidas. Esto es algo que sí podemos hacer.**

Algunos lectores descubrirán que se les hará imposible orar pidiendo ayuda en el momento en que sienten la tentación con mayor fuerza. Si lo mismo le sucede a usted, siempre le quedará una opción: elevar una oración “de emergencia” cuando el deseo no sea tan intenso. Pedirle a Dios, cuando la tentación sea débil, que más tarde, en el momento de *mayor* presión, le dé el valor para orar pidiendo ayuda, y *alabe a Dios porque él le va a dar el valor para pronunciar la oración cuando el deseo sea más intenso*. Los cultos matutinos y vespertinos son las mejores ocasiones para esa oración “de emergencia”. Si usted no ha establecido una hora devocional fija, ahora es un buen momento para hacerlo. La devoción diaria regular será de vital importancia para usted, si en verdad procura vencer los hábitos pecaminosos.

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

### Las emociones se desvanecen gradualmente

Por otro lado, debo advertirle algo: el deseo no se desvanecerá inmediatamente después de orar. Las emociones desaparecen poco a poco.

Esto lo experimenté en 1993. Tenía que asistir a un seminario que comenzaba un viernes en la noche, en el estado de Tennessee, pero no calculé correctamente el tiempo necesario para trasladarme en automóvil de mi casa al aeropuerto la mañana de aquel mismo día. Salí con treinta minutos de retraso, y a medio camino me di cuenta de mi error. En ese momento el corazón me brincó a la garganta y mis nudillos se pusieron de color blanco, pues apretaba el volante del vehículo con excesiva fuerza. Seguramente la mitad de mi torrente sanguíneo era pura adrenalina cuando por fin subí al avión. No podía controlar mis nervios. Me hundí en el asiento, junto a la ventana, débil aunque aliviado, justo cuando el sobrecargo cerraba la puerta. ¡Estaba muy emocionado, y no pude tranquilizarme hasta que el avión aterrizó! Ese día, aprendí de forma experimental que por ley de la naturaleza, *nuestras emociones se desvanecen gradualmente*.

Así que cuando usted diga: “Señor, por favor borra mi deseo de pecar”, no se sorprenda si la tentación permanece durante una hora, o inclusive un día, antes de que comience a disminuir.

Por desgracia, muchas personas caen en lo que yo llamo la “oración desesperada” cuando Dios no cambia sus deseos de inmediato. Esa oración desesperada suena más o menos así: “Señor, por favor quítame el deseo de pecar. Por favor, Señor, elimínalo. Oh Señor, por favor. *Por favor, Señor, te lo ruego, ¡llévate!* Oh Dios, por favor. **¡POR FAVOR, DIOS MÍO, QUÍTAME ESTE DESEO!**” Antes de darse cuenta, estará gritándole al Señor.

La intención puede ser honesta, pero no es más que una oración obsesiva. Le sirve de estímulo al mismo deseo que pretende borrar. Esa oración fortalece la adicción, en lugar de atacarla, *¡y el dragón se regocija!* Él admira las oraciones desesperadas, pues confirman su triunfo.

Entonces, ¿cuál es la forma apropiada de orar? Primero, si es posible encuentre un lugar donde pueda estar a solas, aunque sea en un sanitario público. Luego ore por uno o dos minutos, *no más*. No es que me oponga a las oraciones que duren una hora, o a las vigiliadas de toda una noche; pero si usted necesita desesperadamente triunfar, una oración de más de dos minutos puede convertirse en una súplica de desesperación.

La manera apropiada de orar es diciendo: “Señor, por favor elimina mi deseo de pecar, y cámbialo por el deseo de hacer lo correcto”, y conti-

nuar con las labores diarias, confiando en que Dios, a su debido tiempo, se llevará el deseo maligno. A usted no tiene que preocuparle el hecho de que la tentación continúe presente por un rato, inclusive durante el día entero. Repita la oración de vez en cuando y continúe con sus tareas; con el tiempo, la tentación se desvanecerá.

La clave para obtener la victoria es que usted reconozca su incapacidad para controlar cada deseo pecaminoso así como las emociones negativas. Asimismo pídale a Dios que las cambie, en lugar de intentarlo por usted mismo. Debe ser por decisión propia, por más difícil que esta sea. El Señor entenderá que usted desee comenzar con la oración “de emergencia” más sencilla. Con el tiempo será capaz de orar en el momento en que la tentación sea más intensa. En ese momento usted estará transitando en la senda del verdadero cambio de su forma de ser, y obtendrá la victoria sobre los pecados y adicciones más poderosos.

¡Estará listo para luchar contra el dragón que está ahí adentro, y vencerlo!

# Capítulo 23

## NUESTRA PARTE: 2º HABLAR DE NUESTROS DESEOS PECAMINOSOS

Mi esposa y yo conocemos a Gerald desde hace varios años. Gerald es adicto a los automóviles deportivos. Cambia sus vehículos cada pocos meses, algo que usualmente le causa fuertes pérdidas. Y gasta muchísimo dinero para hacerlos más potentes o atractivos. Justifica todas esos gastos con la excusa de que son “necesarios”.

Cuando Gerald se nos acercó para pedirnos ayuda, su esposa lo había abandonado aterrorizada por su irresponsabilidad financiera, mientras que sus acreedores estaban cada vez más inquietos. Gerald inicialmente quería hablarnos de su fracasado matrimonio, pero pronto se hizo evidente que su verdadera dificultad era de carácter económico. Mientras hablábamos, mi esposa y yo advertimos que Gerald estaba enviciado con los automóviles deportivos y no podía abstenerse de gastar dinero en ellos. Le recomendamos que buscara ayuda profesional, y en efecto asistió a un centro de tratamientos.

Gerald regresó lleno de entusiasmo por todo lo que había aprendido. Cuando hablamos con él, advertimos que había adquirido amplios conocimientos respecto a los problemas que enfrentaba. Pero, como sucede con cualquier adicto, comprender el mal no lo convierte en algo menos doloroso. Y al igual sucede con la adicción, excepto cuando Dios obra un



## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

milagro, el restablecimiento requiere un buen tiempo. Esto significa que la angustia no se desvanece de inmediato. Todavía había momentos cuando Gerald sentía como que iba a perder la razón si se ponía a pensar en automóviles deportivos. Deseaba tener uno, pero sabía que no era posible si quería sanar.

Así es la enfermedad.

Y todo adicto comprende perfectamente el dolor de Gerald, no importa la naturaleza de la adicción, porque el proceso siempre es el mismo. No importa la supuesta “solución”, usted estará desesperado por obtenerla, sin embargo, sabe que no puede.

Sucede lo mismo con los pecados acariciados, algo que explica que se consideren como un sinónimo de adicción. El pecado le da una connotación ligeramente al problema, que es muy importante. Aunque siempre debiéramos llamar al pecado por su nombre, y nunca tratar de excusarlo diciendo: “Lo siento, se trata de una adicción”. Sin embargo, me he dado cuenta que considerar los pecados acariciados como verdaderas adicciones puede resultarnos de utilidad. La victoria se hará más fácil cuando los encaro con los métodos que se utilizan para tratar las adicciones. Algunas personas creen que la adicción y el pecado son términos mutuamente excluyentes. Pero yo prefiero pensar que son variantes de una misma enfermedad espiritual, y que cada una requiere un tipo especial de ayuda para que se lleve a cabo la recuperación.

Pero regresemos a nuestro relato sobre Gerald. Mi esposa y yo lo animamos a enfrentar su problema utilizando los conceptos que se acostumbra emplear en la terapia de la adicción. Uno de los más significativos consiste en hablar regularmente con un consejero o mentor. Mi esposa y yo nos ofrecimos a escuchar a Gerald cada vez que necesitara hablar con alguien. Nos llamaba a menudo, y parecía estar mejorando. Aunque a veces él no lo creía, pero mi esposa y yo sabíamos que estaba haciendo progresos. Lenta pero seguramente, Gerald estaba sanando de su enfermedad. Y al igual que en el caso de una dolencia física, el milagro no era menor porque fuera algo lento.

¿Por qué he compartido este relato con usted? Porque ilustra muy bien el punto que deseo destacar en este capítulo: conversar de nuestros deseos pecaminosos es una herramienta poderosa para cambiarlos.

Quizá usted se pregunte por qué hablar de ellos puede tener algún efecto sobre el cambio que hemos de realizar en nuestros deseos pecaminosos. He encontrado una respuesta a esta pregunta, al menos parcialmente, en el

libro llamado *The Twelve Steps: A Spiritual Journey* [Los doce pasos: Una jornada espiritual], que ya mencioné en páginas anteriores:

“Al igual que la recuperación de una enfermedad física, que solo puede comenzar cuando la reconocemos, también la sanidad espiritual de nuestra conducta obsesiva/compulsiva comienza cuando afrontamos el problema” (The Twelve Steps, 9)

¿Y qué tiene que ver esto con el acto de hablar, utilizado como un medio para la transformación de nuestros deseos pecaminosos?

Damos un paso gigantesco hacia el reconocimiento de la existencia de nuestros defectos cuando abrimos nuestro corazón ante otro ser humano y reconocemos nuestros deseos malsanos. *Porque Dios solamente puede cambiarlos cuando actuamos de una forma honesta.*

Alcohólicos Anónimos reconoce la importancia de este principio. Fíjese en el quinto de Los Doce Pasos:

#### PASO 5

Admitimos ante Dios, ante nosotros mismos, y ante otro ser humano, la naturaleza exacta de nuestros defectos.

*Si usted desea que Dios elimine sus malos deseos, una de las cosas más eficaces que puede hacer es encontrar a alguien que esté dispuesto a escucharlo, y contarle a esa persona sus inquietudes.* Esta estrategia para vencer la tentación es tan eficaz que la he incluido como una de las iniciativas más trascendentales que usted y yo podemos emplear para que se efectúe una transformación en nuestros deseos pecaminosos. Así que incluyámosla en nuestro diagrama:

Cambios necesarios	La parte de Dios	Nuestra parte
En nuestra <b>forma</b> pecaminosa de pensar	La convicción: Nos muestra nuestros pecados	Pedirla
		Hablar
		Investigar
En nuestros <b>deseos</b> pecaminosos	La conversión: Cambia nuestros deseos	Pedirla
		<b>HABLAR</b>
En nuestra <b>conducta</b> pecaminosa		

Pero, quizá se pregunte usted: ¿Con quién debo hablar? Le confieso que encontrar a la persona apropiada puede ser difícil, pero no es imposible.

En el capítulo 18, señalamos que el programa de Los Doce Pasos recomienda que cada adicto consiga un mentor o consejero, con quien

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

hablar de sus defectos de carácter y de los problemas que afronta en su vida. Si usted verdaderamente desea vencer su pecado, lo animo a encontrar a alguien con quien pueda discutir sus deseos malsanos. Hemos ofrecido recomendaciones para encontrar a una persona con estas características en el capítulo 18.

¿Qué debiera decirle a su mentor? Un buen inicio podría ser los puntos cuarto y quinto de Los Doce Pasos:

### PASO 4

Sin miedo hicimos un minucioso inventario moral de nosotros mismos.

### PASO 5

Admitimos ante Dios, ante nosotros mismos, y ante otro ser humano, la naturaleza exacta de nuestros defectos.

Un “inventario moral, concienzudo y profundo” incluirá los defectos de su carácter, pero también debiera incluir sus puntos fuertes. Una manera de llevar a cabo este cuarto paso es trazar una línea vertical en una hoja de papel y escribir las palabras *Puntos fuertes* encima de la columna de la izquierda y las palabras *Puntos débiles* sobre la columna derecha. Es de especial importancia que ponga por escrito sus debilidades de carácter, en vez de registrar ejemplos específicos de su conducta errada porque los defectos de carácter constituyen la raíz del problema.

Su hoja debería verse así:

#### Puntos fuertes

1. Me gusta completar una tarea antes de comenzar otra.
2. Me gusta mantener la casa limpia y el lugar donde trabajo en orden.
3. Me gusta la buena música.
4. Generalmente estoy dispuesto a reconocer mis defectos.

#### Puntos débiles

1. A veces me irrito cuando no consigo lo que quiero.
2. Me acosan mis impulsos sexuales.
3. A veces ingiero demasiados alimentos.
4. Me siento inferior a otras personas la mayor parte del tiempo.

Probablemente la parte más difícil en cuanto a compartir sus debilidades de carácter con otra persona, si es algo que no ha hecho antes, será ponerlo en práctica por primera vez. Le puedo asegurar que si lo hace

regularmente, comenzará a experimentar un mayor sentido de libertad: incluso antes de haber conquistado los mismos defectos de los cuales habla. A su debido tiempo llegará al punto que cuando advierta un defecto, *deseará* hablar de él de inmediato.

La libertad que experimentará al hablar de sus deseos responde a la honestidad, no a la victoria. Pero la parte maravillosa es que la victoria viene junto con ella. ¿Por qué? Porque la honestidad es lo mismo que el arrepentimiento. Cuando reconocemos sin vacilar nuestros deseos equivocados, y nos arrepentimos de ellos, nos colocamos en una posición favorable para que Dios los cambie.

Además de compartir sus defectos con un consejero, usted debiera hacer planes para hablar de ellos también ante un grupo pequeño. Uno de los mejores lugares para este tipo de diálogo es un grupo de Los Doce Pasos. Por muchos años, solamente los alcohólicos celebraban reuniones de este tipo para hablar de su adicción. Sin embargo, este concepto se está aplicando a numerosos hábitos, incluyendo comer demasiado, adicciones sexuales y afición a los juegos de azar. Incluso hay sesiones para personas que son adictas al trabajo, aunque lo curioso es que ellas a menudo ¡no encuentran el tiempo para asistir!

Una mujer levantó la mano durante un seminario que celebré en la parte sur de los Estados Unidos durante el verano de 1994, y me preguntó:

—¿Por qué no puedo compartir mis defectos únicamente con Dios?

—Porque usted no puede mirarle directamente a los ojos cuando habla con él —le respondí.

A fin de conseguir un cambio en nuestros deseos pecaminosos, tenemos que librarnos de nuestra actitud de negación o encubrimiento. Admitir nuestros defectos de carácter ante otro ser humano a quien podemos ver y escuchar directamente, es una manera poderosa de lograr la transformación. Además, la mayoría de nosotros reconoce que Dios sabe todo de nuestra vida, así que decirle algo a él no es tan difícil. Pero compartirlo con otro ser humano es un asunto muy diferente, porque esa persona no conoce nuestros defectos, y ponerlos de manifiesto puede ser una experiencia humillante. ¡Contárselos a Dios es mucho más fácil!

¡Por eso precisamente es que hablar con otro *ser humano* es una manera poderosa para librarnos de una actitud de encubrimiento!

Hablar de sus deseos pecaminosos no es un remedio rápido ni una cura milagrosa. Sin embargo, le ayudará a comenzar el proceso de sa-

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

namiento. Le aseguro que encontrará una gran libertad en el hecho de ser honesto y compartir con los demás sus defectos de carácter y las fallas en sus deseos y conducta. En la medida que su carácter cambie, usted experimentará la victoria sobre algunos pecados que quizá ahora considere imposibles de vencer.

# Capítulo 24

## NUESTRA PARTE: 3º SOMETER A DIOS NUESTROS DESEOS PECAMINOSOS

Linda es adicta a la relación que mantiene con su esposo abusivo. Vino a vernos a mi esposa y a mí hace un par de años.

—Sé que no puedo soportar más a Guillermo, pero temo perderlo.

—Linda —le contesté—, usted acaba de hacer una declaración muy apropiada.

Le expliqué que todo adicto teme perder aquello que lo “satisface”. El alcohólico tiene terror al pensar que pueda encontrarse en una situación en la que no pueda comprar alcohol. El adicto a los alimentos empacará cajas de alimento para un viaje, por el temor de encontrarse en un lugar donde no los haya. A los adictos nos encanta lo que nos “satisface”.

—La mayoría de las mujeres habrían abandonado a Guillermo después de la primera bofetada —le dije a Linda. Pero Guillermo puede golpearla y gritarle e insultarla, y usted todavía desea estar junto a él. Y ahora acaba de decirme por qué. Hay algo en Guillermo que la hace sentir bien, y sea lo que fuere, usted siente terror de perderlo. Prefiere el sufrimiento antes de abandonarlo.

—Pastor, yo sé que debo olvidarme de Guillermo —dijo Linda desesperada. ¿Pero por qué no puedo dejarlo? ¿Qué puedo hacer para dejarlo?

La respuesta que le di a Linda es la misma que quiero compartir con usted ahora: *Ríndase*. Este es el tercer elemento de la parte que nos corres-

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

ponde realizar en el cambio de nuestros deseos pecaminosos. Coloquémolos en nuestro diagrama, y hablemos de él.

Una de las características de cualquier adicción es el temor a dejarla. Si usted siente que prefiere morir antes de verse sin la sustancia o conducta a la que se ha envenenado, entonces es un adicto. Por eso a la adicción se la llama “pecado acariciado”. Precisamente por eso es necesario abandonarla.

Cambios necesarios	La parte de Dios	Nuestra parte
En nuestra <b>forma</b> pecaminosa de pensar	La convicción: Nos muestra nuestros pecados	Pedirla
		Hablar
		Investigar
En nuestros <b>deseos</b> pecaminosos	La conversión: Cambia nuestros deseos	Pedirla
		Hablar
		<b>RENDIRLOS</b>
En nuestra <b>conducta</b> pecaminosa		

Rendirme significa tres cosas:

En primer lugar, significa que acepto que el método de Dios es el mejor, aunque quizá nunca lo haya experimentado. Significa que seré más feliz cuando él transforme mis deseos de manera que prefiera otra cosa, en vez de cualquier pecado acariciado; aunque ahora mismo mis emociones me digan que moriré si carezco de ello.

En segundo lugar, rendirme significa que me coloco en una actitud receptiva para que Dios me quite los deseos pecaminosos. Le entrego a él mis deseos negativos para que los transforme en algo apropiado para mi vida, de acuerdo a su voluntad que siempre desea lo mejor para mí.

En tercer lugar, rendirme significa que acepto el hecho de que entregar mis pecados acariciados será doloroso y que aceptaré ese dolor.

Estas son dos oraciones de entrega:

- Señor, te entrego este deseo, aunque me cause dolor. Ahora te pertenece a ti. Transfórmalo de la manera que creas mejor.
- Padre, te entrego este deseo. Te alabo porque el mismo ya no ejerce ningún poder sobre mí, y te agradezco por el cambio que has iniciado en mi vida. Dame fuerzas para soportar el dolor, mientras tú completas tu obra en mí.

A veces nuestras adicciones tienen un poder tan fuerte sobre nosotros que simplemente no podemos rendirlas a Dios. Si usted se encuentra en esa situación, no se desanime. En ese caso, intente entregarle a él su *temor* de perder la causa de su adicción. Le dije a Linda: “Ya que se le está haciendo tan difícil abandonar a Guillermo, entréguele a Dios su *temor* de perderlo. Asuma una actitud receptiva para que Dios le quite ese temor. A medida que el temor la abandone, se le hará más fácil entregarle a Guillermo a Dios”.

Recuerde, que siempre hay una estrategia de reserva para cumplir con cada uno de los requisitos de Dios que usted no haya podido cumplir en determinado momento. Sea honesto con él. Dígale que no puede rendirle su adicción en ese momento y pídale que le revele lo que esté impidiéndolo. Luego implórele al Señor que remueva ese obstáculo, o que lo cambie hasta el punto que usted sienta únicamente el *deseo* de marchar en pos de él. Esto es parte del proceso a seguir para el desarrollo de su carácter y para obtener la victoria sobre el pecado. Mientras tanto Dios permanecerá a su lado. Él nunca lo abandonará, siempre y cuando usted mantenga vivo el deseo de salir victorioso.

Hacer una entrega a Dios es el vínculo entre el cambio en sus deseos pecaminosos y en su conducta pecaminosa. Con esta breve explicación, concluyo mi análisis del concepto de la entrega. Retomaremos el tema en un próximo capítulo, cuando hablemos de cómo cambiar nuestra conducta pecaminosa.



# Capítulo 25

## LOS DESEOS PECAMINOSOS: COMENTARIOS FINALES

Lo que indico en este capítulo podría considerarse un tanto repetitivo con relación a las ideas expresadas anteriormente, o a las que presentaré en los capítulos que siguen. No obstante, creo que todo ello es algo que vale la pena tomar en cuenta. Creo que en este capítulo podremos analizar el tema más detalladamente. Si hubiera añadido toda esta información en capítulos anteriores seguramente nos habríamos desviado de los temas principales. En este capítulo intento analizar especialmente el falso sentido de culpabilidad; y también, hacia el final, el temor infundado.

### **Una falsa culpabilidad**

Señalé en un capítulo previo que algunas emociones son buenas en sí mismas; pero, que en nuestra condición insegura y pecaminosa fácilmente abusamos de ellas. Una de ellas es la vergüenza. A menudo nos sentimos culpables por acciones que no son pecaminosas. Esto sucedía a menudo en los tiempos de Jesús. Los fariseos habían acumulado encima de los requisitos divinos una serie de mandamientos humanos, e insistían que se los obedeciera como si Dios mismo los hubiera estipulado. Debido a esto, la población experimentaba una extraordinaria carga de culpabilidad. “Afortunadamente, vivimos en una era civilizada —diría usted. Los adventistas no hacemos nada parecido”.

¡Perdóneme! ¡Pero entre nosotros hay una verdadera epidemia! Hable de esto detalladamente en mi libro *The Gospel vs. Legalism* [El Evangelio y el legalismo], y le sugiero que trate de leerlo si desea entender mejor este

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

asunto, especialmente el capítulo 16. Sin embargo, mencionaré aquí algunos puntos relevantes.

La condena que emiten los fariseos modernos es una causa primordial de culpabilidad imaginaria. Por ejemplo, la Biblia nos dice que observemos el sábado, y ofrece algunos parámetros que nos sirven de guía; pero no menciona detalles para que nosotros los dilucidemos mediante nuestra relación personal con Dios. Lamentablemente, después de asumir su posición, algunas personas condenan vigorosamente a cualquiera que no observe el sábado a la manera de ellos. Lo mismo sucede con los principios de salud presentados por Elena G. de White, en cuya aplicación también se nos concede cierta autonomía. Los fariseos que hay entre nosotros creen que su manera de hacer las cosas es la única válida, y amontonan un increíble fardo de culpabilidad sobre quienes están en desacuerdo con ellos.

Esto no se limita a la reprobación que recibimos de parte de los demás. Algunos somos expertos en condenarnos a nosotros mismos. Mi esposa y yo conocemos a una dama adventista que por años no usó anillo de matrimonio. Ella trabajaba en una oficina pública y en dos o tres ocasiones algunos caballeros le expresaron formalmente el deseo de establecer una relación sentimental con ella. Ellos se asombraron al saber que estaba casada y le pidieron excusas. Finalmente, nuestra amiga decidió que debido a las circunstancias, sería apropiado usar un anillo de matrimonio, así que compró uno barato y se lo puso. Nadie en la iglesia la condenó. Ninguno de sus familiares le dijo una palabra. Pero ella se sentía terriblemente culpable por ponerse el anillo. “Era como si Dios me estuviese hablando, condenándome y diciéndome que me lo quitara —dijo ella”.

¿Pero sería Dios quien le estaba diciendo eso? ¿Sería el Espíritu Santo el que le hablaba por medio de su conciencia? No lo creo. Permítanme explicarme.

Tendemos a pensar que nuestra conciencia es el punto de la mente donde Dios nos “toca” cuando estamos haciendo algo malo, con el fin de que nos sintamos culpables. Sin embargo, no creo que sea Dios quien inspire directamente esos sentimientos de culpa.

La vergüenza es una emoción normal que Dios puso en nosotros al crearnos. La culpa es sencillamente un tipo de vergüenza. La pregunta que surge es: ¿Proviene de Dios esa clase de vergüenza?

Sí, pero solo de manera indirecta.

Jesús dijo que el Espíritu Santo nos convencería de pecado (ver Juan 16: 8), pero no creo que eso signifique que el Espíritu toque los “botones” que nos producen vergüenza. Creo que cuando el Espíritu Santo nos redarguye, solo nos proporciona *información*. Cuando esa información contradice lo que hemos considerado como algo correcto a lo largo de la vida, se activa nuestra vergüenza, y nos sentimos culpables. Si nuestra comprensión de lo correcto y lo erróneo está en armonía con la expresión divina de dichos conceptos, la vergüenza que sentiremos al violentar los dictados de nuestra conciencia, será correcta.

Es lamentable que la mayoría de nosotros haya crecido con un sinnúmero de ideas torcidas respecto a lo que está bien y a lo que está mal. Es apropiado que nos sintamos culpables si hemos hecho algo que a todas luces está mal; pero si aquello que considerábamos incorrecto no lo es, entonces el sentimiento de culpa que experimentaremos no será “la voz de Dios”. Será nuestra vergüenza mal dirigida. Sin embargo, dicha “culpa” *se siente* exactamente igual que la culpa legítima.

¿Cómo podemos determinar la diferencia entre ambas?

Por medio del estudio cuidadoso de la Biblia y de la oración. *Nuestras ideas del bien y el mal han de estar siempre fundamentadas en la Palabra de Dios*. La declaración de Elena G. de White que sigue, que ya citamos anteriormente, me ha ayudado a descartar las ideas falsas y adoptar las correctas respecto a lo que está bien o mal:

“La experiencia genuina está conformada por una variedad de experimentos cuidadosos efectuados con la mente libre de prejuicios y sin el control de las opiniones y hábitos previamente establecidos” (3T 69).

A fin de librar nuestra mente de opiniones y hábitos previamente establecidos, es necesario que estemos dispuestos a poner a un lado las tradiciones que más apreciamos con relación a lo que *hemos creído* toda la vida que estaba mal. Quizá sea necesario rechazar lo que otros nos *dicen* que está mal. O, probablemente hemos de buscar la verdad en la Biblia por nosotros mismos. Si nuestra mente está agobiada por una falsa culpabilidad, entonces necesitamos orar para que Dios nos ayude a librarnos de ella, y a entender lo que la Biblia dice en realidad, no lo que nuestras emociones distorsionadas nos quieren hacer pensar que dice.

Permítame ilustrar esto con el caso de la ira que muy a menudo nos lleva a interpretar la falsa culpa como si fuera genuina. Señalé en un capítulo anterior que la ira es un don de Dios que podemos utilizar para pro-

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

tegernos a nosotros mismos y a los demás del abuso y la injusticia. Lamentablemente, muchos cristianos —quizá debo decir la mayoría— han crecido pensando que cualquier expresión de enojo, especialmente en defensa propia, está siempre errada. Las personas que no han aprendido a utilizar apropiadamente la ira casi siempre la emplean mal al atacar a los demás abusivamente, o al guardarla; actitudes que resultan perjudiciales para ellas mismas. Empleamos apropiadamente nuestra ira al declarar cómo nos sentimos respecto a las acciones de alguien a quien le hemos pedido que cambie su conducta, y a quien le hemos comunicado la forma como responderemos si no lo hace. A esto se lo conoce como el establecimiento de límites.

Pero quienes se criaron pensando que toda ira es mala se sentirán culpables, incluso cuando la emplean apropiadamente. Estas personas tienen que *desaprender* una gran lección: la falsedad de que toda ira es mala. Así también han de asimilar otra enseñanza muy necesaria: que la ira es saludable cuando se la expresa apropiadamente.

Lo que digo aquí es que *aprender a manejar nuestra ira en una forma correcta puede librarnos de algunos sentimientos inapropiados de culpa respecto a la misma*. Esto se puede aplicar igualmente a cualquier culpabilidad imaginaria.

Cuando usted aprenda a reconocer cualquier expresión de falsa culpabilidad, se dará cuenta cómo esta se manifiesta en numerosas situaciones. Cuando era pastor, una dama que se preocupaba mucho por los alimentos me dijo en cierta ocasión: “Cada vez que ingiero una cucharada de alimentos me siento culpable”. ¿Será apropiado sentirse culpable por *cada cucharada* de alimentos que comamos? ¡Por supuesto que no! ¿Era el Espíritu Santo quien le hablaba a aquella mujer que se sentía culpable al probar tan solo una cucharada de alimentos? ¡No! Sin embargo, puedo asegurarle que esta persona *sentía* que era el Espíritu Santo el que le hablaba por medio de su conciencia. ¿Por qué? Porque ella, al igual que la mayoría de los cristianos, llegó a asociar los sentimientos de culpabilidad con la “voz” del Espíritu Santo. Por lo tanto, se nos hace muy difícil creer que *no sea* él quien nos habla ya que *damos por sentado* que es su voz la que oímos.

El sexo es otro motivo común de vergüenza enfermiza, y esta situación puede surgir de un sentido apropiado de culpa que se ha llevado a un extremo. Los seres humanos tenemos un sentido de vergüenza respecto al sexo que es enteramente normal. Por ejemplo, cubrimos las partes sexuales

de nuestro cuerpo, excepto en privado, y en situaciones íntimas. Dejar de hacerlo sería altamente inapropiado. Sin embargo, cuando nos comportamos en forma incorrecta al respecto, nuestro sentido normal de vergüenza se une a una culpa legítima, por lo que nos sentiremos mucho más culpables que en otros casos. Aunque ante los ojos de Dios el pecado sexual sea menos malo que el orgullo; sin embargo, es algo que nos hace sentir una culpa mucho más intensa.

Un día mi esposa y yo visitábamos a una dama de Nueva York, la cual nos habló de una situación interesante de culpabilidad mal enfocada. La llamaremos Rita. La iglesia de Rita celebró una actividad social un sábado de noche, y una de las personas que asistió fue un joven que recientemente había confesado a su familia y amigos que era homosexual. Trajo a su amigo homosexual a la reunión y Rita estaba cerca de la puerta cuando los dos jóvenes entraron. Debido a que la familia de Rita y la del joven eran buenas amigas, ella se vio de pronto ante la decisión de recibir a ambos jóvenes. Antes de conocerse la noticia, Rita los habría recibido con un cálido abrazo. Sin embargo, finalmente decidió que la orientación homosexual de ellos no cambiaría el hecho de que eran seres humanos por los cuales Jesús murió, así que los recibió como si no hubiera sabido nada del “asunto”.

—Al día siguiente me sentí horriblemente deprimida —dijo Rita—. Me tomó casi todo el día analizar por qué, pero finalmente llegué a la conclusión de que mi depresión se debía a una profunda sensación de vergüenza por haber recibido a estos jóvenes en nuestra reunión de la iglesia.

Mi esposa y yo le preguntamos a Rita por qué sentía tanta vergüenza por haber recibido a sus amigos homosexuales, y nos dijo:

—Porque sentí que al darles la bienvenida, estaba aprobando su estilo de vida.

¡Muestras de fariseísmo! No querer saludar a los pecadores, no vaya a ser que aprobemos su estilo de vida. Antes me sorprendía que los fariseos condenaran a Jesús por comer con los cobradores de impuestos y los pecadores (ver Luc. 15: 1). La historia de Rita me ayuda a entender la razón de lo anterior: a causa de la vergüenza mal enfocada, de una falsa culpabilidad. La actitud de los fariseos sobrevive en la comunidad cristiana de hoy, incluyendo a los adventistas.

¿Entiende ahora por qué es importante que enfrentemos este tipo de vergüenza inapropiada? No solo es algo que carcome nuestro ser interno;

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

sino que puede llevarnos a menospreciar a algunas personas por quienes Cristo murió. A menos que nos libremos de este tipo de vergüenza y de la falsa culpabilidad, no podremos progresar mucho en la lucha contra nuestros pecados y adicciones.

### El temor

Otra emoción con la que tenemos que lidiar en nuestra recuperación del pecado acariciado, y de la adicción, es el temor. El adicto enfrenta una amarga paradoja. Por una parte, le encanta su “vicio” y siente el terrible temor de no poder disfrutarlo más. Por ejemplo, algunos alcohólicos tienen tanto temor de quedarse sin licor que esconden botellas por toda la casa. Mientras que muchos bulímicos sienten pavor de hacer viajes largos por la posibilidad de encontrarse atrapados en un ambiente donde no podrán comer e inducirse el vómito.

Por otra parte, el adicto siente un terrible temor de que *recaerá en su adicción* y experimenta un abrumador sentido de culpa al respecto. Así que se tortura por un lado y por el otro, temeroso de obtener lo que desea y a la vez de no obtenerlo. Aprieta los puños y rechina los dientes para no cometer el acto y sentirse culpable; pero finalmente se sobrepone a su temor y termina haciéndolo de nuevo. La culpa profunda que siente al ceder ante su adicción, lo lleva a jurar que nunca más lo hará, sin embargo, a la vez siente un gran temor de no poder hacerlo otra vez. Así permanece en un círculo vicioso, empujado y retenido por el temor en dos direcciones.

Gran parte de la obsesión que impulsa nuestras adicciones es el temor que nos hala y nos empuja al mismo tiempo. Estoy convencido de que los adictos podrán vencer sus hábitos en una forma mucho más fácil cuando estén en condiciones de identificar la vergüenza y los temores asociados con ellos. Asimismo cuando aprendan a manejar dichos sentimientos como una parte de la misma adicción.

La pregunta clave es: ¿Cómo se pueden enfrentar estas emociones tan poderosas? La respuesta es sencilla. Les aplicaremos el método que he bosquejado en este libro. Comenzaremos buscando un cambio en la comprensión de estos sentimientos, empleando las estrategias que sugerí en la Primera parte, “Cambiar nuestra forma pecaminosa de pensar”, y continuando con la Segunda parte, “Cambiar nuestros deseos pecaminosos”. Finalmente aplicaremos estas enseñanzas a nuestra conducta, empleando

las estrategias descritas en la Tercera parte, “Un cambio en nuestra conducta pecaminosa”.

Otra manera excelente de enfrentar la falsa vergüenza y el temor es sometiéndolos a los Doce Pasos. Una de las mejores maneras de hacer esto es obteniendo el manual *The Twelve Steps: A Spiritual Journey* (Los doce pasos: una jornada espiritual) completando los ejercicios y prestando atención especial a estas emociones enfermizas. Otras formas de enfrentar la vergüenza y el temor es hablando de ellos en una reunión de Los Doce Pasos, hablando con un consejero, o pidiéndole a Dios que las elimine. Esto se llama ser honesto, y la sinceridad siempre es una de las mejores formas de vencer nuestros pecados y las emociones enfermizas que los causan.

Es de gran importancia identificar los deseos pecaminosos como la lascivia, los celos y la glotonería (por mencionar algunos), y pedirle a Dios que se encargue de ellos. Asimismo tenemos que pedirle que se encargue de la vergüenza y el temor que tan a menudo se encuentran detrás de estos deseos y pueden estar impulsándolos.

La alabanza es muy efectiva para lidiar con estas emociones. Entre ellas las oraciones que compartí con usted en el capítulo 22: “Padre, te alabo porque en Jesús este deseo ya no tiene ningún poder sobre mi vida; “Gracias porque Jesús ha quebrantado el poder que esta tentación ha ejercido sobre mi vida”.

Esto es esencial para cualquier cristiano que verdaderamente desee vencer al dragón interno.

## SEGUNDA SECCIÓN

Tercera parte

# **CAMBIAR NUESTRA CONDUCTA PECAMINOSA**



# Tercer alto en el camino

Hemos completado nuestra presentación respecto a cómo obtener un cambio en nuestros deseos pecaminosos. Este es el segundo de tres cambios claves que hemos de experimentar a fin de que nuestro carácter se asemeje al de Cristo y estemos listos para afrontar el cierre de la gracia. Es imposible cambiar nuestra mala conducta de forma permanente, mientras alberguemos malos deseos en nuestro corazón. Apretar los puños y rechinar los dientes es algo inútil mientras todavía *deseemos* hacer lo malo.

Sin embargo, no hay que suponer que una vez que Dios haya cambiado nuestros malos deseos nuestra conducta cambiará por sí misma, sin esfuerzo alguno de nuestra parte. Tenemos que prestar mucha atención al cambio de nuestra conducta, y utilizar los métodos correctos para que se opere ese cambio.

Esto es lo que analizaremos seguidamente. La flecha que aparece en el bosquejo que sigue le muestra donde nos encontramos. Usted puede ver que, al igual que en el caso de cambiar nuestra forma pecaminosa de pensar y nuestros deseos pecaminosos, Dios tiene una parte en el cambio de nuestra conducta, y nosotros tenemos otra.

**Segunda Sección: Cómo ayuda Jesús a los pecadores a obtener la victoria: La santificación.**

**Primera parte: Cambiar nuestra forma pecaminosa de pensar**

**Segunda parte: Cambiar nuestros deseos pecaminosos**

**Tercera parte: Cambiar nuestra conducta pecaminosa**

Tercer alto en el camino ←——

26. La parte de Dios: Concedernos las fuerzas necesarias

27. Nuestra parte: 1º Pedir ayuda para superar nuestra conducta pecaminosa

28. Nuestra parte: 2º Hablar de nuestra conducta pecaminosa

29. Nuestra parte: 3º Abstenernos de nuestra conducta pecaminosa

30. Abstinencia y entrega

**Cuarta parte: Consideraciones finales.**

# Capítulo 26

## LA PARTE DE DIOS: CONCEDERNOS LAS FUERZAS NECESARIAS

Imagínese que un día una dama se encuentra en un centro comercial y que curioseando en una tienda de ropa, se topa con el mostrador de perfumes. La mayoría de los perfumes se encuentran detrás de las vitrinas, pero los perfumes que están en oferta se exhiben sobre el mostrador. Ella toma un atomizador y se rocía la muñeca.

—¡Qué bien huele! ¡Creo que a mi esposo le encantaría! —se dice.

—Me pregunto cuánto costará.

Da vuelta a la botella y lee el precio.

—Creo que no será hoy.

El precio es setenta y cinco dólares por apenas una onza. Ella se huele de nuevo la muñeca.

—¡Qué olor tan exquisito! ¡Sé que a él le gustaría! Me pregunto quién me estará observando.

La dama mira a su alrededor y nota que todos los dependientes están ocupados con clientes.

—Sé que no debiera hacerlo, pero de veras me gustaría darle una sorpresa.

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

Casi sin darse cuenta ha abierto la cartera y deja caer el perfume adentro. Luego mira a su alrededor para asegurarse de que nadie la ha visto. Así es.

Está a punto de cerrar su cartera cuando una mano gigante aparece de lo alto y se aferra a su muñeca.

Al principio se llena de pánico al pensar que un guardia de seguridad la ha atrapado *in fraganti*. Pero da otra mirada a su alrededor y confirma que está sola. ¿De dónde pues apareció la mano gigante?

—¡Ajá! Tenía que ser Dios.

Entonces una voz le dice:

—Devuélvelo, hijita. Devuélvelo.

Ella se resiste por un instante, de manera que la mano gigante la obliga a introducir la mano en la cartera.

—¡Tómalo! —ordena la voz.

La dama toma el perfume con los dedos.

Lentamente la mano gigante tira de su muñeca y mueve su mano hacia el mostrador. Cuando su mano llega al mostrador, la voz le dice:

—¡Suéltalo, amiguita, suéltalo!

Ella se demora un poco y los dedos gigantesos comienzan a apretarle la muñeca. ¡De verdad que duele! A menos que desee experimentar un tremendo dolor, no tendrá otra alternativa y decide soltar el perfume.

Finalmente aquella mano gigante la deja libre. ¡Qué alivio!

¿Le ha pasado esto a usted en alguna ocasión?

¡Por supuesto que no! Dios no desciende del cielo para obligar a nadie a dejar de pecar.

Quizá entienda mejor ahora el principio básico detrás del cambio de nuestra conducta pecaminosa. Comenzaremos por señalar el principio fundamental detrás del cambio de nuestros deseos pecaminosos y continuaremos inmediatamente con el principio que apoya el cambio de nuestra conducta.

**Solo Dios puede cambiar nuestros malos deseos.**

**Solo nosotros podemos cambiar nuestra mala conducta.**

**Él nos concede las fuerzas para lograrlo.**

Empiezo mencionando los deseos pecaminosos porque allí es por donde siempre se necesita comenzar. Cada vez que tratamos de vencer

una tentación, por más pequeña que sea, debiéramos primeramente atacar el deseo pecaminoso.

Sin embargo, tan pronto como hayamos enfrentado el deseo pecaminoso, debemos prestar atención a la conducta. Veamos, el mismo principio:

**Únicamente nosotros podemos cambiar nuestra mala conducta.**

Si Dios pudiera cambiar nuestra mala conducta, tendría que descender del cielo y físicamente obligarnos a hacer el bien o a dejar de hacer lo malo. Pero eso sería coartar nuestra voluntad, y él no lo hace. *Si nuestra conducta cambia en algo, será porque nosotros la hemos cambiado, no Dios.*

Esto no significa que Dios no participe en el proceso de ayudarnos a cambiar. ¡Ni siquiera pensarlo! Su papel se resume en un corto versículo que encontramos en Filipenses 4: 13:

**Todo lo puedo en Cristo que me fortalece.**

Tomemos un momento para analizar esta declaración. En primer lugar, se refiere a la conducta, no a un deseo. Sabemos esto porque Pablo dijo: “Todo lo *puedo*”. Se refiere a usted y a mí. Filipenses 4: 13 es la base bíblica del principio que dice que “únicamente nosotros podemos cambiar nuestra mala conducta”.

¿Qué parte de nuestra mala conducta podemos cambiar? Pablo dijo: “*Todo lo puedo*”. Esto significa que usted y yo podemos vencer cualquier pecado en nuestra vida.

Gracias a Dios no estamos solos, porque Pablo dijo: “Todo lo puedo *en Cristo que me fortalece*”. Jesús está allí, no para obligarnos a comportarnos correctamente, sino para ayudarnos. Esto me recuerda el versículo que encontramos en 1 Corintios 10: 13: “No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar”.

Finalmente, Pablo nos dice la forma en que nos ayuda Jesús: “Todo lo puedo *en Cristo que me fortalece*”.

Eso es. La parte de Dios al ayudarnos a cambiar nuestra conducta pecaminosa consiste en darnos las fuerzas para abandonarla. Pongamos esta idea en nuestro diagrama:

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

Cambios necesarios	La parte de Dios	Nuestra parte
En nuestra <b>forma</b> pecaminosa de pensar	La convicción: Nos muestra nuestros pecados	Pedirla
		Hablar
		Investigar
En nuestros <b>deseos</b> pecaminosos	La conversión: Cambia nuestros deseos	Pedirla
		Hablar
		Rendirlos
En nuestra <b>conducta</b> pecaminosa	LA CONVERSIÓN: CONCEDERNOS LAS FUERZAS	

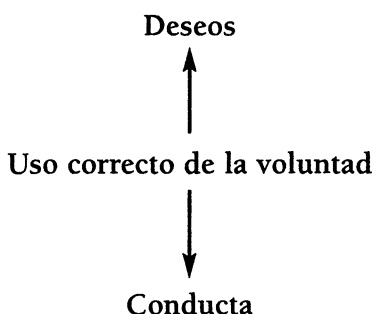
Usted notará que he colocado la palabra *conversión* por encima de *concedernos las fuerzas*. La razón es que este es otro aspecto del nuevo nacimiento. Incluye la fortaleza espiritual para lidiar con nuestra conducta pecaminosa.

Dios no cambia nuestros deseos pecaminosos y luego nos dice que de allí en adelante nos toca cambiar de conducta. A cada paso del camino, él tiene un plan para ayudarnos a ganar la victoria sobre nuestras tentaciones. ¡Cada una de ellas!

# Capítulo 27

## NUESTRA PARTE: 1º PEDIR AYUDA PARA SUPERAR NUESTRA CONDUCTA PECAMINOSA

Varios capítulos atrás compartí con ustedes el diagrama que se reproduce abajo, y a la vez mencioné la manera apropiada de emplear la voluntad para obtener un cambio en nuestros deseos pecaminosos. Ahora es el momento para hablar del empleo correcto de la voluntad a fin de obtener un cambio en nuestra conducta pecaminosa.



Usted recordará que señalé dos maneras de emplear la voluntad. Una era la elección; la otra, la determinación. La elección es el método apropiado para obtener un cambio en nuestros deseos pecaminosos. Debemos decidir pedir a Dios que los cambie. La determinación es la forma apropiada de usar la fuerza de voluntad para cambiar nuestra conducta pecaminosa. Sin duda usted recuerda que la determinación implicaba apretar

El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

los puños, rechinar los dientes y decir: “No lo voy a hacer”. Sin embargo, es sumamente importante que usted entienda bien la función de la determinación: qué puede y qué no puede hacer. Así que antes de explicarle el uso apropiado de la determinación, me gustaría señalar dos cosas que este uso de la voluntad no puede hacer:

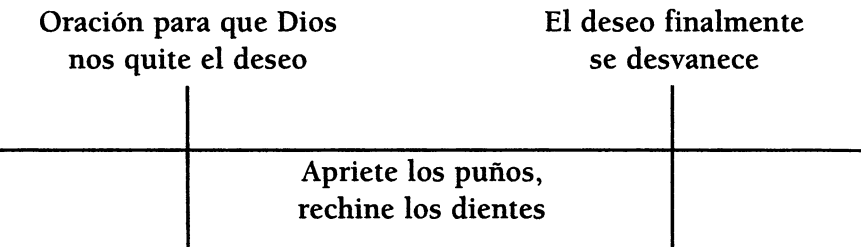
- 1. La determinación no puede cambiar sus deseos pecaminosos.
- 2. La determinación no puede efectuar un cambio *permanente* en su conducta pecaminosa.

Si usted está rechinando los dientes y apretando los puños como un modo permanente de controlar sus deseos pecaminosos y mantener su conducta en armonía con la voluntad de Dios; entonces, como he dicho varias veces ya en este libro, olvídense del triunfo. No funcionará. Puede que tenga éxito al rehuir cierta conducta por algún tiempo, pero tarde o temprano sus deseos triunfarán. Incluso si usted tiene éxito y logra ser un destacado cristiano, controlando sus deseos permanentemente, será una forma miserable de vivir la vida cristiana.

Pero si no puede emplear la determinación como un modo permanente de obtener un cambio en sus deseos pecaminosos, ¿para qué sirve entonces? El principio siguiente es tan significativo que lo he escrito en negrita:

**La determinación obrará como una manera temporal de controlar su conducta mientras el deseo se desvanece.**

He señalado una o dos veces en esta obra que en circunstancias normales, nuestros deseos cambian lentamente. Si usted se siente muy enojado con alguien, no podrá mover un interruptor en su cerebro y calmarse en un segundo. Dios no viola este principio cuando cambia nuestros deseos pecaminosos. Aquí es donde la determinación juega un decisivo papel. Quizá usted entienda con mayor facilidad lo que quiero decir al ilustrarlo mediante un diagrama:



La determinación funcionará como un medio temporal para controlar su conducta hasta que el deseo se desvanezca. A veces nos referimos a esto como el método de los “puños apretados”, y desempeña un papel vital en cualquier esfuerzo por conquistar el pecado y la adicción.

Por favor, no piense que Dios nos abandona totalmente a nuestra suerte cuando empleamos la fuerza de voluntad para vencer las tentaciones. No es así. Recuerde que aunque él no cambie nuestra conducta, está más que dispuesto a concedernos las fuerzas para que eso se lleve a cabo. O por decirlo de otro modo, él nos dará las fuerzas para apretar los puños, rechinar los dientes y negarnos a hacer lo que no debemos.

La pregunta que surge es: ¿cómo tendremos acceso a ese poder? Estoy seguro de que a estas alturas usted podrá adivinar la respuesta, especialmente si ha notado el patrón que he establecido para explicar la parte que nos toca desempeñar en el cambio de actitud y en nuestros deseos pecaminosos. Se trata de “pedirlo”. Pongámoslo en nuestro diagrama:

Cambios necesarios	La parte de Dios	Nuestra parte
En nuestra <b>forma</b> pecaminosa de pensar	La convicción: Nos muestra nuestros pecados	Pedirla
		Hablar
		Investigar
En nuestros <b>deseos</b> pecaminosos	La conversión: Cambia nuestros deseos	Pedirla
		Hablar
		Rendirlos
En nuestra <b>conducta</b> pecaminosa	La conversión: Concedernos las fuerzas	<b>PEDIRLA</b>

## Oración pidiendo determinación

Estoy seguro que recuerda las oraciones que incluí con cada una de las estrategias que he compartido con usted para vencer la tentación. Este caso no es diferente:

- Señor, por favor quítame el deseo de cometer este pecado.
- Por favor, dame las fuerzas para no ceder ahora, en este momento.
- Padre, te alabo porque Jesús ha quebrantado el poder que esta tentación ejercía sobre mi vida, y te doy gracias porque él me dará ahora las fuerzas para no ceder.
- Te alabo, Padre, porque este deseo ya no ejerce ningún poder sobre mi vida. Te agradezco porque has puesto en este momento en mí la fortaleza para resistir.



## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

Note que cada una de estas oraciones comienza pidiendo ayuda para suprimir un deseo pecaminoso. Hay una buena razón detrás de esto. Se basa en un principio señalado por Elena G. de White que compartí con usted: “Hay muchos que tratan de reformarse corrigiendo este o aquel mal hábito, [...] pero *nuestra primera obra tiene que ver con el corazón*” (PVG 69). El punto es este:

**“Nunca deberíamos tratar de cambiar  
nuestra conducta pecaminosa  
hasta que hayamos hecho algo por cambiar  
los deseos pecaminosos que la impulsan”.**

Incluso la oración más sencilla en procura de ayuda para cambiar su conducta pecaminosa *siempre* debiera comenzar por pedirle a Dios que cambie sus deseos pecaminosos. *Entonces* podrá pedirle que lo ayude a no realizar el acto *en ese momento* y alabarlo por ello.

También notará que coloco la expresión “ese momento” en la parte de la oración que se refiere a la conducta, no al deseo. Puede ser que Dios no elimine sus deseos en “este momento”, pero que le dé las fuerzas para no ceder “ahora mismo”.

### La analogía de la olla de presión

Permítame compartir con usted una ilustración que creo le ayudará a afirmar el punto clave de este capítulo. La he denominado la analogía de la “olla de presión”.

Imagine que usted tiene una olla de presión sin un borde que retenga la tapa, y la tapa no tiene abrazaderas que la unan a la olla. Afortunadamente, la olla tiene dos asas en forma de U cerca del borde que permite tomar las asas sin quemarse utilizando dos guantes de cocina. Para mantener la tapa sobre la olla, usted tiene que tomar las asas y apretar con la parte gruesa de la palma de las manos en ambos lados de la misma y apretar fuertemente.

La olla contiene frijoles y algo de agua y la hornilla está prendida. Así que usted se pone unos guantes acolchados, toma la olla por las asas y la coloca sobre la hornilla caliente. Al principio no hay ninguna presión. Sin embargo, unos dos minutos después, comienza a sentir que la tapa le empuja las manos. Pasa otro minuto y ahora usted tiene que hacer fuerza sobre la tapa para mantenerla en su lugar. Dos minutos más tarde usted a duras penas puede oponerse a la presión.

Al aumentar la fuerza del vapor, usted se esforzará tanto por mantener la tapa en su lugar que las manos le comienzan a temblar. Siente cansancio y la presión continúa subiendo. Pronto usted se encuentra totalmente **exhausto**, utilizando cada músculo para empujar la tapa; y mientras más se cansa, más aumenta la presión.

De pronto, ¡buuum! Hay frijoles por todo el techo.

Así sucede cuando usted intenta emplear la determinación como una estrategia de largo alcance para “mantener la tapa” de su mala conducta en su lugar. La presión del deseo tarde o temprano llegará al punto en que le hará cometer el acto de todas maneras.

Gracias a Dios, hay una forma sencilla de resolver el problema de la olla de presión. Solo tiene que pedirle a alguien que abra la válvula y deje escapar el vapor. *Usted podrá mantener la olla cerrada mientras el vapor se escapa.*

La moraleja es esta. Usted no puede emplear la “fuerza de voluntad” como un medio *permanente* para modificar la conducta, porque tarde o temprano sus deseos llegarán al punto en que “la tapa explotará”. Pero usted podrá pedirle a Dios que elimine la presión de los deseos que se generan en su interior, de manera que pueda “mantener la tapa cerrada” *mientras el deseo se va desvaneciendo.*

Quienes intentan cambiar su mala conducta únicamente por medio de su voluntad están condenados al fracaso. Pero los que le piden a Dios que transforme sus deseos y les dé fuerzas para “abstenerse” mientras él los elimina, comienzan a descubrir que obtendrán victorias en las situaciones que antes solo significaban un fracaso.

En la primavera de 1994, recibí una tarjeta de una dama que había asistido a uno de mis seminarios pocas semanas antes. Decía lo siguiente:

“¡Sí! ¡FUNCIONA! Anteriormente, cuando Dios me ayudaba ante la tentación y establecía una vía de escape, me sentía privada del placer del mismo acto incorrecto. Pero ayer dije: ‘¡Quítame el deseo y ayúdame a mantenerme firme hasta que obres en mí!’ Finalmente advertí que en realidad no deseaba hacer lo malo. Sentí que Dios había contestado mi oración ¡Él es demasiado bueno y poderoso para librarnos y transformarnos!”

¡Sí funciona! En la medida que usted experimente con diferentes estrategias para vencer la tentación, encontrará que una de las mejores maneras de conquistar el dragón que todos llevamos dentro, es ejerciendo la parte de la fuerza de voluntad que conocemos como *determinación*, mientras que Dios se encarga de despojarnos de los deseos.

# Capítulo 28

## NUESTRA PARTE: 2º HABLAR DE NUESTRA CONDUCTA PECAMINOSA

Quizá ya usted se esté acostumbrando a la idea de hablar con alguien acerca de sus defectos de carácter y de las tentaciones con las cuales tiene que luchar. De hecho, quizá ya usted ha intentando poner en práctica la idea. Espero que sí, porque es una poderosa herramienta para vencer los hábitos y los pecados acariciados.

Usted descubrirá que esta estrategia es también muy útil en el intento de cambiar su conducta pecaminosa. Coloquémoslo en la tabla que sigue y luego le explicaré cómo funciona:

Cambios necesarios	la parte de Dios	Nuestra parte
En nuestra <b>forma</b> pecaminosa de pensar	La convicción: Nos muestra nuestros pecados	Pedirla
		Hablar
		Investigar
En nuestros <b>deseos</b> pecaminosos	La conversión: Cambia nuestros deseos	Pedirla
		Hablar
		Rendirlos
En nuestra <b>conducta</b> pecaminosa	La conversión: Concedernos las fuerzas	Pedirla
		<b>HABLAR</b>

Hay dos formas para hablar con los demás acerca de su conducta pecaminosa. Una es a través del llamado “método del mentor o consejero”. La otra es mediante el “método de la confesión”.

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

### El método del consejero

He mencionado en varias ocasiones en este libro que los Alcohólicos Anónimos —y varios otros programas de “Los Doce Pasos”—, estimulan al adicto para que utilice un consejero o mentor. Idealmente debe ser alguien que conozca las luchas de usted con la tentación, no solo porque usted se lo haya dicho sino porque él o ella lo han experimentado en sus vidas y han tenido éxito en su lucha. Su consejero es una persona que lo apoyará, “que estará allí” para tenderle una mano ayudadora cuando usted lo necesite. Y cuán importante es esto en la lucha que usted sostiene contra el pecado. He aquí la estrategia:

#### **Llame a su consejero cuando usted esté por ceder, antes de hacerlo.**

Algunos de los consejeros que participan en los programas de “Los Doce Pasos” les dicen a los adictos: “No me importa si la tentación te asalta fuertemente a las tres de la mañana, llámame antes de que te rindas y ‘lo hagas’”. Nunca he tenido que hacer algo así con mi mentor. Sin embargo, hace algún tiempo fui consejero a distancia para alguien en California, y le hice la misma oferta. Una noche alrededor de las tres sonó el teléfono en mi habitación. Yo me imaginaba quién era. Al momento de levantar el teléfono reconocí a mi amigo en la línea. No me sentí incómodo porque me había llamado en la madrugada, porque lo había autorizado para que lo hiciera. Hablamos por un rato, y luego los dos volvimos a dormirnos.

¿Por qué es importante esta estrategia? Porque usted necesita saber cómo romper la obsesión que se produce cuando el deseo se hace demasiado fuerte. Al punto de que piensa que se va a volver loco si no actúa *en ese mismo momento*. Llamar al mentor nos da la oportunidad de hacer algo *que no es ceder* a la tentación. Al hablar con él o ella, acerca de lo que está usted experimentando en ese momento le ayudará a analizar la idea tentadora de una manera objetiva, en una forma racional en vez de emocionalmente.

Si su consejero ha tenido experiencia con algún programa de “Los Doce Pasos”, le sugerirá que usted lo llame cuando los deseos sean en extremo fuertes. Si él no lo hace, pregúntele si usted puede llamarlo en esos momentos difíciles. Usted no puede esperar que su consejero esté disponible las veinticuatro horas del día. Aun en el caso de que esté dispuesto

a recibir llamadas nocturnas, puede ser que durante las horas laborables no esté disponible. Así que trate de negociar las horas o los momentos cuando usted pueda llamar, o ir a visitarlo.

Trate esta técnica. Usted se dará cuenta que funciona muy bien.

## El método de la confesión

Una de las cosas más difíciles que he tenido que hacer ha sido confesar un pecado. Ha habido momentos cuando hubiera deseado morir antes que hacer una confesión. Usted sabe a qué me refiero, ¿no es así?

Pero la Biblia nos lanza un desafío: “Si *confesamos* nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1: 9). Nunca he podido esquivar este texto. Si deseamos el perdón, tendremos que confesar nuestras faltas.

También tenemos la declaración directa de Elena G. de White: “Los pecados que no se confiesan nunca serán perdonados; el nombre de aquel que rechaza de esa manera la gracia de Dios será borrado del libro de la vida” (RH 16 de diciembre de 1890).

El asunto es bastante serio.

¿Por qué?

Porque se trata de demostrar honestidad.

Dios está totalmente dispuesto, está ansioso, por aceptarnos a usted y a mí así como somos, con nuestros defectos. La condición no es que venzamos todos nuestros malos hábitos. Eso tomaría toda una vida. La condición, como ya he mencionado, es el arrepentimiento. Y el arrepentimiento implica sinceridad.

Dios desea que usted y yo reconozcamos nuestros defectos de carácter. Si no reconocemos con sinceridad el pecado que nos infecta y *deseamos* sinceramente librarnos de él, no estaremos actuando honestamente. En esas circunstancias Dios no podrá ayudarnos. Y parte de esa sinceridad es reconocer ante los demás la manera en que nuestra conducta los ha perjudicado. Para poder vencer nuestra conducta pecaminosa, necesitamos hacer una confesión ante quienes hayan sido perjudicados por nuestro mal comportamiento. Por eso es tan necesaria la confesión.

Confesar en qué hemos perjudicado a los demás es tan necesario que Alcohólicos Anónimos lo incluye en tres de sus Doce Pasos:

### PASO 8

Hicimos una lista de todas aquellas personas a quienes habíamos ofendido y estuvimos dispuestos a reparar el daño que les causamos.

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

### PASO 9

Reparamos directamente el daño causado a cuantos nos fue posible, excepto cuando el hacerlo implicaba perjuicio para ellos o para otros.

### PASO 10

Continuamos haciendo nuestro inventario personal y cuando nos equivocábamos lo admitíamos inmediatamente.

La confesión es un asunto bastante claro. Si hacemos algo equivocado, lo reconocemos. Si nos detuviéramos aquí, habríamos compartido suficiente información como para que usted pueda cumplir con este aspecto de su parte en la consecución de un cambio en su conducta pecaminosa. No obstante, a lo largo de los años, muchos me han preguntado respecto a varios asuntos relacionados con la confesión, algo que me gustaría analizar en el resto del capítulo.

*La confesión debiera hacerse por motivos correctos.* La primera pregunta que nos hacemos es: ¿Por qué confesamos? El propósito fundamental de la confesión es restaurar las relaciones afectadas, colocándolas sobre una base de honestidad. Sin embargo, es posible confesar algo por razones y motivos equivocados. Mencionaré dos motivos que usted podría tener para hacer una confesión, que indicarían que quizá usted no debiera confesar, al menos hasta que sus motivos sean correctos.

El primero es cuando su confesión puede perjudicar aun más a la persona ante la cual piensa confesar. Quizás usted sabe que su confesión le causará un gran dolor a dicha persona, y en el fondo desea hacerlo como un modo de “vengarse”. De ser así, no debiera confesar hasta que sus motivos sean los correctos.

En segundo lugar, su razón para confesar debería trascender el simple hecho de obtener alivio para sus propios sentimientos de culpa. Esto se aplicaría especialmente en el caso de que la persona pudiera verse seriamente perjudicada por dicha confesión. En este caso, usted debiera confesar lo que hizo, únicamente si está razonablemente convencido de que a pesar del impacto que causará, la víctima saldrá a la larga beneficiada por su revelación. Es mejor buscar ayuda profesional, ya sea de un ministro, o de un consejero profesional, antes de hacer una confesión ante alguien que puede verse seriamente afectado por dicho acto.

*Haga una confesión tan directa como sea posible.* Usted siempre debiera confesarle sus pecados a Dios, y si su conducta ha perjudicado a otra per-

sona también debiera hacer una confesión ante ella. El noveno paso de los Alcohólicos Anónimos, citado anteriormente proporciona este buen consejo: “reparamos directamente los daños causados siempre que ha sido posible”. Esto significa que usted debiera realizar todos los esfuerzos posibles para hablar cara a cara con la persona a quien perjudicó. Si las circunstancias impiden que usted hable con la persona aunque sea por teléfono, sería apropiado tratar de enmendar las cosas por carta. Solo en circunstancias muy especiales debiera usted hacer un arreglo de manera anónima, mediante la intervención de una tercera persona. Esto último ha de hacerse tan solo cuando algún profesional lo haya aconsejado.

Un ejemplo sería si usted le ha hecho daño a otra persona en un acto que equivale a una violación seria de la ley. Su mejor curso de acción en dicho caso sería discutir la situación con un abogado cristiano que entienda tanto las leyes de su país, como la necesidad de ser honesto con Dios y con la persona a quien se ha perjudicado. Si usted no puede encontrar a un abogado cristiano que lo ayude, quizá podría pedirle a su pastor que lo acompañe para hablar con algún otro abogado. Un abogado puede aconsejarlo en cuanto a la ley, y con esa información, su pastor podría ayudarlo a analizar la mejor ruta a seguir desde una perspectiva cristiana.

Por lo general, cuanto antes confiese después del agravio, mucho mejor. Sin embargo, en algunas circunstancias, quizá sea más prudente esperar. El ejemplo que acabo de ofrecer sería válido, en cuanto a tomarse el tiempo necesario para decidir cuál es el mejor camino a seguir; sobre todo cuando el daño hecho a la otra persona constituye una violación seria de la ley.

También lo animaría a consultar dos tipos de consejeros profesionales antes de confesarle un pecado a alguien que no conoce lo sucedido y podría quedar anonadado al enterarse. En primer lugar, usted debiera buscar ayuda de un consejero profesional, alguien que pueda ayudarlo a efectuar una confesión de una manera que resulte en el menor daño para la persona agraviada. En segundo lugar, usted podría consultar a un abogado para enterarse de las implicaciones legales que podría tener la confesión.

*Casos en que la confesión es poco prudente.* ¿Debe usted confesar a su cónyuge un acto de adulterio? Muchos consejeros cristianos aconsejan que esto no es lo más recomendable. Tenga en mente que su cónyuge seguramente quedará moralmente destruido por una confesión de esa índole. Si esta confesión solo busca aliviar sus propios sentimientos de

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

culpa, usted probablemente no debiera hacerla. Aunque es verdad que el adulterio es una violación del voto matrimonial, el pecado fue entre usted y la persona con la cual se cometió el adulterio. Si se ha de enmendar algo, por allí es donde se debe comenzar.

Una mujer me dijo en cierta ocasión que le había confesado un acto de adulterio a su esposo y aunque esto no puso fin al matrimonio, lo arruinó permanentemente. Le pregunté si estaría dispuesta a hacer de nuevo esa confesión si pudiera darle marcha atrás al calendario y me dijo que no. Otros que han dado este paso quizá digan: “Me alegro de haberlo hecho”. Esta es una decisión muy personal. Sin embargo, usted necesita saber que una gran parte de los consejeros y ministros cristianos recomiendan no confesarle un amorío a su cónyuge. En todo caso, antes de hacerlo usted debiera buscar la ayuda apropiada.

Cada vez que usted confiesa un grave daño a una persona que desconoce los hechos, coloca sobre ella una carga muy pesada. Esa persona tendrá que enfrentar emociones muy intensas. Esta es una de las razones por lo cual el noveno paso de Alcohólicos Anónimos dice: “Reparamos directamente el daño causado a cuantos nos fue posible, excepto cuando el hacerlo implicaba perjuicio para ellos o para otros”.

*Cuando usted no se anima a confesar.* En el año 1992 presenté uno de mis seminarios en una iglesia en Lincoln, Nebraska. Luego de concluir, una mujer se me acercó y dijo: “Pastor, hay un pecado que debo confesar, pero preferiría morir antes que hacer esa confesión. ¿Qué hago?”

Si usted se siente de igual manera respecto a algo que hizo y que estaba mal, es muy probable que fue un hecho bastante serio. Usted debiera comenzar por preguntarse si necesita hacer una confesión, y si es así determinar si ha de buscar consejo profesional primeramente. Recuerde que el consejo profesional no le hará daño ni a usted ni a la persona perjudicada. Sin embargo, una confesión inapropiada tiene el potencial de producir consecuencias serias y permanentes para ambas. Es mejor posponer la confesión hasta que usted esté seguro de que debe hacerla, y de ser así, que lo hará de la manera apropiada.

Si después de haberse asesorado, usted decide que le corresponde hacer dicha confesión, y ha decidido la manera apropiada en que lo hará, todavía necesitará afrontar sus sentimientos. ¿Cómo convencerse a uno mismo de confesar algo, cuando mejor preferiría morir antes que hacerlo?



Lo primero que usted necesita hacer es dominar sus sentimientos. Y hay una manera sencilla de hacerlo. Dígale a Dios cómo se siente: que en ese momento usted no se anima a hacer una confesión. Eso es ser honesto, y Dios siempre está dispuesto a trabajar con nosotros cuando lo somos. Dígale que está dispuesto a confesar si él lo ayuda a controlar sus sentimientos. Él está más que dispuesto a cambiar la forma de pensar suya con relación a ese caso, lo mismo que a realizar un cambio en cualquier otro aspecto de su imperfecta vida emocional.

He mencionado varias situaciones en las que es mejor posponer la confesión por un tiempo. Esto trae a colación el problema de su relación con Dios durante la espera. Si cree, como mi maestro de Escuela Sabática de Texas, que su relación con Jesús se habrá interrumpido hasta que confiese su pecado, entonces, cuanto más pronto lo haga tanto mejor será. Sin embargo, una confesión apresurada tiene el potencial para hacer más daño que bien; y esto es cierto si su prisa por confesar se debe a su deseo de restablecer una relación apropiada con Dios. Estoy convencido de que Dios acepta que usted posponga dicho acto, si es que tiene una buena razón. Él está dispuesto a continuar su relación con usted mientras usted espera el cambio en sus sentimientos que le dará el valor para confesar sus faltas.

*¿Y qué diremos del perdón?* En el pasado acostumbraba a combinar siempre mis confesiones con un pedido de perdón al individuo ofendido: "Hice esto y lo otro y estuvo mal de mi parte. Lo siento. ¿Podrías perdonarme?"

Sin embargo, he llegado a la conclusión de que no será siempre lo mejor pedir perdón, especialmente en casos cuando hayamos causado un daño grave. El perdón es una prerrogativa de la otra persona, y podría ser que ella no esté preparada para concederlo de inmediato.

La pregunta que sigue es si está mal negarse a perdonar de inmediato. Dios lo hace. ¿No haremos nosotros lo mismo?

Responderé a esa pregunta de dos maneras.

En primer lugar, la relación de la otra persona con Dios no es cuestión de usted. Esto no es lo que importa en el momento de la confesión. Lo que importa es que usted subsane el mal que hizo. Usted ha hecho su parte al confesar, y hasta allí llega su responsabilidad. Si la persona a la cual usted confesó no le puede perdonar inmediatamente, eso es asunto de ella, no suyo. Deje que la persona lo resuelva a su manera.

En segundo lugar, está bien que no perdonemos inmediatamente. Si usted es la persona perjudicada, quizá usted tenga sentimientos po-

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

derosos de ira que deba enfrentar antes de poder decirle honradamente a la persona: “te perdono”. Es mejor retener una expresión de perdón hasta que usted pueda perdonar completamente, que decir “te perdono”, cuando hacerlo sería deshonesto. “Pero Dios nos perdona de inmediato. ¿No deberíamos nosotros hacer lo mismo?”

No creo que sea justo compararnos con Dios en situaciones como estas. Dios es un ser superior a nosotros y mucho más capaz para ver el cuadro total. Él también es santo y no tiene que lidiar con una pecaminosidad propia. En nuestra deteriorada condición humana, y con una perspectiva limitada de la vida, la recuperación de nuestras heridas a menudo toma tiempo. Es mejor que permitamos que las heridas sanen primero, y otorgar el perdón cuando nuestros sentimientos hayan madurado hasta el punto en que podamos concederlo honestamente.

*La cuestión de la culpa.* Muchas personas continúan sintiéndose culpables después de haber hecho una confesión. Sienten que Dios todavía no puede aceptarlas. Responderé a esto igualmente de dos maneras.

Si usted ha confesado su pecado y ha hecho la debida restitución, en la medida que le haya sido posible, entonces usted habrá cumplido con su responsabilidad ante la persona perjudicada y ante Dios. Cualquier “culpabilidad” que usted sienta más allá de ese punto es vergüenza, no un sentimiento de culpa genuino. Usted necesita pedirle a Dios que se lo quite, de la misma manera que quita todo otro deseo malsano.

Mi segundo comentario con referencia a un sentido de culpa que persiste luego de la confesión, es que usted tiene que preguntarse si está sintiendo culpa, o remordimiento. A veces, aunque hayamos hecho todas las enmiendas posibles, la otra persona todavía tiene que sufrir los efectos de nuestro error. Por ejemplo, si alguien sufre un daño físico permanente porque usted lo atropelló con su automóvil mientras conducía bajo el efecto del alcohol, usted podrá confesar todo lo que quiera, pero la discapacidad de su víctima no va a desaparecer. Es normal que sienta un remordimiento permanente por el daño que causó, pero no debiera sentir culpa.

*Restitución.* La restitución se refiere a aceptar responsabilidad por el daño causado a otra persona, así como hacer todo lo que está a su alcance para restaurarlo todo a la condición en que se encontraban antes de que usted cometiera su pecado. Si está en condiciones de efectuar esa restitución, deberá hacerla sin importarle lo que le cueste. La excepción obvia es que usted no puede entregarle a alguien el cien por ciento de sus entra-

das durante el resto de su vida, o incluso una porción de ellas, cuando un arreglo así no le dejaría un margen para enfrentar sus propios gastos y los de su familia.

El propósito básico de la confesión es la honestidad y el restablecimiento de las relaciones interpersonales. La victoria sobre el pecado requiere honestidad, y por eso es tan necesaria la confesión. Nos convierte en personas honestas.

# Capítulo 29

## NUESTRA PARTE: 3º ABSTENERNOS DE NUESTRA CONDUCTA PECAMINOSA

A solas. Muy caliente y seco. Un desierto. Únicamente acompañado por animales salvajes. Hambriento. No hay nada que comer.

¿Puede imaginarse usted cómo pudo haber sido aquello? Cuarenta días deambulando por el desierto de Judea sin nada que comer. Lo extraño de todo es que él fue quien lo decidió. Aunque no fue así exactamente. La Biblia dice que el Espíritu de Dios lo condujo a ese lugar (ver Mat. 4: 1).

¡Todo esto era parte del plan de Dios para la vida de Jesús!

Lo que Jesús llevó a cabo en el desierto tiene un nombre. Se llama *abstinencia*, o templanza. Abstinencia significa pasar un largo período de tiempo sin practicar o demostrar una conducta específica.

¿Por qué quiso Dios que Jesús se abstuviera de ingerir alimentos? Porque Adán y Eva fracasaron en algo relacionado con el apetito, y Jesús tenía que comenzar su victoria sobre el pecado en el punto donde ellos habían fracasado. Dios quería que Jesús resistiera la tentación del apetito y la pasión, para demostrar que usted y yo también podemos controlar nuestros apetitos y pasiones. Elena G. de White dijo: “Para quebrantar el poder de los apetitos ayunó cuarenta días en el desierto, y en beneficio nuestro soportó la prueba más dura que la humanidad pudiera sufrir” (MC 256).

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

No obstante, Jesús hizo más que demostrar que la victoria era *posible*. Él nos dio un ejemplo, mostrándonos *cómo* obtenerla. Derrotó el poder del apetito en su vida para mostrarnos a usted y a mí *cómo* podemos vencer el mismo poder: mediante la abstinencia.

Jesús se abstuvo de ingerir alimentos. Usted y yo quizá tengamos que abstenernos del alcohol o el tabaco, del sexo, de la televisión, del dinero, o (no se asuste) incluso de la religión, en el caso de los que están adictos a ella. Para conquistar a nuestro dragón personal y desarrollar un carácter equilibrado, debemos incluir la abstinencia entre las estrategias que empleamos para vencer nuestros pecados acariciados y nuestras adicciones. Es una estrategia un tanto dolorosa, como verá, pero eficaz. Usted no puede ganar la victoria total (alcanzar la perfección cristiana) sin ella.

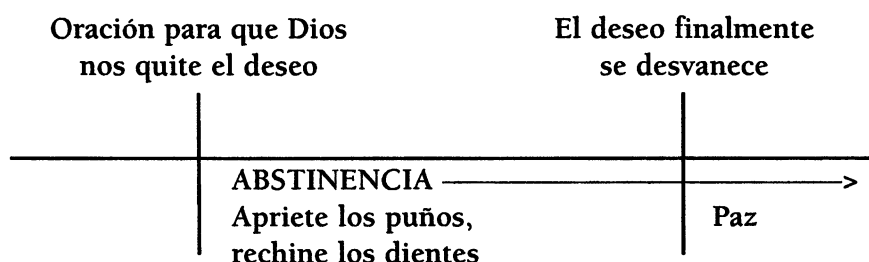
La abstinencia es la última de las recomendaciones que hago en el contexto de nuestra cooperación con Dios para vencer las tentaciones. Es una estrategia tan importante que le dedico dos capítulos. Comencemos por incluirla en nuestro diagrama:

Cambios necesarios	La parte de Dios	Nuestra parte
En nuestra <b>forma</b> pecaminosa de pensar	La convicción: Nos muestra nuestros pecados	Pedirla
		Hablar
		Investigar
En nuestros <b>deseos</b> pecaminosos	La conversión: Cambia nuestros deseos	Pedirla
		Hablar
		Rendirlos
En nuestra <b>conducta</b> pecaminosa	La conversión: Concedernos las fuerzas	Pedirla
		Hablar
		<b>ABSTENERNOS</b>

La humanidad es bombardeada continuamente por la pasión: en las pantallas de televisión, en revistas y carteleras; hasta en el idioma callejero. A nuestra sociedad no le agradan las restricciones. No nos gusta decir que no. Preferimos el lema “si te gusta, hazlo”. Pero si hemos de lograr la victoria sobre nuestros pecados y adicciones, necesitamos aprender a practicar la abstinencia.

Abstinencia significa que cuando lo que más deseamos es dejarnos llevar por nuestras pasiones decimos “no” y rehusamos hacerlo. ¡Esto es difícil! Pero es crucial. Elena G. de White preguntó: “¿Quiénes entrarán por las puertas en la ciudad? No los que declaran que no pueden quebrantar la fuerza del apetito” (CRA 205).

Durante las etapas iniciales de nuestra victoria sobre el pecado, debemos practicar la abstinencia por la fuerza: rechinando los dientes y apretando los puños. Según hemos descubierto, esta es una faceta de la fuerza de voluntad llamada “determinación”, cuyo empleo es apropiado para enfrentar nuestra conducta pecaminosa. Como hemos visto, Dios promete darnos las fuerzas para hacerlo. También hemos visto que la determinación solamente es útil como una estrategia a corto plazo para sobreponernos a nuestra conducta pecaminosa, mientras Dios cambia nuestros deseos pecaminosos. Ilustré este punto en un capítulo anterior por medio de un diagrama. Aquí lo reproduzco con algunas modificaciones:



Este diagrama es diferente del anterior en dos aspectos. En primer lugar, incluye la abstinencia. La abstinencia no es exclusivamente un ejercicio de la voluntad por medio del cual rehusamos practicar una conducta errada. La abstinencia debiera ser precedida de una oración para que Dios nos libre del deseo. Durante todo el tiempo que usted aprieta los puños, rechina los dientes y se niega a cometer el acto, la abstinencia parecerá ser la fuente del peor sufrimiento mental que jamás haya sufrido.

El segundo punto que deseo derivar del diagrama anterior es que la abstinencia no siempre tiene que referirse a apretar los puños y rechinar los dientes. Usted notará que la línea que sale desde la abstinencia se extiende hacia la derecha, más allá del punto donde el deseo se desvanece. En otras palabras, la abstinencia también puede ser un motivo de paz y por ello no deja de ser abstinencia. De hecho, la abstinencia tranquila debiera ser su objetivo. Una persona con un carácter bien equilibrado no está luchando constantemente con la tentación. ¡Aprenderá a *disfrutar* de la abstinencia!

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

Creemos firmemente que Jesús conquistó la tentación en el desierto de la manera en que usted y yo tenemos que conquistarla: al principio apretando los puños y rechinando los dientes, pero moviéndose hacia una calmada abstinencia. Jesús no era un superdotado que podía acallar sus pasiones para siempre, así como nosotros tampoco podemos. Jesús venció porque sus deseos estaban dominados continuamente por el Espíritu Santo. Sin la ayuda de Dios para subyugar sus deseos\*, él no podría haber logrado mucho más que nosotros.

Me preocupan un tanto las conversaciones que se escuchan en algunos círculos respecto al poder de Dios para concedernos la victoria sobre la tentación. Por supuesto que creo en el concepto. ¿No he dicho repetidamente en capítulos anteriores que el papel de Dios al ayudarnos a cambiar nuestra conducta pecaminosa es darnos las fuerzas para no ceder? Pero al escuchar la forma en que algunas personas se expresan nos da la clara impresión de que su concepto de victoria es puramente un apretar de puños y un rechinar de dientes. No parecen entender la importancia de obtener la ayuda divina para borrar los deseos por el pecado, mientras se practica la abstinencia.

Por favor observe este principio:

**La abstinencia sin un cambio en nuestros deseos, es absolutamente imposible de practicar y es una de las razones fundamentales del fracaso de tantos cristianos en su esfuerzo por conquistar la tentación.**

Sospecho que esta es la causa primaria de la frustración expresada por el lector de *Insight* cuya carta citamos en el primer capítulo.

### El sufrimiento a causa de la abstinencia

Las personas adictas a una sustancia o práctica específica, por lo general se angustian cuando se les habla de abstenerse de algo. Creen que morirán si no pueden satisfacer sus deseos. Precisamente uno de los síntomas claves de la adicción es un temor a la abstinencia.

Para mí, la abstinencia ha sido en ocasiones sumamente dolorosa, sobre todo, en las etapas iniciales de la conquista de un pecado acariciado, o una

---

\* No estamos sugiriendo que Jesús tenía deseos pecaminosos, ni que necesitaba cambiar. Ver la nota adicional al final de este capítulo para un comentario sobre este punto

adicción específica. Al principio, apretar los puños y rechinar los dientes me parecía algo imposible de hacer.

El comentario de Elena G. de White relacionado a cortarse un brazo y sacarse un ojo se aplica tanto a la dificultad de practicar la abstinencia, como a pedirle a Dios que nos quite los malos deseos. Su declaración es tan valiosa que la citaré nuevamente:

“Los ídolos queridos, acariciados, tendrán que ser abandonados; los pecados disfrutados, incluso si ello implica sacarse el ojo derecho, o cortarse el brazo derecho. Levantaos, atravesad por la fuerza los mismos ejércitos del infierno que se oponen a vuestro paso” (CP 345).

A menudo le parecerá a usted que apretar los puños y rechinar los dientes para abstenerse es como cortarse un brazo o sacarse un ojo. Pero no se rinda. Siga pidiéndole a Dios que le quite el deseo, y continúe intentando. Cuando fracase, pídale perdón a Dios y empiece de nuevo. Empezará a obtener victorias. Lo garantizo. Y sus victorias probablemente comenzarán a surgir antes de lo que usted se imaginó.

### **Una destreza adquirida**

La abstinencia se aprende, y siempre lleva tiempo. Así como el dominio de un instrumento musical requiere una práctica diaria, también el dominio de nuestros apetitos y adicciones requiere un esfuerzo cotidiano. Ocasionalmente Dios suprime los malos deseos de inmediato, pero cuando decide no hacerlo, al adicto le incumbe obtener el triunfo mediante la abstinencia. Y es muy poco realista esperar una actuación perfecta la primera vez que intentamos abstenernos de algo, como sería esperar una actuación perfecta la primera vez que intentamos tocar un instrumento musical. Si este concepto le inquieta, permítame recordarle algunas declaraciones sobre este punto que ya compartí con usted:

“Los hábitos erróneos no se vencen mediante un esfuerzo aislado. El yo solamente se domina por medio de luchas largas y severas” (4T 612)

“Sería ingenuo no prever recaídas” (*The Twelve Steps: A Spiritual Journey*, 26).

“Es prudente ser bondadoso con uno mismo y recordar que nos tomó toda una vida desarrollar esos hábitos. No es realista esperar que desaparezcan de la noche a la mañana” (*ibid.*, 90).

La victoria se logra mediante el proceso de intentar algo y aprender; intentar y aprender. Observe que digo “intentar y aprender”, no “intentar y fracasar”. Algunas personas preferirían decir “intentar y fracasar”, y esa es una manera de referirse al método. Pero creemos que la victoria se



## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

obtiene mucho más fácil cuando consideramos nuestros fracasos como oportunidades de aprendizaje. Esto hace de cada “fracaso” un peldaño hacia la próxima victoria.

Aprendo más de la abstinencia cuando reflexiono respecto a todo lo que hice mal cuando fracasé. Á menudo le pido a Dios que me muestre cuál fue mi error. Con frecuencia él responde a dicha súplica dándome una visión más clara de mis deseos, algo que me ayudará a ser más específico cuando le pida que los cambie. Por ejemplo, he descubierto que en algunos casos, la razón por la que no fui capaz de vencer una tentación particular no fue tanto por el deseo que estuvo fuera de mi control, sino una función de la vergüenza y el temor que me llevaron a obsesionarme con dicho deseo. Y la obsesión casi invariablemente me conduce al acto indeseable.

## Rechazo de los pensamientos y las imágenes mentales

Me gustaría sugerir que la mayoría de los pecados florecen en la imaginación antes de ser realizados por el cuerpo. Por ejemplo, suponga que usted ve un trozo de pastel en el mostrador. Su imaginación dibuja un cuadro de ese pastel en su mente, y ese cuadro despierta el deseo de comérselo. Si la televisión es su adicción, el mero hecho de que la hora de su programa favorito haya llegado puede estimular un cuadro mental en el que usted aparece mirando el programa. Si usted permite que dicho cuadro mental permanezca en su mente, la idea lo vencerá y casi de seguro se sentará a ver el programa.

Los deseos los experimentamos mentalmente. Sería fácil asumir que si todo lo que hay en la mente le pertenece de Dios, no podremos hacer nada respecto a ellos. Pero esto no es verdad. Los pensamientos y la imaginación son conductas que Dios espera que controlemos. Los deseos suscitan imágenes en nuestra mente, pero las imágenes por sí solas necesitan estar bajo el control de la razón, al igual que lo estarían los movimientos de nuestros brazos y piernas.

Elena G. de White dijo en uno de sus libros que “la primera obra de los que desean una reforma es purificar la imaginación” (CTBH 136). ¡Ahí está la clave! No creo que se pueda decir mejor ni más claro.

Reflexione la próxima vez que usted ceda a la tentación, y seguramente descubrirá que su imaginación estaba *disfrutando* el pecado antes de que el cuerpo lo *cometiera*. Usted *necesita* entender esta última frase,

porque da la clave para el autocontrol de su imaginación. Lo diré una vez más, y dividiremos la última parte en dos para analizarlas por separado:

Reflexione la próxima vez que usted ceda a la tentación, y casi seguramente descubrirá que:

1. Su imaginación estaba *disfrutando* el pecado
2. Antes de que el cuerpo lo *cometiera*.

Su imaginación *disfrutando* el pecado es el deseo que usted no puede cambiar por sí mismo. Dios tendrá que quitárselo de la mente. Pero el cuadro mental en sí, lo que está presente antes de que su cuerpo cometa el pecado, es una “conducta” que Dios permite que usted controle. El no la borrará por usted.

Es imperativo que usted ruegue a Dios que le quite el *deseo* de crear un cuadro pecaminoso en su mente, antes de que intente eliminar las imágenes. Luego usted tendrá que sacar de su mente por la fuerza las imágenes impropias. Este es uno de los ejercicios más difíciles y más penosos que usted tendrá que realizar. Sin embargo, puedo asegurarle que es *posible*. Se le hará más fácil sacar esas imágenes de su mente a medida que pasa el tiempo, y finalmente no tendrá dificultad alguna para hacerlo.

### Una estrategia para practicar la abstinencia

Me gustaría compartir con usted una sencilla estrategia para practicar la abstinencia, que en mi caso ha funcionando muy bien. Elena G. de White dijo algo que resume el principio sobre el cual se basa dicha estrategia:

“Es una importante ley de la mente, una que no debiera ser pasada por alto, que cuando un objeto que se desea es muy firmemente negado, como para quitar toda esperanza, la mente pronto dejará de anhelarlo, y se ocupará de otras cosas. Pero mientras haya alguna esperanza de obtener el objeto deseado, se hará un esfuerzo para lograrlo” (MCP 2: 433).

En mis seminarios me gusta narrar un breve relato cuando llego a este punto. Suponga que un hijo se le acerca a su padre y le dice:

—Papá, ¿me puedes dar un caramelo?

—Hijo, nosotros comimos postre en el almuerzo.

—Sí, así fue, papá, pero solo quiero uno.

—Pues tu mamá y yo hemos decidido que necesitamos disminuir la cantidad de azúcar que comemos; por lo tanto...

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

—Papá, te prometo que no te pediré otro caramelo en toda la tarde.

—Pues, hijo, me parece que...

—Apenas uno, papá ¡Por favor! No voy a pedirte más en toda la tarde. Te lo prometo.

—Bueno, ¿lo prometes de veras?

—Sí, papá, lo prometo.

—Entonces, creo que está bien, pero solo por esta vez.

¿Qué dijo Elena G. de White? “Pero mientras exista alguna esperanza de obtener el objeto deseado, se hará un esfuerzo para obtenerlo”. Me gustaría parafrasear esto y decir que mientras exista alguna esperanza de ganar el objeto, el deseo se hará más y más fuerte hasta que sea casi imposible resistirlo. Eso es lo que le sucedió a Eva en el Jardín del Edén. Mientras más tiempo pasó mirando la fruta, más fuerte se volvió su deseo.

Pero considere este otro cuadro. El niño se aproxima nuevamente a su padre y le dice:

—Papá, ¿me das un caramelo?

—Por supuesto que no, hijo. Tuvimos postre para el almuerzo.

—Ya lo sé, papá, pero solo quiero uno.

—Hijo, ¿escuchaste lo que te dije?

—Sí, pero papá, prometo que no voy a pedir más.

—Mira, ya te dije que “no”, y la respuesta es “no”. Sal y juega un rato.

—Papá, solo un dulce. No voy a pedir más.

—Pues bien, te voy a dar una opción. Puedes salir al patio a jugar, o puedes pasar el resto de la tarde en tu cuarto. Si escucho una palabra más sobre caramelos, pasarás toda la tarde en tu cuarto.

—Pero papá, te prometo...

El padre señala en dirección al cuarto con una mano y hacia la puerta de salida con la otra.

—Te dije que ni una palabra más, o te tendrás que ir al cuarto el resto de la tarde. Decide tú. ¿Cuál de las dos?

El niño frunce el ceño, mira hacia el piso y sale por la puerta del frente hablando entre dientes.

Pero casi podemos garantizar que si el papá mira por la ventana cinco minutos más tarde, verá a su hijo jugando con sus amigos como si nunca hubiera pedido un dulce. ¿Por qué? Porque es “una ley fundamental de la mente [...] que cuando se le niega un objeto deseado, tan firmemente que se elimine toda esperanza, la mente pronto dejará de anhelarlo”.

He descubierto que cuando estoy sometido a una tentación severa, si me digo: “¡No, no, no! ¡No vas a hacer nada en este instante! ¡Detente! ¡Punto final!”, puedo programarme para rechazar el deseo con tanta facilidad como si otra persona me lo hubiera dicho. Eva nunca habría comido de la fruta si hubiera dicho ¡no! Si se hubiera dado la vuelta y alejado en el momento en que la serpiente comenzó a hablar con ella.

Un hombre se me acercó después de uno de mis seminarios y me dijo: “Pastor Moore, encontré un texto que afirma exactamente lo que usted dijo respecto a decir *no*”. Le pregunté cuál era y me leyó Tito 2: 11-12:

“Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente”.

¡Eso es! Pruébalo. Descubrirá que sí funciona.

### **Otro principio fundamental**

La abstinencia es tan sustancial que deseo nombrarla como el último principio fundamental para la victoria sobre la adicción y los pecados acariciados:

#### **PRINCIPIO FUNDAMENTAL Nº 5**

**Practique la abstinencia: apriete los puños y los dientes, aunque lo que más desee sea ceder.**

La abstinencia aparece al final en la lista que usted y yo podemos hacer para cooperar con Dios en nuestro esfuerzo por vencer a nuestro dragón interno, pero es una de nuestras estrategias más elementales. Es tan importante que dedico dos capítulos a explicarla. Así que continúe leyendo.

### Nota adicional

Lamentablemente el asunto de si Cristo albergaba nuestras pasiones pecaminosas se ha convertido en una especie de *ping pong* teológico en la Iglesia Adventista durante los últimos cuarenta o cincuenta años. No estoy sugiriendo que Jesús tenía deseos pecaminosos. Elena G. de White dice que él “pedía con intensidad, aunque no poseía las pasiones de nuestra naturaleza humana y caída [...]” (2T 451).

Pero Jesús sí experimentó la fuerza de los deseos que tan a menudo están fuera de nuestro control. Sobre este detalle, Elena G. de White dijo que él “experimentó el poder del apetito sobre el hombre” (MGD 315). Estoy satisfecho al aceptar las sencillas declaraciones de Elena G. de White que hablan respecto a ambas posiciones y dejo el asunto por la paz. En este lado del cielo, nunca podremos entenderlo todo en cuanto a la naturaleza humana de Cristo, especialmente respecto al grado de su semejanza a nuestra condición. Cometemos un error intentando dilucidar este punto y no sería correcto hacer de estos detalles teológicos una prueba para la ortodoxia ajena.

# Capítulo 30

## ABSTINENCIA Y ENTREGA

Cuando era pastor en Keene, Texas, escuché que alguien tocaba a mi puerta una tarde. Cuando abrí me saludó un estudiante de la Universidad Adventista del Sudoeste. Lo llamaremos Darío.

Conversamos durante algunos minutos en la antesala y luego Darío me dijo:

—Pastor, tengo un problema.

—¿De qué se trata?

—Fantasías sexuales. Si veo a una joven que va caminando por la calle en unos pantalones cortos apretados, o si veo un anuncio de ropa interior, mi mente comienza a vagar en la dirección incorrecta y no puedo detenerla. ¿Puede ayudarme?

Lamentablemente, cuando Darío se me acercó, yo todavía no entendía los principios que hemos compartido con usted, así que hice un comentario liviano y lo despedí. Me sentí frustrado, porque sabía que no le había prestado ninguna ayuda, y me temo que él salió chasqueado.

Dos semanas más tarde, Darío regresó, y estaba jubiloso.

—Pastor, ¡se acabó el problema! —exclamó.

—¿Qué fue lo que se acabó? —pregunté.

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

—Las fantasías sexuales. ¿Recuerda que le dije que no podía librarme de ellas? Pues se han ido. Ya no me molestan.

—Maravilloso, Darío. ¿Cómo ha sido eso?

—Fui a ver al pastor Martin —dijo Darío—. ¿Lo conoce usted?

Asentí. El hermano Martin era pastor en un distrito contiguo.

—Pues, me dijo que yo tenía un demonio. Me dijo que hay un demonio para cada cosa. Hay un demonio para la televisión, hay un demonio para los alimentos y un demonio para el sexo. ¡Incluso hay un demonio para el cáncer y el asma! El pastor Martin me dijo que yo estaba poseído por un demonio del sexo. Me dijo que si le permitía ponerme las manos echaría fuera el demonio del sexo.

Mencioné que estaba al tanto del interés del pastor Martin en el tema del “exorcismo”, y continuó su relato.

—El pastor Martin colocó sus manos sobre mi cabeza, oró y echó fuera al demonio del sexo. ¡Pastor ha sido algo maravilloso! No he tenido más fantasías sexuales desde aquel momento. ¡Alabado sea el Señor!

Le dije a Darío lo feliz que me sentía que se hubiera librado de sus fantasías sexuales. No obstante, me sentí preocupado. Me parecía que algo andaba mal. No pude explicárselo en ese entonces, pero ahora entiendo la razón de mi malestar. En primer lugar, tengo una fuerte sospecha de que las fantasías sexuales de Darío regresaron antes del mes, y que sus esperanzas frustradas lo dejaron aun más débil que antes para enfrentarlas. Pero hay una razón aun más fuerte por la que me preocupa la solución del pastor Martin para el problema de Darío.

Vivimos en una sociedad de soluciones instantáneas.

¿Se le inflama el apéndice? Vea a su médico. Dos semanas más tarde, estará de vuelta en su casa como si nada. Nunca más tendrá que preocuparse por el apéndice.

¿Tiene algún desperfecto su automóvil? Llévelo al mecánico. Dos días más tarde se lo devolverá completamente reparado. No tendrá que preocuparse por lo mismo durante unos cuatro años.

¿Se descompone su tostadora? Tírela a la basura. Vaya a la tienda. Dos horas más tarde regresará a la casa con una tostadora nueva que no le causará preocupaciones durante dos años por lo menos.

Nuestra sociedad de soluciones rápidas quiere resolverlo todo a la carrera. Creemos que algo anda mal si no podemos arreglarlo y seguir como si nada. Esta actitud nos lleva a esperar soluciones rápidas también para nuestros defectos de carácter. Pensamos que algo anda mal si seguimos

cayendo en el pecado. Además, luchar contra el pecado es doloroso, y, ¿quién está dispuesto a soportar dolor cuando hay una solución rápida para todo?

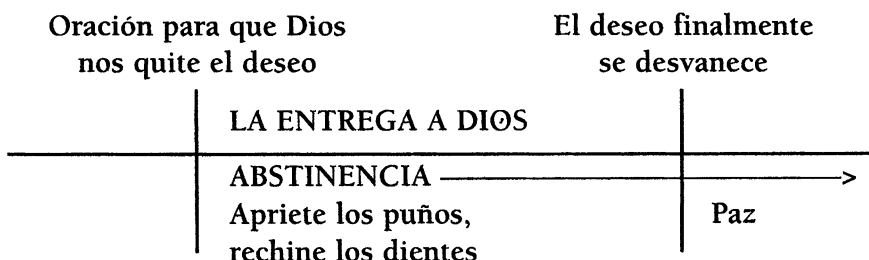
Darío quería una solución rápida para sus fantasías sexuales. Pero debo decirle que en la mayoría de los casos Dios no nos proporciona soluciones instantáneas para nuestros defectos de carácter. La razón no es que él no desee que seamos perfectos, ni tampoco significa que se niegue a liberarnos del dolor. Es que la lucha contra la tentación figura entre las mejores maneras que tenemos para desarrollar nuestro carácter. Cada vez que Dios nos quita instantáneamente un defecto de carácter, perdemos la oportunidad de utilizar esa victoria para desarrollarnos espiritualmente.

En el capítulo 24 le dije que la entrega es el vínculo entre el cambio en nuestros deseos pecaminosos y nuestra conducta pecaminosa. Entregamos nuestros malos deseos cuando le pedimos a Dios que nos los quite en el preciso momento cuando más deseamos disfrutarlos. Y rendimos nuestra mala conducta cuando le pedimos a Dios que nos dé las fuerzas para no ejercerla en el preciso momento cuando más lo deseamos. Me gustaría compartir con usted una oración de entrega:

- Señor, este deseo ahora te pertenece a ti.
- Es tuyo para que lo elimines cuando tú quieras.
- No es mío para que yo lo suprima en cualquier momento.
- Esperaré pacientemente sin ceder ante él, hasta que tú me lo quites.

Esa es una oración poderosa. Escríbala. Utilícela para enfrentar el pecado acariciado con el cual está luchando ahora mismo. Funciona.

Más abajo se encuentra un diagrama que ya ha visto antes, pero al cual le he añadido el elemento de la entrega:





## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

La abstinencia, apretar los puños y rechinar los dientes para no ejercer la conducta errónea mientras Dios nos quita el deseo, es un poderoso acto de entrega. El pecado puede vencerse únicamente sosteniendo un amargo conflicto, luchando contra el pecado y soportando el dolor. Someterse significa:

- **Aceptar el dolor.**
- **Dejar que llegue el dolor sin ceder a la tentación.**
- **Mientras Dios hace su obra en nosotros a su tiempo, no en el nuestro.**

Someterse a Dios, entregándole a Jesús los peores deseos y los más malos, así como nuestra conducta pecaminosa más acariciada, sin importar lo doloroso que pueda resultar, es uno de los secretos fundamentales para vencer al dragón interior. Sin esto no hay victoria. Cuando lo hacemos, hay una promesa de victoria total sobre cada tentación que usted y yo enfrentamos.

# SEGUNDA SECCIÓN

Cuarta parte

## CONSIDERACIONES FINALES

# Cuarto alto en el camino

Casi hemos llegado al final de nuestro estudio de la victoria contra el dragón interno. Sin embargo, deseo compartir con usted algunos pensamientos que no parecen coincidir con lo que se ha dicho acerca de la parte divina y la humana al obtener un cambio en nuestra forma pecaminosa de pensar, en nuestros deseos pecaminosos y en nuestra conducta pecaminosa.

Primero deseo detenerme en el concepto de la alabanza y la gratitud que hemos estado hilvanando a través de la obra. Lo haré mediante dos hábitos comunes: la comida y el sexo. Pienso que usted encontrará que mis comentarios son apropiados, aun cuando usted no esté afectado por estos problemas. Segundo, compartiré con usted algunas ideas respecto a cómo cambian las actitudes. Y tercero, discutiré la diferencia entre la adicción y la abstinencia y la forma de lograr un equilibrio para llegar a lo que denominamos moderación.

Aquí es donde estamos:

## **Segunda Sección: Cómo ayuda Jesús a los pecadores a obtener la victoria: La santificación**

**Primera parte: Cambiar nuestra forma pecaminosa de pensar**

**Segunda parte: Cambiar nuestros deseos pecaminosos**

**Tercera parte: Cambiar nuestra conducta pecaminosa**

**Cuarta parte: Consideraciones finales**

Cuarto alto en el camino <————

31. Ilustrando la alabanza y la acción de gracias

32. Cambiar nuestras actitudes

33. Cómo alcanzar la moderación

34. Un fracaso exitoso

**Conclusión**

# Capítulo 31

## ILUSTRANDO LA ALABANZA Y LA ACCIÓN DE GRACIAS

¿Sabía usted que algunas formas de orar pueden dificultar el esfuerzo que una persona efectúa para recuperarse de las adicciones y pecados favoritos? Por eso una estrategia importante para obtener la victoria, es aprender a utilizar formas eficaces de orar por los pecados contra los cuales está luchando. Ya presenté en capítulos previos un método muy eficaz de oración, que consiste en alabar a Dios por la victoria antes de obtenerla.

El propósito de este capítulo es examinar con más detenimiento esta forma de orar en el contexto de dos hábitos comunes: la comida y el sexo. Los elegí porque cada uno está “integrado a nuestras vidas”. Es decir, el deseo de satisfacerlos reside en nosotros.

Dios estableció el apetito por los alimentos y el deseo sexual en los seres humanos cuando creó a nuestros primeros padres. La Biblia declara que Dios dijo a Adán y Eva: “He aquí que os he dado toda planta que da semilla, que está sobre toda la tierra, y todo árbol en que hay fruto y que da semilla; os serán para comer” (Gén. 1: 29). También les dijo: “Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra” (vers. 28). Y al final del sexto día, “vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era *bueno en gran manera*” (vers. 31 el énfasis es nuestro).

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

Podemos decir, entonces, que el acto de comer y el acto sexual son *buenos en gran manera*, porque fueron parte de la creación original que Dios bendijo. No hay nada erróneo en ninguno de los dos cuando se realizan en armonía con el plan de Dios.

Este es el problema que afrontamos hoy. Cuando nos hacemos adictos a la comida o al sexo, violamos el plan original de Dios. En este capítulo quiero examinar la recuperación de las adicciones a la comida y el sexo. Libros enteros se han escrito acerca de estos dos hábitos. Es obvio, por lo tanto, que lo que diré en este capítulo será breve. Limitaré mis comentarios a unas sencillas estrategias espirituales para enfrentar estas tentaciones. En una sección final del capítulo aplicaré los principios que subyacen a estas estrategias espirituales para enfrentar estas y otras adicciones.

Debo también señalar que, si bien usaré los términos *adicciones* y *adictos* a través de todo el capítulo, muchas personas que luchan con los deseos relacionados con la comida no son adictos empedernidos, y mis sugerencias les serán útiles también a ellos.

### La adicción a la comida

En primer lugar, un par de comentarios generales acerca de la adicción a la comida.

Si usted padece de bulimia o anorexia es probable que encuentre útil lo que sigue, pero deberá obtener ayuda profesional para su problema, especialmente si es severo. Aunque no la necesite, debería asistir a una sesión de la organización *Los Doce Pasos de los Coconsumidores de Alimentos Compulsivos Anónimos*, trabajar estrechamente con un asesor, y aplicar las demás recomendaciones de este libro. Lo que digo aquí es un suplemento a estas otras formas de hacerle frente a la adicción a la comida. *No haga de esto la forma exclusiva de tratar con su problema.*

Además, como las mujeres tienden a ser más adictas a la comida que los hombres, usaré el pronombre femenino en esta sección, aunque mis sugerencias se apliquen también a los hombres que luchan con su adicción a la comida.

*El problema subyacente.* Lo primero que debemos tener en mente es que la comida no es el verdadero problema. El problema lo constituyen los conflictos no resueltos del pasado del adicto, los cuales le producen aflicción en el presente. La comida es, simplemente, la forma como trata de mitigar su dolor emocional. El acto de comer lo anestesia. Pero es como tomar aspirinas para aliviar el dolor causado por el cáncer.

El caso de Marta es un buen ejemplo. Ella sabía dos cosas: Primero, que tenía problemas para controlar su adicción a la comida, y segundo, que sentía temor la mayor parte del tiempo. Pero no podía comprender sus temores. Sencillamente estaban *ahí*. El acto de comer los hacía más tolerables, al menos por el momento.

Una noche despertó casi al amanecer presa total del pánico, y comprendió inmediatamente por qué. Durante varios años su hermano mayor había abusado sexualmente de ella cuando era niña, y ninguno de sus padres había intervenido para protegerla. Toda la protección que pudo obtener la había hallado ella misma. Evitaba a su hermano, pero le resultaba imposible alejarse completamente de él. El abuso no ocurría con tanta frecuencia, pero ella vivía con el constante temor de que intentara abusar de ella “hoy”.

Ahora Marta comprendía la causa del temor que la había atormentado toda su vida adulta. Pero aquello no hizo que el temor simplemente se desvaneciera. Tuvo que analizarlo cuidadosamente con su consejero (algunas personas lo llaman ayuda profesional), y aun así tuvo que lidiar con la adicción, usando los principios de recuperación que hemos analizado en este libro. Pero la comprensión de la fuente del temor que la había atormentado hizo que su recuperación fuera más fácil y completa.

*Aprender la actitud correcta.* Uno de los primeros desafíos que enfrenta la persona adicta a la comida es asumir una actitud correcta hacia la comida. En las etapas iniciales de su recuperación de la adicción puede encontrarse confundida. Ha estado tan obsesionada por la comida durante tanto tiempo, que no tiene la menor idea de lo que es la “normalidad”. En esas condiciones, ¿cómo puede desarrollar una nueva actitud? Le puedo asegurar que esto no funcionará: tratar de expulsar los pensamientos relacionados con la comida de la mente.

Le sugiero que haga el siguiente experimento: Cierre sus ojos y desarrolle en su mente la imagen de una jugosa manzana roja. Mantenga la imagen durante unos momentos hasta que se vuelva muy real. Luego dígame: “No volveré a pensar en manzanas rojas. No volveré a pensar en manzanas rojas. No volveré a pensar en manzanas rojas”. No podrá dejar de pensar en manzanas rojas diciéndose que ya no pensará en ellas, porque el mismo acto de decir que ya no pensará en ellas las trae a su mente. Por esa razón es difícil dejar de pensar en la comida diciéndose que ya no pensará en ella. Entonces, ¿cómo debe hacerlo?

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

Le sugeriré algo que puede parecerle muy extraño: usted no debería dejar de pensar en la comida. ¿Por qué? Porque ese no es su objetivo. Su objetivo es llegar a un lugar donde pueda pensar en la comida y estar rodeado de comida, sin obsesionarse por ella. Para poder hacerlo debe seguir pensando en la comida, pero debe transformar su forma de pensar. Siga mirando la comida, pero cambie la forma de mirarla. Siga deseando la comida, pero con un pensamiento transformado. ¿Y cómo puede hacerlo? Alabando a Dios por la comida. Cuando llegue la hora de comer, no importa qué comida tenga ante usted, sosténgala en la mano, mírela, y diga esta oración:

**“Señor, te alabo por proveerme esta (mencione el nombre de la comida). Gracias por el placer que me producirá en los momentos siguientes”.**

Luego, mientras come, enfoque la atención en el sabor y el placer que está experimentando en ese mismo instante. Y mientras disfruta el placer de comer, puede decir:

**¡Padre, esta (diga el nombre de la comida) está muy deliciosa! Gracias por mi sentido del gusto y del olfato, que me permiten disfrutar de este placer.**

¿Por qué es importante esta oración? Porque usted está transformando el significado de la comida, de objeto de vergüenza temido durante tanto tiempo, a una razón para disfrutar el sabor y regocijarse en el placer que produce. Dios creó la comida *para que la disfrutáramos*. Usted ha estado durante muchos años obsesionado u obsesionada con la comida, y sintiéndose culpable por ello en vez de disfrutarla. La actitud correcta es disfrutar el placer de la comida. Cuando usted alaba a Dios por el placer de disfrutar el sabor de la comida, él puede comenzar a transformar el significado de la comida en su mente, de la vergüenza y el temor, al placer.

*Rompiendo el poder de la adicción.* El propósito del plan de salvación de Dios bosquejado en la Bibliá es restaurar a los seres humanos a la imagen de Dios, y eso incluye quebrantar el poder de la adicción sobre nuestras vidas. Jesús murió en la cruz para hacerlo posible. Y es aquí donde el principio de la alabanza y la acción de gracias de los que hemos estado hablando en todo este libro es tan importante. En vez de pedir a Dios liberación de la adicción a la comida, sugiero que usted repita esta oración de alabanza durante todo el día:

**Señor, reconozco que la comida había controlado mi vida y que no he sido capaz de resistirla. Pero te alabo, Señor, porque Jesús ha quebrantado ese poder, y la comida ya no me controla.**

Mientras usted dice esta oración, mencione el nombre de la comida específica que la está tentando en ese momento:

**Padre, te alabo porque esta barra de chocolate, esta porción extra de puré de papas, esta bolsa de tostadas de maíz ya no tienen poder sobre mí. Gracias, Jesús, por morir en la cruz y quebrantar el dominio absoluto que ejercía sobre mi vida.**

Estas dos oraciones ponen a su disposición el poder de Dios para romper el dominio que la adicción ha ejercido sobre su vida. Esto no significa que puede esperar una victoria total e instantánea. Si bien esto ocurre ocasionalmente, es la excepción, no la regla. Lo que esta oración enseña es doble. Primero, cuando usted la dice invoca el poder convertidor de Dios, o el nuevo nacimiento, en su vida para comenzar a moldear sus actitudes y comportamientos. Segundo, esta oración reconoce que la muerte de Jesús sobre la cruz es la fuente de ese poder. *Hay un enorme poder espiritual en lo que sucedió en la cruz.*

*Cómo manejar el fracaso.* Lamentablemente, como ya señalé en este libro, por lo general no vencemos nuestros pecados acariciados y nuestras adicciones en el primer intento. Usted no debería sorprenderse, entonces, si algunas veces vuelve a los viejos patrones habituales y a comer inadecuadamente. En el pasado usted ha experimentado profunda vergüenza por estos fracasos, y probablemente se ha mortificado a causa de ellos. Pero eso es parte del problema. Mientras usted continúe debatiéndose en medio del sentimiento de culpabilidad, seguirá dominado por su adicción. La solución divina para el sentimiento de culpabilidad es la justificación, la que comentamos ampliamente en la primera parte de este libro. Lo único que necesitamos es una dosis suficiente de culpa que nos induzca a confesar nuestras fallas y pedir el perdón de Dios. Después de eso debemos poner a un lado el sentimiento de culpabilidad y regocijarnos porque Dios nos acepta tal como somos. Esta es la oración para lograr esa experiencia, la cual usted debe pronunciar tan pronto como sea posible después de haber recaído en la costumbre de comer inadecuadamente.

**Padre, confieso que he usado mal tu don de comer, por lo que te pido que me perdones. Y te alabo porque a pesar de lo**



## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

**que acabo de hacer, todavía me aceptas. Gracias porque todavía soy una mujer justa ante ti.**

Continúe repitiendo esta oración cuando sienta que es demasiado pecaminosa para merecer la justificación divina. Recuerde que Dios proveyó la justificación para gente mala, no para la gente buena, y mientras más pecadora es usted, más calificada está para recibir su gracia.

Hay otro aspecto del fracaso que debemos analizar brevemente: qué hacer cuando usted sabe que debería alabar a Dios por el alimento que tiene en sus manos, pero no puede hacerlo porque el deseo de comer le resulta irresistible. ¡Usted sabe que si dice la oración no podrá comerlo! Así que sigue adelante y come sin decir la oración.

Algunos cristianos dicen: “Lo único que necesita hacer es entregarle la tentación a Jesús”. Eso es cierto. Eso es precisamente lo que hacen las oraciones de acción de gracias que le he recomendado. El problema es llevarla a que diga las oraciones, a que haga esa entrega, cuando lo único que desea es engullir la comida mientras sus emociones claman diciendo que no quieren que sus oraciones se interpongan en el camino. ¡La entrega puede ser difícil! Esto es lo que significa “sacarse el ojo derecho y cortarse el brazo izquierdo” de lo que hablé en un capítulo anterior.

Gracias a Dios, hay una forma de resolver este problema. No importa lo que ocurra, diga la oración de confesión y alabe a Dios por la justificación que le enseñé hace poco, después de servirse la comida. Entonces diga la siguiente oración de apoyo:

**Padre, te pido que me des el valor para decir las oraciones de alabanza y acción de gracias la próxima vez que sea tentado por la comida. Te alabo porque sé que harás esto por mí.**

Puede ser que sea tentada a pensar que su adicción ejerce un dominio demasiado fuerte sobre usted, lo que le imposibilita obtener la victoria. *Esto, sencillamente, no es cierto.* Siempre hay una forma de rodear o pasar por encima de un obstáculo. La próxima vez que sea tentada, si todavía no logra obligarse a decir las oraciones de alabanza y acción de gracias por la comida, diga la oración de apoyo. Continúe diciéndola durante todo el día; que sea lo primero que haga por la mañana cuando se levante, y lo último que haga por la noche al acostarse. Si tiene que decirlo una docena de veces al día durante una semana o durante un mes,  *siga diciéndola.* ¡Luche con Dios por la victoria y nunca se dé por vencida! Con el tiempo

será capaz de alabar a Dios por la comida mientras la tiene en sus manos, y cada día se volverá más fácil hacerlo.

La última cláusula en la oración de apoyo es muy importante: **“Y te alabo porque sé que harás esto por mí.** ¿Por qué? Porque es una expresión de fe. Le ayudará a vencer cualquier duda que tenga de la capacidad de Dios de hacer por usted lo que le ha pedido.

***Cómo manejar la vergüenza por estar excedida de peso.*** Algunos adictos compulsivos a la comida están obesos y se sienten muy avergonzados por sus cuerpos, lo cual es un factor que contribuye significativamente a su adicción a la comida. Le recomiendo otra oración para este problema, la cual sugiero que pronuncie de pie mientras se mira en un espejo, de preferencia exactamente antes o después de haberse bañado.

**Gracias, Señor, por este cuerpo que me has dado. Te alabo, porque creaste este cuerpo únicamente para mí.**

Es especialmente importante alabar a Dios por las partes de su cuerpo que más vergüenza le producen. Nómbrelas: “Gracias por esta cintura, esta cadera, estos pechos, estos brazos, estas piernas”. No se excuse por ellas. No le diga a Dios cuán mal se siente a causa de ellas. Nómbrelas y agradezca y alabe a Dios por habérselas dado, y entonces siga con su vida. Haga eso por lo menos una vez al día durante un mes y verá lo que ocurre.

¿Qué puede esperar que ocurra cuando dice estas oraciones? Recuerde que durante años ha estado entrenando su mente para que sienta obsesión por la comida. Y usted ha cedido a la obsesión una y otra vez, y una y otra vez se ha castigado a sí misma por sus fracasos, y cada vez el hábito se ha hecho un poquito más fuerte. Usted afronta el desafío de reprogramar su mente con una nueva actitud hacia Dios, hacia usted misma y hacia la comida. Su objetivo principal es que la actitud normal y saludable se convierta en un hábito tan fuerte como era su actitud anterior, y esto requerirá bastante tiempo. Usted continuará luchando con las antiguas tentaciones a obsesionarse por la comida, de sentir vergüenza y temor por causa de la comida, y debatirse en el lodazal de la culpa después de su fracaso. Cada vez necesitará hacerle frente a estas tentaciones con las oraciones que he compartido con usted. Y cada vez que usted las diga transformará un poquito más su actitud hacia Dios, hacia usted misma y hacia la comida. Si usted continúa diciendo estas oraciones, en algún momento *alcanzará su blanco*. Las nuevas actitudes reemplazarán a las anteriores.

### La adicción sexual

Dos de mis sugerencias para los adictos a la comida se aplican también a los adictos sexuales. Primera, es la recomendación de que los anoréxicos y bulímicos busquen ayuda profesional para su problema y no confíen exclusivamente en las sugerencias de este capítulo que se aplican a ustedes. Los adictos sexuales también deben combinar las sugerencias que siguen con la asistencia a reuniones de Los Doce Pasos, trabajando con su asesor o consejero y buscando ayuda profesional cuando sea necesaria. Segundo, el sexo ha sido la forma en que el adicto ha tratado de curar un dolor emocional subyacente, y, como ocurre con los adictos a la comida, será útil comprender bien ese dolor y tratarlo. Las reuniones de Los Doce Pasos y quizá la ayuda profesional, son buenas maneras de hacerlo.

La adicción sexual consta de dos componentes básicos: apetito o deseo sexual y lujuria. Comentaré ambos componentes en forma separada:

*Deseo sexual.* Los seres humanos no tenemos que buscar el deseo sexual. Surge espontáneamente dentro de nosotros en forma regular, y cuando ocurre, lo sabemos. Esto es normal. Sin embargo, la obsesión del adicto por el sexo hace que aumente en forma radical este deseo humano natural. Complica más el problema la condena que nuestra sociedad hace de los pecados sexuales, porque los considera peores que cualquier otro pecado. De modo que si la vergüenza produce adicción, como he sugerido repetidamente en este libro, los adictos sexuales tienen una carga especialmente poderosa de vergüenza que los impulsa hacia la adicción. Como les ocurre a los adictos a la comida, han estado obsesionados por el sexo durante tanto tiempo, que ya no saben qué, o cómo, es el deseo sexual normal.

En un capítulo anterior señalé que una de las estrategias más importantes para vencer una tentación en particular es pedir a Dios que quite el deseo. Sin embargo, el adicto sexual puede orar todo el día pidiendo a Dios que le quite el deseo sexual para no sentirlo; pero su deseo no se cumplirá, porque el deseo sexual fue “programado” en su mente y en su cuerpo por Dios mismo. El adicto sexual necesita que Dios haga exactamente lo contrario: que le ayude a identificar el verdadero deseo sexual, para apreciarlo y manejarlo responsablemente. El problema es que la intensa vergüenza que siente por sus deseos sexuales está creando una obsesión que está bloqueando su capacidad para hacer esto, por lo cual necesita la ayuda de Dios para que le quite la obsesión.

Repito, la alabanza es una de las mejores claves para manejar este problema. Salmo 139: 14 es un texto clave de la Biblia que puede ayudar a romper el ciclo de la vergüenza y la obsesión a fin de que el adicto pueda apreciar el deseo sexual genuino y manejarlo responsablemente. En este versículo David dice: “Te alabaré; porque formidables, maravillosas son tus obras; estoy maravillado, y mi alma lo sabe muy bien”. Cada ser humano, hombre o mujer, es parte de la creación, y todo lo que Dios creó es bueno y, por lo tanto, digno de alabanza. La sexualidad del adicto es una parte magnífica y extremadamente compleja de su naturaleza humana. Por lo tanto, su sexualidad, incluyendo sus deseos sexuales, es digna de alabanza. Aquí hay una oración que puede decir cuando experimente un impulso sexual:

**Padre, te alabo por el deseo sexual que estoy experimentando en este mismo instante, y gracias, Señor, por enseñarme a disfrutarlo en la forma que te propusiste originalmente.**

El hecho de alabar a Dios por sus deseos e impulsos sexuales comenzará a quitar o remover la vergüenza que ha sentido por su sexualidad. Comenzará a quebrantar la obsesión. Y cualquier cosa que quebrante la vergüenza y la obsesión contribuirá para que usted pueda recuperarse de la adicción.

Puesto que usted ha sido un esclavo de su obsesión por el sexo, también debe alabar a Dios por haber quebrantado la esclavitud:

**Te alabo, Padre, porque Jesús murió por mí en la cruz, porque el poder pecaminoso que mis impulsos sexuales han tenido sobre mi vida ha sido quebrantado. Gracias, Señor, por la libertad de la esclavitud sexual.**

No se preocupe si pasan varios días, e incluso varias semanas, antes de empezar a notar el cambio en sus sentimientos. Si usted persiste en esta oración, tarde o temprano ocurrirá.

*La lujuria sexual.* El fundamento de toda adicción sexual es la lujuria. Se experimenta un intenso placer en la lujuria, si bien es un placer pecaminoso. Es la razón por la cual es tan adictiva. La persona que ha sido adicta al alcohol y al sexo, o a las drogas y el sexo, concuerdan en que la adicción sexual fue la más difícil de vencer.

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

Así que, ¿qué es la lujuria? Es el placer que se obtiene de las imágenes sexuales en la mente. Otro nombre para la lujuria es fantasías sexuales.

No todas las imágenes mentales de naturaleza sexual son erróneas. Es perfectamente apropiado que un hombre experimente cálidos pensamientos acerca del contacto íntimo que ha tenido con su esposa, o que una mujer encuentre placer en los pensamientos relacionados con los momentos íntimos que ha compartido con su esposo. Estos pensamientos, por lo general, no inducen a la adicción sexual. La lujuria que induce especialmente a la adicción sexual son las imágenes prohibidas del sexo opuesto. Creo que se reconoce que, por lo general, la mayoría de los adictos sexuales son hombres, así que lo diré con toda claridad para los hombres: la lujuria es el placer que usted obtiene de las seductoras imágenes mentales acerca de las mujeres. En eso consiste, precisamente, la pornografía. Alimenta la fantasía sexual.

La pornografía explícita no es la única tentación para la lujuria. Los hombres pueden ser seducidos por las mujeres en todo tipo de situaciones. Los anuncios de ropa íntima en televisión o en el periódico pueden ser tan tentadores para fantasear, como las páginas de la revista *Playboy*. Una mujer caminando por la calle con una falda entallada o en shorts es una tentación para la lujuria. Incluso la historia de David y Betsabé en la Biblia puede ser una oportunidad para la lujuria si el hombre imagina estar en lugar de David y fantasear en cómo se vería Betsabé bañándose en su jardín.

De modo que el primer punto que debemos tratar en relación con la adicción sexual es cómo manejar la lujuria. Y, como todos los que han sido tentados por la lujuria saben, la fantasía sexual no es, necesariamente, una elección consciente. Con frecuencia la fantasía “nos hiere” en el mismo instante en que vemos a una mujer. La gran pregunta es: ¿Cómo la detenemos? ¿Cómo podemos romper esta fantasía instantánea que sentimos por causa de una persona del sexo opuesto? ¿Cómo podemos “llegar allá, partiendo desde aquí”?

La sabiduría convencional, entre los cristianos, al menos, dice que la solución es mirar hacia otra parte. Volver la página de la revista. Cambiar el canal de la televisión. Mirar en otra dirección cuando vea a una mujer vestida en forma seductora por la calle. El consejo tiene buenas intenciones, y tiene su lugar, pero no resolverá el problema, porque la imagen en la revista y la mujer caminando por la calle no constituyen el problema. El problema es la imagen en la mente, y esa imagen sigue dando vueltas

en la mente mucho después de que la revista se ha cerrado y que el televisor ha sido apagado.

Voy a sorprenderlo a usted diciéndole que mirar hacia otra parte no es la mejor manera de dejar de experimentar la lujuria, y tampoco lo es tratar de sacar la imagen de su mente. En primer lugar, porque es difícil “apagar” la imagen mental luchando contra ella. Es el síndrome de la manzana roja que mencioné en la discusión acerca de la adicción a la comida: “Ya no voy a pensar en las manzanas rojas. Ya no voy a pensar en las manzanas rojas”.

“Ya no voy a pensar en las manzanas rojas”. Pero más importante aun es el hecho de que su objetivo no es mirar hacia otro lado o sacar la imagen de su mente. Como ocurre con la comida, su objetivo verdadero es llegar a un lugar en que usted pueda ver y retener la imagen en su mente sin fantasear. Iré un paso más allá y diré que su objetivo es *apreciar la belleza de la mujer* sin fantasear.

¿Cómo puede usted, entonces, “llegar de aquí allá”? Lo mismo que con la adicción a la comida, usted sigue mirando, pero transforma la mirada. Le sugiero tres oraciones y una sencilla declaración para lograr eso. Primero las oraciones. Usted continúa mirando a la mujer y dice:

**Señor, te alabo por hacer a esta mujer tan bella. Ella es una parte maravillosa de tu creación. Gracias por darme el privilegio de verla hoy.**

**También te pido, Padre, que la bendigas espiritualmente ahora mismo. Ayúdala en cualquier problema que esté afrontando hoy.**

**Y Padre, te alabo porque a través de la muerte de Jesús en la cruz el poder de la lujuria sobre mi vida se ha roto.**

La primera oración se basa en Salmo 139: 14, que consideramos unos párrafos atrás: “Te alabaré; porque formidables, maravillosas son tus obras; estoy maravillado, y mi alma lo sabe muy bien”. Como señalé anteriormente, cada ser humano, hombre o mujer, es una parte de la creación de Dios, y todo lo que Dios creó es bueno y, por lo tanto, digno de alabanza. Esto significa que la mujer, de la cual usted está tentado a pensar lujuriosamente, es una parte de la creación de Dios buena y digna de alabanza, y es apropiado que usted exprese esa alabanza. Y el mismo acto de decir la oración transforma el significado de la mirada en su mente.

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

La segunda oración se basa en el razonable supuesto de que cada ser humano tiene problemas en su vida: problemas financieros, problemas de salud, problemas de relaciones con el esposo, con los hijos, con los vecinos, con el jefe, etcétera. A menos que usted se relacione personalmente con la mujer que está viendo, no tiene la menor idea del tipo de problemas que afronta, pero eso no importa. Dios lo sabe, y usted puede pedirle a él que la ayude a manejar sus problemas, cualesquiera que sean. Y, como ocurre con la primera oración, pedirle a Dios que la bendiga espiritualmente transforma el significado que ella tiene para usted. En vez de ser un objeto de lujuria, llega a ser un ser humano que necesita la ayuda de Dios.

La tercera oración es similar a la que recomendé para los adictos a la comida: alabar a Dios porque la muerte de Jesús ha roto el poder de la lujuria que lo domina. De nuevo, esto no significa que el poder de Jesús quitará inmediatamente todo el control que la lujuria ha tenido sobre su vida. Al decir la oración usted pide que el poder de Dios comience a romper la esclavitud de la lujuria que lo domina. Usted expresa su fe de que su poder está operando ahora en su vida y que remodelará su actitud hacia las mujeres y hacia el sexo. A su debido tiempo ocurrirá.

Estas oraciones son tan efectivas con las fotos que aparecen en las revistas y en la televisión como lo son con las mujeres en la vida real. Toda mujer es una maravilla de la creación de Dios, esté o no personalmente frente a usted. Y, a menos que ella muera una muerte prematura (la mayoría de las modelos son muy jóvenes), la mujer que aparece en la fotografía está caminando sobre *tierra firme* en algún lugar. Dios sabe quién es ella, donde está, y cuáles son sus problemas, y usted puede seguir mirando la fotografía y orar por ella.

Ahora, aquí está la clave de estas oraciones: *Es imposible decirlas y decirlas sinceramente, y continuar pensando lujuriosamente*. Es así como usted puede continuar mirando y transformar la mirada.

Le dije anteriormente que tengo tres oraciones y una declaración que le sugiero. Ya le di las tres oraciones. La declaración es esta. Después de decir las oraciones, y mientras continúa mirando a la mujer, diga:

**Te respeto demasiado como para abusar de ti sexualmente,  
incluso en mi mente.**

¡Obviamente, usted no dice estas palabras en voz alta! La mujer nunca debería saber que usted las dijo. Ellas son para beneficio de usted, no para beneficio de ella.

Cuando usted piensa impuramente acerca de una mujer, usted la deshumaniza. La convierte en un objeto, en una mera mercancía. Su único valor es que le sirve para satisfacer sus pasiones secretas. Esta declaración comienza a revertir esa actitud. Y *al pensar en ella como un ser humano comienza a romper el poder que la lujuria tiene sobre usted.*

Usted debería continuar mirando a la mujer hasta que haya terminado de decir estas tres oraciones y hecho esta declaración: entre quince y treinta segundos, en la mayoría de los casos. Luego es tiempo de mirar hacia otro lado. Si la imagen y la tentación persisten en su mente, repita las oraciones y la declaración sin mirar hacia ella.

Hace varios años asistí a una reunión campestre en la costa Este de Estados Unidos, y durante la semana tres hombres vinieron a verme para hablarme acerca de sus tentaciones con las fantasías sexuales. Yo compartí estas estrategias con ellos, y al siguiente día uno de los hombres vino a verme y dijo: “Traté de hacer lo que usted me sugirió, y por primera vez en mi vida he sido capaz de ver a una mujer sin fantasear”. Dos meses más tarde recibí una carta de uno de los otros dos hombres diciendo esencialmente la misma cosa.

Debo advertirle, sin embargo, que, como en el caso de los adictos a la comida, estas oraciones no son de efecto instantáneo. Usted tiene una larga lucha por delante para revertir los años que ha programado a su mente para que sea lujuriosa. Tendrá que repetir estas oraciones una y otra vez, cada vez que sea tentado. Pero si usted persiste, descubrirá que la tentación a la lujuria se debilita y su respeto por la mujer se fortalece. Con el tiempo será capaz de mirar a la mujer más atractiva y apreciar su belleza sin codiciarla.

*Cuando usted fracasa.* Una oración más es extremadamente importante: La que dice cuando cede a la tentación a pesar de sus enormes deseos de tener la victoria y sus mejores esfuerzos para salir victorioso. Es similar a la que compartí con usted relacionada con la comida:

**Padre, te confieso mi pecado, pero te alabo porque a pesar del hecho de que acabo de ceder a la tentación, tú todavía me consideras como un hombre justo en Cristo Jesús.**



## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

No es suficiente todo el énfasis que pueda hacer de la importancia de apropiarse de la justificación tan pronto como sea posible. Como los seres humanos tienden a considerar los pecados sexuales como los peores, es fácil para nosotros pensar que Dios simplemente no puede aceptarnos después de ceder sexualmente. *Pero eso no es cierto.* Como señalé en la sección anterior en el asunto de la comida, la justificación es para los *pecadores*, ¡de modo que mientras más pecador sea usted, más califica para recibirla! *Esta es una de las claves más importantes para la victoria.*

Usted puede descubrir que alabar a Dios por la belleza de la mujer y pedir a Dios que la bendiga espiritualmente es como “sacarse el ojo izquierdo y cortarse la mano derecha”. El abrumador deseo de la lujuria domina su sincero deseo de obtener la victoria, y finalmente usted cede ante los deseos pecaminosos. Pero como en el caso de la comida, diga la oración de confesión y alabanza por la justificación, y la oración de apoyo:

**Padre, la siguiente vez que yo sea tentado a la lujuria, te pido que me des la fuerza para alabarte por la belleza de la mujer, pedirte que la bendigas espiritualmente, y expresar mi respeto por ella antes de ceder. ¡Y te alabo porque sé que harás esto por mí!**

La idea de que esta tentación es demasiado fuerte y que no podrá vencerla es una mentira que deleita a Satanás cuando usted la cree. *Hay una forma de salir vencedor*, incluso para usted. Continúe diciendo la oración de apoyo, varias veces al día, durante un mes, si es necesario, como les sugerí a los adictos a la comida. Si usted sigue luchando con Dios y se niega a darse por vencido, con el tiempo será capaz de alabar a Dios por la belleza de la mujer, decir las otras oraciones y hacer la declaración de “respeto” *antes que ceder.* *Será cada vez más fácil* a medida que pase el tiempo. Y como en el caso de los adictos a la comida, la declaración de fe “te alabo porque vas a hacer esto por mí” es extremadamente importante. Le ayudará a vencer cualquier duda en cuanto a la capacidad y disposición de Dios de hacer esto por usted.

Me he dirigido a los hombres en sus relaciones con las mujeres en esta discusión sobre la adicción al sexo y la lujuria. Sin embargo, si bien la adicción sexual es menos común entre las mujeres, algunas también se vuelven adictas al sexo, y estas estrategias serán útiles para ellas. Todo lo que una mujer puede hacer es cambiar el género en las oraciones que he sugerido.

do, de masculino, a femenino: “Gracias, Señor, por hacer al hombre tan guapo”, etcétera.

## **La aplicación del principio a otras adicciones**

Si bien ciertas oraciones y la declaración en los dos ejemplos que he compartido aquí son específicas para esas adicciones, varios principios generales que están implicados en ellas tienen una aplicación más amplia. Específicamente me refiero a tres cosas. En primer lugar está el principio de la alabanza a Dios por el objeto de la adicción que lo domina a usted. Esto, por supuesto, solamente puede aplicarse a la adicción a cosas que son buenas en sí mismas. Obviamente, no sugiero alabar a Dios por la nicotina, el alcohol, las drogas, los juegos de azar ni la pornografía.

Si usted es adicto al Internet, encienda su computadora, entre al Internet, y a medida que mira las páginas, alabe a Dios por esta maravillosa tecnología que él ha puesto a disposición de la raza humana, y de usted en particular. Ponga su mano en la computadora, agradezca a Dios por haberla provisto para que usted la disfrutara, y alábelo porque mediante Jesús, el poder del Internet sobre usted ha sido quebrantado. (Si su problema es con la pornografía en el Internet, entonces siga las sugerencias mencionadas anteriormente para manejar el problema de la adicción sexual).

Si usted es adicto al gasto excesivo de dinero, la alabanza a Dios por el don del dinero, incluso mientras sostiene una tarjeta de crédito, su chequera o dinero en efectivo en las manos, puede comenzar a romper las cadenas del hábito del gasto compulsivo en su vida. Si usted es un adicto a la televisión, la alabanza a Dios por su televisor, incluso poniendo su mano sobre él, y agradeciendo a Dios por los buenos programas que ofrece, puede comenzar a romper su adicción a la televisión. La alabanza a Dios por el objeto mismo de su adicción —incluso mientras usted lo mira, lo sostiene en sus manos, lo toca, o lo prueba— es un método extraordinario para transformar su significado.

El segundo principio que está implicado en todas las oraciones que he compartido con usted —y este se aplica a todas las adicciones— es alabar a Dios por romper el poder que la adicción ha tenido sobre su vida y agradecerle por la muerte de Jesús en la cruz, que es la fuente del poder.

Tercero, recuerde que usted nunca llegará a ser un pecador tan terrible que Jesús no esté dispuesto a perdonarlo y aceptarlo. Mientras más pecador sea usted, más merece recibir su gracia. Alabar a Dios porque él pue-

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

de perdonarlo y continuar aceptándolo a pesar de sus fracasos, le producirá paz mental. Comience por extirpar la condenación, la vergüenza y la culpa que impulsan su obsesión y lo ligan a ella. Es una de las claves más importantes para la victoria.

He encontrado que el principio de la alabanza y la acción de gracias también es útil para manejar problemas menores en mi vida. Con frecuencia, cuando me siento ansioso por algún asunto en particular, le agradezco a Dios por la respuesta que ya ha preparado, y lo alabo porque la ansiedad por ese asunto en particular ya no tiene poder sobre mí. Si me siento deprimido, alabo a Dios porque la depresión es temporal y ya no tiene poder para controlar la forma como me relaciono con la vida. Esto no hace que la depresión o la ansiedad se desvanezcan instantáneamente, pero me siento más capacitado para relajarme con respecto a esos sentimientos y, a su debido tiempo, se disipan. Una persona que sufre de un ataque agudo de depresión debiera, por supuesto, utilizar esta estrategia en combinación con la ayuda profesional, incluyendo la medicación que se le prescriba, no en lugar de la asesoría o la medicación.

Es importante y necesaria una palabra de precaución antes de terminar este capítulo. A medida que progresa en la recuperación de sus pecados acariciados y adicciones, a medida que su poder sobre su vida disminuye, usted puede sentir que ya tiene control suficiente de su vida y por lo tanto puede bajar la guardia. Esta es una actitud muy peligrosa, porque estas tentaciones pueden asaltarlo inesperadamente en nuevas e impensadas formas. Si bien es bueno regocijarse en la libertad que Dios le ha dado de sus pecados dominantes, usted debiera mantener siempre una actitud vigilante para evitar su reaparición. Los cristianos nunca pueden darse el lujo de bajar la guardia antes de la segunda venida de Cristo.

Las estrategias que he compartido en este capítulo me han servido muchísimo a mí mismo. Me han ayudado a vencer al dragón que está siempre al acecho dentro de mí. Hay muchas maneras de estructurar estas oraciones. Cualquiera sea la adicción o pecado acariciado que lo domine, usted encontrará su propio camino para decirlas.

¡Lo invito con mucha insistencia a probarlas!

## Capítulo 32

# CAMBIAR NUESTRAS ACTITUDES

Yo solía deprimirme. El primer recuerdo que conservo de una depresión seria se remonta al año 1959, cuando era estudiante ministerial en la Universidad del Potomac, que era el nombre que tenía el Seminario Teológico Adventista cuando se encontraba en Washington, D. C. Me levantaba por la mañana, me miraba al espejo, y sabía que no me sentía conforme conmigo mismo. Las circunstancias de mi vida no eran demasiado difíciles. No existía una razón lógica para sentirme deprimido. De todas maneras lo estaba.

Durante el segundo semestre me matriculé en una clase de psicología pastoral con el Dr. John Cannon. Unos dos meses antes de que concluyera el año escolar, el profesor Cannon dedicó algunos períodos de clase a explicar los síntomas de los desórdenes mentales y emocionales más comunes. Uno de ellos en particular me llamó la atención. No recuerdo el término que usó, probablemente “depresión”, pero todavía puedo recordar qué dijo: “Una de las características de este mal es un malestar que no tiene explicación lógica en la vida real. El individuo puede levantarse en la mañana y mirarse en el espejo y saber que no está conforme consigo mismo. No puede presentar una razón objetiva para sentirse tan miserable. Pero así es”.

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

Se me iluminó la mente. Pedí una cita para hablar con el Dr. Cannon.

Todavía recuerdo la forma en que le expliqué la razón de mi visita: “En la clase de ayer, le dije, usted bosquejó los síntomas de varios trastornos emocionales, uno de ellos lo estoy sufriendo yo”.

No salí de la oficina del Dr. Cannon curado de mi depresión, pero fui a hablar con él cada semana durante el resto del año escolar. Para ese entonces, había sido invitado a trabajar como aspirante al ministerio en la Asociación del Sur de California, y el Dr. Cannon me animó a buscar ayuda profesional tan pronto como pudiera.

La Asociación me asignó a una iglesia en Pomona, a mitad de camino entre Los Ángeles y San Bernardino. Yo era soltero y lo primero que tuve que hacer fue buscar un apartamento, algo que no era difícil en aquel entonces. Una o dos semanas después, le pedí a un médico que había conocido en la iglesia que me recomendará a alguien para consultarlo respecto a mi depresión. Me habló de un psiquiatra adventista, el Dr. Vernon Miller, cuyo consultorio resultó estar a dos cuadras del apartamento que había alquilado.

Fui a la consulta del Dr. Miller una vez a la semana durante un año. Lo recordaré siempre con mucho aprecio porque fue para mí un amigo y una figura paternal, como consejero y como psiquiatra. Me escuchaba atentamente y me ayudó a descifrar algunas de las relaciones confusas que había tenido en mi vida, incluyendo la relación con mis padres.

Durante el tiempo que viví en Pomona, me dediqué a escribir todo lo que pasaba por mi mente. Casi siempre utilizaba tarjetas. A menudo dedicaba una o dos horas a consignar mis ideas y sentimientos en aquellas tarjetas. Creo que así fue como aprendí a escribir, aunque fue algo que no puse en práctica sino hasta diez o quince años después.

Ojalá pudiera decirles que quedé libre de la depresión cuando dejé de ver al Dr. Miller. Deseaba creer que así era, sin embargo, continué viviendo con aquellas confusas ideas durante muchos años más. Todavía me asaltan de vez en cuando.

Sí, creo que recuerdo exactamente cuándo y dónde comenzó mi curación real. Había regresado al Seminario Teológico, que ahora estaba ubicado en la Universidad Andrews, para cursar un programa de maestría, y todavía luchaba con sentimientos depresivos. Un día, creo que fue en la primavera de 1969, mientras iba caminando desde la biblioteca a la tienda de la universidad, noté que la depresión había desaparecido y que me

sentía *verdaderamente feliz*. Me dije a mí mismo: “Así quisiera sentirme siempre”.

Había tenido momentos pasajeros de paz, pero esta vez entendí que aquella actitud placentera era una alternativa saludable para mi contumaz depresión. Por primera vez en mi vida, me di cuenta que aquella sensación de bienestar era la forma en que las personas “normales” se sentían a diario. En el pasado, cada vez que había experimentado aquella sensación “de normalidad”, la había disfrutado intensamente. Nunca se me había ocurrido hasta ese día que yo también tenía la oportunidad de vivir siempre así. Como por impulso, decidí que en vez de disfrutar del placer hasta que se terminara, esta vez trataría de aferrarme a él.

La sensación de bienestar me acompañó por algún tiempo y luego se esfumó. Sin embargo, como sabía que regularmente volvía, me sentí seguro de que a su tiempo la recobraría. Así que musité una corta oración: “Señor, cuando vuelva, ayúdame a retenerla durante más tiempo que en el pasado”.

Ciertamente, pocos días después la sensación regresó, y esta vez dije: “Gracias, Señor, por darme de nuevo este bienestar. Ayúdame a retenerlo por más tiempo que la última vez”.

No puedo recordar si hubo una diferencia significativa entre lo que me duró en aquella ocasión, pero sí recuerdo que continué orando de la misma forma. Cada vez que recobraba la sensación de bienestar hacía un esfuerzo consciente por retenerla tanto como me fuera posible. Durante varios años, cada vez que me sentía deprimido, buscaba un lugar tranquilo donde pudiera orar a solas. A menudo mi refugio era un pequeño baño en la oficina donde trabajaba. Cerraba la puerta, me arrodillaba y decía: “Señor, por favor trae de vuelta la sensación que deseo siempre experimentar, y cuando regrese, ayúdame a conservarla más tiempo que la vez anterior”.

Rara vez oraba por más de un minuto, luego regresaba al trabajo, sintiéndome todavía muy deprimido, pero confiado en que la sensación de bienestar regresaría. Y así era, una hora o un día después me volvía a sentir bien. Le daba gracias al Señor por ello y le pedía de nuevo que me ayudara a retenerla durante más tiempo que la ocasión anterior.

La recuperación fue lenta, pero progresiva. Con el pasar de los meses, los momentos positivos aumentaron y los momentos negativos disminuyeron. Al cabo de unos diez años pude decir que la mayor parte del tiempo me sentía bien. Hoy casi nunca me deprimó, pero cuando eso me suce-

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

de, sé lo que puedo hacer al respecto. Frecuentemente me digo a mí mismo: "Esto también pasará", y espero que se me quite, y siempre sucede así.

Mi depresión era, y todavía es, una forma enfermiza de pensar y sentirme respecto a la vida. Es una actitud poco saludable. Una actitud es la manera espontánea en que pensamos y nos sentimos con relación a nosotros mismos y a los acontecimientos que nos afectan día tras día. La persona que tiene una actitud saludable se siente bien consigo misma y con los demás. Es capaz de manejar las tensiones de la vida con relativa facilidad. Quien tiene una actitud enfermiza no se siente bien consigo mismo y encuentra muy difícil enfrentar las tensiones cotidianas.

### La depresión como dolor emocional

La depresión es también un dolor emocional. Cuando usted sufre este dolor, es algo tan real como un dolor en un dedo, y a menudo peor. El dolor de un dedo puede tener muchas causas, como una herida, una quemadura, un martillazo o una espina. Las emociones dolorosas también tienen diferentes orígenes, pero a diferencia del dedo adolorido, la causa es pocas veces evidente. Es algo así como un dolor en el abdomen. La causa podría ser apendicitis, cáncer, úlceras, o un páncreas enfermo; pero usted tendrá que consultar a un profesional para enterarse de la verdadera razón.

Creo que la depresión responde en gran parte a tres emociones básicas: el temor, la vergüenza y la ira. Ya he señalado que Dios nos dio estas emociones para nuestra protección, y son saludables cuando las empleamos apropiadamente. El dolor surge cuando nos dominan. El plan de Dios era que estas emociones nos previnieran del peligro para que pudiéramos protegernos. Su plan era que nuestro cerebro fuera el que lo controlara todo. El dolor nos afecta cuando la vergüenza, el temor y la ira dominan nuestra mente y se apoderan de nuestra vida.

Pero al igual que un dolor de vientre, solo sabemos que algo nos duele. No sabemos por qué. Nos sentimos con temor, avergonzados o enojados, pero estas emociones están confinadas tan profundamente en nosotros que no las reconocemos. Así que buscamos alivio en actividades o cosas que al principio nos sientan bien, pero que a largo plazo empeoran el dolor. Los alcohólicos beben al final del día para "despejarse". Los drogadictos se sienten *muy bien* cuando están intoxicados. Pregúntele a un adicto que reconozca serlo, y le dirá que su adicción lo hace sentir bien. Cuando cede a ella siente alivio. Pero cuando se agota el efecto de la misma, sen-

tirá una insoportable ansiedad y vergüenza: lo mismo que lo llevó a la adicción.

Si no hacemos algo para detener estos hábitos, nos destruirán. Las personas que nunca han tenido una adicción seria, no pueden entender el enloquecedor poder de la adicción. El adicto se siente absolutamente inútil, abandonado por Dios, irremediabilmente perdido. Le encanta experimentar la victoria y a veces la obtiene si aprieta los dientes y los puños. Pero no le dura mucho. Un día, o una semana, o un mes más tarde, habrá vuelto a lo mismo. Y entonces el dolor, la vergüenza y el temor empeorarán, lo que solo sirve para asegurar que caerá nuevamente.

Ese es el ciclo de la adicción.

### **Sanando nuestras actitudes enfermizas**

Para mí, la curación comenzó cuando acepté la verdad de que mi depresión era en efecto una actitud negativa, una manera enfermiza de pensar y actuar, para la cual había una alternativa saludable. La mejoría fue llegando a medida que yo buscaba una alternativa saludable y daba los pasos apropiados para incorporarla a mi vida. La curación de aquella dolencia se hizo una realidad cuando pude disfrutar de una actitud positiva la mayor parte del tiempo y fui capaz de enfrentar las actitudes enfermizas con relativa facilidad cuando estas regresaban.

Si usted se siente casi siempre deprimido, como me sucedía a mí, y si la depresión lo lleva a practicar hábitos que desearía desesperadamente vencer, pero no ha encontrado cómo lograrlo, entonces usted necesita reconocer por encima de todo que *hay una salida*. Cuando usted haya encontrado esa salida, tendrá una actitud nueva, mucho más positiva, hacia la vida.

En la actualidad usted busca esa renovada actitud, esa nueva manera de pensar y sentirse. Si usted nunca la ha experimentado, quizá le parezca imposible obtenerla, pero permítame asegurarle que usted sí podrá lograrlo.

En gran medida, la vida cristiana implica la búsqueda de una alternativa saludable para continuar viviendo con una actitud mental saludable. Recuerde que Dios está de su parte. Está ansioso por mostrarle las alternativas más saludables, la manera más feliz de vivir.

La recuperación *funciona*. Permítame darle un ejemplo.

Durante cerca de dos años, mi esposa y yo fuimos patrocinadores de Marta una joven dama que estuvo asistiendo a *The Bridge* debido a su



## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

depresión extrema y a su adicción a la televisión y a la lectura de novelas, hábitos que le servían para aliviar la depresión. Durante los primeros tres meses después de regresar a su casa, Marta nos llamaba por teléfono cada dos o tres días, y cuando se sentía muy mal nos llamaba a diario, y en ocasiones hasta dos o tres veces al día. Al captar la magnitud de su dolor, nos preguntábamos a veces si algún día se recuperaría. Pero continuamos animándola a permanecer fiel a su tratamiento. “Confía en el programa”, le decíamos. “Funciona si lo pones en práctica”.

Tres meses más tarde, las llamadas de Marta se espaciaron a una por semana. Unos pocos días después nos llamó una noche. Hablamos por algunos minutos y nos dijo:

—Algo me está sucediendo. No sé lo que es, pero estoy comenzando a sentirme bien conmigo misma. También me estoy interesando en otras cosas aparte de las novelas y la televisión.

Le contesté:

—¿Recuerdas que te decíamos que el programa funciona si lo pones en práctica? Pues está logrando su objetivo.

Le expliqué a Marta que ella había conseguido una pequeña vislumbre de la manera saludable y feliz en que se sentiría permanentemente cuando se recuperara. “Este bienestar probablemente se desvanecerá —le dije—. Experimentarás más sufrimientos, y quizá vuelvas a mirar la televisión y a leer novelas. Pero persiste. Si lo haces, esa actitud de bienestar *siempre* regresará, y cada vez que así suceda, será más fuerte y más duradera. Finalmente vivirás siempre con esa actitud.

Marta es afortunada. Superó el dolor de la depresión lo suficiente como para descubrir un objetivo emocional al cual aspirar, una actitud que ella *sabe* que estaba a su disposición.

## No tiene que ser un experto en psicología para triunfar

Quizá usted piense que tiene muy poca experiencia en procesos de recuperación para que estos conceptos funcionen, y dado que no tiene el dinero para asistir a un centro de tratamiento, ¿qué esperanza le queda?

Bastante, créame.

En aquellos tiempos, cuando comencé a salir de la depresión, nadie conocía el tema de la recuperación en el sentido que hoy tiene. Incluso el programa de Los Doce Pasos se consideraba algo exclusivo para los alcohólicos. Pero cuando reflexiono sobre mi vida de aquel entonces, advierto que Dios me llevó a conocer ciertas técnicas que más tarde comprendí

que eran acertadas. También reconozco que algunas de las cosas que hice no eran tan saludables, pero siendo francos, no hay nadie en el mundo que conozca todo lo que se ha descubierto en el ámbito de la recuperación. Todos somos todavía aprendices. Pero Dios siempre nos dará el conocimiento necesario si se lo pedimos y lo buscamos de verdad.

En las páginas restantes de este capítulo me gustaría reflexionar sobre la forma en que me recuperé de la depresión, señalando en particular cuatro aspectos. En primer lugar, me gustaría mencionar algo que Dios hizo por mí sin que yo se lo pidiera. En segundo lugar, compartiré algunas de las cosas que hice, que ahora considero que eran buenas estrategias. En tercer lugar, compartiré con ustedes algo que no hice, y que de haberlo hecho habría acelerado bastante mi recuperación. Finalmente, señalaré también otros hechos que demoraron significativamente mi recuperación, aunque no lo advertí entonces. Emplearé estos cuatro puntos para mostrarle cómo mis tambaleantes esfuerzos funcionaron y cómo podrían haber funcionado mucho mejor si yo hubiera estado mejor informado.

*Lo que Dios hizo por mí.* Las personas que sufren de algún problema emocional frecuentemente no entienden la verdadera causa de su depresión, y conocen poco acerca de lo que han de hacer al respecto. ¿De dónde provino entonces el conocimiento de aquella vislumbre que recibí en la Universidad Andrews? ¿Fue acaso una coincidencia fortuita? De ninguna manera. Creo que Dios puso en mi mente una actitud saludable que me ayudó a entender que vivir así podía ser un objetivo razonable. Este fue un cambio en mi forma pecaminosa y enfermiza de pensar,\* y él me lo concedió sin que yo se lo pidiera.

*Lo que hice sin comprenderlo claramente.* De una manera primitiva, puse en práctica tres estrategias que sugerí antes como “nuestra parte” en la obtención de un cambio en nuestros deseos pecaminosos.

En primer lugar, le pedí a Dios que me devolviera la actitud de bienestar de la que había recibido una vislumbre, y le pedí que me ayudara a retenerla tanto tiempo como fuera posible. Esta era una manera muy sencilla de pedirle que “cambiara mis deseos”.

---

\* Es necesario entender que la depresión no es pecaminosa en el mismo sentido que el adulterio, la mentira y el hurto. Las personas deprimidas no son culpables de “deprimirse”. La depresión es más un resultado de nuestra transgresión y pecaminosidad. Nadie tendrá que sentirse culpable por el hecho de estar deprimido.

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

En segundo lugar, en diferentes ocasiones hablé con consejeros profesionales, y durante los dos primeros años de mi ministerio escribí bastante sobre lo que me estaba sucediendo. Esta fue una manera de “hablar de mi actitud”, y estoy seguro que me ayudó.

En tercer lugar, yo le entregué a Dios mi depresión. Después de orar al respecto, la acepté y regresé a mi trabajo, rehusando preocuparme por ella o por el hecho de si me abandonaría o no. La puse en manos de Dios y dije, en esencia: “No puedo librarme de esta depresión. Es tuya para que me la quites cuando lo desees. Esperaré pacientemente sin desesperarme hasta que tú decidas eliminarla”. Y entonces continué con mis actividades.

En cierto sentido, nunca debiéramos aceptar nuestros defectos de carácter. Siempre necesitamos creer que hay otra manera más positiva y feliz de vivir, y seguir buscándola hasta que la encontremos. Por otra parte, siempre hemos de aceptar nuestros defectos “provisionalmente”, reconociendo que cualquier cambio requiere tiempo.

Por esto, el concepto total de justificación que presento en la Primera Sección de este libro es tan fundamental. Tenemos que entender que Dios nos acepta mientras se efectúa cualquier cambio. Es imposible aceptar nuestra condición pecaminosa “mientras tanto” si cada vez que cometemos un error tememos que Dios esté enojado con nosotros, o que nuestros pecados hayan interrumpido nuestra relación con él.\* Nunca venceremos nuestra imperfección hasta que podamos tranquilizarnos, reconociendo que Dios nos ama y nos acepta como somos y donde estamos.

*Dos cosas que no hice.* Uno de los aspectos más maravillosos de la vida es que crecemos continuamente en nuestro conocimiento. Hoy, ya a una edad madura, entiendo la vida mucho mejor que cuando tenía veinticuatro años. ¿Qué he aprendido recientemente que desearía haber aplicado hace muchos años?

Uno de los principios más importantes que he aprendido es hablar. Con la excepción de algunos consejeros profesionales con quienes consulté, yo no hablé mucho de mi depresión durante los diez a quince años en que me estaba recuperando de la misma. Tenía miedo de admitir mi

---

\* Estoy muy al tanto de lo que dice Isaías 59 2, donde Dios afirma: “Vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios”. Sin embargo, el contexto de la profecía de Isaías hace muy claro que los israelitas a los que Isaías les escribió se encontraban en un estado de rebelión tan grave (ver Isa. 1), que finalmente Dios permitió que fueran llevados cautivos a Babilonia. Dios trata a las personas arrepentidas de una manera muy diferente.

disfunción. Traté de manejar la depresión por mí mismo. Ahora sé que este esfuerzo por curarme por mí mismo sin la ayuda de otros es parte de la negación, parte de una enfermedad.

Hay dos formas en que yo hablaría si tuviera que recomenzar. Primero, trataría de encontrar un mentor, un cristiano maduro en quien pudiera confiar mis confusos sentimientos y con quien pudiera discutir las crisis de mi vida. Segundo, me uniría a un grupo de “Los Doce Pasos”.

Este segundo elemento que desearía haber conocido es el poder de la alabanza y el agradecimiento. En las raras ocasiones que me siento deprimido, digo algo como: “Padre, te alabo porque Jesús ha quebrantado el poder que la depresión tenía sobre mi mente. Te doy gracias porque tú pondrás de nuevo en mi mente una actitud positiva. Te doy gracias por mostrarme lo que puedo hacer para que este problema se vaya y me deje”.

Quizá debiéramos hablar un poco más acerca de la primera frase en esta oración: “Te alabo porque Jesús ha quebrantado el poder que la depresión tenía sobre mi mente”. No quiero decir que espero que la depresión desaparezca de inmediato. El punto clave es que Jesús, mediante su muerte y resurrección, ha quebrantado el poder que todas las actitudes pecaminosas, negativas y poco saludables, ejercen sobre nuestras mentes. Aprender a utilizar ese poder y a emplearlo para cambiar nuestras actitudes tomará su tiempo. Eso es lo que denominamos “religión experimental”. Sin embargo, adorar a Dios porque el poder de las actitudes enfermizas sobre nuestra mente ha sido quebrantado, es una expresión de fe que en realidad nos ayuda a hacer del cambio una realidad.

*El error que cometí.* A mediados de mi recuperación de la depresión, descubrí que podía detener el dolor sumergiéndome en mi trabajo. Incluso les aconsejé a algunos amigos que estaban deprimidos que “fueran a trabajar a pesar de la depresión y que esta desaparecería”.

Esto quizá se parezca a la estrategia de orar y reanudar mis actividades, algo que había hecho algunos años antes. Sin embargo, hay un mundo de diferencia. Yo no intenté eliminar la depresión. La acepté y permití que Dios me la quitara a su tiempo y a su manera. Esto es lo que significa someterse a la voluntad divina.

Varios años más tarde utilicé el trabajo como una manera de luchar contra la angustia, como una manera de hacerla desaparecer. Estaba tratando de aliviar el dolor en vez de eliminarlo, y esa es una ruta directa para convertirse en adicto al trabajo.

El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

## ¿Qué diremos acerca de los medicamentos para los problemas mentales y emocionales?

La medicina moderna ha desarrollado un gran número de medicamentos que han ayudado a la gente a combatir su depresión y otros trastornos mentales con más facilidad. Algunos cristianos se preguntan si el uso de estos medicamentos no es una forma de negar su fe en el poder de Dios para sanar sus mentes. Yo no sé si hay una respuesta fácil para esta pregunta, pero intentaré ofrecer algunas sugerencias.

Primero, es importante entender que Dios creó al hombre con un equilibrio químico en su cerebro. Cuando esta química cerebral está equilibrada, nos sentimos saludables y felices. Sin embargo, en nuestro mundo imperfecto desarrollamos ocasionalmente desequilibrios químicos en el cerebro. Esto es algo acerca de lo que la medicina moderna ha aprendido bastante. No veo que haya nada de malo en los diversos métodos que la farmacopea ha desarrollado para el tratamiento de nuestras dolencias físicas.

Algunas personas objetan, diciendo que esas medicinas no son más que “muletas” mentales. ¿Y es que acaso hay algo malo en usar una muleta cuando la necesitamos? A veces una muleta es una solución temporal a corto plazo, para un problema como una pierna fracturada. Tan pronto como la pierna sana, descartamos la muleta. Lo mismo se aplica a las medicinas utilizadas para los problemas mentales. Sin embargo, la gente que pierde una pierna, o que sufre de una parálisis puede ser que tenga que usar muletas por el resto de su vida. De igual manera, algunos problemas de salud mental pueden requerir el uso de medicamentos a largo plazo.

Por otro lado, también creo que muchos aspectos de nuestra forma de vida moderna contribuyen en gran manera a los problemas mentales. Al maltrato que pueden haber sufrido muchos niños de parte de sus padres y otros adultos, hay que sumarle el impacto de los juegos de video, la violencia en la televisión, la música estridente, el consumo de todo tipo de comida chatarra. Todo esto hace que sus mentes se mantengan hoy en día en un mayor estado de desequilibrio que en el pasado. Creo que esta es una de las causas del Síndrome del Déficit de Atención y de otros problemas emocionales que observamos hoy en jóvenes y adultos.

Si usted está usando algún tipo de medicamentos para cierto problema de salud mental, y se pregunta si será algo apropiado para su caso, examine su estilo de vida. Evite la comida chatarra, asegúrese que está con-

sumiendo alimentos nutritivos, abundante agua y haciendo suficiente ejercicio y descansando. Limite el tiempo que emplea para ver televisión, especialmente programas que aumentan el nivel de tensión nerviosa, o stress. Si usted tiene un empleo que requiere mucho de su parte, trate de evitar trabajar en demasía, aun cuando esto implique encontrar otro trabajo. Luego hable con su médico respecto a reducir la dosis de medicamentos. Sin embargo, si usted ha hecho todo lo que está a su alcance para desarrollar un estilo de vida saludable, sin presiones, y los medicamentos son la única forma de hacer que usted se sienta bien, entonces sin dudar continúe utilizando sus medicinas.

Las estrategias que utilicé para recuperarme de la depresión hace treinta o cuarenta años no eran perfectas, pero eran las mejores que había, y creo que Dios me las dio. Las estrategias que estoy ahora utilizando todavía no son perfectas. Tengo mucho que aprender, y sé que dentro de un año o de cinco, Dios me habrá ayudado a aprender más, y mi recuperación continuará a un paso más rápido.

Nunca debiéramos preocuparnos pensando si nuestra recuperación es suficientemente rápida, o si estamos utilizando la estrategia, o la herramienta apropiada. Más bien, tendríamos que esforzarnos por hacer lo mejor que podamos con lo que tenemos, pidiéndole a Dios que nos dé más. Nunca debiéramos abandonar el objetivo de vivir una vida mejor y más dichosa. Tampoco debemos abandonar la confianza que tenemos en el hecho que Dios nos conducirá a esa vida mejor si se lo pedimos y seguimos buscándola.

Sinceramente creo que si usted sigue los principios que he bosquejado en este libro para cambiar sus actitudes, experimentará una notable recuperación. No está obligado a permanecer en la tristeza y en el dolor emocional. Sus actitudes *pueden cambiar*. ¡Usted *puede* vencer a su dragón interior!

# Capítulo 33

## CÓMO ALCANZAR LA MODERACIÓN

San Agustín se oponía a las relaciones sexuales.

Bueno, esto era en sentido general.

Reconocía, sabiamente, que la raza humana se extinguiría de no existir las relaciones sexuales. También sabía que Dios les ordenó a Adán y Eva que se multiplicaran y llenaran la tierra (ver Gén. 1: 28), y era suficientemente inteligente como para advertir que la única manera de cumplir este mandato era mediante la actividad sexual. Por lo tanto, el sexo no podía ser tan malo. La diferencia entre lo correcto y lo incorrecto en las relaciones sexuales, según propuso Agustín, radicaba en el motivo. Y el único motivo correcto era la procreación. A regañadientes, aceptó que estaba bien que una pareja casada tuviera relaciones sexuales si su propósito era tener hijos; pero, aun en ese caso, debían tratar de no disfrutar de ellas.

Usted y yo nos sonreímos. Pero es sorprendente que muchos estemos de acuerdo con San Agustín en el plano emocional. Creemos que si algo produce placer, tiene que ser malo. La manera de comprender esto es aprendiendo a apreciar los dones que Dios nos ha dado para descubrir el equilibrio entre la adicción por un lado, y la abstinencia por otro. En otras palabras, moderación. Elena G. de White afirmó que “llevar al exceso lo legítimo constituye un grave pecado” (TCS 131).

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

La victoria sobre algunos pecados y adicciones requiere una abstinencia total. Esto se aplica especialmente a las que son externas a nuestra naturaleza humana, como el uso de alcohol, tabaco y narcóticos (incluyendo la cafeína). También se aplica a la pornografía y a los juegos de azar. Apoyo categóricamente la recomendación de la Iglesia Adventista del Séptimo Día de que se practique la abstinencia total en cuanto a estas sustancias y hábitos dañinos.

Por otra parte, los alimentos, el sexo, las compras y ventas, al igual que una cantidad de otras actividades comunes, son esenciales para nuestra supervivencia. No son negativas en sí. Al contrario, Dios se las dio a la raza humana, y en la mayoría de los casos, necesitamos hacer uso de ellas al menos en forma ocasional y a veces frecuentemente. Pero es necesario reconocer que en un mundo distanciado de Dios y pecaminoso, es posible abusar de ellas. Por lo tanto, es en extremo importante que aprendamos a practicarlas con moderación.

Lamentablemente es más fácil decirlo que hacerlo. Hay dos extremos: uno implica la abstinencia total; el otro, la licencia sin restricciones, “si me gusta, lo hago”. A medio camino entre la adicción y la abstinencia encontramos la senda de la moderación.

Nuestro objetivo como cristianos es encontrar ese punto medio. Pero el adicto no puede decidir que va a comenzar a vivir moderadamente. Ha perdido el control de su voluntad al punto que cuando aflora el deseo que lo domina, solo puede decir “sí”. Le es imposible oponerse. Ignora el significado del concepto “moderación”, y no sabe cómo decir que “no” apropiadamente, porque nunca lo ha practicado.

Una persona adicta a algo, que quizá es bueno si se lo practica moderadamente, necesita tres cosas para vencer su hábito: aprender la verdad acerca de lo que está bien y lo que está mal en el ámbito de su adicción; entender la verdadera naturaleza de la misma; y practicar la moderación hasta que haya asimilado todo lo anterior. El resto de este capítulo es un análisis de estos tres asuntos.

### **Aprendiendo la verdad**

Hace varios años, conversaba con un individuo acerca de la ira. En el transcurso de la conversación le dije que pensaba que la ira tenía su lugar



en la vida de los cristianos. Mi amigo se alteró visiblemente e insistió en que “¡la ira siempre es mala!”

Como usted notó en capítulos anteriores, creo que cuando Dios nos creó colocó en nosotros la capacidad de experimentar la ira. La ira nos protege del abuso, y nos ayuda a proteger también a los demás. La ira es algo que está mal únicamente cuando la empleamos para maltratar a los demás, o cuando la internalizamos en forma de resentimiento.

Sin embargo, es notable ver cuántos cristianos creen que todo tipo de ira es mala. Cuando un niño tiene una rabieta, casi siempre los padres le dicen que no debe hacerlo. Por eso el niño crece pensando que está mal enojarse, y cada vez que se enoja, también se siente culpable. La idea de que la ira es algo malo es parte de nuestra cultura cristiana. Probablemente esta conclusión es una inferencia que toma en cuenta que la ira es una emoción poderosa, y la Biblia condena las “pasiones pecaminosas” (Rom. 7: 5). También condena las “obras de la carne”, una de las cuales es la ira (Gál. 5: 20). Por lo tanto, llegamos a la conclusión de que una emoción tan poderosa, y potencialmente perjudicial como la ira, tiene que ser mala.

La primera estrategia para vencer al pecado que compartí con usted en la Segunda Sección se titulaba “Un cambio en nuestra forma pecaminosa de pensar”. A veces necesitamos cambiar nuestra forma pecaminosa de pensar para descubrir las acciones y prácticas equivocadas de nuestra vida que no reconocemos como tales, y que debiéramos abandonar. Sin embargo, es igualmente significativo entender la verdad acerca de las cosas que pensamos que son erradas, pero que no lo son. Me gustaría exponer un principio:

**El adicto que piensa que el objeto de su adicción es malo, cuando en realidad no lo es, nunca lo vencerá hasta que conozca la verdad.**

En el capítulo 22 le recomendé pedir a Dios que borre sus deseos pecaminosos. Ahora voy a aclarar esa recomendación. Dios no le quitará ningún deseo legítimo por la simple razón de que usted y yo no necesitamos ganar una victoria sobre algo que en sí no está incorrecto. Lo que necesitamos vencer es la satisfacción exagerada, o el abuso del deseo. Pero

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

no podemos ganar la victoria sobre el abuso de un deseo que de otra manera estaría bien; mientras estemos engañados por la noción de que es intrínsecamente malo.

Permítame ilustrar el punto. Si usted lucha contra la ira, no le pida a Dios que se la quite. Lo que usted necesita es entender la diferencia entre el empleo inapropiado de la ira (su experiencia hasta el momento), y un empleo saludable de la ira que se espera que usted experimente. Ore para que Dios le haga comprender este asunto y le dé una actitud saludable, aunque sea de forma momentánea, de tal manera que pueda fijarse un objetivo por el cual esforzarse. Cuando lo haga, usted habrá dado un paso fundamental hacia la obtención de un cambio, tanto en su forma pecaminosa de pensar como en sus deseos pecaminosos.

Uno de los problemas más comunes de los cristianos es sentir vergüenza por algo que en sí no debía ser vergonzoso. Pablo tuvo que enfrentar esto en la iglesia de Corinto. En 1 Corintios 8, habló de “cristianos de débil conciencia” (vers. 12), y sus declaraciones siguen la misma línea de lo que hemos estado tratando: personas que piensan que algo está mal cuando en realidad no es así, gente que se siente culpable por algo que Dios les dio para que lo disfrutaran. La perfección cristiana genuina requiere que entendamos claramente tanto lo que está mal como lo que está bien, y que limpiemos nuestra mente de una falsa vergüenza. Por otro lado, la consigna “Deja que tu conciencia sea tu guía” es esencialmente peligrosa, si por conciencia entendemos nuestros sentimientos de vergüenza y culpabilidad. Estas emociones pueden llevarnos en una dirección equivocada. La única salvaguardia es la Biblia. Lamentablemente, a menudo estudiamos la Biblia teniendo opiniones preconcebidas, y superponemos en su interpretación valores que se basan en nuestra vergüenza. En este contexto, esta afirmación de Elena G. de White me resulta reconfortante:

“La experiencia genuina está conformada por una variedad de experimentos cuidadosos efectuados con la mente libre de prejuicio y sin el control de opiniones y hábitos previamente establecidos” (3T 69).

A veces necesitamos liberarnos de los prejuicios y opiniones previamente establecidos, de la exaltación de ciertos valores morales tradicionales que no son los valores morales de Dios. El Nuevo Testamento provee

un excelente ejemplo de este asunto. Los judíos del tiempo de Cristo estaban totalmente atados a incómodas normas y reglamentos inventados por ellos, a los que les adjudicaban consecuencias morales eternas. No podían librarse de aquellos prejuicios y opiniones previamente establecidos para escuchar lo que Jesús les decía.

Una experiencia cristiana genuina depende en parte de la habilidad para evaluar nuestras presuposiciones morales, aparte de opiniones previamente establecidas, que fácilmente pueden interponerse en nuestro aprendizaje de la verdad. Los adventistas necesitamos aprender más que nadie esta lección. Hemos establecido un cúmulo de normas culturales a las cuales les hemos asignado consecuencias morales que no se encuentran en la Biblia.

Aunque corra el riesgo de incomodar a algunos de mis lectores, me atreveré a sugerir que nuestra obsesión con las joyas es un buen ejemplo. La Biblia no condena las joyas en los términos severos en que nosotros lo hacemos. Esto no significa que nuestra posición sobre las joyas durante todos estos años haya sido errónea. Abstenerse de utilizar joyas es una manera perfectamente apropiada para demostrar un compromiso con los principios de la sencillez y la mayordomía cristiana. También es apropiado que un grupo de cristianos, o una iglesia, decida que colectivamente han de manifestar su mayordomía y la sencillez del Evangelio al no usar joyas, y que les pidan a los nuevos miembros del grupo (la iglesia) que hagan lo mismo. Pero esto no hace que el uso moderado de joyas sea un pecado. Si el uso de joyas en sí mismo fuera pecaminoso, entonces muchos adventistas que usan prendedores y alfileres ornamentales tendrían que reconsiderar su actitud.

Una vez que un grupo les asigna cierta connotación moral a sus normas culturales, sus miembros pasan estas presuposiciones a sus hijos y nietos. Sin embargo, para cuando la prohibición alcanza a la cuarta y la quinta generación, el principio original subyacente, que era totalmente apropiado, se habrá perdido en la mayoría de los casos. Todo lo que los biznietos y tataranietos saben es que sienten vergüenza por algo que un estudio cuidadoso de la Biblia les dice que no está mal.

Esto no es tan serio respecto al adorno externo del cuerpo. Pero cuando les transmitimos a nuestros jóvenes la idea de que la ira es mala, o que

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

todo deseo sexual está mal, los llevamos a un terrible conflicto interno que puede producir depresión y adicciones.

¿Por qué me he tomado el trabajo de explicar este asunto en detalle? Porque usted no se podrá desarrollar rápidamente en la senda de la perfección cristiana si tiene ideas confusas acerca de los requisitos divinos que le están causando dolor emocional, depresión y culpabilidad. Sea cual fuere su adicción, usted necesita pedirle a Dios que cambie su forma pecaminosa de pensar. Pídale que lo ilumine con un sentido real de lo que puede estar bien o mal respecto a cualquier actividad. Pídale que lo ayude a entender el significado de la moderación genuina. Es esencial, por supuesto, que su nueva actitud se base en las Escrituras. Así que mientras lee su Biblia, pídale a Dios que lo ayude a poner a un lado la vergüenza y la culpabilidad durante el tiempo que sea necesario, a fin de entender lo que él realmente le quiere decir.

Una vez que usted haya comenzado a desarrollar algunas ideas renovadas acerca de lo que está bien o mal, necesita experimentar con ellas. Un joven se me acercó una noche después de concluir una de mis charlas.

—Pastor Moore —me dijo—, ¿estará bien que yo experimente con algo que antes pensaba que era incorrecto, pero que ahora creo que no está tan mal?

Le respondí:

—Sí, por supuesto que sí.

Si eso le sorprende, lea el resto de la cita de Elena G. de White que transcribí anteriormente. Comenzaremos con la parte citada anteriormente:

“La experiencia genuina está conformada por una variedad de experimentos cuidadosos efectuados con la mente libre de prejuicio y sin el control de opiniones y hábitos previamente establecidos. Los resultados son marcados por una solicitud cuidadosa y un ansioso deseo de aprender, mejorar y de reformar todo hábito que no está en armonía con las leyes físicas y morales [...] Hay más errores recibidos y firmemente retenidos sobre la base de ideas falsas de la experiencia que por ninguna otra causa, por la razón de que lo que a menudo se denomina experiencia de ninguna manera lo es; *porque nunca ha habido un proceso imparcial por medio de experimentos verdaderos* y una investigación cuidadosa del principio involucrado en la acción” (3T 69, los destacados son nuestros).

Pero observemos los calificativos que Elena G. de White colocó alrededor de su consejo sobre la religión experimental. Es necesario que haya “una solicitud cuidadosa y un ansioso deseo de aprender, mejorar y de reformar todo hábito que no está en armonía con las leyes físicas y morales”; así también hay que realizar una “investigación cuidadosa del principio involucrado”. Ella abogó por una práctica religiosa cuidadosamente controlada, no de un abandono imprudente.

¿Qué es probable que pase con los que no se dediquen al conocimiento y práctica de una religión experimental apropiada? Observe lo que dice Elena G. de White: “Hay más errores recibidos y firmemente retenidos sobre la base de ideas falsas de la experiencia que por ninguna otra causa”. Tendemos a catalogar el error religioso y espiritual como una falsa doctrina. Pero sugiero que algunos de los errores más destructivos son asuntos que tienen que ver con el estilo de vida que los seres humanos hemos colmado erróneamente de vergüenza y culpa. Eso era precisamente lo que hacían los fariseos. Y uno de los mejores medios para escapar de ese error, según Elena G. de White, es la religión experimental.

En un capítulo previo, dije que usted debiera pedirle a Dios que transforme sus malos deseos. Esa es una buena oración, siempre y cuando usted entienda qué constituye un deseo malo. La ira no es mala. El deseo de ingerir buenos alimentos no es malo. El deseo de ser una persona atractiva no es malo. El deseo sexual no es malo. Lo que está mal es la obsesión por estas sensaciones y la decisión de usarlos inapropiadamente. Estos sentimientos son lo que debemos pedirle a Dios que elimine y alabarle por removerlos aun antes de que hayamos experimentado el cambio.

Mi primera experiencia hace muchos años con la alternativa saludable para la depresión fue apenas una impresión momentánea. Quizá eso sea todo lo que usted reciba al principio como percepción de una alternativa saludable de lo que lo atormenta. Agradézcale a Dios por ella, pídale que lo ayude a disfrutarla tanto como sea posible, y cuando se desvanezca, pídale que se la devuelva. Entonces crea que lo hará, siga adelante y no se preocupe de que por ahora no pueda experimentar continuamente esa nueva actitud. De esta forma, usted finalmente se librará de la adicción y se acostumbrará a practicar la moderación.

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

### Descifrar la verdadera naturaleza de la adicción

Anteriormente mencioné que un adicto necesita tres cosas nuevas:

1. Aprender la verdad acerca de lo que está bien y lo que está mal respecto a su adicción;
2. Entender la verdadera naturaleza de su adicción; y
3. Practicar la moderación hasta que la haya aprendido bien.

Hemos concluido nuestro análisis del primer punto: aprender la realidad sobre lo que está bien y lo que está mal. Ahora trataremos el segundo punto: cómo descubrir la verdadera naturaleza de nuestra adicción.

Si usted no puede controlar su ira, lo malo no es el enojo. Si usted come demasiado, lo malo no es la comida. Si su sexualidad está fuera de control, lo malo no es el sexo. El problema *básico es la angustia emocional causada por la vergüenza, el temor y la ira*. Este dolor conduce a conductas excesivas en estos otros ámbitos, como una manera de anestesiar el dolor.

Por lo tanto, además de pedirle a Dios que le muestre la forma saludable de experimentar aquello a lo cual se ha habituado, ha de pedirle también que le muestre el temor, la vergüenza o la ira que pueda obstaculizar el acceso a esa comprensión más clara. Al comenzar a obtener esos conocimientos, además de pedirle a Dios que lo ayude a retener una actitud saludable hacia ese deseo, pídale que lo libre de la vergüenza, del temor o de la ira que su mente ha estado asociando durante años con dicha conducta.

Es imperativo que usted aplique también aquí los demás principios para obtener un cambio en los deseos pecaminosos que señalamos antes. Hable con otras personas, individualmente y en grupos en los que se garantice la confidencialidad. Y no se preocupe cuando la vergüenza, el temor y la ira continúen asaltando sus pensamientos. Confíe en que si usted persevera pidiéndole a Dios que suprima esas emociones, y que si continúa conversando con personas que también procuran recuperarse, a su debido tiempo él responderá a sus ruegos.

Conozco a varias personas que se integraron a un programa de recuperación como el que describo y que lucharon durante varios meses con sentimientos intensos de temor, vergüenza e ira. Al principio creían que ni siquiera se verían libres de aquellas emociones. Pero los que confiaron en el programa y lo pusieron fielmente en práctica al fin se vieron libres. Como dicen en los grupos de Los Doce Pasos, todo esto “funciona si usted lo pone en práctica”.

Quizá le resulte difícil al principio distinguir entre la vergüenza, el temor y la ira. Al igual que el dolor en el abdomen del que hablamos en el capítulo anterior, todo lo que usted sabe es que tiene un dolor. No tie-

ne idea por qué le duele. Quiero asegurarle, sin embargo, que es posible identificar la causa de su dolor, especialmente si usted investiga y aprende bastante respecto a la adicción y la dependencia. Será muy conveniente si usted habla con personas (tanto individualmente como en grupos) que procuran recuperarse, y continúa pidiéndole a Dios que lo ayude a entender mejor su caso. También deseo asegurarle que cuanto más específico usted sea al pedirle a Dios que lo ayude a controlar emociones específicas, tanto más rápido y fácilmente podrá superarlas.

Deseo destacar de nuevo que la adicción es más que una conducta errada particular, ya sea en el área de los alimentos, del sexo o en cualquier otra instancia. La adicción es más que el *deseo* por estas cosas. Usted necesita pedirle a Dios que le suprima el deseo por su adicción, pero es imperativo también que usted y Dios enfrenten tan directamente como sea posible la vergüenza, el temor y el enojo que están detrás de su adicción y que la impulsan.

He conocido a personas que se sentían absolutamente convencidas en lo emocional que el Espíritu Santo estaba intentando convencerlas de un “error” en algo que según su razonamiento no estaba mal. Lo he experimentado yo mismo en varias formas, a veces en una forma profunda. Cuando esto sucede, si usted sabe que su actitud está basada en una interpretación razonable de las Escrituras, usted tendrá que aceptar el hecho de que es su vergüenza la que le habla, no Dios. Y asimismo debe pedirle a Dios que le quite esta falsa culpabilidad y que lo ayude a resistirla hasta que desaparezca. No se dé el lujo de creer que el Espíritu Santo le está hablando, cuando al mismo tiempo las Escrituras muestran su aprobación por todo aquello que quizá le hace sentir tan culpable. Usted no podrá recuperarse de su dolor emocional ni de sus adicciones hasta que dé estos pasos.

Usted quizá tenga que luchar con esas emociones y con Dios, de la misma manera en que Jacob luchó con el ángel. Quizá tenga que decir: “Señor, me niego a creer que esta vergüenza que siento procede de ti. Te la entrego. Por favor, quítamela porque yo solo no puedo hacerlo”. No tenga miedo de decirle a Dios: “No te dejaré hasta que me bendigas librándome de esta falsa culpabilidad”.

La falsa culpabilidad equivale a una autocondenación, algo que siempre conlleva al fracaso. Si lo que he afirmado con anterioridad en esta obra es cierto, entonces usted no está bajo condenación, asumiendo que usted quiera vencer y sobreponerse. La forma de tratar con este falso sentido de condenación es alabar a Dios porque él lo ha liberado a usted.

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

Usted podrá decir, por ejemplo: “Señor, te alabo porque la muerte de Jesús en la cruz me ha librado de la condenación. Te doy gracias porque este sentimiento de condenación ya no tiene ningún poder sobre mi mente, y que su efecto sobre mi vida se ha quebrantado”.

Cuando haya concluido su oración, no se preocupe si la falsa culpabilidad lo asedia por un tiempo adicional. Retome sus tareas cotidianas, confiado de que a su tiempo y a su manera, Dios la eliminará.

Le puedo asegurar que se quedará sorprendido de lo rápido que obtendrá la victoria sobre su adicción cuando haga esto.

### La abstinencia y la moderación

El tercer punto que usted y yo necesitamos aprender es acerca del significado de la moderación. Para hacerlo, necesitamos practicar la abstinencia.

Abstinencia significa “no hacerlo”. Respecto al alcohol, el tabaco y los narcóticos, los adventistas recomiendan la abstinencia total. Sin embargo, los seres humanos a menudo nos convertimos en adictos a prácticas que solo son apropiadas en forma moderada. Nadie recomienda la abstinencia total de ciertas prácticas, como en el caso de los alimentos, lo cual equivaldría a una sentencia de muerte. Pero la abstinencia es sencillamente una parte vital de la victoria sobre nuestra conducta adictiva y compulsiva.

El adicto se siente tan consumido por el deseo que la muerte casi parece preferible a la abstinencia. Teme muchísimo perder lo que ansía. Pero este temor es parte de lo que se interpone en el camino de la victoria. Solo Dios puede quitarle el temor, pero el adicto tiene que hacer algo al respecto, y de eso se trata la abstinencia. No obstante, esa abstinencia no tiene que ser total. Si la actividad a la cual usted está esclavizado es buena en una forma moderada, simplemente necesita aprender a ser moderado y la abstinencia total no se lo enseñará.

Utilicemos la adicción a los alimentos como ejemplo. Suponga por un momento que usted puede abstenerse de alimentos durante un año completo y sobrevivir. ¿Qué habrá aprendido? Habrá aprendido a vivir sin alimentos durante un año. No habrá aprendido a ser moderado. La moderación requiere que usted tenga la habilidad para decir tanto “sí” como “no” a los alimentos y decirlo tranquilamente. La adicción, que ya usted conoce, solo le ha enseñado a decir que “sí”. La abstinencia total solo le enseñaría a decir que “no”. De la misma manera en que no aprenderá a



ser moderado mediante la práctica de una adicción, tampoco lo aprenderá de la abstinencia.

Las personas que han ayunado durante varias semanas cuentan que el deseo abrumador por comer apenas dura unos días. Después de eso, se sienten bastante cómodos sin alimentos. Lo mismo se aplica a la abstinencia sexual. Después de algún tiempo de haber estado diciendo “no”, la mente y el cuerpo se adaptan a la nueva situación y decir “no” ya no se hará tan difícil. Pero eso no es moderación. Moderación no es un “no” continuo. Moderación implica “decir sí, no, sí, no, sí, no”.

Decir “sí” no es tan difícil para un adicto, sin embargo, decir “no” lo llena de terror. Librarse de la adicción requiere que apriete los puños, rechine los dientes y diga que “no” de todas maneras, hasta el punto que decir “no” comience a hacerse más cómodo. Entonces, ha de aprender a ser moderado, necesita decir “sí” y retomar la experiencia que por tan largo tiempo le ha resultado adictiva. Luego tendrá que decir “no”, aunque esto lo llene de terror. Por lo tanto, la práctica de la moderación puede requerir que tenga que enfrentar el dolor de decir “no” una y otra vez.

Es esencial que el adicto practique la abstinencia bastante tiempo como para descubrir que es algo que no le va a quitar la vida, para que entonces pueda decir “sí” como para disfrutar de la actividad, y para que luego diga “no” lo suficiente como para aprender que la abstinencia no lo va a matar. Al hacer esto una y otra vez, aprenderá gradualmente a vencer su temor de decir “no”. También comenzará a disfrutar de la moderación, y finalmente llegará a preferirla.

Pero necesito advertirle que decir que “sí” después de un período de abstinencia a menudo conlleva algo interesante que usted tiene que aprender a manejar. Se llama *vergüenza*. Durante años usted ha sentido vergüenza cada vez que ha cedido ante una actividad equis, hasta el punto que decir “sí” y sentir vergüenza están conectados en su mente. Usted se ha programado mentalmente para sentir vergüenza cada vez que dice “sí”.

Especialmente si cree que la adicción que usted padece siempre ha sido mala por naturaleza, como por ejemplo, la forma en que algunas personas conciben la ira y el sexo. Usted no podrá anular este “patrón de vergüenza” con solo llegar a la conclusión racional de que “después de todo está bien”. Cuando usted practica esta rutina de “sí, no, sí, no”, quizá descubra que siente una profunda vergüenza cada vez que dice “sí”. Es crucial que a estas alturas usted entienda que si la actividad misma es apropiada, que si se la practica con moderación, este sentimiento de vergüen-

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

za cuando dice que “sí” es una causa fundamental de su adicción, y *usted tendrá que vencerlo*.

No puedo destacar excesivamente la gran importancia de lo anterior. Conozco situaciones en las que algunas personas han experimentado un profundo sentido de culpa al ceder ante algo que era perfectamente apropiado. El sentido de la condenación divina era tan fuerte que casi hubieran deseado permanecer en abstinencia antes que experimentar la angustia de decir “sí”. Es muy fácil pensar que si nos *sentimos* culpables es porque el Espíritu Santo está intentando decirnos que *somos* culpables. Pero no podemos, ni nos atrevemos a seguir dependiendo solo de los sentimientos. Nuestra conciencia requiere ser educada en los fundamentos de la Biblia, y si la Escritura permite algo, e incluso lo ordena (como en el caso de los alimentos y el sexo), entonces debemos llevarlo a cabo y disfrutarlo siempre y cuando todo esté dentro de los parámetros de la Palabra de Dios.

Recuerde que su objetivo principal como cristiano no es el alivio del temor y la culpa. Su objetivo primario es llegar a la madurez en su experiencia cristiana, porque solo esto lo llevará a la felicidad genuina. Pero usted no podrá experimentar la madurez cristiana entre tanto el temor y la falsa culpabilidad controlen su mente. Por lo tanto, será necesario librarse de esas emociones perjudiciales. No tendrá que meterse en un caparazón, sino confrontarlas valientemente con la ayuda de Dios, para luego ponerlas bajo el control de su mente y de una conciencia debidamente educada.

Le aseguro que no vencerá su adicción mientras permita que este falso sentido de culpa controle su mente. Por lo tanto, es tan necesario aprender a decir “no”, como aprender a decir “sí”. Podemos aprender a decir ambas cosas apropiadamente mediante períodos cortos de abstinencia seguidos por períodos breves de práctica.

Lo que más desea el dragón es confundir su mente respecto a todo lo bueno que Dios ha creado para su disfrute. Al dragón no le importa en realidad si usted cree que algo está bien, cuando Dios dice que está mal, o si usted cree que algo está mal cuando Dios dice que está bien; porque de cualquier forma lo tiene a usted esclavizado. Con la excepción del alcohol, el tabaco, los narcóticos, la pornografía y los juegos de azar, prácticamente todo a lo que los seres humanos nos volvemos adictos estaría perfectamente bien practicándolos moderadamente. Por lo tanto, la victoria sobre el dragón no implica solamente decir que “no”, sino también aprender a decir “sí” a los privilegios que Dios nos ha dado y disfrutarlos en un grado moderado sin vergüenza ni temor.

# Capítulo 34

## UN FRACASO EXITOSO

Quizá usted ha escuchado la historia del joven banquero a quien la junta directiva nombró presidente para reemplazar al titular que estaba por jubilarse. El último día de trabajo del antiguo presidente, su reemplazante entró a la oficina de él, se sentó y le dijo:

—Señor Presidente, ¿cuál ha sido el secreto de su éxito? ¿Qué puede decirme que me ayude a triunfar?

El veterano banquero respondió:

—Decisiones.

—Entiendo que las decisiones correctas son esenciales —acotó el joven—. ¿Pero, cómo podré tomar las decisiones acertadas?

—Criterio.

—También entiendo eso. Pero no tengo sus años de experiencia. ¿Cómo puedo conseguir un buen criterio?

El viejo banquero se acomodó en su sillón, respiró profundamente y dijo:

—Equivocándose.

Hasta donde yo sepa, nadie ha inventado un mejor método de enseñanza que los errores. Así aprenden a caminar los niños. Así fue como Thomas A. Edison inventó la lámpara incandescente. Y así es como usted aprenderá a no pecar. *Vencemos el pecado al aprender de las ocasiones en que hemos pecado.* A esto le llamo “un fracaso exitoso”.

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

No excuso el pecado. No digo que uno no debiera sentirse culpable cuando peca. Los que no se sienten culpables son los que no aprenden, porque no consideran sus errores como tales. Solo piensan que se divirtieron y están dispuestos a repetirlos. *Solo los que entienden que el pecado es algo real en su vida pueden aprender de la experiencia.* Por supuesto que debiéramos sentirnos culpables por nuestros pecados, pero nunca debemos permitir que nos destruyan. Hemos de reconocer que cometeremos errores en los aspectos morales de nuestra vida, al igual que en todos los demás. Asimismo tendremos que aplicarnos el tratamiento que Dios ha provisto para corregir nuestros errores morales.

Mi esposa Lois habló ante un grupo de jóvenes adventistas un sábado de mañana. Más tarde me dijo que varios de ellos se sentían perplejos acerca de su experiencia cristiana. “¿Por qué continuamos cometiendo los mismos errores día tras día? ¿Por qué no vivimos realmente una vida cristiana?”

Esta es otra manera de expresar la pregunta con la que empezamos este libro: “¿Cuál es la solución cuando uno ha pedido perdón [...] y se ha consagrado a Dios solo para darse cuenta que ha caído nuevamente en el pecado?”

Cada uno de nosotros que se hace esta pregunta tiende a observar la vida de los demás cristianos y pensar, *¿no sería maravilloso disfrutar la experiencia cristiana de aquella persona? La mía parece muy imperfecta al lado de la suya.* Lo malo de este razonamiento es que solo podemos ver el aspecto externo de la vida de los demás, la fachada que muestran en la iglesia. Si pudiéramos leer su mente, descubriríamos que en muchos casos están pensando lo mismo acerca de nosotros.

Lo peor que usted podría hacer sería cerrar este libro y esperar una victoria total a partir de este momento. Puedo garantizarle que *no* vivirá una vida perfecta de ahora en adelante. No siempre obtendrá la victoria. A veces *fracasará*. Caminará dos pasos al frente, un paso atrás, dos pasos al frente, un paso atrás. ¡Dos pasos al frente y un paso atrás es progreso! Por favor, repase conmigo algunos comentarios acertados de personas que han expresado esto.

- Los malos hábitos no se vencen con un simple esfuerzo (4T 612).
- Hemos de fracasar con frecuencia en nuestros intentos de imitar el modelo divino (1MS 395).

- Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo (1 Juan 2: 1).
- Es necio no anticipar recaídas (*The Twelve Steps: A Spiritual Journey*, 26).

Algunas personas se sienten amenazadas por esto. Creen que estoy transigiendo con el pecado, que estoy negando el poder del Evangelio y la victoria total sobre el pecado.

¡Eso no es verdad!

Ahora que usted casi ha terminado de leer este libro, espero que entienda que no tengo la intención de transigir con el pecado. Reafirmo enteramente el poder del Evangelio para concederle a todo cristiano la victoria sobre cada pecado. Pero también sé que la victoria no llega de la noche a la mañana. No ha sucedido así en mi propia vida, ni en la vida de ningún cristiano que haya conocido.

Si se supone que la victoria sobre el pecado es instantánea, entonces el Evangelio ha fracasado en la vida de 99,99 por ciento de los cristianos a lo largo de la historia. A ese paso, uno se pregunta dónde podrá Dios conseguir a 144.000 santos. Por otra parte, si la victoria sobre el pecado es un crecimiento, una curva de aprendizaje, entonces hay millones de cristianos genuinos por todas partes en este mismo instante.

Dios no espera que nuestra victoria sobre el pecado sea instantánea. Él no excusa el pecado, sino que lo perdona. No nos dice que resbaemos y caigamos, tampoco nos abandona si así lo hacemos. Él nos dice lo mismo que le dijo a la mujer tomada en adulterio: “Ni yo te condeno, vete y no peques más” (Juan 8: 11).

¿Qué pues debiera usted hacer respecto al pecado cuando ya ha comenzado a poner en práctica el plan expuesto en este libro?

Cuatro cosas.

### **Primero: Pídale a Dios que lo perdone**

La Biblia dice que “si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1: 9). Suceden dos cosas cuando confesamos nuestros pecados: Dios ya no nos hace responsables por ellos, y así continúa nuestro avance hacia la victoria.

En algunos casos, nuestra confesión puede ser inmediata. Podemos arreglar las cosas tan pronto como nos damos cuenta que hicimos algo

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

equivocado. Sin embargo, a veces pasará algún tiempo antes de que podamos hacer una confesión. En algunos casos, las circunstancias pueden impedir que hagamos una confesión de inmediato. Quizá no podamos localizar al individuo que perjudicamos, o quizá necesitemos esperar hasta que la situación en que nos encontramos se resuelva. En otros casos, tomará tiempo antes de que nosotros siquiera advirtamos que hemos hecho mal, y cuando entendemos nuestro error, quizá nos tome un tiempo reunir el valor para arreglar las cosas. Quizá tengamos que luchar con Dios durante algunos días, o algunas semanas; quizá algunos meses.

Entretanto, seamos sinceros con Dios y estemos dispuestos a obedecer su voluntad. Él está perfectamente dispuesto a cooperar con nuestra flaqueza humana. Él no exige que seamos perfectos. Solo nos pide que seamos honestos.

### **Segundo: Concédase tiempo**

Usted tiene que darse tiempo a sí mismo para ganar la victoria. Este es un punto crucial. Algunos cristianos se desaniman cuando cometen los mismos errores día tras día. No comprenden que cometer errores de ese tipo son parte del ser humano: parte de una vida cristiana normal. Si la victoria es un proceso, entonces necesitamos aprender a que sea eso y no dejarnos abrumar por la culpa cada vez que cometemos un desacierto.

El asunto no es si cometemos errores a diario. El asunto es si estamos buscando la victoria. Lo fundamental no es si hemos *ganado* la victoria, más bien lo primordial es si estamos *haciendo progresos* en esa dirección. La victoria debe ser nuestro objetivo y debemos perseguirla activamente. Así que concédase un descanso, un respiro. Dios no le exige una victoria instantánea. ¿Por qué habría de exigírsela usted mismo?

Creo que aprender a aceptar nuestra humanidad y nuestras imperfecciones, y a estar en paz con nosotros mismos y con Dios, es uno de los mayores desafíos del ser humano. Esta es una de las mayores lecciones que debe aprender un cristiano. No hay paz sin esta aceptación.

### **Tercero: Pídale a Dios que le muestre las cosas que no funcionaron**

Cada vez que pecamos, algo funcionó mal. La pregunta es ¿qué pudo haber sido? Obtener la respuesta correcta es crucial para cualquier cristiano que desea triunfar seriamente. Y le puedo decir quién tiene la respuesta: Dios.

Me gustaría poder asegurarle que usted puede obtener la respuesta divina mediante la oración, abriendo la Biblia y escogiendo algún texto. Me gus-

taría decirle que Dios podría darle una visión, o que usted escuchará voces en la noche. Sin embargo, Dios no obra de ninguna de esas formas para concedernos las respuestas a nuestra vida espiritual. Él es mucho más indirecto, y por ser Dios, podemos suponer que su manera de contestarnos es la mejor, aunque a veces nos parezca frustrante.

Entonces, ¿cómo podremos encontrar la respuesta divina a nuestra pregunta de qué anduvo mal? Haciendo dos cosas. Primero, pidiéndole a Dios percepción adicional. Segundo, proponiéndonos encontrar esa percepción que necesitamos.

*Pidiendo percepción adicional.* Lo que usted necesita cuando se siente desanimado por algún fracaso, es más percepción respecto a su adicción y algunas ideas nuevas respecto a la forma en que podrá lidiar con su problema. He compartido con ustedes nueve o diez estrategias para lidiar con la tentación, que en mi caso han funcionado, pero que no son más que la parte visible del *iceberg*. Dios tiene mil estrategias disponibles para usted y para mí a fin de que podamos vencer al dragón interno. Hay muchas de ellas en las cuales ni siquiera hemos pensado. Aun así, varios de estos métodos son precisamente los que necesitamos para bregar con nuestros problemas específicos.

Por lo tanto, vaya de vuelta al mismo principio y pídale a Dios sabiduría. Pídale que le muestre algunas nuevas estrategias con las cuales pueda experimentar. Usted podría orar de la siguiente forma: “Padre, me siento frustrado porque parece que no estoy llegando a ninguna parte en mi lucha con las tentaciones. Muéstrame algo nuevo que pueda poner en práctica, o indícame otra manera de utilizar las estrategias que he estado usando”. Luego, termine su oración agradeciéndole por lo que él va a decirle que usted haga, y alabándolo porque ya la victoria es suya en Cristo Jesús. Deseo asegurarle que Dios responderá a su pedido para obtener un mayor entendimiento. No obstante, como le dije anteriormente, no espere recibir visiones, o escuchar voces en la noche. Las respuestas de Dios son mucho más indirectas. Permítame ilustrar esto con la analogía del laberinto que mencioné en un capítulo anterior.

Usted se encuentra atrapado en un gigantesco laberinto con los ojos cubiertos por un pañuelo. Intenta salir de allí palpando las paredes, y en determinado momento encuentra una puerta por la cual entra. Entonces continúa tentando a ambos lados del nuevo pasillo hasta que llega a otra puerta, la cual también atraviesa. Finalmente, al ir descartando las rutas erradas, puede salir al exterior donde le permiten quitarse la venda.

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

Gracias a Dios, usted tiene la ventaja que hay Alguien que está ansioso por ayudarle a encontrar las puertas que conducen al exterior. Sin embargo, usted necesita entender que aunque él *podría* tomarlo de la mano y llevarlo directamente al exterior (una “solución rápida”), ha escogido *no* hacerlo. Él le ayudará dándole indicaciones para que descubra la salida de una forma más eficiente, sin embargo, permite que usted la encuentre por medio de la experiencia.

En este libro he compartido con usted muchas de las estrategias para ganar la victoria sobre el pecado que me han dado resultado a través de los años. Puedo asegurarle que no descubrí estas estrategias en el orden estricto en que las he presentado aquí. Fui tropezando con ellas una a una, poco a poco, pieza por pieza, mediante un proceso de experimentación. *Estas respuestas no llegaron fácilmente, tampoco llegaron de manera rápida.* Pero llegaron.

Y Dios está tan dispuesto a mostrarle cómo salir de su laberinto así como lo estuvo cuando me mostró a mí cómo salir del mío.

*Busque la percepción adicional.* Una vez que usted le haya preguntado a Dios qué anduvo mal, entonces trate de encontrar la respuesta. Comience con la Biblia. Ore mientras la lee, pidiéndole al Señor que le muestre nuevas formas de experimentar la victoria. La variación que le muestre puede ser una nueva actitud, o quizá sea una nueva manera de orar. Sea lo que fuere, pruébela y no se desanime.

Sea duro con usted mismo. Busque un consejero. Únase a un grupo de Los Doce Pasos. Vaya a una librería, o a una biblioteca, y consiga libros que traten de su tentación. Lea todo lo que usted pueda acerca de la adicción y la dependencia. Si tiene que hacerlo, asista a algún centro de tratamiento para adictos y dependientes. Recuerde, sobre todo, la promesa de Dios:

“Si clamares a la inteligencia,  
y a la prudencia dieres tu voz;  
si como la plata la buscares,  
y la escudriñares como a tesoros,  
entonces entenderás el temor de Jehová,  
y hallarás el conocimiento de Dios” (Prov. 2: 3-5).

Quisiera compartir con usted una promesa trascendental:

### LA VICTORIA ES POSIBLE

¡Usted necesita creerlo! Nunca debe cesar de tener fe. Jamás permita que los fracasos de ayer nublen su vista para no ver la posibilidad de las



victorias del mañana. La victoria les llega a los que creen, no a los que dudan.

Tampoco debe abandonar la lucha. La victoria no llegará simplemente porque la deseamos. No la obtendrá sentado en la iglesia. No le llegará al retorcerse las manos y hundirse más en su culpa. La victoria les llega a los que trabajan, luchan, y se esfuerzan por alcanzarla.

Recuerde que la ruta hacia la victoria está llena de fracasos. Las personas buenas lo son porque han llegado a ese punto mediante sus fracasos. El concepto *religión experimental* significa precisamente eso. Si usted fracasa, vuelva al punto de partida y pídale a Dios que le muestre cómo variar el método. Entonces pruebe de nuevo. Si eso falla, pídale a Dios que le muestre otra forma de variar el experimento, e inténtelo una vez más. Puede ser que en numerosas ocasiones no tenga éxito, pero *irá progresando*.

#### **Cuarto: Recuerde que Jesús todavía lo acepta**

En un país lejano hay un puente de ferrocarril sobre un profundo abismo. El abismo tiene trescientos metros de profundidad y el puente tiene casi un kilómetro de largo. En cierta ocasión un viajero deseaba cruzar el puente a pie pero era largo, el abismo profundo y no sabía cuándo pasaban los trenes. Por buena suerte, encontró a un lugareño que conocía el horario del tren y que había cruzado el puente muchas veces. Este hombre se ofreció para guiar a nuestro viajero. Le mostró cómo poner los pies cuidadosamente en los durmientes. Entonces, asió la mano del viajero fuertemente con la suya y comenzó a guiarlo. De pronto, a mitad del puente, el pie del viajero se desliza entre dos durmientes y parece caerse.

Dígame usted, ¿qué cree que hará el guía? ¿Soltará la mano del viajero o la apretará más fuerte?

Usted sabe la respuesta, ¿no es así?

Pero es sorprendente cuántas personas creen que cada vez que tropiezan a lo largo del camino de la vida hacia la victoria, Jesús les suelta la mano. Esto por lo general conduce a un sentimiento de condenación, y la condenación lleva al fracaso. En el mismo momento que usted cede, debe creer que Jesús todavía lo lleva de la mano. Que su brazo rodea los hombros de usted, y que tiene una sonrisa en su rostro, asegurándole a usted que él se mantendrá al lado suyo para ayudarlo la próxima vez que sea tentado.

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

La mayor tentación no es aquella ante la cual usted acaba de fracasar. Dos minutos después de usted haber cedido, la tentación que el enemigo tratará de sembrar en su mente es que su reciente fracaso lo hace indigno de la gracia de Dios. Por lo tanto, lo más importante en su lucha con la tentación, será alabar a Dios inmediatamente después de haber cedido. He aquí la oración que debe utilizar:

**Padre, confieso que he pecado, pero te alabo porque a pesar de este pecado, no estoy bajo condenación. Te alabo porque la justicia de Cristo sustituye a mi pecaminosidad, y soy un hombre o una mujer, perfecto en él.**

Tal como señalé anteriormente en este libro, la imaginación es una de las formas más importantes para ejercer la fe. Así que después de elevar la oración anterior, utilice su mente para visualizar a Jesús sonriéndole. Piense que su brazo está alrededor de sus hombros. Escúchele decir: “Sé que te sientes mal porque has fracasado, pero quiero asegurarte que estoy aquí a tu lado para ayudarte la próxima vez que seas tentado” Si el sentimiento de culpa que experimenta es tan fuerte que se le hace difícil imaginar este cuadro mental, entonces solamente alabe a Dios por la sonrisa de Jesús y continúe tratando de imaginar dicho panorama.

\* \* \* \* \*

Hemos vuelto al punto de partida de este libro: comenzamos hablando de la justificación y hemos regresado a la justificación. La justificación es una plataforma segura sobre la cual podemos cometer errores mientras aprendemos a no hacerlos. ¿Le parece más sensata esa idea ahora? Quizá se sintió amenazado al leerla en la primera parte de este libro, temiendo que yo estuviera rebajando las normas, justificando el pecado excusando el mal. Espero que entienda, después de leer la Segunda Sección, que no *excuso* el pecado. No lo trato livianamente. El pecado es sumamente serio, y Dios espera que hagamos todo lo que podamos para vencerlo. Pero él entiende la realidad acerca de *cómo* lo vencemos. Él sabe que la victoria sobre el pecado llega mediante del desarrollo del carácter, y esto es algo que toma tiempo. Él nos concede el tiempo. No exige una victoria instantánea sobre el pecado. Solo pide que sigamos seriamente buscando la victoria. Y él promete estar a nuestro lado en cada paso del camino.

Por favor, lea nuevamente las dos promesas de los escritos de Elena G. de White que compartí con usted en la Primera Sección:

“Cuando está en el corazón el deseo de obedecer a Dios, cuando se hacen esfuerzos con ese fin, Jesús acepta esa disposición y ese esfuerzo como el mejor servicio del hombre, y suple la deficiencia con sus propios méritos divinos” (IMS 448).

“Para avanzar sin tropezar, debemos tener la seguridad de que una mano todopoderosa nos sostendrá, y que una infinita misericordia se ejercerá hacia nosotros si caemos. Solo Dios puede oír en todo momento nuestro clamor por ayuda” (HH 157).

Con promesas como estas, y con la ayuda que Dios ha provisto, usted y yo no podemos menos que vencer al dragón interno. Y mientras más aprendamos a conquistar a ese dragón, mejor preparados estaremos para conquistar al dragón externo.

# CONCLUSIÓN

Imagine por un instante que una tarde, de aquí a varios años, está sentado en su sala, observando el noticiero vespertino. Los acontecimientos mundiales le sugieren claramente que el tiempo de gracia se ha cerrado, y el informe de esa noche es una prueba convincente. De pronto, suena el timbre de la puerta, y cuando usted la abre, encuentra a un amigo íntimo de la iglesia. Lo saluda y lo invita a pasar y sentarse. Luego de conversar por algunos minutos, su amigo le dice:

—¿Crees que el tiempo de gracia se ha cerrado?

—¡Qué bueno que me lo preguntas! —dice usted—. Estaba mirando las noticias y preguntándome exactamente lo mismo. Creo que la respuesta es probablemente que sí.

Su amigo hace una pausa. Entonces lo mira fijamente con un semblante preocupado y le dice:

—¿Te sientes preparado para el cierre de la gracia?

La pregunta parece poco razonable en nuestros días; pero le puedo asegurar que si nuestra interpretación adventista del tiempo del fin es acertada, usted y yo nos haremos esa misma pregunta un día no muy lejano.

Mientras usted piensa en esa pregunta hoy, ¿qué respuesta cree que le daría a su amigo? ¿Le diría: “¡Por supuesto que estoy preparado! Últimamente me siento casi *perfecto*”.

Espero que hoy no diga eso, porque puedo asegurarle que tampoco *podrá* decirlo en aquel día. La única respuesta que puedo dar a la pregunta de cuán cerca de la perfección necesitamos estar usted y yo cuando se cierre el tiempo de gracia es la siguiente: hemos de permitir que

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

Jesús lleve nuestro carácter lo más cerca posible de la perfección, mientras que continuamos unidos a él con el propósito de ser transformados.

Quiero asegurarle que si usted está haciendo fielmente su parte para desarrollar un carácter como el de Cristo antes del fin del tiempo de gracia, él le garantiza que hará la suya y lo preparará a tiempo. Usted no sabe cuando ha de estar listo, pero él sí lo sabrá, y eso es lo que importa. Confíe en que él no va a cerrar la gracia hasta que usted esté listo, porque *no lo hará*.

Esto nos lleva a un último asunto que necesitamos tratar en este libro; la idea de la “perfección absoluta”.

De vez en cuando alguien me dice: “Pastor Moore, ¡los que vivan después del fin del tiempo de gracia sin un mediador han de ser absolutamente perfectos!” Algunas personas se refieren a este concepto como la “teología de la última generación”. Quizá usted también lo haya escuchado.

He encontrado la respuesta perfecta para quien me desafía con esta idea. Le digo: “Quizás usted tenga razón. En realidad no sé, porque no puedo definir la perfección. Por lo tanto, nunca se podrá conocer el momento cuando lleguemos a ser suficientemente buenos”. Paso entonces a señalar que si somos fieles en hacer nuestra parte, Dios ha prometido hacer la suya y prepararnos a tiempo.

Si Dios sabe que usted y yo necesitamos ser perfectos para vivir sin un mediador cuando se cierre el tiempo de gracia, entonces él va a obrar en nosotros la perfección. Si él sabe que un grado cercano a la perfección es adecuado para vivir sin mediador, él nos ayudará a alcanzar ese nivel. Debido a que nunca sabremos en qué momento hemos llegado a ese punto, simplemente debemos confiar en que si hacemos nuestra parte, Dios hará la suya y nos preparará en todo lo que necesitamos, y que lo hará a su tiempo.

Para decirlo de otro modo, los adventistas del séptimo día y todos los demás cristianos necesitan dedicar suficiente tiempo para entablar una relación sincera con Dios y unos con otros. Asimismo tienen que hacer lo mejor que puedan para vencer sus pecados y defectos de carácter. Pero no vacilo en decir que *no tenemos que emplear ni un minuto para preocuparnos de cuán cerca estamos de la perfección, o lo cerca que debiéramos estar*. Esta afirmación no tiene el propósito de negar la realidad, o la importancia de la perfección. No tiene otro objetivo sino manifestar la conclusión lógica de que si no podemos definir la perfección, y si tampoco podemos

conocer nuestro grado de perfección como para vivir sin mediador, entonces no tendremos de qué preocuparnos.

En cualquiera de los casos, la perfección del carácter por sí sola nunca será suficiente para sostenernos cuando termine la gracia y caigan las últimas siete plagas. Durante esos días finales de la historia de la tierra, necesitaremos el manto de la justicia de Cristo tanto como ahora, y quizá más.

Para concluir; me gustaría compartir con usted la mejor definición de perfección que he encontrado. Se halla en *Palabras de vida del gran Maestro*:

“La plenitud del carácter cristiano se alcanza cuando el impulso a ayudar y beneficiar a otros brota constantemente de dentro [es decir: de nuestro interior]” (PVGM 317).

La perfección ocurre dentro de uno, internamente. Usted y yo necesitamos, antes que nada, vencer a nuestro dragón interior. Jesús desea especialmente cambiar sus impulsos y los míos desde adentro.

No estaremos listos para el cierre de la gracia y para vivir sin mediador hasta que estemos internamente preparados. Espero, sobre todo que lo que usted haya aprendido de este libro le ayude cada día a ser *internamente* más y más como Jesús.

## Apéndice A

# LOS DOCE PASOS DE ALCOHÓLICOS ANÓNIMOS

1. Admitimos que éramos impotentes ante el alcohol, que nuestras vidas se habían vuelto ingobernables.
2. Llegamos a creer que un Poder superior a nosotros mismos podría devolvernos el sano juicio.
3. Decidimos poner nuestras voluntades y nuestras vidas al cuidado de Dios, tal como nosotros lo concebimos.
4. Sin miedo hicimos un minucioso inventario moral de nosotros mismos.
5. Admitimos ante Dios, ante nosotros mismos, y ante otro ser humano, la naturaleza exacta de nuestros defectos.
6. Estuvimos enteramente dispuestos a dejar que Dios nos liberara de nuestros defectos.
7. Humildemente le pedimos que nos liberara de nuestros defectos.
8. Hicimos una lista de todas aquellas personas a quienes habíamos ofendido y estuvimos dispuestos a reparar el daño que les causamos.
9. Reparamos directamente el daño causado a cuantos nos fue posible, excepto cuando el hacerlo implicaba perjuicio para ellos o para otros.
10. Continuamos haciendo nuestro inventario personal y cuando nos equivocábamos lo admitíamos inmediatamente.
11. Buscamos a través de la oración y la meditación mejorar nuestro contacto consciente con Dios, como nosotros lo concebimos, pidiéndole solamente que nos dejara conocer su voluntad para con nosotros y nos diera la fortaleza para cumplirla.
12. Habiendo obtenido un despertar espiritual como resultado de estos pasos, tratamos de llevar el mensaje a los alcohólicos y de practicar estos principios en todos nuestros asuntos.

## **El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?**

Algunos cristianos, incluyendo a adventistas del séptimo día, han manifestado serias objeciones a los Doce Pasos. La siguiente es una respuesta breve a algunas de las objeciones más comunes.

### **Los cristianos no debieran confesarse sus pecados mutuamente**

Algunos adventistas han manifestado dos objeciones al quinto paso. La primera es que se asemeja al confesionario católico. La segunda es que Elena G. de White dice que únicamente debiéramos confesarle a Dios nuestros pecados. He respondido a estas objeciones en el capítulo 18.

### **Solo hay un Dios**

Algunos cristianos objetan el paso n° 3, y el n° 11, que hablan de Dios “según lo concebimos”. Señalan que este paso nos lleva a aceptar una multiplicidad de dioses cuando la Biblia habla de un solo Dios. Responderé a estas objeciones de dos maneras.

En primer lugar, mientras que los cristianos consideran correcta la declaración de que el único Dios verdadero es el Dios de la Biblia, todavía existen muchas percepciones del Dios bíblico en sus mentes. Los Doce Pasos no dicen que haya muchos dioses. Más bien le piden a los adictos que oren a Dios según el concepto que tengan de él.

En segundo lugar, los Doce Pasos no fueron escritos para los cristianos. Fueron diseñados para ayudar a personas de todos los credos religiosos, e incluso para los que no tienen creencias formales. Hay budistas, musulmanes e hindúes que se han recuperado del alcoholismo gracias a los Doce Pasos. Los *mismos* tratan más acerca de principios espirituales que de religiosos, bajo la suposición de que los principios espirituales trascienden las barreras denominacionales y religiosas. Los cristianos que desean aplicar los Doce Pasos desde una perspectiva estrictamente cristiana, debieran iniciar un grupo cristiano de Los Doce Pasos y anunciarlo de esa manera.

### **El creador del plan de los Doce Pasos era espiritista**

La agrupación Alcohólicos Anónimos fue fundada a fines de la década de 1930 por Bill Wilson de Nueva York, y el Dr. Robert Smith de Ohio. Inicialmente existían solamente seis pasos, pero en 1938 Bill Wilson los expandió a los Doce Pasos actuales. En los años siguientes, se hicieron varias modificaciones leves, mayormente para evitar ofender a personas



que pertenecían a determinados grupos religiosos. Así es que se puede decir que los Doce Pasos que conocemos hoy fueron formulados en 1938 por Bill Wilson.\*

Hay algunas evidencias de que Wilson participó en el espiritismo durante la década de los cuarenta. Sin embargo, también es cierto que no practicaba estas creencias en 1938 cuando redactó los Doce Pasos.

Sea cual fuere el caso, es necesario juzgar los Doce Pasos por lo que dicen, no por las creencias que su creador pueda haber tenido. Si los Doce Pasos no mencionan principios espiritistas, y esto es un hecho, entonces no están basados en dichas creencias.

### **Los Doce Pasos y la justificación por la fe**

Algunas personas han objetado los Doce Pasos sobre la base de que se oponen al principio bíblico de la justificación por la fe. La respuesta a esta objeción es sencilla. La salvación, según la entienden los cristianos protestantes (incluyendo a los adventistas del séptimo día), se basa en la justificación por la fe, no por las obras de la ley. Alcohólicos Anónimos no garantiza que los Doce Pasos le proveerán a nadie la vida eterna. Son un camino hacia la sobriedad en esta vida y nada más. Sin embargo, hay cristianos, incluyendo a muchos adventistas del séptimo día, que creen que los Doce Pasos proporcionan una manera excelente de conquistar los pecados más difíciles de vencer. He señalado repetidamente que la victoria sobre el pecado no es la base de nuestra salvación. Por lo tanto, no hay contradicción entre los Doce Pasos y la salvación por la fe.

También he puesto de manifiesto en este libro que hay una gran similitud entre Los Doce Pasos y los principios bíblicos utilizados para vencer al pecado. No he encontrado contradicción alguna entre estos dos conceptos.

Ante el hecho de que el desarrollo del carácter es la obra de toda la vida, me preguntaba cómo Dios permitiría el desarrollo de esa fuerza en quienes acepten las verdades que se han de proclamar durante el fuerte clamor y la advertencia final. Ahora lo sé. Creo que Dios está utilizando los Doce Pasos para cumplir ese objetivo ahora mismo en la vida de millones de personas de corazón honesto, tanto cristianos como no cris-

---

\* Para una explicación más extensa del origen de la entidad Alcohólicos Anónimos y los Doce Pasos, lea el capítulo 24 del libro de Carol Cannon, *Never Good Enough* (Nunca suficientemente bueno).

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

tianos. A última hora, añadirán el toque final de la doctrina necesaria para soportar la crisis final de la tierra, y estarán tan listos para el cierre de la gracia como aquellos que hemos caminado en la luz más plena de la verdad durante muchos años.

## Apéndice B

# ADICCIÓN, DEPENDENCIAS Y CRISTIANISMO

Desde la década de 1930 y en mayor medida en la actualidad, Alcohólicos Anónimos ha llamado la atención del mundo al tema de la adicción. Desde mediados de la década de 1980, la teoría de las dependencias ha florecido junto a la adicción como una manera de definir algunos de los problemas humanos. Algunos cristianos critican tanto a la adicción como a la teoría de las dependencias, sobre la base de que ponen en peligro la posición cristiana sobre la interdependencia entre la humanidad, Dios y el pecado.

Como sabemos, en este libro hablo bastante acerca de la adicción y las dependencias. He encontrado mucha ayuda en estas teorías. Dedicarme a responder en este libro a las preocupaciones de quienes critican las teorías de la adicción y las dependencias, nos habría apartado del propósito principal del mismo. Sin embargo, esas preocupaciones tienen que ser atendidas y he decidido hacerlo en este apéndice.

Comenzaré por decir que en cierto sentido, son legítimas las inquietudes de quienes critican las teorías de la adicción y las dependencias. Los cristianos precisan ser cuidadosos en cuanto a la forma de relacionarse con ideas extrabíblicas que tratan acerca de la mente y las emociones humanas. Algunos cristianos llevan este concepto hasta el extremo de insistir que toda verdad tiene su origen en la Biblia. Si la Palabra no lo dice, se niegan a considerarlo. Tienen tanto temor a contaminarse con el mundo que lo evitan por completo.

Mi enfoque es observar lo que la sociedad dice tamizándolo a través de los principios y valores de la Biblia y permitir que ese enfoque bíblico me ayude a definir y aceptar unas ideas y rechazar otras.

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

Se necesitaría un libro de este mismo tamaño para tratar todas las objeciones que se han expresado contra las teorías de la adicción y la dependencia. En este corto apéndice trataré dos asuntos y le pediré a usted, que utilice el método que expongo para evaluar dichas críticas. Esto puede ser un modelo para que usted analice cualquier censura a la que pueda verse expuesto. Recuerde que algunas de las críticas tendrán validez mientras que otras no. Usted tendrá que tomar su decisión, basándose en un razonamiento que esté moldeado por principios bíblicos.

### La adicción como una enfermedad

Algunos cristianos atacan la teoría de la adicción sobre la base de que reduce el pecado al nivel de una enfermedad. Según un crítico:

“La teoría de la dependencia, así como la teoría de Alcohólicos Anónimos y otros grupos de “recuperación”, depende de una idea que se apoya en la enfermedad. Aunque es desagradable, la enfermedad es un concepto prolijo que sugiere los métodos racionales de diagnóstico, tratamiento y recuperación. Los expertos en los hábitos de dependencia dicen que no importa lo que le aqueja a usted, o a la sociedad, es tan solo un síntoma de una enfermedad mayor. La condición humana, por lo tanto, tan solo requiere una terapia correcta. Esto es algo devastador para los no cristianos, porque las Escrituras enseñan que la condición humana es la muerte, no la enfermedad, y que requiere una regeneración, no un sanamiento” (Kenneth A. Myers, *SPC Journal*, 18: 3).

Este autor confunde el tema al sugerir que considerar el pecado como una enfermedad es el eje de la cuestión. Si creemos que el pecado es una enfermedad y nada más, entonces su declaración es verdadera. No obstante, si pensamos en la enfermedad como una forma entre otras de describir el pecado, y si tomamos del concepto de la enfermedad lo que es útil y nos negamos a llevar el concepto al extremo, entonces puede ser más útil.

La verdad es que la Biblia misma define al pecado como una enfermedad. “Toda cabeza está enferma, y todo corazón doliente —escribió Isaías para describir la condición pecaminosa del pueblo judío—. Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa sana, sino herida, hinchazón y podrida llaga; no están curadas, ni vendadas, ni suavizadas con aceite” (Isa. 1: 5, 6).

En el Nuevo Testamento, la palabra para salvación y para sanidad es la misma. El Nuevo Testamento compara al pecado con la lepra, y los cristianos modernos comparan al pecado con el cáncer.

Cuando decimos que el pecado es una enfermedad, sencillamente estamos empleando una metáfora, una ilustración, que nos ayudará a entender la condición humana caída y deshecha. Podrían emplearse muchas metáforas para definir al pecado. Podríamos utilizar el idioma de las computadoras y referirnos al pecado como un “virus” en el sistema. Siempre y cuando no intentemos aplicar la analogía en todas sus implicaciones, si la restringimos a uno o dos conceptos sencillos, esta comparación puede ser útil. Ninguna analogía del pecado puede incluir todo lo que es el pecado. Nos irá mejor si usamos diversas analogías, tomando de cada una lo que nos sea de utilidad, sin llevar ninguna de ellas a sus situaciones extremas.

Incluso nuestras definiciones más bíblicas pueden ser llevadas a un extremo peligroso. Los adventistas típicamente definen al pecado como la transgresión de la ley (ver 1 Juan 3: 4). Esa es una buena definición del pecado, pero no abarca la totalidad del concepto, y nos metemos en dificultades mayores cuando intentamos que esa definición lo abarque todo. Los fariseos eran expertos en explicar el pecado en función de la ley, pero en el Sermón del Monte, Jesús afirmó que el pecado es mucho más que un código escrito. Expandió la definición del pecado de manera que incluyera los deseos de la mente y del corazón.

El concepto del pecado como enfermedad puede ser útil para los que sufren de una vergüenza enfermiza y de un falso sentido de culpa. Algunos adictos afirman que definir su adicción como una enfermedad los libra lo suficiente de implicaciones morales para poder vencerla. Lo que quieren decir es que sentían una vergüenza tan intensa y enfermiza respecto a su condición, que la misma les impedía enfrentarla. Considerar su caso como una enfermedad los aliviaba lo suficiente como para permitirles librarse de la vergüenza enfermiza para luego enfrentar el problema de la adicción.

No obstante, sería un serio error llevar esta idea hasta el punto de decir que la adicción no tiene implicaciones morales y que el adicto nunca debiera sentir la menor culpabilidad por su adicción. Aseverar esto sería un ejemplo de una analogía que se lleva a un extremo incorrecto.

## **La dependencia y la Nueva Era**

Un argumento común en contra de la teoría de la dependencia, es que se le atribuye ser una filosofía vinculada a la Nueva Era. Esto es parcialmente cierto, así como también existe un elemento de verdad en decir que Dios,

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

la oración y la meditación forman parte de la Nueva Era. Existen muchos libros sobre el tema de la dependencia que han sido escritos desde la perspectiva de la Nueva Era. Esto significa simplemente que la dependencia es tan parte de la Nueva Era, como lo serán la meditación y la oración en cuanto los miembros de dicho movimiento escriban sobre estos conceptos.

Los cristianos no tienen que preocuparse porque los autores de la Nueva Era estudien la meditación, la oración o la dependencia. Lo fundamental es saber qué dicen al respecto. Una revista o un libro cristiano, expresarán ideas radicalmente distintas a las publicaciones de la Nueva Era.

En este libro he intentado proporcionarle a usted, amigo lector, argumentos cristianos basados en la Biblia. O, por así decirlo, extraer ideas de la adicción y la teoría de la dependencia que sean bíblicamente coherentes, para así ayudar a los cristianos a entender mejor su condición humana. Mientras la Biblia sea nuestra guía creo que es perfectamente apropiado que los cristianos busquemos ideas “afuera”, en el mundo.

Permítame darle un ejemplo. Una de las ideas que la Nueva Era plantea comúnmente es que uno mismo, como persona, es un dios. Según esta teoría todo depende de nuestra actitud personal. Afirma que la suma de todo conocimiento está dentro de cada ser humano; que la solución para el problema del mal es que los individuos desarrollen su bondad inherente.

Los cristianos también tomamos en cuenta el “yo”, pero de manera muy diferente. Nosotros consideramos que la naturaleza pecaminosa corrompe la personalidad. Sin embargo, no decimos que la individualidad carece de valor, o que un cristiano o una cristiana necesiten descuidar su “yo”. Fue Jesús quien dijo: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mat. 22: 39). Muchos autores cristianos han hecho énfasis en que no podemos amar a nuestros prójimos sin antes amarnos a nosotros mismos. No tenemos que amarnos más, ni tampoco menos que a los demás. El cristiano que es saludable emocional y espiritualmente, es alguien que sabe cómo preocuparse *tanto* de él mismo, como de su prójimo.

Algunas personas critican la teoría de la dependencia debido a que coloca en primer lugar al amor propio, y en segundo al amor al prójimo. Por ejemplo, Carol Cannon enfatiza que cuidarse a sí mismos es la primera obligación de los padres con hijos. Aunque no lo parezca, Carol no les dice a los padres que sean egoístas. Ella tan solo destaca el hecho obvio de que un padre enfermo emocionalmente no puede cuidar bien a un

niño. Si un padre carece de salud mental, no importa que lea todos los libros sobre el cuidado infantil que existen en el mundo, aun así será un mal padre. Los padres *tienen que* resolver sus problemas emocionales primero, para después ayudar a sus hijos a desarrollar sanamente sus sentimientos.

Esto indica lo fácil que resulta malinterpretar las palabras de un escritor. El que una afirmación dada no utilice el lenguaje cristiano cotidiano, no significa que sea incorrecta. Como ejemplo, usaré dos fragmentos de un artículo básico sobre la dependencia que leí en una revista. El autor del texto, a su vez, citaba un par de escritores expertos en la dependencia para probar que la teoría es errónea. En mi opinión, una de las referencias empleadas es un argumento válido en contra de la dependencia desde cierto punto de vista, y la otra no. Intente usted adivinar cuál fragmento considero correcto. Las citas fueron tomadas del artículo de Eward T. Welch, "Early Roots of the Codependence Movement" (Fuentes primitivas del movimiento de la codependencia), *SCP Journal*, 18: 3, 25. Aquí están los fragmentos:

"Honrarse a sí es amar nuestra propia vida, las posibilidades de crecimiento y gozarnos; amar el proceso de descubrir y explorar nuestro peculiar potencial humano. Así comenzaremos a ver que honrar nuestro yo es practicar un egoísmo del tipo más elevado, noble y menos común que se pueda imaginar. Esto, en mi opinión, requiere una enorme independencia, valor e integridad" (Nathaniel Branden, *Honoring the Self*, Boston. Houghton Mifflin, 1983, 4).

"Mi individualidad se basa en mi propia alma. Esa es la esencia de lo que yo soy, un ser excelente, y yo deseo sentirme así siempre. [...] Mi santo y sagrado ser está en su lugar y yo quiero verlo aquí y ahora" (Lynne Bundesen, *God Dependency*, Nueva York: Crossroad, 1989, 106).

¿Cuál argumento le parece más apropiado a usted, y cuál sería cuestionable desde una perspectiva cristiana? Para mí, el primero es correcto y el segundo tiene argumentos en contra. ¿Por qué?

El primer autor nos anima a honrar nuestro amor por la vida y las posibilidades infinitas que existen para desarrollarnos y gozarnos en ella. Nos aconseja amar el "proceso del descubrimiento y exploración de nuestro peculiar potencial humano". Esta es la misma enseñanza que Jesús mostró en la parábola de los talentos. ¿Cuál de los dos hombres fue condenado: el que amaba la vida y todas las posibilidades que le ofrecía Dios, o aquel que por temor se negó a desarrollar su propio potencial?

## El dragón que todos llevamos dentro ¿Cómo vencerlo?

Sin el primer párrafo, me sentiría incómodo con el segundo. No obstante, si limitamos el uso que hace de los términos *amor propio* y *egoísmo* a la definición que nos proporciona el primer párrafo, entonces yo mismo puedo estar de acuerdo con la frase: “Así comenzaremos a ver que honrarse uno mismo es practicar un egoísmo del más elevado, noble y menos común que la palabra pueda representar. Esto, en nuestra opinión, requiere una enorme independencia, valor e integridad”.

El segundo autor, por otro lado, suena muy similar a lo que usualmente dicen los escritores de la Nueva Era. Comienza diciendo que “*mi* individualidad se apoya en *mi* propia alma”, lo cual me molesta. ¿Será una reacción apasionada frente a la palabra *alma*, que enerva nuestra condición de adventistas? Por supuesto que sí, al igual que mis raíces adventistas reaccionaron inmediatamente ante el uso de la palabra *egoísmo* en el párrafo anterior. *Esa respuesta “visceral” es necesaria cada vez que nos enfrentemos a un texto nuevo.* Es el valor de un fundamento sólido en la fe cristiana; de inmediato nos sentimos incómodos cuando la moral está en peligro. Los cristianos prudentes, sin embargo, leen con cuidado para asegurarse de que su reacción pasional sea válida. Si lo es, desecharán la lectura pero, si un examen meticuloso de las palabras del autor muestra que sus ideas son coherentes con la perspectiva cristiana, como en el caso de la primera referencia, entonces los cristianos prudentes aceptarán lo que diga el autor.

Cuando leí la cita completa del segundo escritor, descubrí que glorifica al “yo” y a los sentimientos de su propio ser al que llama “santo” y “sagrado”. Este énfasis tan constante en “yo” y en “mi”, me recuerda el reclamo de Satanás en Isaías 14: 13: “Sobre las altas nubes subiré, y seré semejante al Altísimo.” Todo esto es parte de la filosofía de la Nueva Era y la rechazo por entero.

Uno de los aspectos más interesantes de ambas referencias, es que la primera aparece en un libro publicado por una editorial secular, ¡mientras que la otra pertenece a un libro cristiano! ¡Seamos muy cuidadosos con lo que leemos!

En conclusión, me gustaría ofrecer las siguientes pautas para la lectura, tanto de libros seculares como cristianos que traten de la adicción y la dependencia:

1. Conozca su Biblia. Indague el fundamento de la doctrina cristiana. Si usted se convirtió al cristianismo recientemente, o si ha negado las



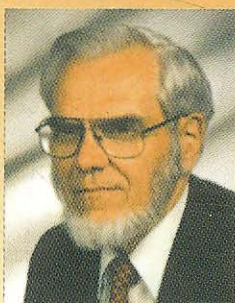
bases más profundas de la fe durante una larga vida dentro del cristianismo, entonces discuta las ideas que encuentre en sus lecturas con cristianos más maduros. Acérquese a ellos para que le recomienden otros libros.

2. Ore, de manera que pueda recibir las advertencias de parte de Dios. No suponga que un libro estará automáticamente correcto solo porque el autor y la editorial sean cristianos. Tenga cuidado con los textos escritos por autores cristianos que no pertenecen a su misma denominación, y también con los no cristianos, pero no se convierta en una persona paranoica.
3. Cuídese por igual tanto de los autores seculares como de los cristianos paranoicos. Esto es, sea precavido cuando encuentre cristianos cuyas críticas parezcan en extremo duras. Personas que califican todo en función de blanco o negro, y cuyo lenguaje insinúa la promoción de una agenda o plan. Tenga cuidado con los cristianos que usan palabras emotivas. Por ejemplo, uno de los autores que mencioné anteriormente y que critica esta teoría, hace mención de los “gurús de la dependencia”. *Gurú* en este caso es un concepto peyorativo que me dice que debo cuestionar la objetividad de dicho autor, especialmente tomando en cuenta que todo el artículo está escrito en el mismo tono.
4. Pídale a Dios que le conceda la capacidad para hacer una reflexión personal, primero desde la perspectiva bíblica, y luego respecto a las demás fuentes. Pídale que le ayude a reconocer la verdad genuina en cualquier lugar, sin importar quién la haya dicho o escrito.
5. Definitivamente es necesario evitar leer libros, o aun artículos de revistas, en los que el autor se muestre partidario de la Nueva Era, y esto sea algo que usted conozca de antemano. Sin embargo, también le sugiero que evite rechazar una obra solo porque usted no esté de acuerdo con alguna frase o capítulo. Sobre todo, si el autor presenta el resto de su libro desde una perspectiva cristiana.

# El Dragón

que todos  
llevamos dentro

## ¿CÓMO VENCERLO?



El pastor Marvin Moore, ex director de la revista *Sings of the Times* (Señales de los tiempos), es un renombrado orador y autor de más de treinta libros de gran difusión, como *El desafío del tiempo final*, publicado igual que este por APIA.

### ¡Sí! Podemos conseguir la victoria sobre el pecado

- Aprendamos cómo triunfar sobre las tentaciones y superar los defectos que nos impiden el progreso hacia el ideal bíblico de perfección.
- Para demostrar que esto es posible, el autor nos propone eficaces estrategias psicoespirituales para derrotar al enemigo con poderosos recursos que nos ayudan a detectar y neutralizar sus asechanzas.
- Este es un libro profundamente bíblico cuyos consejos están todos sólidamente anclados en el Espíritu de Profecía.
- En sus páginas aprendemos cómo Jesús puede transformar realmente nuestros caracteres.
- En **EL DRAGÓN QUE TODOS LLEVAMOS DENTRO. ¿CÓMO VENCERLO?** descubriremos cómo trata realmente Dios a los pecadores... y resuelve el problema de *mi* pecado.

ISBN 1-57554-535-7



9 781575 545356